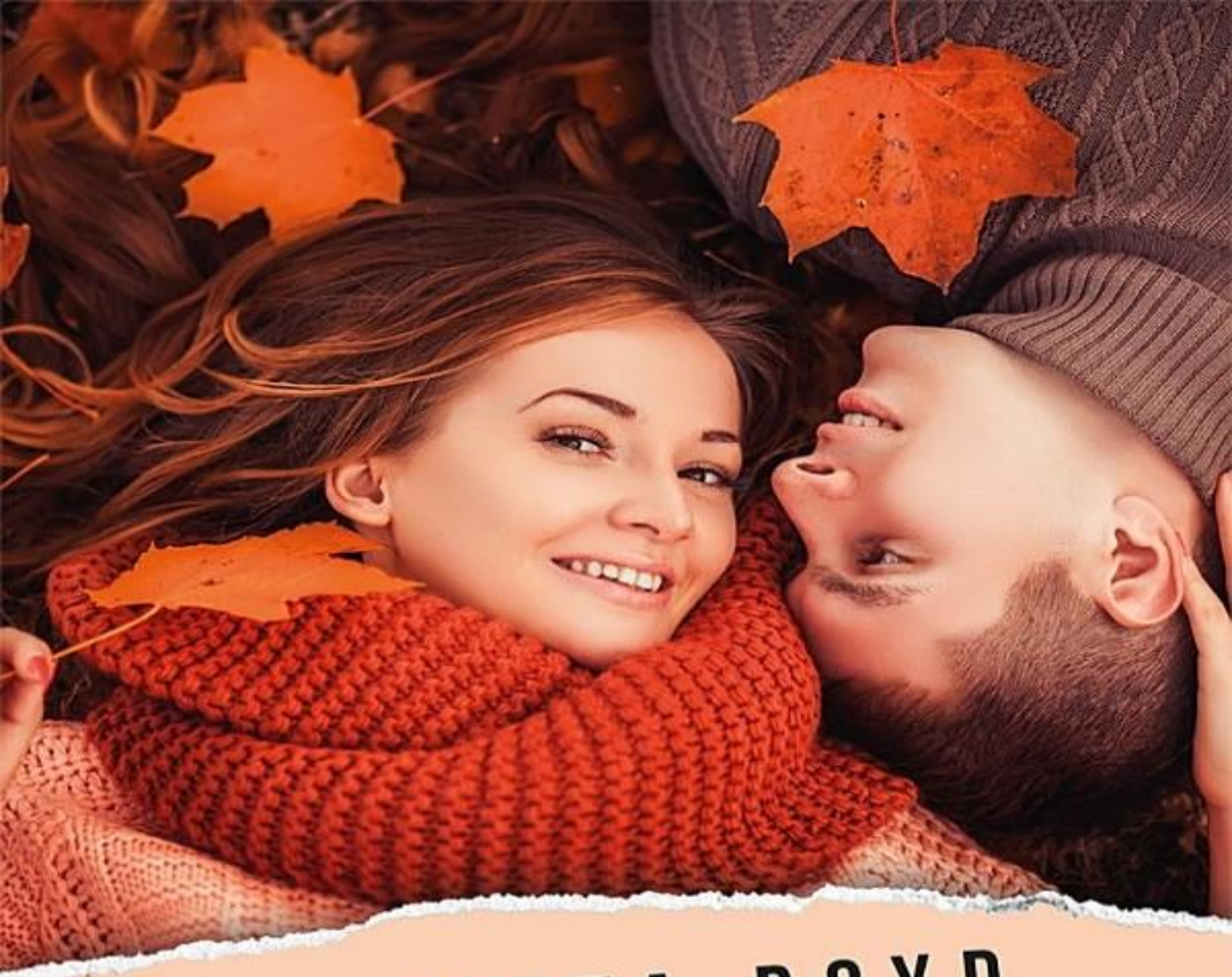


VIOLETA BOYD
(VHALDAI)

CAMBIANDO TUS REGLAS

Planeta

Este libro no podrá ser reproducido, total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2019, Violeta Boyd
Diseño e ilustración de portada: I. C.
Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

Derechos exclusivos de edición
© 2019, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8 piso, Providencia, Santiago de Chile

1ª edición: junio de 2019

ISBN edición impresa: 978-956-360-595-2
ISBN edición digital: 978-956-360-596-9

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

Para los que vivimos entre libros
y queremos ser parte de ellos.
Para los que me acompañaron en esta travesía
y continúan apoyándome en cada proyecto.
Y para mí, como recordatorio de que las noches
de desvelo no fueron en vano.

Índice

1. Tengo una cita
2. Cuestión familiar
3. Así comienza todo
4. Tutorial para arruinarlo todo
5. La ley de Murphy
6. Invitación
7. Lo que no debe pasar
8. El despertar del lobo
9. Reducción de personal
10. Contando la tragedia
11. Nada pasó
12. Conociendo a Los Reedus
13. Cuando se cierra una ventana
14. Nada es lo que parece
15. En tierra hostil
16. Qué pasaría si...
17. No cruzar la línea
18. Hierba mala
19. Confesiones y encuentros cercanos
20. Soy tu Watson y tú mi Sherlock
21. Solo es Jax
22. No somos tan diferentes
23. Afianzando lazos
24. Tu nuevo mejor amigo
25. El corazón de Spencer
26. Señor Wilson
27. Me gustas
28. Una cabina para dos

29. Cuentos de niñas
30. No mires
31. ¿Qué es esto?
32. Tú eres mi favorita
33. No tocar
34. Estoy contigo
35. Yeso, araña y libros
36. Entre ambos
37. Cumpleaños
38. Feria del Libro
39. Tres adolescentes poco convencionales
40. Esto no lo provocan los truenos
41. No lo hagas
42. Relatividad
43. Libérate
44. Muchas eres y emes antes de Navidad
45. Con el corazón roto
46. La siguiente página
47. Abrazo
48. Mad Sounds
49. Las cosas nuevas que sé de ti
50. La casa amarilla
51. Personaje secundario
52. ¿Idiota o gentil?
53. Terror en las profundidades
54. Un día más
55. Cada parte
56. Catarsis
Epílogo

Queridísimo diario:

Creo que todos tenemos un sueño, no hay excepciones. La diferencia radica en el tipo de sueño que cada uno tiene. Algunas personas quieren casarse, otras viajar por el mundo, tener un hijo(a), ser un cantante o compositor famoso, conseguir una casa, escribir un libro, publicarlo... y otras personas, con una mente tan extravagante como la mía, quieren ser parte de uno.

Me explico:

Desde que empecé a leer libros juveniles mi sueño ha sido ser la protagonista de una novela romántica.

Suena extremadamente raro, ¿verdad? Pues lo es.

Y, siendo honesta —y dejando de lado el ego—, soy la protagonista ideal para una historia de amor.

Tengo una familia de locos, trabajo de mesera en una cafetería, tengo a dos mejores amigas, un vecino estúpido, un gato de mascota, estudio en la universidad y, como a toda protagonista, me llueven los pretendientes sin que lo sepa.

Nah, eso es broma.

He ahí mi pequeño y singular problema; toda chica de novela romántica tiene a su media naranja, pero desde que salí del colegio no he tenido más que desamores. Es por eso que decidí crear algunas reglas que debo seguir para encontrar a mi chico perfecto:

1. Debe ser honesto, tanto conmigo como con los demás.

2. Debe ser responsable.

3. Quiero que me haga reír.

4. Debemos comunicarnos.

5. Debe respetarme.

6. Tiene que ser real.

7. Me debe amar.

Algo simple, lo sé. No soy exigente con mi futuro novio. Además, en mi universidad la mayoría de los chicos son unos idiotas que piensan solo con los testículos.

¿No me crees? Será porque no te he hablado de Jax Wilson:

irresponsable, altanero, arrogante, mujeriego. El perfecto ejemplo de como ***NO*** *debe ser el protagonista que complemente mi romántica historia.*

Atentamente, Murph.

1
Tengo una cita

—¡Murphy Reedus, ven aquí!

¿Alguna vez has hecho algo tan malo que sabes que nada terminará bien?

Bien, entonces estamos en la misma patética y precaria situación.

—¡Murphy Reedus!

Desearía que esos gritos fueran de mi papá despertándome para ir al colegio. Ya saben, como los inicios de esas novelas juveniles rosa donde la protagonista despierta escuchando el despertador y por arte de magia lo lanza contra la pared. ¡Oh, claro! Siempre terminan destruyéndolo como si tuviesen una fuerza descomunal. O simplemente, cuando un ser querido la despierta diciendo: «Faltan dos segundos para entrar al colegio». Luego, el personaje principal sale corriendo a toda velocidad por los pasillos y choca con la persona con quien tendrá una ardiente historia de amor, llena de humor y drama.

Pero no.

Ese no es mi caso.

Esos gritos provenientes de un ser humano hilarante, comprensivo, tolerante y lleno de amor hacia sus empleados que trabajan arduamente en una cafetería ubicada en el centro de la ciudad. Ese ser que, después de una larga y agotadora jornada laboral, agradece todo el esfuerzo. Este ser humano es una mujer, una que sonríe con cariño a sus clientes, pero al girarse se transforma un demonio que quiere matarlos a todos. Esa es mi querida jefa, Penny. O como suelo apodarle: *La mano derecha de Lucifer*.

—¿Diga, jefecita?

Lo sé, *jefecita* es demasiado, pero esa palabra suele calmarle su humor de perro.

A principio del año pasado, cuando empecé a trabajar aquí, ella actuaba

como Teresa de Calcuta, pero con el tiempo su personalidad se fue transformando hasta que se convirtió en un dragón que escupe fuego. Mis amigas y compañeras de trabajo, Dell y Thiare, dicen que es la menopausia. Yo digo que es falta de diversión. Y no, no me refiero a sexo, querido lector con mente de alcantarilla. Me refiero a que le falta leer un poco más.

—¿Estabas leyendo de nuevo a escondidas? Murphy, sabes que lo odio. Odio todo lo que alimenta la esperanza y sueños.

—No, estaba colocándome el uniforme. El otro lo manché.

Mentira, efectivamente estabas leyendo. ¡Sabes que a Plutón no le gustan las mentiras!

Silencio, conciencia mía. Solo es una pequeña mentira para salvar nuestro paliducho trasero. Y Plutón es un personaje literario de mi saga favorita, no lo metas aquí.

Con una mirada de policía rabioso, la jefa examina mi rostro buscando mi mentira.

Confesaré algo que sonará bastante raro, sobre todo viniendo de una chica que no tiene cosas lindas que decirle a su jefa, pero apostaría todos los libros del planeta que Penny Oldman, la mujer de hierro, la jefa de la cafetería, la dictadora indoblegable, fue un imán de admiradores en el pasado.

Para haber nacido antes de Cristo sigue luciendo bastante bien. Mi jefa es de tez blanca, ojos profundos y azules, de cabello corto y rubio y una nariz puntiaguda que forma un perfil envidiable. Hasta se viste bien. Entonces, ¿qué está mal con ella? Pues nada, solo su humor.

—Bien —dice después de no creerse mi mentira—. Ve a trabajar.

Música gloriosa de fondo, maestro.

Hoy no he recibido ninguna amenaza sobre bajarme el sueldo. Quizás sea mi día de suerte.

Mi lugar de trabajo es apacible, de estilo minimalista mezclado con artesanías en mimbre. No me quejo, no podría, es bastante *genialoso* trabajar en una cafetería. Aunque al llegar a casa lo único que quiero es tomar té porque el olor a café me marea. Además, difícilmente puedo estresarme trabajando con mis queridas amigas, charlando con los clientes habituales, haciendo *art latte* y comadreando sobre ese particular ser que

cada semana trae a beber café a una chica diferente. Por eso, al salir de mi encuentro con mi jefa, salgo esperando encontrarlo en su mesa de siempre, tomando la mano de una dulce joven de largas pestañas y rojos labios.

—¡Allí está de nuevo ese tarado! Qué mente diminuta y enferma tiene.

Thiare, quien limpia el mesón, escupe su comentario. Detesta ver cómo ese mujeriego sacado de teleserie se sale con las suyas con cada ingenua que cae en su discursillo encantador. En una ocasión mi amiga quiso advertirle a una víctima sobre el tipo de hombre que es, pero antes de hacerlo, La mano derecha de Lucifer la frenó diciendo que no debía meterse en asuntos del cliente.

—¿Quién es la desafortunada? —pregunto haciendo un ademán para que me ayude con el desastre de camisa que tengo.

—No lo sé. Parece que cambió sus gustos y ahora se fijó en las pelirrojas. Ten cuidado.

Freddie, Walter, Shaggy, Mike, Chase, Mika, Antony, Ben... y no sé cuántos más, esas son las identidades que el mujeriego de cuarta le ha dicho a cada chica que trae. Siempre cambia de nombre para que no lo busquen. Aunque ya todos nosotros conocemos sus trampas, nadie tiene el privilegio —*tos, sarcasmo, tos*— de conocerlo tanto como yo.

Y lo más lamentable es que coincidimos en el ramo de Expresión Vocal en la universidad.

Nuestro primer encuentro dejó en evidencia lo estúpido que es.

Lo recuerdo como si hubiese sido ayer...

Era mi primer día en la universidad.

Mi respiración se oía entrecortada, en el estómago sentía un hormigueo incesante que revolvía todo mi desayuno. Estaba nerviosa hasta la médula.

En el metro, de camino a clases, todo lo que hice fue devorar mis uñas. Ni siquiera pude leer el nuevo libro que había comprado para entonces —y que ya terminé—, ni quise fantasear con mis amantes literarios. Tampoco reaccioné cuando una mujer de avanzada edad me pidió el asiento hasta que las demás personas empezaron a señalarme y regañarme. ¡Dios! Estaba en un trance pretraumático de camino a una nueva vida.

Ellos no comprendían nada.

A la universidad llegué demasiado temprano. Una hora antes de la

primera clase, estaba sin saber qué hacer. Para matar el tiempo mordí mi uña, o lo que quedaba de ella. Abaniqué con mi mano mi rostro ofuscado, como si eso sirviera de algo. Miré con paranoia a todo aquel que se me cruzaba.

Necesitaba algo de aire y una buena distracción.

Vi el mundo universitario moverse a mi alrededor. Estudiantes, profesores, algún que otro perro en busca de comida, palomas, hojas desperdigadas por el suelo. Entre los edificios enormes que me rodeaban, una torre gigante destacaba por sobre los tejados. En el centro de esta había una inmensa campana que pensé que servía para alguna emergencia; sin embargo, supe luego que era para anunciar el inicio de las clases, así como en el colegio.

Parecía un buen lugar para relajarme (también para ir a suicidarme en caso de que algo saliera mal en mi primer día).

Al llegar al campanario descubrí que la puerta estaba entreabierta, por lo que no dudé un segundo y entré. Lo primero que me llamó la atención fueron las largas escaleras. Respiré hondo y subí.

Si no bajé de peso con ese inmenso ejercicio, entonces no sé qué más se puede hacer. Por último espero que mi trasero se haya endurecido como el de los deportistas de la televisión.

Luego de unos minutos, donde todo lo que pedí era tener alas o una escoba para salir volando, por fin me encontré con una entrada que daba al ático. De madera, casi a punto de desvanecerse de lo apolillada que estaba, abrí la puerta y me encontré con la campana gigante, que reflejaba mi extenuado rostro. Pasé por un costado para no golpearme la cabeza y cerré la puerta.

¿Ahora es cuando nos da un infarto?, dijo mi conciencia.

Caminé hacia el borde de la baranda para contemplar mejor la universidad. La vista desde las alturas no tenía precio. Todas las personas que transitaban por el campus se veían diminutas. La panorámica era digna de una foto postal. El sol entre las nubes comenzaba a enseñar sus primeros rayos. Era el lugar perfecto. Me acerqué al borde para sentir la brisa en mi rostro y...

—Eh, no te tires.

Mi cuerpo se tensó al escuchar la voz misteriosa. No tenía idea de que alguien me había seguido. Tampoco escuché cuando entró.

—No te suicides, los empleados del aseo no tienen por qué limpiar tu desastre.

¿Ah? ¿Qué es esto? ¿*Una escena del libro* Violet y Finch*?*

—¿Disculpa? —me volteé, y me di cuenta de que el chico no parecía interesado en mi vida, sino en el desastre que podía dejar mi cabeza reventada en el suelo.

¿Qué clase de persona era?

Ah, claro. Don Casanova.

—Hagamos algo, linda, tú no te tiras y a cambio te doy una noche llena de fantasías —se señaló el pecho con sus pulgares—. ¿Qué?

Es más idiota de lo que creía.

—No intento suicidarme, tampoco quiero una noche contigo.

Pasó junto a la enorme campana con una sonrisa torcida. Se veía tan seguro de sí mismo que realmente pensé que podría ser la próxima víctima de sus engaños y estar bajo los dominios de su lujurioso cuerpo. Pero entré en mis cinco sentidos, aun cuando me sentía acorralada entre la baranda y él.

—No te avergüences. Anda, cuéntame tu problema y veré si puedo solucionarlo.

Estaba claro, él no sabía que lo conocía de la cafetería. No supe si sentirme mal por ello, ya que me hacía ser una invisible ante sus ojos, o sentirme bien, porque no cabía espacio para mí en sus lascivos juegos de mujeriego de alcantarilla.

Opté por la segunda opción.

—Solo vine aquí a leer, pero ya me voy.

*Ni siquiera deberías darle explicaciones. Una patada en los huevos debería bastar para que nos deje en paz, y de paso queda estéril para que no engendre a más seres de su clas*e.

Luego me di cuenta de que no debía incitar a la violencia.

—¿Y qué lees? —curioseó.

—Un libro. Bueno, adiós.

Pasé junto a él encorvando la espalda y desaparecí de su vista pensando

en que Thiare y Dell se querrían morir cuando les contase lo que acababa de vivir.

Así fue. Todo muy de libro, ¿no creen?

En lo que llevo conociéndolo actuamos como completos desconocidos. Tanto en clases como en mi trabajo. Parece que no puede reconocer a *La chica suicida* —como me apodó— con una malla en la cabeza. Eso es bueno, pues hasta ahora mis amigas no tienen idea de que ambos somos compañeros.

—Conozco a los de su clase, Thiare —respondo—. Además, sabes que...

—Sí, sí... —pone sus ojos pardos en blanco al interrumpir mi frase—. «Quiero a un chico de libro» —recita en un tono monótono. Seguro que mi pobre amiga está hasta el cuello de escuchar mis plegarias sobre mis romances—. Lo sabemos, Murph.

—Oye, no me culpes. Culpa a los...

—Sí —vuelve a intervenir—. Los libros.

Tras salir del trabajo, Dell, Thiare y yo nos despedimos de los trabajadores que aún no terminan su jornada. Como estudiantes universitarios tenemos la posibilidad de moldear nuestro horario laboral como nos convenga. Mis dos amigas van un año por delante en la universidad; Dell estudia Enfermería y Thiare Derecho.

Yo, en cambio, estudio el maravilloso mundo de las artes escénicas: Teatro.

Cuando le conté la idea a mi familia todos se sorprendieron, pues creían que decidiría estudiar algo que me apasionara más, como Letras. Aunque entré a Teatro porque mis ambiciones son diferentes: quiero vivir siendo la protagonista de una novela romántica, tener mi romance de libro. Quiero crear con mi vida una historia inolvidable. Tengo todo lo necesario para gozar de mi propia historia de amor, del cliché perfecto, aunque todos crean que estoy más loca que una cabra.

Tal vez tengan un poco de razón..., solo un poco.

—Vamos, Murph, no oigo rebotar esas nalgas.

No, esa no es mi jefa, esa es Dell: mi alocada, amante de los perros y morbosa profesional amiga.

—Estoy leyendo, Dell.

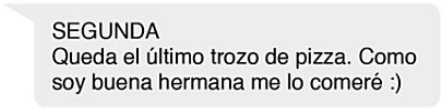
Levanto la vista y me encuentro a mis amigas varios pasos más adelante. Las dos desequilibradas que tengo por amigas me conocen lo bastante bien como para saber que al salir de la cafetería saco un libro y me voy leyendo por la calle. Confío en que ellas sean mis ojos en los serpentinos caminos hasta el paradero.

—Estás en la calle, Murph. Puedes chocar con una puta persona, ¿lo sabías?

Disculpen su vocablo.

—Lo sabe, no le importa —interviene Thiare—. ¿Cómo es que siempre tenemos la misma discusión?

Dell se encoge de hombros, mientras yo guardo mi libro en el bolso. Antes de cerrarlo, la melodía «Für Elise» surge como si saliera del inframundo. Saco el celular, comprobando que tengo un mensaje de mi hermana mayor, Jollie.



—¡Oh, qué pena! —exclama con cinismo Dell, haciendo un puchero como de niño pequeño.

—Adoro a tu hermana —sonríe con satisfacción Thiare—. Ya que estamos aquí, ¿por qué no vamos a comer pizza donde Marco's?

—Okey, pero tú la pagas —dice Dell mirando a su compañera.



De regreso a casa, escucho cómo mis tres revoltosos hermanos pequeños corren por el segundo piso.

¿Alguna vez han oído lo desastroso y divertido que es tener una familia gigante? ¡Pues bienvenidos a la familia Reedus! Teníamos galletas para los visitantes, pero los trillizos se las devoraron apenas las compramos.

Podría nombrar a los once miembros que conforman mi familia —

excluyéndome—, aunque de seguro me demoraría una eternidad explicando las manías y los intereses de cada uno. Lo cierto y relevante de todo es que gracias a mi enorme clan he pensado en mudarme de casa un par de veces, aunque después de un rato entro en razón y caigo en cuenta de que los extrañaría demasiado (y de que los arriendos son muy caros).

Además, alguien tiene que escuchar las penas amorosas del vecino adolescente.

—¡Murphy!

Jollie, mi agraciada hermana mayor, baja las escaleras seguida de Chloe —menor a nosotras—, con una sonrisa que me causa ganas de salir arrancando. Al llegar abajo se acercan enseñándome el nuevo celular que papá le regaló a Jollie para su cumpleaños.

—¿Qué? —interrogo.

Jollie mira la pantalla, pone los ojos en blanco y lanza lo que parece ser un gruñido.

—Mira —vuelve a enseñarme el teléfono. Son mensajes por WhatsApp con un chico—. Tengo una cita el próximo domingo por la mañana.

—Oh...

Le arrebato el celular de las manos para leer.

Es cierto.

¡La maldita tendrá una cita y yo aquí esperando por mi propia historia de amor!

—Se llama Spencer —agrega Chloe, como si no lo hubiese notado antes —. Y es un bombón.

—¿Tienes una foto?

Jollie me quita el celular. En un par de segundos, vuelve a entregármelo.

—Allí está.

—¡Mi-er-da! —exclamo al ver la foto.

Escucho desde la cocina a la abuela regañarme por la grosería que he lanzado, pero tengo un argumento realmente válido para lanzarlo: es Jax Wilson, el casanova que no puede comportarse ni siquiera en clases de Expresión Vocal.

—¿Lo conoces? —interroga Chloe alzando una ceja.

¿Si lo conozco? Desearía que no.

Me abro paso entre las dos, buscando entre mis bolsillos alguna moneda para dejar en el tarro de groserías. Cuando Finn y yo empezamos a memorizar algunas palabras malsonantes, papá se alarmó, vació el tarro de pepinillos y nos ordenó echar el dinero que nos sobró de la colación como castigo. No nos quitó el hábito de decir malas palabras, pero sí de recibir una penitencia por ello.

Chloe me sigue. Su presencia demanda que responda.

—Es mi compañero —respondo echando las monedas en el tarro—. Y es un idiota, no tengas esa cita con él, Jollie.

—¿Por qué?

Volteo encontrando a Jollie con rostro desesperanzado. Eso me parte el corazón en dos porque suele enamorarse de personas que siempre la lastiman. Hace poco terminó con su novio y hasta entonces su mundo se vino abajo. Seguro vio a Jax como una futura pareja, pero él es todo lo contrario y... y... explotaré.

Exhalo profundamente.

—Por nada.

No tiene caso hablar con Jollie y romperle su corazón diciendo lo embustero que es Jax.

Como sea, hablaré con Jax mañana.

2
Cuestión familiar

Unos ronquidos, provenientes de algún lugar lejano, hacen que lentamente me vaya transportando de vuelta a mi habitación, alejándome de mis sueños y de mis amantes literarios.

Asimilar que estoy de vuelta en la realidad, escuchando los ronquidos de Tony, es duro. De a poco abro los ojos y me doy cuenta de que estoy acostada en mi cama.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Me abrazo a mí misma frotándome los brazos. La ventana está junta.

Mis ojos pesan, probablemente por la desvelada de anoche.

Que me haya dormido tarde leyendo no es una novedad. Tampoco el haberme dormido a las cinco a. m. por hablar con el vecino. Así que encontrarlo durmiendo a mi lado no me sorprende. Lo verdaderamente sorprendente, es que haya comenzado a roncar.

Y que verlo a mi lado siga sintiéndose como una patada en el estómago.

—Tony...

Lo zarandeo para que despierte, aunque en su rostro no veo expresión alguna de querer hacerlo. Se relame los labios —yo también lo hago al verlo— y continúa su concierto de sonoros ronquidos. Contengo el aire dentro de mis pulmones reteniendo las ganas de golpearlo, consciente de que recurrir a la violencia no es buena idea.

—¡Tony!

Sus ojos pardos se abren con una sutil mezcla de sorpresa y temor, dando un salto seguido de un grito ahogado. Desorientado, como alguien de campo en la ciudad, mira hacia los lados hasta percatarse de que está en mi habitación, durmiendo en mi cama.

Pobre, seguro que por un segundo creyó que era la señora Russell quien lo despertaba.

—Murph, por poco me das un infarto.

Se sienta, y se frota los ojos. Apoyo mi mano sobre la cama, reposando todo mi peso sobre mi fuerte brazo.

—Y tú a mí con tus guturales ronquidos traídos del infierno.

—Las clases de rugby me cansan.

—Sí, lo noté.

Se levanta de la cama y estira los brazos al aire, lanzando un gruñido al hacerlo. Camina hasta donde su short de mezclilla se encuentra tirado. Al agacharse, noto que tiene un pequeño agujero justo en el centro de su bóxer negro.

—Necesitas cambiar tu ropa interior, Tony, puedo ver todo tu trasero.

Se levanta con el short en mano y voltea para ver el agujero, pero no parece ser lo suficientemente flexible para lograrlo.

—No sería la primera vez que lo haces.

Me encojo de hombros sabiendo que tiene razón.

Sé qué clase de cosas sucias deben estar pensando, mas déjenme decirles que toda interpretación es incorrecta: Tony Russell es mi mejor amigo.

O eso es lo que intento demostrarles a todos.

Lo conocí a los diez años, cuando él tenía ocho, después de que lanzara una pelota a su patio y le cayera justo en la boca aflojándole dos dientes. Desde entonces, tras ser regañada por su madre, nos volvimos amigos. Fuimos a la misma escuela, compartimos casi los mismos gustos, nos consolamos mutuamente con cada desilusión amorosa y nos contamos absoluta y rotundamente todo. Hasta podría decir que le tengo más confianza a él que a mis hermanas. Podríamos ser la pareja perfecta de no ser porque él está locamente enamorado de Chloe... y así me lo ha hecho saber en muchas ocasiones. Suele pasarse a mi habitación a charlar y distraerse de la vida cuando sus padres discuten, situación bastante frecuente.

Bajo la almohada busco mi celular para ver la hora. A pesar de que tengo un reloj enorme colgado en la pared, que me regaló la abuela para mi cumpleaños número dieciocho, nunca atino a verlo.

—Ya casi despiertan Los Locos Adams —digo bloqueando la pantalla.

Miro a Tony. Él termina de vestirse y asiente, caminando hacia la ventana. Al abrirla una corriente de aire invade la habitación provocándome otro escalofrío. Le hago unas señas para que salga ya, a la que responde enseñándome los dientes.

—Hablamos luego, Watson.

—Claro, Holmes.

Cuando Tony se pierde por la ventana, entonces vuelvo a estirarme para mirar el agrietado techo blanco de mi habitación. Me quedo inmóvil, hipnotizada por la nada, y cierro los ojos.

Viendo todo negro, puedo escuchar con más agudeza los pasos que se acercan a la puerta.

—Es hora de levantarse, Tercera.

Papá da dos golpes a mi puerta, esperando la típica respuesta que le doy a su sobrenombre. Por el amor a Sirius, ¿quién en su vida puede apodar a sus hijos por el número de nacimiento? Ni siquiera Voldemort lo hacía con los mortífagos, aunque en su caso es comprensible, eran demasiados... ¡Pero nosotros solo somos nueve!

Esas ocurrencias solo las puede inventar papá y Saya, mi madrastra.

¿Olvidé decirles que tengo una madrastra? Pues la tengo. No es la madrastra malvada de cuentos de hadas, sino todo lo contrario. Saya es un pan de Dios. Hablaría de cómo me acogió después de que papá le pusiera los cuernos con mi verdadera mamá, pero dejaré eso para otra ocasión.

¿En qué iba?

Ah, sí. La respuesta.

—¿Tercera? ¿Qué es esto? ¿El siglo XVIII? ¡Qué horror!

Escucho sus carcajadas desde el otro lado haciéndose cada vez menos audibles.

Papá es profesor de Historia en un colegio para estudiantes en riesgo social. Tiene una paciencia del tamaño de una montaña, prueba evidente es que críe a nueve hijos sin nunca poner mala cara. Además, es un hombre muy religioso.

No puedo evitar preguntarme cómo se pondría si supiera que hace unos minutos en mi cama dormía un chico.

Lanzo un gruñido para expulsar de mi cuerpo todo espíritu maligno que

quiera atarme a las pecaminosas sábanas que cubren mi cama. Me levanto y comienzo mi carrera para ser la primera en ocupar el baño.

Una lucha de vida o muerte nace en los pasillos de la casa cada mañana. El primero que llega al baño es el gran ganador. Nadie quiere ser el último en la larga fila que se arma a las afueras del baño; después de todo, ninguno desea atrasarse con su quehacer.

Abro la puerta de mi habitación y parto con paso ligero.

Chloe sale de su habitación también.

Tiene ventaja, pues su habitación está más cerca del baño. Al verme, achica sus ojos como si me desafiara a un duelo silencioso. Sin decir nada acepto su reto, apresurando más el paso.

—No vas a ganarme —dice estirando los brazos hacia los lados para que no logre pasarla.

—Eso es trampa —gruño intentando hacerla a un lado.

Se echa a reír como villana de película y gira hacia la puerta del baño. Sin embargo, nuestra competencia queda en nada al comprobar que, entre los once miembros de la familia, somos las últimas en llegar.

Entre risas y miradas burlonas, las dos nos colocamos tras los demás en completo silencio.

—Suerte para la próxima, novatas —Finn nos saca la lengua, colocándose la toalla en el hombro. Él es el siguiente en entrar al baño.

Hago un conteo de quiénes son los que esperan, deduciendo que es Jollie quien está dentro.

Magnífico, llegaré con tres horas de atraso a la universidad.



Me abrazo al pilar más cercano para recomponerme. Ya casi puedo ver la luz al final del túnel después de correr, cual Forrest Gump, desde el metro hasta la universidad creyendo que llegaría tarde.

Lo cierto es que faltan cinco minutos para entrar a Expresión Vocal.

Sé que he evitado el tema —cuando digo *el tema*, me refiero al Juan

Tenorio de la universidad—, pero la idea de hablar con Jax para hacerlo desistir de salir con mi hermana me inquieta. No me quedará otra que amenazarlo a muerte con mi varita... no, esperen, la dejé en la casa.

Da igual.

El punto es que mi prioridad será hablar con Jax Wilson para que no se meta con mi hermana. Es una cuestión familiar el tener que cuidarnos los unos a los otros. Sobre todo, de chicos como él. No quiero que Jollie sufra otra decepción amorosa, mucho menos si la causa de ella será el primitivo de la clase; por eso, con mi gran intelecto tengo el plan perfecto para que ella no resulte herida. Y si para ello debo ensuciarme las manos y mis lindos ojitos hablando con don Casanova, lo haré.

Espero que ganes el premio a mejor hermana.

Antes de entrar a la sala acomodo mi ropa, me quito el cabello pegado al cuello por el sudor y respiro hondo. Así me preparo para guardar la compostura frente a un inescrupuloso como Jax Wilson.

Dentro del salón lo diviso en el último asiento del rincón, lugar que ya podría denominarse como suyo. Todos los lunes por la mañana se sienta allí, para recostare sobre la mesa ocultando su cabeza entre el hueco que forman sus brazos. Siempre hace lo mismo al comienzo de la clase, hasta que el profesor Leyton debe llamarle la atención. Eso me hace suponer que en su casa —o donde sea que viva el pobre— lo ignoran. Tener conocimiento de ello me hace sentir compasión y quizás algo de empatía.

—Oye tú —camino hasta quedar frente a su banco.

No responde.

—Oye.

Pateo su mesa cruzándome de brazos. Ahora mismo debo verme como un bravucón arrogante y dictador de colegio público encarando al nerd del curso.

Lentamente Jax me enseña su expresión de desinterés. Sus iris azules se ven más profundos con las marcadas ojeras que tiene bajo los ojos. Tuerce los labios mientras me recorre en silencio de pies a cabeza.

—Lo siento, Chica Suicida, mi oferta para que no te mates ya no corre.

Se dispone a refugiarse otra vez entre sus brazos y la mesa, pero lo detengo pateando otra vez.

—No vengo por eso. Tú...

Escucho la puerta de la sala cerrarse. Volteo hacia la pizarra; el profesor ya está aquí. Como sé que Jax saldrá como cohete una vez terminada la clase, opto por agacharme y continuar con mi advertencia. Me acomodo, implorando que mi cabello rojo no llame la atención. Don Juan Tenorio me observa confundido, pero no dice nada, cosa que agradezco.

—Iré al grano —pronuncio en tono bajo—. La próxima cita que tendrás el domingo es con mi hermana mayor. No quiero que alguien como tú salga con ella.

Jax se rasca la barbilla.

—¿Disculpa? No te oí.

—Tendrás una cita con mi hermana —explico con lentitud—. No quiero que eso pase.

—¿Estás celosa? —interrumpe—. ¿Por eso estás aquí?

Recuerda, Murphy, la paciencia es la madre de las virtudes.

Cierto, conciencia mía.

—¿Me estás tomando el pelo? —pregunto, acercando mi rostro al de él. Ya saben, para lucir más amenazante.

—Podría tomarte otra cosa, cariño.

Eso basta para dejarme en claro que Jax Wilson está falto de neuronas. Lo peor de todo es que su respuesta no solo deja en evidencia su ignorancia, atrevimiento y desequilibrio mental, sino también que no puedo permitir que alguien como él forme parte de mi vida, o de la de Jollie. Bastante trauma tengo ya con los libros sobre mujeriegos y los tormentosos recuerdos de mi adolescencia.

Tenía quince años cuando mi afición por los libros llamó la atención de cierto chico. Él era el estereotipo de galán que se creía la guinda del pastel solo por tener un buen estado físico y una sonrisa idéntica a las de los protagonistas de telenovelas. Sus estrategias románticas lograron tenerme comiendo de su mano, hasta que una tarde la cerró aplastando con ella todo mi interés por los chicos de su calaña, o los chicos reales en general. Sin embargo, dentro de mi rechazo hacia cualquier humano con un bulto entre las piernas, uno siempre estuvo ahí para apoyarme. Tony no solo me consoló después de mi fatídica tragedia romántica, sino que me demostró

que una decepción amorosa forma parte de la vida de cada persona.

—¡Basta! —le ordeno, levantándome. Un silencio de funeral se alza en todo el salón. El profesor Leyton, de pie con una hoja en las manos, mira en mi dirección. Antes de poder disculparme, él interrumpe mis palabras alzando su brazo y moviendo hacia los lados su dedo índice.

—Reedus, creo que todos en la clase estamos interesados en saber qué cosa importante le decía al señor Wilson.

No soy el tipo de persona que se queda regularmente sin palabras, pero una extraña sensación en mi estómago me dice que puedo estar en serios problemas. Mentirle a un profesor de Teatro, sobre todo con su conocimiento en el área, no es la idea más brillante.

Quizás deba ser honesta.

—Le decía que dejara en paz a mi hermana. No quiero que él tenga una cita con alguien de mi familia. Soy consciente de su historial de víctimas amorosas.

Y ahora es cuando me tachan de loca y llaman al manicomio, ¿verdad?

—¡No! —exclama el profesor Leyton, provocando que todos lo miremos—. No, no y no. Esa no es la forma correcta de decirlo.

¿Ah?

Alguien dígame qué rayos está pasando. Gracias.

Con la misma mano que me negó el habla, hace una seña para que vaya hacia él. Miro a los demás sintiendo algo de temor, pues con su repentino grito me ha dejado claro que debe sufrir de un trastorno de bipolaridad.

—Necesitas ser más expresiva al decirlo, dejar de lado ese monótono tono de voz y mostrar potencia en la entonación —en cuanto llego a su lado, pasa una mano por mi espalda y la posa sobre mi hombro, atrayéndome a él. Omito una mueca de asco al sentir su aliento con olor a cigarrillo y miro en la misma dirección que él. Jax está tan estupefacto como todos los demás—. Debes transmitir sentimientos, de eso se trata la clase, no puedes ordenarle que se aleje de tu hermana si no lo haces con autoridad, Reedus —continúa. Esboza una sonrisa, soltándome. Ahora su mano me da palmaditas en la espalda como forma de apoyo—. Vamos, hazlo otra vez.

¿De quién fue la brillante idea de estudiar Teatro?

Mía, pero no creí que situaciones como esta ocurrirían.

—Bien... —miro a Jax otra vez. Está con su mano en la barbilla y sus ojos azules puestos en mí. Ya no luce sorprendido, sino más bien aburrido. Contengo el aire, preparándome para repetir mi orden con la autoridad que, según el profesor, requiere la situación. Mentalizo mi odio hacia Jax consciente de que el tono de mi voz puede ser vital para que él obedezca—. Jax Wilson, tengo conocimientos...

—No, no, no —interrumpe Leyton moviendo con exageración sus brazos—. Pésimo, pésimo. Tu voz es perfecta, pero tu expresión muy plana. Falta dramatismo, movimiento. ¡Falta fuerza! ¡Vamos, otra vez! —el entusiasta profesor se acomoda en uno de los asientos frente a mí. Recorro con mis ojos a cada uno de mis compañeros, quienes parecen tomarse en serio todo, y vuelvo a mirar a Jax—. Espera —dice. Estira su brazo y me detiene en cuanto abro mis labios otra vez—. Wilson, pasa al frente también.



El ruido de la campanilla que cuelga de la puerta llama la atención de las personas, luego —al comprobar que no somos ningún tipo de extraterrestre que intenta invadir la cafetería de la universidad—, vuelven a centrarse en sus asuntos. Con Jax caminamos hacia una mesa que se encuentra en uno de los rincones. No quiero que nadie nos vea, suficiente escándalo armamos hoy.

Al sentarnos, una señora nos toma la orden con una libretita en su mano y un lápiz en la otra.

—Bienvenidos, ¿qué se servirán?

Su sonrisa radiante desaparece al notar el mal ambiente que hay entre los dos.

—Yo quiero un café —le digo. Miro a Jax, pero parece no tener intenciones de hablar. Golpeo su pierna por debajo de la mesa con la patada más gratificante de mi vida. Él me frunce el ceño como amenaza y se gira

hacia la señora.

—Quiero una cerveza.

Es más troglodita de lo que pensé.

—No vendemos eso —dice la mujer al instante, con un fingido tono de angustia.

—Entonces nada —escucho el «bien» que murmura la señora emprendiendo su camino hacia la barra. Es entonces que reposo mis ojos en Jax, y él en mí—. No entré a Teatro para que me humillasen como lo hiciste hoy.

Qué dramático.

—¿Entonces por qué lo hiciste? Actuar conlleva hacer el ridículo muchas veces, debes perderle el miedo.

—¿Eso es lo que te han dicho? Porque cruzar la barrera del absurdo no me parece divertido. Y lo hice porque las chicas se vuelven loquitas por los actores. Como tu hermana, por ejemplo.

Golpeo la mesa con las palmas de mis manos, causando un sonido seco. Jax se tira para atrás, chocando con el respaldo de la silla.

—Aléjate de mi hermana —vuelvo a ordenarle por milésima vez en el día (sin exagerar)—. No permitiré que le rompas el corazón como lo haces con todas las mujeres. Escucha, no cuestiono tu vida sexual, haz con ella lo que quieras, puedes divertirte como quieras, pero una cosa muy diferente es meterte con mi hermana.

Jax imita mi posición, acercándose hacia la mesa y, por consiguiente, a mí. Ambos nos miramos fijamente, desafiantes, con una lucha implícita de quien pestañea pierde. Dibuja una sonrisa tétrica y se relame los labios, preparándose para hablar.

—¿Qué estás dispuesta a hacer? Perderé una cita, deberás hacer algo para compensarlo. ¿Qué estás dispuesta a hacer por tu linda hermana?

—Lo que sea —respondo sin vacilar.

Esa es la respuesta que él esperaba y que yo había planeado decirle si este encuentro se formulaba. Ahora dirá lo que creo que dirá. Personas como él son muy predecibles.

Pasa en los libros y pasa en la vida real.

—Entonces sal conmigo como pago por lo de tu hermana. Digámosle a

ella que estamos saliendo y todo el rollo estará arreglado. ¿Qué dices? ¿Aceptas?

Justo en el clavo.

Jax es igual que todos. Obviamente, yo soy mucho mejor que él, tengo un as bajo la manga.

—Claro, acepto.

3
Así comienza todo

¿Alguna vez has flotado boca arriba en una piscina?

Es bastante relajante, al menos cuando mis queridos hermanos no están cerca para salpicarme agua. ¡Cómo deseo estar en la piscina de los Cooper en estos momentos!, pero estoy lejos de aquel sueño; primero porque nuestros queridos vecinos se mudaron de la ciudad, segundo, porque estamos atravesando un otoño friolento, y tercero, porque estoy recostada en mi habitación mirando al techo.

Es una mala manía que agarré hace mucho tiempo al notar lo fácil que es perderse en el blanco montesino de mi cuarto. Es, de alguna forma, relajante. Ahora entiendo por qué a las personas de los manicomios las encierran en habitaciones blancas.

¡Esperen! Si el blanco te ayuda a imaginar cosas, entonces lo hacen para que los enfermos mentales se enfermen más y luego *puedan experimentar con ellos...*

¡Eureka! Hemos descubierto una conspiración.

Bien, dejaré de inventar cosas, pero investigaré luego sobre ello, mi teoría debe tener algo de cierta.

Creo que el color blanco me está trastornando.

—¿Qué haces?

Tony me observa dubitativo, tiene esa expresión con la que suele mirarme cuando no estoy en mi cien por ciento de cordura. Es la primera vez que me ve tendida en el suelo como tapete de bienvenida.

—Estoy tirada en el suelo.

—¿Por qué?

—Me ayuda a pensar, supongo.

—¿Pasó algo?

Resoplo moviendo el cabello rebelde que me cruza la mitad del rostro,

pero no consigo apartarlo por más que me esfuerce. Es Tony quien se agacha y me lo quita de la cara, luego sonríe.

—¿Recuerdas al idiota que conocí en la torre de la universidad? —Tony asiente animado, como si recordara una anécdota graciosa. Desde cierto punto de vista (y con «cierto punto de vista» me refiero a seres unicelulares como Jax) puede llegar a ser divertido, pero para mí fue una demostración de lo incorregible, anormal y troglodita que es—. Bueno, ese zopenco invitó a Jollie a una cita y, para evitarlo, decidimos hacer una especie de trato.

Antes de continuar, Tony me cubre la boca con la mano. Al notar mi sumisión ante su muestra para que me calle, quita su mano de mis labios.

—No me digas que se harán pasar por una pareja.

—Exactamente, pero yo...

El sonido que hace la puerta al abrirse provoca que guarde silencio. Tony y yo nos petrificamos, esperando que alguien se asome por el umbral. Es un hecho que desde hace tiempo mi vecino entra a mi habitación, sin embargo, nadie lo sabe, pues se armaría la Tercera Guerra Mundial si fuese así. Papá es genial, pero es celoso si se trata de relaciones romanticonas que involucran a sus queridas hijas.

Una melena pelirroja y risada aparece desde el costado de la puerta, enseñando al inexpresivo Emer «Quinto» Reedus.

Al vernos no pregunta qué hace el vecino en mi habitación, o qué hago tendida en el piso. Emer nunca ha sido de muchas palabras, para él la vida es coleccionar e investigar insectos.

¿Seré una mala hermana si les digo que en varias ocasiones he querido llamarlo «bicho raro»?

Bueno, creo que como fiel amante de los insectos a él no le ofendería, no obstante, prefiero reservarlo para mis más oscuros pensamientos.

Emer entra con un libro en las manos —el cual reconozco al instante—, lo deja sobre el escritorio y se marcha sin decir nada, cerrando la puerta a sus espaldas.

—¿Estamos en problemas? —pregunta Tony.

—Nah, Emer no abre la boca a menos que lo sobornen.

Tony se ríe y se recuesta a mi lado, contemplando también el techo

blanco.

—A veces me gustaría tener más hermanos —comenta con cierto dejo de melancolía.

—Puedo compartirte unos cuantos o arrendártelos, así tengo para comprar libros.

Coloco mis brazos a los lados y siento de pronto el roce de los dedos de Tony con los míos. Una fuerza sobrenatural me obliga a moverme y a poner mis manos sobre mi vientre, mientras una ola de calor calienta mis mejillas. No hace falta que mire mi reflejo en un espejo para deducir que soy un tomate. Es como si un choque eléctrico me recorriera los nervios. *Respira, Murph*. Esta situación es absurda, Tony y yo hemos estado de formas mucho más comprometedoras sin que me sienta avergonzada. No obstante, un toque inocente de dedos envuelve tantas cosas que es inevitable sentirme sobrecogida. Para mí significa mucho más un roce que dormir juntos en la misma cama.

En definitiva, deberíamos estar en un manicomio.

—Eres malvada —recrimina, rompiendo el silencio emergente ante mi gesto de apartar mi mano. No quiero ni pensar lo que debe estar pasando por su mente—. Y ¿qué libro estás leyendo ahora?

Bien, perfecto, una pregunta para cambiar el tema.

—Se llama *La hermana de Johana*. Trata sobre...

Las palabras mueren en mi boca cuando escucho mi nombre en la lejanía. Los pasos de quien parece ser Jollie comienzan a provocar una vibración en el piso. Tony parece acongojado a sabiendas de que, en segundos, o menos, mi hermana mayor lo descubrirá.

—El clóset. Escóndete en el clóset.

Nos levantamos con una rapidez alucinante. Empujo a Tony por la espalda en dirección al armario. Él abre una de las puertas para meterse y yo hago como que me observo en el espejo.

El pomo de la puerta hace su peculiar sonido y Jollie entra.

—¡Murph, no tengo nada que ponerme y la cita es en dos días!

El alarido de Jollie se oye tan dramático que podría ganarse la compasión y misericordia del mismísimo presidente Snow de *Los juegos del hambre*. Se lleva las manos al rostro y se aprieta las mejillas. Acto

seguido me toma por los hombros y me zamarrea para que reaccione. Sé perfectamente qué espera que le diga, pero no puedo ofrecerle mi ropa cuando Tony está oculto en el clóset.

—Oh, qué lástima.

—Préstame algo —camina en dirección al armario, pero la detengo del brazo antes de que pueda abrir la puerta—. ¿Qué?

—Mi ropa te quedará grande, Jollie —espeto, recordando todas las clases de actuación que he tenido. Mentir es fácil, siempre y cuando sea a un desconocido; cuando le mientes a un familiar que conoce todas tus mañas es otra historia—. ¿Por qué no mejor vamos al centro comercial? Así de paso compro algún libro.

Una petición tentadora que le toma tiempo analizar, hasta que dentro de algunos segundos acepta con una enorme sonrisa.

—¿Alguien dijo centro comercial? —curiosea Chloe, asomándose por la puerta.

—¿Te apuntas, Cuarta? —Chloe me responde sacudiendo su cabeza—. Bien, entonces vamos.

—Nosotros también queremos ir.

Amira y Emer aparecen junto a Chloe. Ella con una radiante sonrisa y él con su rostro inexpresivo. Miro a Jollie buscando su aprobación, pero ella simplemente se encoge de hombros.

—Bien —resoplo—. Vamos a pedirle el auto a papá.

Salir con los pequeños Reedus puede ser, en muchas ocasiones, una pesadilla de la que no puedes escapar fácilmente. Hace un tiempo salimos los doce miembros de la familia al centro comercial para celebrar el compromiso de Finn. Todo marchaba bien hasta que nos dimos cuenta, luego de un brindis con vasos plásticos, que los trillizos habían desaparecido. Tuvimos que recorrer todo el *mall* para buscarlos, además debimos alertar a los guardias que tres niños pelirrojos estaban extraviados; al final del día los encontramos absortos en una tienda de Lego.

Creo que desde ese momentos todos nos tienen puestos los ojos encima, por lo que no me sorprende que al entrar a las diferentes tiendas departamentales nos vean con sospecha, como si fuésemos a armar otro problema.

—¿Paga en efectivo o con tarjeta?

Me apoyo en el mesón de la caja esperando a que Jollie termine las compras. Tras probarse todos los vestidos de su talla se decide por uno bastante diferente a los que frecuentemente compra. Con un cuerpazo como el de ella todo se le ve de maravilla, y Chloe se esmera en hacérselo saber una y otra vez. Mientras, Emer y Amira corren de lado a lado jugando a la escondida.

Me veo tentada a jugar con ellos, pero me arrepiento cuando noto la advertencia silenciosa, pero muy expresiva, del guardia.

No quiero que otra vez me regañen.

—Gracias —Jollie recibe la bolsa con su vestido. Luego me toma del brazo y me arrastra. Chloe se coloca a su lado y con un silbido llama a Emer y Amira. Los dos pelirrojos aparecen entre la ropa y corren en nuestra dirección.

Al salir de la tienda los cinco nos detenemos para decidir qué haremos.

—Vamos a comer —Amira se frota el vientre y hace un pequeño puchero—. Tengo mucha hambre.

—Yo estoy con ella —Emer alza su mano, apoyando a su hermana menor.

—Yo quiero ver un videojuego que salió recientemente —informa Chloe—. Por favor..., vamos a verlo y luego vamos a comer, ¿sí? Será una cosa de segundos, nada más.

Jollie se cruza de brazos tomando una pose que la convierte instantáneamente en una diva. Por detrás de ella noto a un grupito de chicos que la miran con deseo. Se dan codazos y se detienen en su trasero como perros sobre un trozo de carne.

—¿Se les perdió algo, babosos? —les pregunto.

Los cuatro chicos niegan con la cabeza con expresiones temerosas. Se giran y continúan su camino.

Jollie voltea hacia ellos sin comprender qué pasa.

—Bueno, bueno. Vamos a los videojuegos y luego a comer.

—¡Murphy Reedus, ven aquí!

¿Tienen alguna idea de quién es la que me llama?

Pues sí, es mi jefecita.

Y a juzgar por su grito furioso creo que está más molesta que de costumbre. No entiendo cuál es la manía que tiene de convertirse, todos los domingos, de una mandona despiadada a una mandona gritona. Supongo que es porque el lunes es un pésimo día para todos. Sí, puede ser culpa de eso, pues los lunes son atroces y tortuosos, pero no olvidemos que los miércoles son peores. ¿No me creen? Pues entre los cinco días hábiles que la mayoría de las personas tiene para trabajar o estudiar, el miércoles es el día del medio donde las ansias para que llegue el santo viernes se hacen más grandes y desgarradoras.

Los miércoles son malvados, casi tanto como los lunes.

—¿Qué pasa contigo hoy? —interroga cuando salgo de mi pequeño trance—. Pareces en las nubes...

—Nada, jefecita.

Jamás superaré el tener que llamarla jefecita. ¡Ay de mí!

¡Ay de nosotras, querrás decir!

—Trabaja entonces —sugiere en un sutil tono de advertencia—. Cuando no estás leyendo estás divagando escondida en los rincones de la cafetería. Vaya juventud la de hoy.

Ya empezó con lo de la juventud...

Miro la hora en mi celular, comprobando que ya es tiempo del espectáculo.

Me asomo por el mesón de la cafetería y soy interceptada al instante por Jax. No hay tiempo de reprocharle o buscarle, es él quien lo ha hecho por mí. Me hace un gesto con la cabeza y lo sigo. Thiare y Dell, quienes están tras el mesón también, se colocan a la defensiva, como fieras.

—¿Qué le pasa a este? —pregunta con desdén Thiare. Su tono expele todo el repudio que le tiene.

—Espera —le doy una mirada precavida a mi amiga—. Está bien.

Dell alza una ceja. Y la expresión de Thiare no se queda atrás. Jax lanza un bufido que se mezcla con un gruñido molesto.

—Claro que estoy bien, soy Jax —vomita con arrogancia.

Pongo los ojos en blanco y retomo el camino hasta su conocida mesa, donde diviso una melena ondeada y pelirroja que me da la espalda. Mientras avanzo, más ansiosa me siento. El corazón se me agita con cada paso. Mis manos sudan. La garganta se me seca, por lo que trago saliva para humedecerla y poder recitar las palabras que planeé decirle a Jollie desde que encaré a Jax.

Todo lo que debo hacer es aprontarme a que Jax sea quien hable.

Todo parece en cámara lenta, Jax y yo nos sentamos. Mi cabizbaja hermana aparta sus ojos del celular y alza la cabeza para observarnos.

Entonces, me doy cuenta de algo inesperado.

Ella no es Jollie.

Hago oídos sordos a las palabras que salen de Jax sin poder creer lo que está pasando. Es extraño e irreal.

¿Dónde rayos está Jollie?

El empujón que la pelirroja me da para salir corriendo hacia la salida me despierta del letargo. Vuelvo lentamente a la realidad, solo para encontrar a Jax con el ceño fruncido.

—¿Por qué no dijiste nada? —me reprocha, como si fuese un niño pequeño.

—Esa no era mi hermana... —Mi tono de voz es bajo.

—¿Qué?

—Esa no era mi hermana —vuelvo a decir con más seguridad. Me volteo en su dirección y lo agarro del cuello de su camisa—. ¡¿Dónde está mi hermana?!

Silencio absoluto.

Miro alrededor notando los ojos de todos, tanto de compañeros de trabajo como de clientes, puestos en nosotros. Despliego la peor sonrisa que una persona en problemas puede esbozar y suelto a Jax, acomodando y sacudiendo los pliegues de su (ahora) arrugada camisa.

—Si esa no era tu hermana, entonces no tengo ni puñetera idea de quién sea.

Un «oh» se escucha entre los susurros de la cafetería. Somos el centro de atención. Un pequeño *déjà vu* me hace pensar en la clase de Expresión Vocal.

Noto que Dell me hace una seña para que arregle mis asuntos afuera, antes de que llegue La mano derecha de Lucifer.

No me hago de rogar y le pido a Jax que me siga.

Lanzo un resoplido intentando calmarme.

—Mira: mi hermana dijo que tendría una cita contigo hoy... —mientras hablo mete una mano dentro de sus bolsillos y saca un cigarrillo arrugado, el cual coloca entre sus labios—. Incluso me enseñó tu fotografía.

—No sé —desde el otro bolsillo de su pantalón saca un encendedor. Sin más preámbulo, enciende el cigarro para echarme el humo en la cara luego —. Yo cumplí con mi parte del trato, ahora tú cumple con la tuya.

Estira sus labios y me tira el humo otra vez, sin inmutarse por hacerlo. Le doy un manotazo al cigarrillo y cae al suelo.

—¿De qué hablas, idiota? El trato era hacerme pasar por tu novia... o lo que sea. Además, no intentes cambiar el tema. Le hablaste a mi hermana por WhatsApp diciéndole que te llamas Spencer, le enviaste una fotografía y quedaron de juntarse en una cafetería hoy.

Un incomprendido y molesto Jax achina sus ojos azulados.

—¿Spencer dijiste?

—Sí.

Un haz de luz divina ilumina su rostro.

—Mierda... Ya sé dónde está tu hermana.



Mantengo mis ojos cerrados y me abrazo con fuerza al torso de Jax. Cuando acepté su compañía nunca creí que me enfrentaría a la muerte sobre ruedas; porque eso es una moto. Entre todos los medios de transporte, el que más odio es este; por su velocidad y por los miles de accidentes que protagoniza diariamente. Y eso es meramente una parte. Si tuviese que hacer un ensayo de *Por qué no hay que usar motos* sería bastante extenso.

Finalmente hemos parado.

Jax es el primero en descender. Yo con suerte puedo mover alguna

extremidad. Con un dejo de mofa, me ayuda a quitarme el casco y a bajarme.

—Es aquí.

Salgo de mi enojo para darme cuenta de que estamos a pasos de una cafetería al otro extremo de la ciudad.

—¿Quién es Spencer? —pregunto siguiéndole el paso.

En cuanto mi pregunta termina, Jollie sale deprisa por la puerta de la cafetería, seguida de un chico con el cabello castaño, un escuálido peinado de partidura al medio, lentes negros y gruesos, y pecoso. Él podría ganar el puesto indiscutido del personaje nerd de los libros.

—¡Jollie! —gritamos ambos a la vez.

Mi hermana frena y mira en mi dirección con la expresión más decepcionada de la vida.

Dentro de mi cabeza ya puedo hacerme una idea de qué está pasando.



Observo los cubiertos plásticos sobre la bandeja amarilla hecha del mismo material. Lo que antes contenía unas empanadas de queso, *nuggets* y papas fritas, ahora es un depósito de papeles arrugados que contienen mocos.

Jollie ha estado lloriqueando por su nueva decepción amorosa desde que paramos a comer algo. Esperé que me explicase la situación, pero solo ha estado balbuceando mientras por sus mejillas corren lágrimas negras producto del rímel corrido.

Malas noticias, creo que después de todo sí le rompieron el corazón a mi hermana.

Adiós, premio...

—Ya, ya, Jollie —intento consolarla una vez más—. Hay muchos chicos tontos, por eso no es tan bueno conocer a personas por internet.

Se limpia una vez más la nariz haciendo un sonoro ruido que llama la atención de las chicas de la mesa continua.

—No puedo creer que haya sido tan tonta para caer en la trampa de un

farsante. Imagínate, Murph, se burló de mí ocupando fotos que no eran de él.

—Tal vez se sentía muy avergonzado de su aspecto como para mostrarse tal cual es. Si todo lo que dijo por chat es cierto, incluyendo su nombre, entonces deberías darle una oportunidad. ¿Dónde dijo que te conoció?

—En el asilo Greenburns —gimotea—. Cuando fue de visita a ver a su abuelo.

Desde hace mucho tiempo que Jollie es voluntaria en la residencia para adultos mayores de la ciudad, y últimamente ha estado asistiendo día por medio a cuidar a los ancianos. No tengo la menor idea de cómo se las habrá arreglado el tal Spencer para obtener su número, pero de lo que estoy segura es de que su aspecto de chico inteligente no le sienta para nada.

—¿Por qué estabas con su amigo? —pregunta de pronto.

Hablarle sobre Jax no es una buena idea; como mi hermana es una romántica empedernida se creerá con la determinación de poder cambiar al chico malo, como suele ocurrir. Tengo que inventar algo ya. Debo improvisar de manera creíble para que Jollie no se fije jamás en Jax Wilson.

—Ah, pues... Es una larga historia. Y ese sujeto, con el que estaba, es mi compañero de universidad así que sé cosas malas sobre él.

—Es guapo.

Oh no, conozco su mirada.

—Ni hagas amago de querer conocerlo, Segunda. No te conviene. Lo conozco, sé muy bien que él...

Vuelve a mirarme.

—¿Te gusta? Creí que te gustaba Tony.

—No y no. ¿De dónde sacas eso?

—¿Segura?

Tengo que ponerme seria. Mis párpados caen con aburrimiento.

—Primero, Tony es como mi hermano. Segundo, Jax no puede gustarme porque él es...

—Tranquila, no voy a fijarme en él, ni lo buscaré en Facebook, si te gusta yo lo respetaré. Quiero tomarme un buen tiempo, estar sola, meditar... —los sollozos le llegan como un soplo frustrado en su garganta—. ¿Se

puede tener tanta mala suerte en el amor? ¿Por qué siempre me encuentro con los más deshonestos e irrespetuosos? No lo entiendo. Alguien debería hacer una lista con el chico perfecto, así me la regala...

Jollie sigue chillando y llenando las bandejas con mocos. Yo la miro con un poco de lástima. Entonces, de forma mágica, llega a mí una idea: inventar un par de reglas que me guíen en la búsqueda del chico ideal. Y ¿quién sabe? Tal vez encuentre al candidato perfecto con tres simples reglas...

4
Tutorial para arruinarlo todo

Releo lo que acabo de escribir para cerciorarme que nada esté mal escrito. No puedo creer que siga escribiendo en el viejo diario de vida que tengo de niña.

¿Quién no soñó alguna vez con tener uno?

Creo firmemente que la mayoría de nosotros tuvo un diario, ya sea porque lo recibió para un cumpleaños o porque le fascinaba relatar amoríos fantásticos.

Yo también escribía, pero me di cuenta de que siempre lo terminaba leyendo Finn, así que opté por dejarlo dado que todos mis escondites no eran un reto para el Primero. Mi bocón hermano mayor terminó contándole a todo el mundo mis secretos: que ya había dado mi primer beso, que me atraía el profesor de Deporte, que me encerré con un chico en el armario de las escobas y hasta que fantaseaba con personajes literarios.

Sin embargo, tras todos esos bochornos e invasiones a mi privacidad, puedo decir que he llegado a un punto de madurez donde no me importa tanto que lean mis anotaciones importantes. Además este diario funcionará perfecto para anotar las benditas reglas para mi chico ideal.

—Estando así de seria me recuerdas a tu madre, Murph... Tienes el mismo ceño fruncido.

—No me digas eso o tendré que sonreír más a menudo, abuela.

—¡Señorita! —la abuela se levanta del sofá para caminar con paso de tortuga hacia mí. Extiende su bastón de madera que perteneció al abuelo Edwin y lo pone frente a mis ojos. Su mirada comprensiva y caritativa se transforma. Apego la cabeza al respaldo del sofá mientras suplico que ella no use sus movimientos de karate que tanto presume—. ¡¿Cuántas veces debo decirte que no soy abuela, soy mama?! —dice mientras le sale fuego de sus ojos.

Trago saliva esperando que alguien venga en mi ayuda. Es Saya quien se asoma y nos mira con asombro.

—Suegra, no se estrese o le subirá la presión. Venga, ayúdeme con la cena...

Saya la toma por los brazos guiándola hacia la cocina, pero la abuela opone resistencia. Antes de acceder a la sutil petición de Saya, voltea a verme por encima del hombro y se acomoda su dentadura.

—Te quedas sin cazuela por un mes.

Olvidé decirles que la abuela es un amor, siempre y cuando no la llames abuela. Pero como soy una chica ruda siempre lo hago.

En mis pensamientos, claro.

Miro la hora y me apronto en guardar el viejo diario debajo del sofá. Es entonces que golpean la puerta.

—¡Familia Reedus, ha llegado la doctora especialista en amor!

Esa trastornada chillando es Maya Sonne, estudiante de Psicología y mi amiga (lamentablemente) desde hace años. Vive a dos casas de la nuestra. Su aspecto y efusiva personalidad le ha dado el privilegio de gustarle a miles y miles de chicos con los que habla por internet hasta la madrugada. Por ese motivo tan particular es que la llamé. Maya Sonne tiene a mi candidato indicado, o al menos eso es lo que me ha dicho.

Abro la puerta sin mucho ánimo. La rubia y bien maquillada Maya avanza por la puerta para sentarse en el sofá donde la abuela estaba antes.

—Murph, acomódate —sus ojos hacen un movimiento hacia el sofá donde hace unos segundos reposaba mis nalgas. Por algún extraño motivo me siento como en una terapia psicológica—. Traje la carpeta con cinco candidatos que cumplen tus tres penosas reglas. Cada uno de ellos ha sido analizado por expertos especializados en temas amorosos.

—¿Expertos? ¿Quiénes?

Una sonrisa se dibuja en los rosados y brillosos labios de Maya. Sus ojos están cargados de confianza.

—Por mí, claro —responde con voz apacible—. ¿Quién mejor que yo para presentarte chicos y organizar citas? ¡Pues nadie, corazón! Mamá Maya es la mejor.

—Bueno, ¿quién es el primer candidato?

Me hace entrega de una carpeta verde. Al abrirla compruebo que las hojas archivadas están empastadas cuidadosamente y adornadas con calcomanías de niña pequeña. Alzo las cejas queriendo preguntar el porqué de los *stickers*, pero me contengo cuando una carcajada se escapa de mi interior.

—¿Esto es una broma? —le pregunto sin apartar los ojos de la fotografía de Petyr Sonne, el hermano de Maya.

—Dale otra oportunidad, ¿sí?

Petyr Sonne es un idiota. Estuve babeando por él durante mucho tiempo y nunca se interesó en mí. Resulta que después de que yo perdiera el interés mágicamente comenzó a mirarme con otros ojos. ¿Les suena de algo? Ajá, la típica historia de «te quiero-no me quieres, no te quiero-me quieres». Tuve mi corazón acongojado por mucho tiempo, soñando y sufriendo por Petyr Sonne. No volveré a tropezar con la misma piedra.

—Me niego.

Maya larga un bufido y pone los ojos en blanco.

—Bien, pasa al siguiente entonces —doy vuelta la hoja. Maya se endereza y se inclina esbozando una enorme sonrisa—. Oh, ese es Ashton Black. Es un bombón y estudia Medicina. Creo que él y tú congeniarían perfectamente, ¿sabes? Es amante de la lectura, la música clásica, suele practicar tenis y tocar piano. Además, es millonario.

—Amante de la lectura, ¿eh?

—Sí. Y millonario. Al final de la hoja está su número telefónico.



... La miró de pies a cabeza con desdén. Ante sus ojos no había más que un pájaro asustado temblando por el tormentoso encuentro. Él era el gato. Él era la pesadilla de aquel pajarito. Sus ojos reflejaban el auténtico miedo de su interior, aunque de pronto cambió. Aquel gato notó la transformación de un diminuto pájaro a un halcón feroz. Y lo supo..., supo que ya no había vuelta atrás...

Dejo de leer. Dos zapatillas Converse gastadas aparecen en mi campo visual. Levanto la cabeza y me encuentro con unos jeans gastados, camisa roja a cuadros, chaqueta de cuero negro, manzana bien marcada, barba escasa, ojos profundamente azules y el cabello despeinado; todo eso forma la composición más apestosa que la existencia podrá ver alguna vez.

Jax Wilson está plantado frente a mí, de brazos cruzados y esperando alguna explicación, probablemente. Me hago a un lado, pero él se interpone una vez más en mi camino.

Cierro el libro suplicando paciencia.

—¿Se te ofrece algo, *muggle*?

—De hecho, sí —responde con tranquilidad.

Da un paso al frente quedando aún más cerca. Las puntas de sus zapatillas chocan con mis botas. Por un segundo pienso en retroceder, sin embargo, lo descarto. Yo no seré la ingenua que cae en las redes del *bad boy*, mucho menos de uno tan inescrupuloso. No, claro que no. Yo seré la chica que conseguirá al protagonista más admirable de todos los tiempos.

Bien... ahora baja de la nube, corazón.

Calla cabeza.

—Quiero lo que quedó pendiente entre nosotros —continúa.

—Mira... —examino cada centímetro de su rostro buscando la palabra perfecta para describir a un ser cerebralmente inferior como Jax, pero no es de buena persona denigrar tanto a las moscas—. Sé lo que quieres, pero no. No tendré una noche lujuriosa contigo por muchas razones, una de ellas es que no estaba en el trato y tengo más dignidad de la que crees. Los libros y las películas están llenos de cosas de este estilo, ¿sabes? —respiro hondo y me acomodo junto a él. Extiendo mi brazo por su espalda y le doy un abrazo como algún amigo haría. Extrañamente él no se aparta, sino que parece bastante interesado en mis palabras—. Te diré algo importante, puesto que si nos llegamos revolcar ocurrirán dos cosas: 1) deduzco que me tenderás una trampa, o me grabarás o me sacarás fotos en plena cama, entonces lo subirás a internet y mi vida será un desastre. 2) nos acostamos y mágicamente nos enamoramos porque nuestro encuentro corporal fue tan mágico e inolvidable que quedará grabado para siempre. En cualquiera de las dos opciones mi vida será un desastre, así que prefiero pasar.

Un silencio adormece la atmósfera entre ambos por unos segundos, hasta que parece reaccionar haciéndose a un lado.

—Eres rara.

—Gracias. Y ahora que sabes lo que posiblemente ocurrirá entre nosotros no vuelvas a hablarme. Adiós.

Coloco el libro bajo mi brazo y acomodo su ropa, palmeando su pecho cuando termino de hacerlo. Su atónito rostro es digno de una foto.

Le doy una sonrisa y paso junto a él. Pero entonces, una fuerza casi sobrenatural traída del más allá me empuja desequilibrándome tanto física como mentalmente. A lo único que atino antes de caer al suelo es a aferrarme a lo más cercano. Agarro el brazo de Jax con fuerza y él me sostiene por la cintura.

Genial, tendré que quemar mi chaqueta junto con el diario de vida.

Ya estando estable suelto su brazo. Él parece disfrutar del momento, una mirada de advertencia basta para que me suelte.

—Lo siento, no fue mi intención.

Ambos volteamos para mirar al culpable.

—¡Tony! —un grito exagerado se me escapa al ver a mi vecino adolescente en la universidad. Con los ojos bien abiertos y una expresión seguramente tan sorprendida como la mía, Tony mueve sus labios sin pronunciar palabra—. ¿Qué haces aquí?

—Vinimos a ver la universidad con el profesor de Orientación —responde y camina en mi dirección. Ya estando lo suficientemente cerca, extiende sus brazos para estrecharnos en un abrazo.

—Entonces Chloe también debe andar por aquí...

Se le escapa un jadeo y al separarnos compruebo una extraña expresión en su rostro.

—Está corriendo de lado a lado viendo a chicos con sus amigas.

—Oh, pobre Tony —se burla Jax con un fingido tono de compasión.

Mi vecino y yo lo miramos con recelo. Si no hubiese hablado ni siquiera recuerdo que estaba hace un momento hablando con él. Tony frunce el ceño haciendo énfasis en su curiosidad.

—¿Este es el idiota de la cita? —pregunta.

—Sí —asiento. Jax se cruza de brazos a mi lado mirándonos—. Ahora

quiere que me acueste con él. ¿Puedes creerlo?

De nuevo mi vecino repasa con la mirada la figura de Jax. Ambos parecen examinarse al mismo tiempo, pero es Tony el que toma la palabra primero, dejando al unicelular con la boca entreabierta.

—No creo que este viejo dure mucho... Ya está muy usado.

Una sonrisa se dibuja en el rostro de Jax.

—Esos temas no los debería hablar un niño inexperto y virgen.

—¿Usas la palabra «virgen» como ofensa? Qué malo que eres, Jax —digo sin dejar de lado mi tono satírico.

Tony se echa a reír.

Es cuando seca una lagrimilla del rabillo de su ojo, que un imponente grito salido del mismísimo inframundo aclama su nombre. Los tres giramos en dirección a la voz de instructor militar y encontramos a un sujeto bajito vestido con un esmóquin.

—Debo irme. Nos vemos luego, Murph —Tony se despide y luego mira a Jax, y le hace un gesto tímido con la cabeza.

Ya a una distancia prudente, Jax carraspea.

—Lindo amigo. ¿Cómo fue que te diste cuenta de que te gusta?

La pregunta hace eco dentro de mi cabeza provocando un choque eléctrico que me recorre toda la espina dorsal. Hago una pequeña súplica para no verme impresionada, aprontándome a todo gesto de debilidad frente a Jax.

—A él le gusta mi hermana.

—Entonces es un amor no correspondido... Qué pena tu vida, Chica Suicida. Eso explica por qué intentabas matarte aquella vez.

—Calla, Tenorio.

La campana de la torre retumba; es hora de volver a clases.



Al finalizar la siguiente clase tendré mi primera cita real en mi vida, porque sé que las citas imaginarias no se pueden calificar como una. No sé muy bien qué esperar, porque de seguro no será igual a las que juego en Los

Sims. ¡Ahí soy una experta! Lo bueno es que cuento con todo el apoyo de Maya para aconsejarme cuando esté en algún aprieto... y si algo malo pasa usaré mis habilidades teatrales.

Todo marchará bien, ¿entonces por qué siento que algo me falta?

Veamos...

¿El libro nuevo?

¿Dar las gracias por el desayuno? ¿La tarea de Cultura? ¿Cepillarme los dientes? ¿El celular?

—Mierda...

Me petrifico mirando la pizarra. Suerte que la profesora no ha escuchado mi grosería, aunque al parecer mi compañera de asiento sí, pues me observa algo confundida. Vuelvo a enterrar mi nariz en el cuaderno sin darle mucha importancia a lo que piense de mi reacción.

Veamos... Estoy cien por ciento segura de que llegué a la universidad escuchando música desde mi celular. Lo guardé, eso es seguro.

Busco en mi bolso: nada.

Busco en mis bolsillos: nada.

Lo más seguro es que se haya caído cuando Tony me chocó... o que alguien por arte de magia oscura lo extrajera de mi bolsillo sin que me percatara.

¡Rayos! Y tenía tantos libros en PDF allí...

Son los golpes en la puerta los que me hacen volver a la realidad.

—Vengo a dejarle esto a Murph Reedus. ¿Está aquí? —Jax se asoma por la puerta y me enseña, con una maliciosa sonrisa, mi celular.

La profesora le hace un gesto para que pase a dejármelo, cuando noto el mismísimo rostro de Hades esbozando una sonrisa. Ya junto a mí, deja el celular en mi mesa y vuelve a sonreír.

¿Por qué siento que todo se ha arruinado?

Dejo el celular sobre la mesa y me cruzo de brazos apoyando la espalda en la silla. Sé que es un gesto un tanto estúpido, pero por unos segundos he tenido la vaga impresión de que, si observo con detenimiento el celular, encontraré algo diferente. Quizás mirarlo con otra perspectiva me ayude a hallar algún indicio de las peligrosas garras de Jax Wilson.

Sin embargo, no hay nada; no parece que haya leído mis mensajes,

eliminado alguna cosa, robado otras... Todo está intacto. Incluso las conversaciones por WhatsApp.

De todas formas algo me da mala espina, quizás este idiota le colocó a mi móvil un explosivo que se activa al sonar el timbre de salida. Tal vez, Jax les pidió a los chicos del Departamento de Tecnología que lo hiciesen a cambio de consejos para atraer chicas y chicos, o qué sé yo.

De ser así, estoy lista para lanzar mi celular —con el dolor de mi alma — por la ventana.

Relájate, pienso.

Es verdad, quizá Jax tuvo compasión esta vez y decidió entregarme el celular libre de daños y sin exigir algo a cambio.

¿Pero a quién rayos engaño? No creo que Jax sea el alma caritativa que deje pasar algo así.

Me pongo en alerta cuando el timbre resuena. Por lo menos el celular no explota.

Por otro lado, ha llegado el momento de mi cita.

Estoy más nerviosa.

Lo poco y nada que hablamos con Ashton Black fue para ponernos de acuerdo sobre nuestro encuentro. Él decidió ir a un restaurante donde aseguró que la comida es una delicia. Aunque al comienzo rechacé la idea, puesto que es un lugar muy elegante para una primera cita de adolescentes, Ashton me convenció cuando comentó que el restaurante es de su familia.

Tuve que decirle adiós a las típicas citas en cines, parques de diversiones, agarrones de manos en la casa embrujada y gritos eufóricos en la montaña rusa.

Todo saldrá bien.

Salgo de la sala de clases buscando a Ashton. Admito que una parte de mí también piensa en buscar a Jax para preguntarle qué artimaña maligna ha planeado hacerme.

Me levanto en puntillas y miro hacia todos lados, a ver quién de los dos aparece primero.

—Murphy Reedus, aquí estoy.

Contengo la respiración unos segundos hasta bajar mi vista en dirección a la apacible —y un tanto chillona— voz que busca llamar mi atención.

Dentro de mi campo visual nadie parece prestarme interés, por lo que bajo un tanto más la cabeza para encontrar a alguien idéntico a Ashton Black... pero mucho más bajo de lo que aparentaban las fotografías.

Hago un esfuerzo sobrenatural para lucir lo menos sorprendida posible. Maya olvidó mencionar que Ashton es pariente de Los Pitufos, pues este me llega con suerte (y probablemente gracias a sus zapatos) a los hombros.

—¿Ashton Black? —pregunto, mientras en mi interior ruego que diga que es su hermano gemelo, o algo por el estilo.

Él asiente con un efusivo movimiento de cabeza, lo que me hace añicos toda esperanza.

Sonrío... o más bien, hago el intento de esbozar una sonrisa cordial.

—Es un placer.

Sí, uno muy diminuto.

Ya basta. No seamos seres superficiales que se fijan en el físico. Murph Reedus, no eres una chica así; tú ves el interior de las personas, por eso tienes tan buenas amigas. Amigas, que por cierto, te han hecho la ley del hielo por largarte del trabajo con el Casanova de cuarta.

En fin..., ¿en qué iba?

Ah, claro. El físico es lo de menos.

—Bueno, ¿nos vamos?

—Vamos, muero de hambre.

—No te decepcionarás, la comida es exquisita.



El restaurante de la familia Black parece mucho más común de lo que imaginé. Creí que sería un lugar donde los multimillonarios degustan la comida y hacen sus negocios mientras hablan con chistes malos que nadie entiende. Pero, contra todo pronóstico, resulta ser lo contrario.

Al entrar, Ashton Black me guía hasta una mesa con vista privilegiada: desde ahí es posible contemplar un parque lleno de flores y árboles. Mientras llego hasta la silla —que el mismo Ashton acomodó para que me

sentase—, seduzco a mis ojos contemplando la decoración; las sillas son de madera oscura y combinan con el piso flotante, las mesas están cubiertas con manteles de colores pasteles y hay lámparas que cuelgan del techo y que entregan una luz tenue. Por otra parte, los garzones visten un uniforme similar al de la cafetería y los dos guardias que hay en la entrada parecen personas bien preparadas para su puesto.

Dejando de lado mi primitivo pensamiento sobre Ashton, puedo decir que el final de esta cita puede salir de maravilla.

Tras leer el menú, pedimos nuestros platos. Cuando llega la entrada, Ashton se anima a preguntarme sobre mi carrera. Así pasan los minutos en una fresca charla. Ya para el postre nuestra plática ha sido un debate amistoso sobre diferentes libros de temática clásica, las similitudes de la Medicina y el Teatro, y las mejores sinfonías de Beethoven.

—Me sorprende lo bien que congeniamos, Murphy —comenta Ashton, dejando la copa de vino junto a su brazo. Me brinda una sonrisa y continúa hablando—. Es difícil encontrar a alguien que aprecie a Beethoven tanto como yo.

—Sí, suena extremadamente raro. Deberían existir más jóvenes que aprecien su música.

—Es lo único que...

De pronto se escuchan unos gemidos. La reproducción violenta de orgasmos exagerados contamina el ambiente, las personas comienzan a vernos. A mi cita no le hace ninguna gracia.

Alzo una ceja y busco el origen del ruido, pero no lo encuentro.

—Creo que alguien te está llamando —informa Ashton como si las palabras le pesaran.

Imposible, «Für Elise» es el tono de llamada de mi celular.

Saco mi bolso del respaldo de la silla notando que el volumen de los gemidos se intensifica. Abro el bolso y veo mi celular con la pantalla encendida y la llamada entrante de un número desconocido.

Corto al instante, avergonzándome de estar presumiendo mi conocimiento en música clásica cuando mi celular sonaba con una grabación de película porno. Claramente hay un solo responsable: Jax Wilson.

¿Cómo ha podido burlar el patrón de seguridad?

—Lo siento.

No soy del tipo de chica que va como tomate por la vida cuando situaciones así pasan; hoy, por el contrario, soy una caldera caliente.

—No te preocupes —Ashton hace un gesto despectivo cuando, con timidez, dejo el celular junto al postre a medio comer.

Se produce un silencio incómodo, pero solo dura un par de minutos porque vuelven los gemidos.

Pongo el celular en silencio, pero las llamadas entrantes insisten, causando que repase dentro de mi cabeza la posibilidad de agarrar mis cosas y huir lo más lejos posible para enterrarme.

—¿Por qué no contestas? —sugiere Ashton con una sonrisa forzada.

Me levanto del asiento con mi bolso y celular en mano. Me apronto a entrar al baño ante las miradas de todos los curiosos que alcanzaron a escuchar mi tono de llamada. Miro mi roja cara en el enorme espejo pegado a la cerámica y respiro hondo.

Ni siquiera he contestado, pero me hago una idea de quién es.

—Jax —contesto. Una carcajada burlona se escucha desde el otro lado de la línea—. Debí saberlo. ¿Qué pretendes hacer con arruinarme la cita, idiota?

—Así estaremos a mano. Y todavía no te muestro lo mejor.

—¿Acaso eres un niño pequeño? Escucha, deberías estar agradecido de mí, porque al menos un domingo te ahorraste la posibilidad de contagiarle alguna enfermedad venérea a una pobre mujer ilusionada. O mejor para ti, que evité la posibilidad de que caigas más en el estado depresivo que, probablemente, el sexo casual te deja después de hacerlo. Soy una mujer benevolente, ahora deja de llamarme.

Corto.

Derrochar palabras en Jax es más cansador de lo que pensé que sería. Lo cierto es que no hay mejor placer que decir lo que pienso sin tapujos o reclamos de su parte, pues apenas lo dejé hablar. ¿Qué es lo que puede seguir? Probablemente, y si mis intuiciones no fallan, ya está en el restaurante para hacer mi día peor del que ya es.

Salgo del baño y guardo el celular dentro del bolso. Cuando mis ojos

dan con los de Ashton, este esboza una sonrisa de fingida cordialidad, quizás igual a la mía cuando lo vi por primera vez. Él ya no me quiere aquí, pero no puedo marcharme sin darle una explicación. Existe la remota probabilidad de que me crea y comprenda.

Claro que todo está en mi contra hoy.

Me dejo caer sobre la silla moviendo la mesa por error, provocando que algunas gotas de vino caigan sobre su ropa. Él parece maldecir en silencio y buscar algo con qué limpiarse.

—Escucha, Ashton —le hago entrega de una servilleta de tela que hace juego con el mantel—. Creo que deberíamos continuar con la cita en otro lugar.

Ashton detiene su innecesaria sesión de limpieza para observarme.

—¿De qué hablas?

—Es un lugar genialoso, pero hay alguien que...

—¡Murphy!

Oh, mierda...

La figura singular de Jax se sitúa junto a nuestra mesa. De reojo veo que Ashton alza su cabeza para contemplar al unicelular de pie a nuestro lado.

—Así te quería pillar, Murph.

¡Y comienza la hora de actuación, señores!

Lentamente me giro para observar a mi compañero de Expresión Vocal, solo para descubrir con asombro que no tiene la expresión malévola tan propia de un espécimen como él. No, señores, Jax Wilson ha usado su segunda neurona para arruinar mi cita de una forma que no pude prever. Sus ojos están inyectados de sangre y lagrimean, sus labios están ligeramente hacia abajo y sus cejas... Por Dios, Jax es la representación clásica del borracho despechado.

—Lo negaste una y otra vez, pero acá estás. Mentirosa, jugaste con mi corazón ayer, cuando dijiste que me eras fiel... ¿Tienes alguna explicación para... —mira con incredulidad la mesa y a Ashton—. ¿Esto? Yo te amo, te regalé un anillo y así me pagas. ¿Tanto te gusta ver mi corazón pisoteado una y otra vez?

Sé que es tu enemigo y todo eso... pero admite que actúa de maravilla.

Silencio, cabeza.

—¿Lo conoces? —Ashton me mira confundido.

—No —miento—. Debe ser alguien que...

—¡Murph, no mientas más! —exclama con dramatismo—. Amor, no me hagas esto... —Jax seca una de sus falsas lágrimas—. Ahora resulta que te gustan los ricachones, ayer eran los rudos... antes de ayer los deportistas musculosos. ¡Amor, no puedo entenderte!

Trago saliva buscando una respuesta. Ashton Black llega a la cumbre de su paciencia.

—Está todo el mundo viendo... —dice en tono bajo, más que ofendido —. ¡Guardias! ¡Guardias, saquen a estos dos de aquí!

—¿Qué? Espera, Ashton, solo es una broma de él.

Miro la entrada del restaurante. Los dos guardias vienen hacia nosotros dando zancadas cual gigantes. Mi pecho se contrae cuando me imagino siendo arrestada en un auto de policías por armar escándalo en un lugar público. Me levanto de golpe y siento la mirada de Jax sobre mí. Lo miro a sabiendas de que por su culpa ambos estamos en problemas.

Los dos gigantes están cerca. Jax me hace un singular ademán con la cabeza y agarra las copas con vino. Entonces, en unos segundos, les lanza el líquido a los guardias, agarra mi mano y emprende camino hacia la libertad.

Corremos una cuadra antes de detenernos.

—¡Eres la persona más idiota que he conocido en mis diecinueve años!

Apoyo mis manos en las rodillas en un intento por apaciguar mi respiración agitada. Jax se echa a reír cuando me observa en un estado tan malogrado.

—Deberías hacer más ejercicio. Y deberías estar agradecida, te salvé el culo de un esnob. Soy una buena persona, Murph.

—Estaba todo perfecto hasta que llamaste —acomodo mi ropa y lo miro de pies a cabeza—. ¿Cómo hiciste todo eso?

—¿Hacer qué?

—Cambiar mi tono de llamada y llegar al restaurante.

Una sonrisa arrogante se dibuja en sus labios rojos.

—Tengo mis medios, cariño. Creo que ahora sí estamos a mano.

Aprieto los dientes con fuerza hasta hacerlos rechinar. La victoriosa expresión de Jax es más desesperante de lo que pensé. Hago un esfuerzo

casi sobrenatural por no dejarme llevar por el deseo de golpearlo, pero lo hago: tomo mi bolso y lo estrello contra Jax con todas mis fuerzas. Él se queja cubriendo su cabeza.

—¡Esto es violencia!

Antes de dar el siguiente golpe, un pensamiento me cruza por la cabeza y me detengo.

—Tienes razón, la violencia no arregla las cosas. Adiós.

Respiro hondo y me cruzo el bolso. Le doy una última mirada a Jax y salgo del callejón donde dimos a parar de tanto correr. En cuanto salgo, una mujer de cabello castaño hace su aparición entre la multitud. Sus ojos dan con los míos. Doy un paso hacia atrás, pienso en huir, pero ella se apronta a nuestro encuentro.

—Murphy..., mira qué grande estás —dice con timidez.

Es Margary, mi madre.

5
La ley de Murphy

—¿Y usted?

Un sutil movimiento de cabeza es la respuesta más agradable que le doy a la mesera cuando se acerca. Puedo sentir la mirada de Margary sobre mí, examinándome, pensando quizá qué cosas.

Luego de encontrarme con ella en plena calle, tras sufrir la peor indignación que alguien como yo puede pasar, llegó este fortuito evento que me demostró que estaba totalmente equivocada. La peor indignación que puedo pasar es esta.

—Entonces... —acomoda sus manos sobre la mesa, sonríe. La pausa que hace me es incómoda—. ¿Cómo estás?

—Eh... ¿Bien?

Ojalá alguien pudiese rescatarme de esta situación. No sé, tal vez una llamada, un mensaje...

¿Nadie? Está bien.

—¿Te ha ido bien en la universidad? —respondo asintiendo con la cabeza, en tanto doblo una de las servilletas que saqué del centro de la mesa. Me quedaré en silencio hasta que este encuentro acabe—. ¿A Gregory le está yendo bien en el trabajo?

Asiento otra vez.

Reencontrarme de casualidad con mi madre biológica es como si hubiera visto a un ex que me puso los cuernos, aunque claro, multiplicado por mil. No sé si debería llamarla «mamá», pues creo que una madre no solo es la que te lleva dentro por nueve meses, sino la que te cría y está contigo durante los momentos buenos y malos. Margary nunca estuvo allí para mí, ella es una completa desconocida. Tampoco sé si debería tutearla o tratarla con honoríficos. Todo es tan extraño y frustrante.

—¿El de antes era tu novio?

—Jax es...

Momento, Murph, usa la parte funcional de tu cerebro.

Carraspeo, acomodando mi trasero en la silla. Por un milisegundo me atrevo a mirarla y vuelvo a clavar mis ojos sobre la servilleta que arrugué al escuchar su insípida pregunta.

—Sí, es mi novio. Y acabamos de discutir, quizás sea mejor que vuelva con él antes de que haga algo estúpido. Es una persona muy impulsiva, sobre todo cuando se molesta. Gracias por la invitación, pero creo que deberíamos dejarlo para otra ocasión (que espero no llegue jamás).

Tomo mi bolso y emprendo mi camino hacia la puerta de la cafetería. Paso junto a la mesera que nos atendió hace unos minutos.

He tenido días malos y este.

Sí, este supera a todos los demás por mucho.

La historia con Margary es turbulenta desde el inicio.

Papá y ella se conocieron en un bar, conversaron, bebieron demasiado alcohol y se aventuraron a conocerse en una barata habitación de hotel. Nueve meses después, una bebita llorona y calva nació. Margary no la quería. Ella no la quiso nunca, pero papá le rogó y llegaron al acuerdo a cambio de una suma de dinero, algo así como un vientre comprado. La bebita llorona, ahora con algo más de cabello, se crio hasta los cinco años con una madre que no pasaba en casa. Ya a los seis años la niña llorona se fue a vivir con su padre, donde finalmente encontró a unas personas que no la trataban como una piedra en el zapato, sino como una más de ellos. Y aunque su único vínculo era su padre, nadie nunca la juzgó.

Fin.

Escucho los jadeos de Tony al entrar por la ventana. Desde mi posición en el suelo puedo ver que su pie está enredado en la cortina, por poco no se cae. A tropezones llega a mi lado, y se recuesta también.

—¿Por qué esa cara?

—Es la única que tengo.

—Vaya humor, Murph. ¿Qué pasó con la cita?

Muevo mis labios como un caballo relinchando. Decirle que mi día fue un infierno desde que apareció Jax es una historia demasiada larga.

—Estuvo bien —me limito a decir—. Al final terminé encontrándome con Margary. Me invitó a tomar café y... No sé, inventé algo para evitar conversar con ella.

—Murph...

El tono con el que ha dicho mi nombre me ha sonado igual al de Saya, por lo que puedo hacerme una idea de qué piensa decirme. Tanto él como mi madrastra quieren que deje de evitar el tema de mamá, aunque claramente no quiero hacerlo. Creen que darle una oportunidad a esa mujer es buena idea. Sé que todos tenemos el derecho de enmendar nuestros errores, pero no quiero escuchar sus lamentos.

—No digas nada.

—Murph, no seas así. Es tu mamá, al fin y al cabo.

—¿Qué pasa? ¿Ahora tú también me darás el sermón del perdón y eso? No quiero oírte, vejestorio.

Tony se echa a reír y pellizca mi mejilla.

—¿Sabes?, creo que ya descubrí cuál es tu punto débil.

—¿De qué hablas? —volteo, usando mis brazos como almohada, de modo que quedamos frente a frente.

Por un momento no entendí de qué hablaba, luego recordé que hace un par de días hablamos sobre las personas cosquillosas. Tony es cosquilloso del cuello, piernas, tríceps, cintura, pies y no recuerdo dónde más.

—Ah, las cosquillas. ¿Cuál crees es que mi punto débil?

—Tus pies, pero no correré el riesgo de tocarlos.

Abro la boca, ofendida. Él achina sus ojos incursionando dentro de mi cabeza para que responda si es así o no.

—Mis pies huelen mejor que los tuyos —recrimino, girando mi cuerpo y colocándome encima de él. Frunce el ceño al sentir todo mi peso y se cubre con los brazos para que no le haga más cosquillas. Se encoge de hombros, sonriendo mientras hago un intento por destrozarlo con mis dedos juguetones. Sin embargo, la frase de Jax rebota en mi cabeza y me petrifica.

«Entonces es un amor no correspondido...»

El sonido que ha hecho mi corazón probablemente ha llegado hasta los oídos de Tony, pues me mira con los ojos sumamente abiertos. Dejo de respirar unos segundos. Mi sangre se acumula en las mejillas y un calor

apabullante me consume. Los ojos de Tony viajan por todo mi rostro, sonrojándose también. El silencio de la habitación hace que solamente se escuchen los gritos de los trillizos en la lejanía. Siento cómo la respiración de mi amigo se acelera. Abre sus labios y yo los míos, pero no decimos nada.

¿En qué momento las risas se transformaron en silencios?

Tengo miedo.

—Murphy Ludwig Reedus, ¡¿qué haces fornicando en mi casa?!

Ahora ten miedo, pequeña Reedus.

Papá entra en la habitación y me aparta de Tony agarrándome como un trapo sucio. Mi vecino se levanta de golpe, más pálido que una hoja de papel. En segundos, el resto de la familia llega para asomarse por la puerta.

—Se-señor Reedus, no estamos haciendo nada malo —titubea Tony, acomodándose la ropa. Sus ojos se desvían hacia la puerta donde una sorprendida Chloe lo mira.

—Tony, yo pensé que eras un muchacho decente. —Papá se agarra el tabique de la nariz, negando con la cabeza, ya saben, para verse más ofendido y darle más drama a la situación. Gira en dirección a la puerta, espantando a los espectadores—. ¿Quién dejó entrar a este cochino?

Los nueve niegan con la cabeza.

Me cruzo de brazos y carraspeo, llamando la atención de mi padre.

—Papá, baja las revoluciones que solo estábamos jugando. Y fui yo la que estaba encima de Tony haciéndole cosquillas. Y yo lo dejé entrar.

—¿Eso es cierto, Tony?

—A-así es, s... s-señor Reedus. No estaba pasando nada entre los dos y nada nunca pasará.

Auch.

—¿Cómo puedo estar seguro de ello? —inquiere papá, caminando hacia él.

—Po-porque a mí me gusta Chloe.

—¿¡Primero Murph y ahora Chloe!? Eso es aún peor de lo que creí... —murmura papá falto de aire. Se tambalea hasta mi cama, pero cuando Tony y yo pretendemos acercarnos para ver si se encuentra bien, alza su cabeza mirando a la abuela—. Mamá, préstame el bastón de papá. Hoy haré

guardia y mañana mismo vamos todos a comprar materiales para enrejar todas las ventanas de la casa.

¿Alguna vez escucharon sobre la ley de Murphy?

Papá debió estar pasado de copas cuando decidió bautizarme con aquel nombre, pero creo que me calza perfecto.

Si algo puede salir mal, saldrá mal.

De eso se trata mi vida.

6
Invitación

Me quito los audífonos en cuanto papá detiene el furgón.

Mi padre nos ha traído a todos los Reedus, apretados como sardinas, al centro comercial: vamos a comprar los materiales para instalar las defensas a la ventana por donde Tony frecuentaba entrar.

El lado positivo es que Saya lo convenció de no enrejar toda la casa. Aunque no tuvo mucha suerte con persuadirlo para que me dejara dormir sola anoche.

¡Tan tercos que pueden ser los hombres!

Tony no hizo más que marcharse tras la orden de papá.

Y así, un sábado por la mañana, todos nos levantamos para una salida que seguramente no terminará bien.

No quiero ser pesimista, ni mucho menos hablar mal de Los Locos Adams, pero siempre que salimos todos juntos ocurre algo malo (solo recuerden el incidente con los trillizos).

Pues no quiero ni imaginar qué ocurrirá hoy.

—Andando, chicos, no vayan a separarse.

Los diez seguimos a papá por todo el estacionamiento hasta llegar al centro comercial, donde nos plantamos como estatuas en la entrada, causando una pequeña conmoción entre las personas que entran y salen. El mal humor de papá aumenta cuando un hombre se queja de nosotros; él pretende responderle, pero Saya lo detiene. Lo toma del brazo y le dice algo al oído. Con el ceño fruncido y la frente más arrugada que la abuela, asiente.

—Me parece bien —dice—. Hagan lo que se les antoje y estén atentos a sus celulares, en cuanto me desocupe los llamaré para comer algo.

Los más pequeños lanzan un grito de celebración —los trillizos, Amira y Emer— y se marchan con Saya de camino a la juguetería. Noto que la

abuela le da unos codazos a Jollie y luego carraspea.

—¿Qué pasa, mama? —pregunta mi hermana, inclinándose un poco hacia ella. Los años definitivamente no pasan en vano y el hecho que nos encogemos en la vejez es cierto, basta ver a la abuela.

—Quiero ir a ver unas lindas pantis, ¿me acompañas, nieta preferida?

Chloe da un grito ahogado y adopta una evidente expresión de ofensa ante las palabras de la abuela, quien recae también en sus palabras y la mira.

—Tú también eres mi nieta preferida, Chloe, solo que Jollie llegó primero.

Finn se echa a reír señalando a Chloe.

—Pobre Chloe, la única persona que te quiere es Tony.

Molesta, se cruza de brazos, aunque en sus mejillas se hace evidente el rubor.

¡Genialoso! Justo cuando estaba olvidando haber sido rechazada indirectamente por Tony, llega Finn para *refregármelo en la cara.*

Estoy en la *friendzone* y nada podrá sacarme de allí.

—Chicos, no discutan —Jollie habla para calmar los aires—. Te acompañaré, mama. Vamos.

La abuela toma con un brazo a Jollie, mientras que con el otro lleva el bastón. Se giran en dirección a la tienda de ropa interior más cercana y se pierden entre las personas.

Finalmente, Finn, Chloe y yo quedamos solos.

—¿A dónde vamos?

Chloe y yo nos encogemos de hombros. Finn entrecierra los ojos y se pone a examinar nuestro alrededor, hasta que un chillido de Chloe lo distrae.

—¡Vamos a ver los videojuegos, por favor! ¿Sí? Quiero probar los que tienen en el mostrador... ¡Por favor! —junta sus manos y entrelaza sus dedos como haciendo una oración.

Finn me lanza una mirada buscando mi respuesta ante la sugerencia de Chloe, pero me limito a responder:

—Bien, vamos.

Sigo los pasos de mis hermanos y veo cómo ambos hablan

animosamente de juegos para ordenador de los que no tengo la menor idea. Nunca he sido una experta en esa materia. Lo mío son los libros y lo demostré cuando aposté poder leer trescientas cincuenta páginas en un día. Dejé sin habla a Jollie y Finn cuando supieron que gané la apuesta de comer testículo de ternero. Aún recuerdo su cara mientras engullían aquel plato. Eso quedó para el recuerdo en una fotografía de los dos vomitando. Ahora que lo pienso, creo que fue culpa de ellos dos que los baños dejaran de funcionar correctamente.

Cuando llegamos a la tienda, Chloe se apresura en ir a los juegos. Finn le sigue los pasos y los dos se ponen a jugar, pero es ella quien se lleva la victoria. El grito de lamento de Finn llama la atención de las personas que andan por la tienda, incluyendo a los empleados. Niego con la cabeza en cuanto Finn grita como un pájaro en apareamiento, pues más personas curiosas comienzan a acercarse. Desconocidos toman el puesto de mi hermano y piden jugar contra una eufórica Chloe, quien pareciera haber consumido un litro de bebida energética.

Luego de un par de minutos ya le ha ganado a cinco personas diferentes.

Cuando derrota al último, uno de los empleados se aproxima a ella y acepta el desafío de quitarle el puesto.

La curiosidad me supera y me acerco para ver el nombre del inexpresivo empleado, el cual toma el mando entre sus manos y comienza a elegir el personaje que ocupará contra mi hermana.

«Allek Morris», dice su placa.

Su nombre no le viene en absoluto. ¿Pero quién soy yo para juzgar los nombres de las personas? Basta con leer el mío para pensar que soy un chico, pues mi nombre no es para una linda, sensible, honesta e inocente chica como yo.

Ja, creo que desperté de buen humor. Ríanse, porque es el último chiste que haré...

El silencio emerge cuando el juego comienza. Un choque de miradas desafiantes es el único contacto que hay entre Allek y mi hermana. Las campanas para iniciar la primera ronda se escuchan por la sala. Los personajes se mueven de un lado a otro, saltan, lanzan poderes y gritan. Se siente la tensión.

Un grito de victoria enardece a la multitud.

Chloe ha vuelto a ganar, pero el sujeto inexpresivo no queda conforme con su derrota y le pide la revancha.

Mejor larguémonos de acá...

Le hago caso a mi conciencia y me abro paso entre las personas que aplauden el desempeño de mi hermana menor. No sé de qué lugar sacó su habilidad para los videojuegos, pero seguramente sería una grandiosa youtubera. De todas formas —tos, sarcasmo, tos—, es lo que está de moda últimamente. Aunque ciertamente no soy una consumista de internet, me he percatado de que un resplandeciente futuro como youtubera no está del todo mal. Bah, para qué divagar sobre ello, yo soy mejor moderando en foros y escribiendo cosas que nunca termino.

—¡Oh, rayos!

Miro a una chica que, de rodillas en el piso, recoge unos papeles. Su rostro es pálido, su cabello es de un rubio alborotado y su ropa desaliñada me recuerda a alguien. Me agacho a su lado para ayudarla junto a otras dos personas.

Les da las gracias a los dos desconocidos, y cuando le entrego los papeles cambia su expresión.

—¡Murphy! —exclama, riendo con más naturalidad—. Cielos, no creí que te encontraría aquí.

—¿Qué te pasó, Michi? —curioseo, ayudándola a levantarse.

Ella resopla.

—Vine a imprimir unos trabajos de la universidad y pues... tropecé. Oh, cierto, el saludo.

Deja los papeles bajo su brazo y me extiende una de sus manos para comenzar a hacer nuestro saludo de La hermandad Notrux, en referencia a la saga de la que ambas somos fanáticas. Correspondo a su saludo secreto con expresión solemne.

Michelle Wallas, o Michi —como todos la llaman—, es parte de un foro sobre *Más allá de la Tierra*; saga de libros que narra la historia de dos amigos que viajan por el espacio descubriendo constelaciones, estrellas y nuevos planetas. Si bien está catalogado como un libro para niños, a nosotras nos encanta. De hecho, somos las únicas dentro del foro en tener

más de dieciocho. Dentro de la página administramos diferentes tópicos y creamos un saludo secreto para poder reconocernos. Aunque nuestro saludo es bastante ridículo ante los ojos de los demás, para nosotras es algo casi religioso. Ya son casi dos años desde que nuestra amistad virtual surgió y, viviendo dentro de la misma ciudad pero asistiendo a universidad diferentes —ella está en una mucho más prestigiosa que la mía—, nos juntamos de vez en cuando para charlar de la vida.

—¡Murphy!

Agrando mis ojos al escuchar la chillona voz de Maya. Michi y yo nos giramos en su búsqueda, y la vemos dando saltitos y haciendo señas.

—¡Mamá Maya está aquí, corazón! —extiende sus brazos para luego apretujarme con ellos. Luego mira a Michi; ella se encoge de hombros y se estremece con temor—. ¡Hola! Soy Maya, la mejor amiga de Murphy, su consejera en el amor, la luz de sus ojos y probablemente la futura psicóloga de sus hijos. Un gusto.

Michi me mira de reojo, después mira la mano extendida de Maya.

—Ah, yo soy Michi —responde, estrechando sus manos.

Maya agita las manos con entusiasmo y luego la abraza como si la conociera de toda la vida.

—¡Genial! —exclama Maya—. Fíjense, somos el *Team M*. La pasaremos de maravilla hoy en el bar.

—¿Bar? ¿De qué hablas, Maya? Ya te dije que dejaras de fumar esas cosas raras que Petyr te da.

Maya me lanza una mirada de pocos amigos y se dirige a Michi.

—Cada viernes vamos con mis amigos de la universidad a charlar de la vida, ¿te animas?

Michi luce indecisa, como si el entusiasmo de Maya fuese demasiado para ella. Se encoge de hombros en una respuesta simple, lo que basta para que mi querida amiga se lo tome como un abierto «sí».

—¿Y tú qué dices?

—Está bien —confirmo—. Quizás allí pueda encontrar un nuevo candidato para mi historia de amor.

—¿Piensas buscar a un chico en un lugar así? —pregunta Michi—. No, no, no. Allí no encontrarás a nadie que no piense con su... virilidad.

Maya la observa unos instantes, inexpresiva, y habla:

—Te refieres a su...

—Maya —intervengo, negando con la cabeza—. No es necesario que lo digas con tu chillona voz aquí. Hay niños.

—Pene —dice mi amiga. Michi se horroriza de manera exagerada—. Vamos a ver, chica, que es una palabra cualquiera. La mitad de la población tiene uno.

Michi se encoge de hombros sin saber qué más decir.

Finalmente, entre las tres nos ponemos de acuerdo para asistir a la súper junta estudiantil.



Termino de arreglarme frente al espejo de cuerpo completo y empiezo a hacer muecas.

Es un hecho que no soy la chica más simpática del planeta, siempre pienso lo que digo, lo que resulta en un desastre, así que hoy no quiero dejar que mi lado más oscuro vea la luz. Debo mostrar lo mejor de mí en caso de que encuentre al amor de mi vida, tener una presentación afable, aunque sé bien que las historias de amor en los libros ocurren tras algún acontecimiento impactante. No sé, quizás una pelea, alguna serie de apuestas, una competencia donde la química entre los protas sea evidente. Algo que quede para la posteridad.

Ahora que los sentimientos de Tony son más que evidentes, creo que es justo buscar a alguien más.

Desde el reflejo del espejo puedo ver parte de la ventana. El viento mece las cortinas suaves y, entre ellas, logro divisar una nota que baila amarrada a ellas con sus hilos. Supongo que es de Tony.

La carta dice: «Supongo que este es el adiós a nuestras noches».

Escondo la nota en cuanto escucho a Maya gritar desde afuera mi nombre.

Es tiempo de irnos.

7
Lo que no debe pasar

—Vamos, chicas, ¡anímense! ¡Somos el *Team M*, ¿recuerdan?!

De las siete chicas apretujadas de la mesa, las únicas que estamos incómodas, como friki en fiesta, somos Michi y yo. Los amigos de Maya resultaron ser igual de eufóricos que ella, y por alguna razón no nos toman mucho en cuenta. Pero por un lado, agradezco pasar desapercibida. Mientras (casi) todos la pasan bien, yo no dejo de pensar en mi amarga tragedia con Tony. Ni siquiera esta bebida anaranjada logra disipar el dolor en mi pecho que anhela abrirse a alguien. Siento la garganta ardiendo y un leve mareo al que no le presto mucha atención. Michi cubre mi vaso y el dorso de su mano choca con mis labios.

—No deberías estar bebiendo, a menos que quieras emborracharte y hacer una locura de la que te arrepentirás mañana.

—¿Lo dices por qué tienes experiencia?

—Precisamente. La primera vez que bebí alcohol terminé declarando mi amor y vomitándole encima a Chase, el chico que me gustaba.

—Ah, tu novio —digo más para mí misma. Michi asiente e intenta cruzarse de brazos, pero no puede, pues la chica junto a ella le lanza una mirada recelosa—. Bueno, no te salió nada mal...

—Casi. Él todavía me lo restriega. Y no olvidemos que el alcohol mata neuronas.

—¿Sabes quién no tiene neuronas? Mi compañero de Expresión Vocal. Deberías conocerlo, es un idiota —aprieto mis labios por el sabor amargo del trago—. Como sea, yo vine aquí con un objetivo claro.

Recorro el bar desde mi puesto, analizando a los hombres y omitiendo las palabras que Michi dice a mi lado. Hay hombres de aspecto roquero, hípster, empresarial, entre otros. Continúo dando un vistazo hasta las mesas frente al pequeño escenario, pero solo veo a chicos enloquecidos, bebiendo

y alucinando con el cantante de aspecto *hippie* que termina su actuación. Sigo mirando hasta un sitio más apartado que da hacia el pasillo de los baños. Una figura familiar está apoyada en una de las paredes junto a una chica alta y rubia, quien le susurra cosas al oído.

Lo reconozco al instante, porque definitivamente nadie puede olvidar a un espécimen tan peculiar como Spencer, el amigo de Jax que usó sus fotos para ligar con Jollie. Sin ofenderlo.

En nuestra mesa se escucha un grito ahogado de Michi que suena más fuerte que la música misma. La mesa queda en silencio, todos le prestamos atención esperando que la rubia estudiante de Astronomía diga qué sucede. De pronto, más pálida de lo normal, agarra sus cosas y se prepara para levantarse.

—Debo irme.

—¿Qué? —salta Maya—. ¿Por qué?

—La hija de Anne enfermó.

¿Quién demonios es Anne?, me pregunto.

—Oh, qué mal —dice Maya tras un silencio incómodo.

—¿Quieres que te acompañe a tu casa? —le pregunto a Michi.

—Quédate aquí, yo tomaré un taxi.

—Entonces te acompañaré afuera.

Ambas nos levantamos. No hay muchas despedidas, salimos a la calle y, antes de decirnos adiós, suena el anticuado celular de Michi. Contesta, hace parar un taxi y se despide con la mano.

Sola en la calle, con algunas personas a mi alrededor charlando y contaminando el aire con sus cigarrillos, me cuestiono si marcharme como Michi o volver para seguir con mi ambicioso plan.

Decido regresar porque alguien tiene que hacerse cargo de Maya cuando ya no pueda mantenerse en pie.

Abro las puertas dobles del recinto y escucho una canción empalagosa de un chico que recientemente se ha subido al escenario. Camino por un pasillo, giro y me topo con Spencer junto a la rubia alta. El pobre parece aburrido, por lo que mi deber de heroína de libro no se hace esperar.

—¡Spencer!

Lo llamo y me incorporo a su otro lado. La rubia me mira con algo de

desentendimiento.

—¿Interrumpo algo? —pregunto con veneno.

La mujer se echa hacia atrás el cabello y sonríe.

—No, veo que...

—¿Puedes alejar tus bubis de mi novio? Gracias.

Spencer se sobresalta ante mis palabras. Yo por debajo le pellizco el brazo para que me siga la corriente. Permanece un momento observando a través de esas gafas horribles; luego da un paso a mi lado, asintiendo con entusiasmo y abrazándome.

La rubia alta con bubis enormes —*que no se te note la envidia, auch*— se asquea de nuestra demostración de amor y se marcha. Enseguida suelto a Spencer, quien contrae su brazo con timidez.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí, sí. Gracias por eso, la verdad, no sabía cómo decirle que no estoy interesado.

—Eres Spencer, ¿verdad?

—¿Tú eres la hermana de Jollie?

Asiento. Él se acomoda los lentes y se incorpora en modo confidente.

—Podrías decirle que me perdone. Vine a este lugar junto a Jax para buscar a chicas...

Hago una pausa mental. ¿Por qué siempre debo toparme con personas indeseables? Por cierto, cuando digo «indeseables» me refiero a Jax.

—... y nadie es la candidata perfecta para mí. Solo tengo ojos para tu hermana y ni siquiera quiere leer mis mensajes.

Spencer, todo quebrado de espíritu, con la espalda encorvada, se cubre el rostro y solloza. Bueno, hay que meterle un poco de drama a esto, ¿no?

—Oye, no llores. A nosotras nos gustan los chicos sensibles, pero nunca taaaan sensibles. Puedes llorar, claro, pero no por algo así. ¿Entiendes?

Bien, aquí queda más que demostrado que consolar a personas no es lo mío.

Mientras le doy unos golpecitos en la espalda miro alrededor en busca del unicelular.

—¿Dónde está tu amiguito inescrupuloso?

Spencer, cual niño pequeño, se limpia los mocos con un pañuelo que

saca de su bolsillo y apunta a su amigo, que está sentado en medio de dos gemelas en los asientos de la barra.

—¿Qué clase de persona deja a su amigo nerd solo? En los libros... —casi olvido que Spencer está a mi lado. Al caer en cuenta de mis palabras, volteo esperando otro lloriqueo de su parte.

—Descuida —dice—. Después de tantos insultos que he recibido en el colegio, me volví inmune a todo. No me importa lo que digan o piensen las personas de mí, a excepción de... de... Jollie.

No sé si es por el momento, por cómo lo dijo o porque soy un ser insensible, pero esto se está tornando un poco extraño.

—Ah, *okey* —logro decir sin hacer una mueca—. Bueno, me voy.

—¡Espera! —giro sin entender su desesperación, pero, a juzgar por su rostro, sé qué dirá—. Eh..., no me dejes solo. ¿Puedo acompañarte un rato?

—Sobra un espacio en nuestra mesa, puedes sobrevivir allí.

El recibimiento hacia Spencer comienza con unas incómodas sonrisas, luego vienen los saludos tímidos de su parte. Al sentarse, noto esa extraña presencia fantasmal que intenta decirme algo desde el asiento de Maya. Su expresión de «¿quién es este?» es tan evidente que el mismo chico se da cuenta.

—Hola, soy Spencer —dice—. Lamento llegar de repente.

Los amigos de Maya le empiezan a hablar, mirándolo como un espécimen salido del laboratorio. Ya sé que es una comparación extraña, pero ¡es que así parecen que lo ven! A excepción de Maya, que me mira con cara de «¿es este él indicado?».

Arrugo el ceño y niego, aunque me da por pensar que sería cómico —y algo extraño— enamorarme del expretendiente de mi hermana.

Más preguntas invaden al pobre chico, quien apenas puede responderlas sin ahogarse con el jarrón de cerveza que le han ofrecido. Yo soy el único ser compasivo, merecedor del cielo, que comenta cosas que no tengan relación con él y su admirable inteligencia.

—Con que aquí estás, Spencer.

La indeseable voz de Jax permite que la mesa se calle. Lo observo desde mi lugar, viendo la anchura de su mentón en todo su esplendor. Qué arrogante se ve.

—Ah... —continúa el estúpido—. Veo que estás muy bien acompañado —entonces se detiene en mí—. Bueno, a medias.

—Eres un amigo ejemplar, Wilson.

Mi sarcasmo le provoca una sonrisa.

—Lo sé, no tienes que repetirlo.

—¿Y tú eres...? —Maya saca sus garras, dirigiéndose a Jax. Perfecto, ella lo correrá de la mesa. Eso es seguro.

—Jax Wilson, compañero de esta pelirroja.

—Oh —la espalda de Maya se endereza y su cabeza se mueve con gracia. Se acomoda su cabello rubio, eleva uno de sus hombros y luego acaricia su labio con su índice. Le está coqueteando—. Bueno, Jax Wilson, si tienes algo interesante que contar, tienes un lugar en esta mesa.

Jax acepta la invitación pidiéndole prestada una silla a la mesa continua. Como yo soy la que está al extremo de la mesa, termino sentada junto a él, olfateando con asco el olor a nicotina que lleva encima.

Con la finalidad de olvidar el mal gusto que me da tener a un mujeriego de cuarta a mi lado, degusto un nuevo trago, recién servido por el *barman* —y por el cuál pagué un dineral—. Su sabor agrio deja sensible mi garganta y un ataque de tos me invade. Entre Spencer y Jax recibo palmadas en la espalda mientras mis ojos lagrimean.

—Estoy bien, estoy bien —digo con voz rasposa—. Sigan en lo suyo.

Doy otro sorbo ignorando la penetrante mirada azul que Jax me da. Quiero voltearme y lanzarle una advertencia, pero él se adelanta.

—No esperaba encontrarte en un sitio como este, mucho menos que hayas raptado a mi amigo.

—Tu amigo me pidió ayuda mientras tú estabas en una mesa, coqueteando, seguro. —Ni lo miro.

—Cariño, no te pongas celosa, ya me tienes aquí.

—Para disgusto de mi noche. Y justo cuando la charla se ponía interesante...

—¡Murph, amor, ya deja de mentir! —exclama de pronto, capturando toda nuestra atención. Su actuación me lleva a la tarde en que interrumpió mi cita, pues su tono desesperante es el mismo—. Me rompes el corazón, cariño.

Su dramatismo es cómico, debo admitirlo; aun así, me muestro indiferente.

—Ridículo —emito con voz átona—. Dios, deja de avergonzarme.

—Si no puedes aguantar algo como esto no sirves para el teatro, Suicida.

—Creo que necesitas diferenciar la vida real de una actuación. Lo del restaurante fue una completa humillación, luego pasó lo peor.

—¿Te refieres a la mujer de la calle o que tuviste que despedirte de mí?

Golpéalo, quizás así se le pasa lo tarado.

—¿Es que no te cansas de ser el centro del mundo?

—No.

—Hablas mucho. Ya sabes lo que dicen: perro que ladra, no muerde.

Jax se acerca, confidente. Inevitablemente, y porque estoy un poco loca, le doy una mirada rápida a sus labios rojos.

—Puedo ladrar y morder si quieres, verás como en un santiamén te olvidarás de tu amiguito.

Tony.

No, Murph, no te pongas melancólica ahora.

—¿De verdad te crees «superior» a él? —pregunto en su defensa.

Jax se cruza de brazos y se echa hacia atrás, enseñando toda su pedantería.

—¿Me estás desafiando?

—Si complacer a una mujer se te hace un reto, ya dejas mucho que desear.

La sonrisa de Jax se ensancha hasta comenzar a emitir una carcajada seca y vibrante. Baja su cabeza y luego agarra su vaso, levantándolo.

—Está bien, Chica Suicida, tú ganas —afirmo mi victoria chocando mi vaso con el suyo—. Esa estuvo buena.

Ambos vaciamos nuestros vasos y los colocamos sobre la mesa.

8
El despertar del lobo

Respiro hondo, siento el olor a alcohol y cigarrillo mezclado con un sutil aroma a limón. Me froto los ojos y bostezo. Estoy cansada, todo me pesa, inclusive el pelo. Miro el techo, no es el de mi cuarto pues está cubierto de pósteres de películas de acción y series de televisión.

Oh, no.

Doy un grito ahogado cuando la melodía de Beethoven suena desde mi celular y hace eco por toda la habitación, provocando que la persona que ronca a mi lado se mueva. Me recuesto y corto la llamada, mientas me quedo petrificada unos segundos intentando reconstruir lo que pasó. La persona que duerme conmigo, cubierta por una fina sábana blanca con rayas azules, murmura algo que no logro descifrar, pero es suficiente para deducir que no es una chica.

Calma, calma.

Hago otro intento por recordar qué pasó ayer.

Solo vienen fragmentos, imágenes sueltas; unos calientes besos y jadeos, mi piel sudorosa, brazos fornidos, gemidos, la compresión de dos pechos...

Llevo mis manos a la sábana y la levanto, estoy completamente desnuda. Tiemblo. Destapo al sujeto de mi lado. Suplico para que no sea quien pienso.

Pero allí está Jax.

Mi rápido movimiento provoca que frunza el ceño y se gire todavía dormido.

Preguntar cómo rayos llegué aquí es lo de menos, el dolor de cabeza también. El agravante de la situación es que haya amanecido con Jax a mi lado y... Cielos, esto es peor de lo que pensé... ¡Ni siquiera trae calzoncillos!

Estoy hecha un lío, tanto mental como físicamente.

Sé que soy lo bastante lista para no dejarme engatusar por un mujeriego como él, así que seguramente esto tiene una explicación muy lógica y nada ocurrió entre nosotros. Porque de ser así, lo mataré. Si no lo hago yo, lo hará papá. O la abuela con su bastón.

Eso es: debo buscar algo para noquearlo, así no despertará jamás.

No, primero debo actuar como las personas civilizadas, seguramente todo es de verdad un malentendido. En todos los libros —o en la mayoría— pasa lo mismo; la chica tiene una visión errada de la situación y todo tiene su explicación cómica y mis recuerdos son mero sueño.

Vamos, ¿a quién intento engañar? Jax y yo nos encamamos.

Creo.

Sí, creo. Debo mantener la esperanza de que no.

Oh, Dios. Necesito saber si hay un video. Quizá ya estoy siendo viral por todas esas asquerosas páginas porno. Seguramente el muy desvergonzado hasta mi nombre le puso de título para que toda mi familia se entere de lo ingenua que soy.

Salgo de la cama y busco mi ropa, pero solo encuentro mi ropa interior tirada en el piso.

No hay tiempo para vestirse ¡encuentra el video!

Sí, sí..., el video.

Respiro hondo y busco algo sospechoso. Jax ni siquiera tiene su celular encendido. Y el mío no parece haber sido profanado de nuevo, lo que me lleva a otra búsqueda.

Necesito respuestas, pero todo lo que consigo son más interrogantes, como saber por qué Jax tiene un pizarrón enorme con el mapa de la ciudad y lugares tachados, ¿acaso tiene complejo de detective?

Sigue, idiota.

—¿Qué es todo ese ruido?

Jax ha despertado. El estómago se me revuelve, quedo paralizada, observando su horrendo rostro al sentarse sobre la cama, restregarse la cara y bostezar. Se levanta.

Cierro los ojos, aprieto los puños.

Necesito respuestas y no las obtendré actuando como un ratón asustado.

Me giro, omito verle más abajo del ombligo y lo ataco colocándolo

contra la pared. Jax tiene la misma expresión aburrida de la primera vez que lo amenacé en clases, como si esta típica pose invertida de chico malo y chica buena no surtiera efecto.

—Tú, ¿qué hiciste con el video?

—¿Qué video? —pregunta con la misma expresión—. ¿Por qué estás tan a la defensiva? Oh, cierto, eres así por naturaleza.

Intento hablar; mi lengua se traba.

—El video de nosotros haciendo... lo que sea que hicimos.

Por un segundo espero que diga que todo es un malentendido, pero en lugar de eso emite un «ja» arrogante y aparta mis brazos sin problema.

—¿Lo que sea que hicimos? Seguro no fue ver una película.

Saca un cigarrillo del velador y se sienta en la cama. Busca en el cajón un encendedor y antes de disponerse a encender el cigarro, palmea la cama para que me siente.

—No —declino—. Estoy bien aquí.

—Mejor, así puedo verte completa —me observa de pies a cabeza. Gruño girándome hacia la puerta. Estoy por salir cuando escucho voces masculinas desde el exterior—. No te aconsejo salir así, mis compañeros de piso no son igual de santos que yo. Excepto Spencer.

—¡Entonces ve por mi ropa!

Me examina de nuevo, remordiéndose los labios.

—No quiero.

—Asno.

Enciende el cigarrillo y lo lleva a su boca, acomodándolo a un lado.

—¿Sabes? Me resultaste mucho más fácil de lo que pensé. A decir verdad, nunca te imaginé aquí, pero ya ves cómo cambian las cosas.

Ya ves cómo cambian las cosas, repito para mí.

Cierro los ojos y me llevo una mano a la cabeza, como si de esta forma el dolor se esfumara. La gracia divina no está de mi parte; por más que ruegue al cielo que esto sea una broma, que nada de esto haya pasado, no podré salir de esta.

—Dime qué pasó —pregunto, aunque ya sé qué responderá.

—Tuvimos sexo, cariño. Eso pasó. ¿Y sabes que es lo mejor de todo? Que llegaste solita pidiéndolo —exhala una bocanada de humo—. Y déjame

decirte una cosa. Ese chico Tony te trae loquita.

Tony.

Un frío sobrenatural me recorre el cuerpo. Una armoniosa canción me viene a la cabeza, me transporta de vuelta al bar. Veo las bebidas, mi encuentro con Jax, su complaciente propuesta de ayudarme a conquistar a mi amigo, el rostro de Tony, su declaración hacia Chloe, mi despecho, las bromas compartidas y luego el beso que le di a Jax.

Esto no es un malentendido, es un error garrafal.

—No te conocía ese lado tímido, Chica Suicida.

Idiota.

Soy la deshonra de cualquier lector de historia cliché, seguro ustedes creen lo mismo...

Esto no fue como yo esperaba. Ni siquiera merezco estar narrando esto. O continuar con las reglas que me propuse; he caído tan bajo que ni siquiera sé si valgan la pena ahora. Digo, lo malo no es haber dormido con un chico, sino que lo hice con el más idiota y detestable de todos.

Bah, ¿qué más da a estas alturas? Los accidentes pasan y los errores son parte del ser humano, además, de estos mismos aprendemos. Aunque nada de esta locura hubiese ocurrido si no le hubiera echado el ojo a mi vecino.

Dilo ya, tonta. Tony. Apréndelo: T-o-n-y.

Oye, conciencia, no te pongas en mi contra que ya estoy demasiado destruida para que tú me achaques más.

Y sí, Dios, fue por él y nadie más que él. Hice lo que hice por despecho, eso es lo peor. Si me hubiera mantenido a raya no estaría mirando cómo Jax se viste a paso de tortuga.

Maldito hijo de Snow. Horrocrux no desarrollado.

No quiero ni imaginar cuando le cuente a sus amigos de la universidad lo que hicimos, el chisme se expandirá por toda la ciudad hasta los oídos de papá; él matará a Jax a palos y querrá mandarme a un pueblucho lejos de toda vida humana.

Seriedad, Murph, fue puro sexo, eso no pasará.

Paranoica.

Un poco, tal vez. Es hora de volver a la Murphy real y decidida para poner en su lugar a este unicelular antes de que esta penosa situación

converja en algo a su favor.

Volteo en su dirección, ya casi está vestido.

—Oh —expresa con cinismo—. Al fin te atreves a mirarme. Ayer lo hacías con gusto, ¿sabes? Pero tranquila, lo entiendo, seguro fue mejor que tu primera vez con el niño tonto que te gusta. ¿Cómo era su nombre?

Asno. ¿Por qué está siendo así de pedante? Ah, claro, porque, además de que tiene el ego del tamaño del Everest, fui yo la que contó todo.

Debería ganarme un premio por abrir la boca y decir payasadas cuando me pongo a beber, porque hasta entonces Jax no sabía que esta inocente lectora tuvo su primera vez con su mejor amigo. Ese momento lo recuerdo perfectamente, porque vamos, ¿quién puede olvidar su primera vez? Fuese como fuese, es una cosa que no se olvida, algo así como el primer beso.

No divagues, además, no creo que alguien esté interesado en tu primera vez.

En fin... ¿En qué estaba? Ah, claro. Romperle el ego a un chico después del sexo es fácil; basta con una frase bien usada.

—A decir verdad, creo que Tony tenía razón al decir que ya estás gastado. No lo digo solo por la duración, sino por... ah, bueno, tu amiguito de abajo... ¿acaso se va achicando con el tiempo? Lo siento, no sé mucho de los cambios fisiológicos que afectan a los hombres con el paso de los años, pero definitivamente algo está pasando ahí. Lástima, creí que eras más como un león, no un gatito. Vaya decepción.

Lo miro dejando de lado ese tono de falsa inocencia. Jax está inmóvil, agachado y con sus manos a medio atar los cordones de las botas. Un silencio fúnebre y una sombra sobrenatural lo rodean, entonces, sé que es el mejor momento para dejar de lado mi vergüenza, agarrar mi celular del velador y salir a la vida en ropa interior.

Ya dormí con Jax, ¿qué puede salir peor?

Una risa que mezcla inseguridad con incredulidad sale disparada de los labios del unicelular. Prevengo sus movimientos, agarro el teléfono y salgo corriendo a un pasillo largo. Afuera hay un peculiar aroma a comida, se escucha música en la radio, oigo unos tarareos, risas de chicos y, sobre un sofá café, encuentro mi ropa.

Tan lejos y tan cerca...

Escucho los pasos desde el interior de la habitación de Jax, así que entro al primer cuarto frente al pasillo. Cierro la puerta y me apoyo en ella. Dejo escapar un suspiro de alivio que se convierte en un grito ahogado cuando me topo con los lentes gruesos y las marcas de acné de Spencer.

Le hago un gesto para que no diga nada. Sus ojos viajan por mi cuerpo, noto cómo le hierven las mejillas.

—No digas nada —susurro—. Ahora necesito tu ayuda. Por favor.

Camino hacia él. Está sentado en la silla de su escritorio, frente a lo que parece ser un robot (o el intento de eso). Al notar que me acerco, aparta la vista y cierra los ojos.

—Claro, ¿qué necesitas? —pregunta raspando la voz. Luce nervioso, como si nunca hubiese visto a una chica en ropa interior.

—Mi ropa está en la sala, necesito que la recojas para largarme de una buena vez de aquí. ¿Puedes hacerlo?

Asiente repetidas veces sin abrir los ojos. Se levanta como puede de la silla y camina hacia la puerta a tropezones. Me hago a un lado. ¿Qué clase de chico puritano es? Si tuviese inclinación hacia personas como él probablemente no lo dejaría ir como Jollie. Spencer parece bueno, quizá demasiado inocente, pero eso no le quita lo lindo de ¿su corazón? Supongo. Bueno, sí, porque físicamente... Si hicieran un concurso de chicos feos, probablemente lo ganaría sin problemas.

Ah, cieeeeerto, hay que fijarse en el corazón de las personas.

Olviden lo que estoy diciendo. A decir verdad, estoy muriendo de nervios. Lo único que quiero es llegar a mi casa.

La melodía de «Für Elise» vuelve a sonar, causándome un preinfarto.

Con el teléfono en mis manos veo la pantalla y deseo no haberlo hecho. Tengo una llamada entrante de la bruja de mi jefa.

9
Reducción de personal

Silencio la llamada sabiendo que si La mano derecha de Lucifer llama es por una cuestión grave. Últimamente he descuidado mucho el trabajo por diferentes problemas, lo más seguro es que me despidan. Lo presiento. Y lo veo; mi jefa debe estar escupiendo fuego por la boca y dándoles latigazos a Thiare y Dell mientras les pregunta por mi paradero. Ella es un caso serio, ya deben haberlo notado. Estirada y malhumorada. Ah, no... Espero no terminar como ella, porque a este paso (y como van las cosas) creo que tengo el pase ya comprado para serlo.

De regreso a la habitación, Spencer me tiende la ropa y mi bolso. Está mirando en otra dirección y luce igual de nervioso que antes, aunque ya no está tan rojo.

—Gracias, Spencer —me coloco los jeans mientras él cierra los ojos—. Te compensaré como pueda, inclusive intentaré ayudarte con Jollie.

—¡¿En serio?! —de la pura emoción gira para mirarme, sus ojos se vuelven tan brillantes como si fuera una caricatura de televisión. Al ver que aún no me visto por completo, esconde la cabeza entre sus brazos—. Lo siento.

—Tranquilo. No debes disculparte por todo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Lo que quieras.

Guardo el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón. Me pongo la blusa, que tiene un desagradable olor a cigarro y trago, y continúo con los zapatos.

—Quiero... quiero saber qué tipo de chicos le gustan.

¿Qué tipo de chicos le gustan a Jollie?, pienso.

—Ah, por cierto, ya me puse la ropa —se gira—. Honestamente, le gustan los chicos que no son como tú.

—Auch.

—Quiero decir... Anoche te comenté que a las chicas nos gustan los tipos sensibles, pero nunca taaaan sensibles. Bueno, no quiero generalizar, pero por lo menos a Jollie le gustan los chicos rudos que son... ¿sensibles? Por algún motivo extraño, algunas tenemos la tonta idea de poder cambiar al chico malo; Jollie es una de ellas. Pero no creo que necesites aparentar ser diferente para gustarle a alguien. Yo diría que mejor le demuestres que puedes hacerla feliz. Muéstrale quién eres, que vea esto —señalo su pecho —. Y esto —luego apunto su cabeza.

—Espera —se vuelve al escritorio en busca de libreta y lápiz—. ¿Puedes repetirlo?

—No te estoy dando una receta, solo es un consejo. No cambies por alguien, eres lindo como eres, Spencer —vuelve a sonrojarse—. Lo que sí cambiaría son tu peinado y esos lentes anticuados —me levanto de la cama y camino hasta él—. Pareces un ratón de laboratorio.

—Tengo lentes de contacto...

Esbozo una sonrisa y aplaudo.

—Perfecto, úsalos. Ah, cierto, ¿afuera está Jax?

—No lo vi.

—Bien. Gracias de nuevo, cualquier cosa puedes ir a Coffee Dreams y preguntar por mí. Si es que no me han despedido antes.

Spencer esboza la mejor de sus sonrisas. Me despido con un abrazo al que responde perplejo y salgo de la habitación con cautela, procurando no emitir ningún ruido. Las noticias en la radio continúan, pero los tarareos no. Me asomo hacia la sala de estar: todo está más sucio que un salón después de clases. Salgo del departamento sana y salva.

Ahora debo concentrarme en que este error no vuelva a ocurrir. No quiero a Jaxcitos corriendo por todos lados.

¡Mierda! No recuerdo si usó preservativo.

¿Usó o no usó? ¿Usó o no usó?

Independiente de eso, ¿cuánta probabilidad hay de embarazarme como ocurrió en el libro que recientemente leí? No puedo correr con la misma suerte. Aunque si venimos al caso, tengo el peor nombre de la vida, lo que implica que soy la diosa de la mala suerte. Debo ser precavida.

—Hola. Quiero diez pruebas de embarazo y la píldora del día después, gracias.

La sonrisa cordial de la farmacéutica desaparece en cuanto le hago el pedido. Todos en la farmacia me miran atentos.

—¿Disculpa?

Pongo los ojos en blanco sabiendo que, tanto ella como los presentes, escucharon perfectamente lo que dije.

—Quiero la pildorita y pruebas de embarazo para saber si el idiota con el que tuve sexo anoche me embarazó. ¿Entiende ahora?

—Dama, eso se sabe después de unos días. Si se hace la prueba ahora posiblemente le saldrá negativo.

Busco mi dinero bien guardado en el bolso y lo pongo sobre la mesa.

Sí, yo también me sorprendo de que el unicelular no lo haya robado.

—Deme la píldora y las diez pruebas. Usted vende y yo compro, eso es todo.



Pienso cómo entrar en la cafetería y pasar desapercibida, no quiero que Penny me corte la cabeza por ser irresponsable en el trabajo.

He estado tan alejada de este lugar que ya se me hace diferente, desde afuera se ve frío, oscuro, lleno de orcos hambrientos y esnobs. Y cuando digo «orcos hambrientos» me refiero a las dos locas que les dije que eran mis amigas. Amigas ingratas que se han olvidado de mí.

Tú también te olvidaste de ellas.

Calla.

No hay llamadas, no hay mensajes. Esperé a que discutieran, pero sin mí ahora resulta que se llevan como hermanas.

Ingratas, ya no me necesitan. Para rematar, son unas traidoras que salen a comer pizza y no invitan.

Lo sé porque las vi por Instagram.

Con estas amigas para qué quiero enemigas...

Vuelvo a analizar mis posibilidades. Entrar a la cafetería como cualquier humano sería llamar mucho la atención, sobre todo porque llevo conmigo una bolsa de la farmacia y un aspecto deprimente. Ni siquiera me he lavado los dientes, o la cara. Por suerte, en los casilleros de los vestidores tengo productos para asearme.

Decido ir a la puerta trasera, donde solo el personal autorizado puede entrar. Suele estar vacío y nadie transita por allí a menos que quiera fumar, cosa que nuestra simpática, amorosa y cordial jefa —tos, sarcasmo, tos— no nos tiene permitido.

Aferro la bolsa a mi pecho y, antes de agarrar el pomo de la puerta, miro hacia todos lados comprobando que nadie me ve. Soy un pez muerto, pero si llego a los vestidores, me pongo el uniforme y finjo que estaba en el baño, puede que el reto no sea tan grande.

¿Quién no ha tenido problemas estomacales alguna vez?

Abro la puerta y esta suena como nunca. Trago saliva y me dispongo a entrar; sin embargo, antes de poner un pie dentro, una mano recae sobre mi hombro. Es el sutil aroma cítrico lo que me hace saber perfectamente quién es.

—Murphy Reedus.

Me giro esbozando la mejor de mis sonrisas.

—Jefecita, ¿qué tal su día?

—Maravilloso. Estoy reduciendo personal ahora mismo, Murphy.

Esto es malo. Esto es muy malo.

—¿Lo dice de... de verdad?

—Sí. Has estado saliendo y entrando a la cafetería, desapareces cuando quieres, les gritas a los clientes, estás distraída... Tengo más de una razón para despedirte. Me has dado muchas horas de enojo —se inclina hacia mí. Por alguna razón me siento diminuta. Soy un gnomo pelirrojo y asustado—. Ya no lo tolero.

Exhalo. Me arrimo a la bolsa viendo cómo todo mi mundo se viene abajo.

—Prometo trabajar arduamente y no leer en el horario laboral. Llevo ya tiempo aquí. He tenido problemas, pero puedo...

La mano de la jefa hace que guarde silencio. Agita sus dedos como si

esperara que le entregara algo. Al no comprender qué, resopla y mira la bolsa que tengo entre mis brazos.

—¿Qué tienes allí?

—Nada interesante, jefecita.

—Déjame verlo y pensaré en no despedirte, Murphy —a regañadientes se la entrego. En silencio saca una de las pruebas de embarazo. Entreabre sus labios con sorpresa, alza su cabeza y me mira—. ¿Así que esto es por lo que has estado faltando?

Miro hacia el lado un segundo sin comprender lo que dice, luego vuelvo a mirarla.

—Ah... ¿Algo así?

Mi querida jefa parece repasar dentro de su cabeza la respuesta que acabo darle. Probablemente ahora todo tiene sentido para ella. Desde un punto de vista más objetivo, el que crea que estoy embarazada me sacará del problema que tengo. Seamos claros, nadie puede ser tan malo como para dejar sin trabajo a una joven estudiante embarazada.

—Si este es tu dilema, con mayor razón no puedo dejarte aquí. Las embarazadas se vuelven un problema con el tiempo. Mareos, vómitos, antojos... No puedo permitirlo —no me creo que sea tan mala. Abro mis labios para pedir clemencia, pero ella alza su mano y me calla al instante—. Adentro está el sobre. Recoge tus cosas, Murphy, estás despedida.

Mete la prueba de vuelta a la bolsa y se adentra en la cafetería haciéndome a un lado como si fuese una escoba.

Debo reconocer que nunca esperé ser despedida. ¿Qué será de mí y mi universidad ahora? Los gastos de la tarjeta de transporte, la colación, los materiales...

Estoy hecha un lío.

Estoy despedida, es un hecho. Pero si no voy a volver a poner un pie dentro de esta cafetería, tendré que hacer una última cosa.

—Jefa, espere —Penny Oldman, ahora mi exjefa, se detiene. Se gira con altivez observándome como si fuese una hormiga. Sus arrugas y ojos azules se acentúan con el foco de luz que está justo por encima de ella. De pronto me siento encima de la tarima que hay en la universidad, donde solemos ensayar e improvisar para la materia de Teatro Clásico. A mi

alrededor todo se torna oscuro y el drama comienza, señores—. Ahora que me has despedido me siento libre de decirle unas cuantas verdades.

Ella resopla.

—Murphy, no estoy para juegos. Soy una mujer ocupada, no una universitaria sin trabajo.

—Usted es la persona más déspota que he podido conocer en mis diecinueve años. Trata como basura a sus empleados y solo tiene fijación por el dinero y su inexistente reputación. ¿Sabe?, no me extraña que sea una vieja amargada y solitaria que, probablemente, ahogue sus penas en vino después del trabajo sentada en su cocina, preguntándose por qué nadie la quiere. Pues aquí está la respuesta: porque es una bruja que pudre todo a su paso. Le aconsejaría que cambie, pero a sus años creo que no servirá de mucho. Ahora solo me resta agradecerle por abrir mis ojos y saber que podré tener un mejor trabajo en cualquier otro lugar.

Y ahora es cuando llama a la policía, ¿verdad?

—Tienes diez minutos para buscar tus pertenencias y largarte de acá.

Creo que no.

Quizá fui demasiado lejos. Pero me siento tan libre y plena que lo repetiría si pudiera. Lo malo es que dudo que me haga una carta de recomendación.

—Murph...

Dell y Thiare se asoman por la puerta del vestidor. Sus rostros achacados son el informante perfecto para saber que mi despido ya ha llegado a sus oídos.

—Ahora me hablan ¿verdad, orcos comepizzas? —mi tono acusante no parece caerles en gracia, de igual manera no parecen molestas, sino más bien ofendidas.

—¿Estás leyendo esa mierda de la Tierra Media o qué? —pregunta Dell frunciendo el ceño.

La miro de reojo unos segundos y continúo guardando mis cosas en una bolsa mal oliente que encontré dentro de un casillero.

—La jefa nos contó todo, pero queremos escucharlo de tu boca, Murph.

Una carcajada incrédula sale disparada de mí. Guardo lo último que tengo y le hago un nudo simple a la bolsa.

—No hay mucho que escuchar, aunque esto debe ayudarte a comprender —saco de mi muñeca la bolsa de la farmacia para entregársela a Dell—. En resumidas cuentas, un malentendido pasó a un error. Eso es todo.

10
Contando la tragedia

Le doy un enorme mordisco a la pizza. Sin duda es la comida más sublime que el ser humano pudo crear. Mastico despacio la masa, apreciando con delicadeza la porción que me queda por comer. Marco's es el mejor lugar donde comer este plato de los dioses. Él y todos sus trabajadores fueron bendecidos con un don para la cocina, no me cabe duda.

—¿Podrías dejar de elogiar mentalmente la pizza y contarnos qué ocurrió de una puta vez? —dice Dell, siempre tan sutil con las palabras. Extrañaba escuchar sus groserías y su mal genio. Thiare no parece interesada en nada más que en su propio trozo de pizza—. Quiero saber por qué tienes diez pruebas de embarazo. ¿Perdiste la poca cordura que tenías?

—Anoche tuve sexo con el idiota de Jax, ¿qué querías que hiciera?

Dell golpea la mesa. Por unos segundos parece un pitbull rabioso.

—¡Pero para eso está la maldita píldora del día después! ¿Es que no sabes de biología y esas mierdas?

—Ya la tomé, y sobre biología poco me interesa. Hasta ahora mis únicas fantasías habían sido con chicos de libros. Sinceramente, nunca pensé que intercambiaría información genética con alguien real.

Mi primera vez con Tony es un caso aparte. Queríamos experimentar y pasó. Después de ello existieron algunos encuentros más. No muchos, la verdad.

—Esto es culpa de los libros —comenta Thiare. Se acomoda sobre el respaldo de la silla y se frota el estómago como si hubiese comido para un año.

—Estoy esperando, cuenta qué pasó, Murphy. Vamos, se nos acaba la hora de almuerzo.

Cojo el otro trozo de pizza y lo examino hasta que mi visión se torna algo borrosa, comienzo a recordar detalles de aquella noche. La mirada

acusadora de Michi era de permanente dolencia, sabía que yo estaba por cometer un acto suicida.

—¿Recuerdan cuando salí con Jax de la cafetería? Bueno, hasta ese momento nada pasaba con él, simplemente somos compañeros en una clase. Resulta que un amigo de él engañó a mi hermana usando una fotografía del unicelular como señuelo. Tras saber eso, me di cuenta de que el chico no es una mala persona, sino alguien con malos amigos... como yo.

—Ajá, y yo me casaré con Brad Pitt —expresa Thiare con sarcasmo.

Hago una mueca y prosigo:

—Bueno, anoche salí con unas chicas a un pub y me encontré a Spencer, así es como se llama, siendo acosado por una rubia, y lo ayudé. Resulta que no andaba solo, estaba con Jax. Recuerdo que bebimos más de la cuenta para ahogar las penas amorosas que atormentan mi corazón y...

—Espera —Dell mueve sus manos con dramatismo y las estampa contra la mesa—. ¿Qué penas amorosas?

—Las que tengo con chicos de libros, ya sabes, Peeta, Darcy, Sirius, Thomas...

—Dudo mucho que un amor de libro te lleve a ingerir alcohol. ¿Acaso te gusta alguien y no nos has dicho? —Thiare me mira perspicaz, busca la respuesta dentro de mi cabeza. Uso mi mayor conocimiento en actuación para no lucir nerviosa, sino más bien aburrida por la acusación, pero el simple gesto de morderme lo labios hace que ella sonría victoriosa—. ¿Quién es el desafortunado?

—No es nadie.

Mis amigas se miran entre sí y vuelven a mí.

—Si tú lo dices...

—Como sea. Invité a Spencer a nuestra mesa y luego llegó Jax. Hablamos, hablamos bastante, luego poco y más tarde nada, porque estábamos muy ocupados intercambiando saliva.

Cierro los ojos en un intento por olvidar. Quiero atragantarme con comida.

—Oh, vieja —comenta Dell—. Tendrás que bañarte en cloro.

11
Nada pasó

Golpeo la puerta blanca. Ha llegado el momento decisivo de contarles a los Locos Adams por qué estoy en casa tan temprano y, probablemente, por qué compraré el periódico más seguido desde ahora. Me siento como un padre que llega donde su familia con malas noticias. Si bien yo no soy quien mantiene a los Reedus, siempre he aportado con mi granito de arena.

Siento los pasos de Jeffrey, Jessy y Jensen desde el interior. El último de los trillizos se asoma por la ventana y me saluda meneado sus manitos con entusiasmo, los otros parecen tener una riña sobre quién abre.

Es Amira quien les grita y los dos se echan a llorar.

La puerta se abre y en un pestañear me encuentro dentro de la casa.

—Hola, Tercera —saluda cerrando la puerta.

—Hola.

Ups, creo que he sido sospechosamente cortante.

—Iré a bañarme.

Subo las escaleras con dificultad, como apaleada por una multitud furiosa. Dejo mis cosas sobre la cama, busco una toalla en el último cajón del clóset y salgo de la habitación. Ya después de unos minutos de baño vuelvo a vestirme. Las cortinas están abiertas dejándome ver hacia la casa contigua, especialmente la ventana de Tony. Respiro hondo apartando cada uno de mis pensamientos.

—Tercera, ¿estás ahí?

Papá golpea la puerta. El momento de la verdad llegó.

—Ah, sí, termino de vestirme.

Me pongo el pijama a la velocidad de la luz y escondo las bolsas de la farmacia. Antes de abrir la puerta, me miro al espejo e intento controlar mis nervios. Ya lista, dejo que papá entre. Mira mi habitación como si buscase algo y luego sus ojos recaen en mí.

—Creí que estarías trabajando. Maya dijo que pasarías directo de su casa para allá —repentinamente siento un nudo en la garganta. Mis ojos pican y se pueblan de lágrimas. Papá alza sus cejas con sorpresa y se apronta a estrecharme entre sus brazos con un «oh» compasivo que me destroza el alma—. ¿Qué pasó, pequeña?

Muerdo mi labio inferior para no llorar.

—He tenido un día horrible. Me despidieron.

—Tu jefa no sabe lo que se pierde —susurra con calma, como los arrullos que tarareaba cuando despertaba a causa de alguna pesadilla—. Tranquila, todos nosotros nos ocuparemos de buscarte un nuevo empleo a tiempo parcial, ya verás.

Cierro mis ojos y siento su abrazo con más fuerza, reconfortándome completamente. Esbozo una sonrisa y abro los ojos descubriendo a los demás Reedus asomados por el umbral de la puerta.

Este día ya pasará.



Se miraron a los ojos embriagándose en la inmensidad que estos les brindaban y recitaron las palabras que sellarían su amor por el resto de la eternidad...

—Fin...

Seco una lágrima invisible del rabillo de mis ojos y beso la contraportada del libro que acabo de terminar. Nunca había tardado tanto en leer, pero dado los últimos acontecimientos se me hizo imposible demorarme menos. Ahora me quedo con ese sabor entre melancolía y felicidad que *El gato que se enamoró del pájaro* me ha dejado.

Respiro hondo y aferro el libro sobre mi pecho, cierro mis ojos.

Nada ni nadie puede quitarme este sentimiento de plenitud.

Nadie, excepto...

—Jax llamando al planeta suicida. ¿Aló?

Claro, Jax Wilson, a quien había estado ignorando desde hace un rato.

—¿Podrías dejar de patear mi mesa?

—¿Por qué? Tú lo hiciste gustosa la otra vez... y no, no me refiero a eso.

Conserva la calma, Murphy, recuerda que es un idiota.

Adiós a la plenitud y dicha de haber terminado el libro, hola a los desaires.

—¿Qué quieres? —pregunto, colocando el libro sobre la mesa. Él observa la portada unos segundos y luego sonríe a medio labio.

—Vengo a sacarte la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que gozaste plenamente de lo que hicimos.

—¿Qué pasa, Tenorio? ¿Acaso lastimé tu orgullo?

Entrecierra sus ojos mirándome con recelo y luego se agacha junto a mi mesa.

—Juraría que fue al revés, Chica Suicida, fuiste tú la que salió asustada de mi habitación —responde con una diminuta sonrisa.

—Es que no te has visto como luces por las mañanas —chiste malo, lo sé—. ¿Y qué haces acá? Lo que pasó no se repetirá, ten eso claro. Ahora, si me disculpas, acabo de terminar un libro y quiero quedarme con esa sensación de felicidad, pero tu rostro la opaca. Gracias y adiós —sus ojos parecen aburridos. La llegada del profesor Leyton no parece inquietarlo en lo absoluto, pues permanece con sus ojos fijos en mí—. ¿Puedes irte ya?

—¿Por qué? ¿Mi presencia te inquieta?

Definitivamente habría preferido que me ignorase. De haber sabido que estaría pegado a mi mesa como chicle, no le habría dicho lo de antes.

—El profesor ya está aquí y...

—Reedus, Wilson, ¿qué pasa? ¿De nuevo quieren pasar adelante?

Le doy una mirada desafiante a Jax y me predispongo a responder, pero él es más rápido y me cubre la boca.

—No digas nada —me dice entre dientes y se levanta—. Volveré a mi banco —le informa al profesor.

—No, no —el profesor Leyton pone una de sus voces dramáticas que me hace preguntarme sobre su salud mental. Extiende su mano hacia nosotros y la agita, deteniendo a Jax en el acto—. Quédate allí. Aprovecharé que están juntos para informarles a todos que hay un trabajo en parejas para

la próxima semana. Consistirá en un estudio de diversas épocas del teatro inglés; ustedes investigarán sobre la vestimenta, la forma de expresarse, la música, etcétera. Harán una pequeña actuación y se les evaluará. Tengan presente que este trabajo tiene un alto porcentaje en su calificación final, así que influirá en sus notas como no imaginan.

Genialoso, un trabajo con Jax.

No hay dudas, una fuerza superior me quiere unir a él.

Jax arrastra la silla desde su banco hasta el mío emitiendo un molesto ruido. Golpeo mi cabeza contra la mesa a la espera de que se siente y podamos ponernos de acuerdo.

—Juntémonos en mi departamento, así podemos repetir lo del sábado.

Tan desvergonzado.

—Olvídalo, unicelular, nos juntaremos en mi casa.

—¿Tienes miedo? Oh, cierto, el miedo al rechazo. Estás despechada.

—Y tú, desesperado —resoplo—. Podemos hacer esto más fácil y no hablar de lo que pasó entre nosotros, porque sinceramente es un recuerdo lamentable. Además, prefiero trabajar con cualquier otra persona, pero como no tengo opción, lo haré.

—Ay, cariño...

—Te propondré un trato justo para que saquemos una buena nota y, de paso, recordarte que no volveremos a juntar nuestros cuerpos.

De nuevo me mira con aburrimiento y finge un bostezo.

—Aburrida. ¿Qué quieres?

—Hacer como que nada pasó. Simple.

Jax se recuesta sobre la silla y se cruza de brazos.

—Bien, nada pasó. ¿A qué hora en tu casa?

—¿El sábado a las cinco te parece bien?

—Bien, dame la dirección.

—*Genialoso*. Ah, una cosa más...

Alza una ceja y se acerca a la mesa, confidente. Sus ojos azules me prestan suma atención.

—Vas a conocer a mi familia, no te sugiero que vayas en... esas fachas.

Agacha su cabeza y examina su propia vestimenta. Hoy viste como un motoquero de televisión.

—¿Qué tiene mi ropa?

—Por tu bien, no llegues así. Papá trabaja en un colegio con chicos en riesgo social y no dudará en darte un sermón sobre buena educación cuando te vea.

12
Conociendo a Los Reedus

Bajo las escaleras olfateando el pan caliente, escuchando las conversaciones dispersas que tienen los Reedus y el choque de las cucharas dentro de las tazas.

Son las once de la mañana, hora del desayuno.

Entro al comedor, saludo y me siento entre Jollie y Chloe. Como podrán imaginar, nuestra mesa es enorme para que doce personas puedan comer sin problemas. El carpintero que la construyó seguramente murió después de armarla, o lo haría si viera lo mal cuidada que está. En la cabecera se sienta papá; a su derecha Finn, le seguimos Jollie, yo, Chloe y Amira. A la izquierda de mi padre se sienta Saya, le siguen los trillizos, Emer y la abuela. Y en el otro extremo de la mesa hay un asiento vacío, que ocupa algún invitado. Los más grandes nos repartimos el trabajo de poner la mesa y, para no armar conflictos, ponemos todo doble; de esa forma no tenemos que estar gritando para que nos pasen la margarina, el azúcar o lo que se nos antoje. Todos debemos ser puntuales, tanto para el desayuno, como para el almuerzo y la cena, a menos que no estemos en casa. Si alguien llega tarde o come a deshora, se gana un sermón. Pero la regla que siempre debemos respetar es no comer antes de dar las gracias por los alimentos. Saya nos inculcó la oración desde niños, y ahora lo hacemos turnándonos.

Hoy le toca a Finn.

Me siento y todos, sin excepción, bajamos la cabeza y cerramos los ojos.

—Querido Dios, gracias por darnos la fuerza para levantarnos esta mañana, por tu misericordia y por la compañía en nuestra mesa. Bendice estos alimentos y danos la energía para seguir. Amén.

Once amenes concluyen la oración y procedemos a comer.

Miro la taza vacía frente a mi nariz y busco por la mesa el café. Emer lo

tiene delante, aunque no toma.

—Emer —le llamo—. Empuja el café.

Él no hace ningún gesto, sino que mantiene su rostro inexpresivo y somnoliento. Con sus delgados y blancos dedos me entrega el café y vuelve a mirar su pan con mermelada. A su lado, la abuela relata una más de sus historias fantásticas sobre dragones, las que copia descaradamente de una popular serie de televisión.

—Familia... —papá alza la voz. Recorre con sus ojos cada uno de nuestros rostros—. Tengo algo importante que enseñarles.

Con solo escuchar su «algo importante» el corazón me da un vuelco. Tengo bien guardadas las pruebas de embarazo, no creo que las haya encontrado.

¿O sí?

—¿Qué es? —curiosea Amira, enderezando la espalda.

—Esto —papá mira al suelo y recoge lo que parece ser un canasto con flores y jabones de colores.

Escucho los suspiros de Chloe y Jollie, lo que me hace preguntar qué tiene de lindo que te regalen jabones. Es decir, si yo recibiera uno probablemente pensaría que me están diciendo indirectamente que huelo mal.

—Venía con una tarjeta de parte de un tal... —saca la nota roja con forma de corazón de su bolsillo, frunce el ceño y la acerca a su rostro— Spencer.

Jollie murmura algo que no logro percibir mientras los demás piden que papá lea lo que está escrito en la cursi tarjetita.

Spencer se tomó en serio mi consejo.

—No, no la leeré, pero se la entregaré a su destinatario.

La carta viaja de mano en mano hasta llegar a las de Jollie, quien guarda la carta en el bolsillo de su bata. Percibo con sutileza cómo sus mejillas se tornan rojas.

—Tienes un nuevo novio muy romántico, Jollie —canturrea la abuela —. Espero encontrar uno también.

—¿No está muy grande para tener un novio, suegra? —pregunta Saya. La abuela la mira recelosa y le susurra algo al oído a Emer, quien pone una

sorpresiva cara de espanto—. Y tú, Murphy, ¿cuándo nos traerás a tu chico?

Si pudiera sacarlo de las páginas lo haría, pero...

—¿Mi chico?

—Sí. ¿Cuándo nos lo presentarás? —papá se le suma—. Estoy seguro de que estaré encantado de conocerlo. Por cierto, había pensado en tu empleo, ¿por qué no lo intentas de niñera? Así estás preparada para lo que se viene.

Eso ha sido una indirecta muy directa. ¿Es que acaso me descubrió o lo dice solo para fastidiar?

—No estoy interesada en esas cosas. ¿Por qué lo dices?

¿Interesada en niños? No. ¿Interesada en chicos? Sí.

De otra forma no habría libro, ni capítulos. Duh.

—Está bien, está bien —papá alza los brazos como si se rindiera—. Solo les diré que mis hijas e hijos saldrán con personas que se cuiden, se respeten y, antes de hacer una locura, lo meditarán. Sobre todo tú, Murphy.

Patada en el estómago.

—*Okey*, lo haré. Por cierto, hoy vendrá un compañero a hacer un trabajo y...

—Murphy tiene novio y no es de un libro —comienza a cantar Amira y le sigue Chloe—. Murphy tiene novio y no es de papel.



El canto desafinado de mis dos hermanas gira dentro de mi cabeza y posiblemente será así por el resto del día.

Navego por internet buscando información para el trabajo. Siento mis párpados caídos y un peso sobre mis hombros. Apoyo mi cabeza en el respaldo de la silla, luego cierro los ojos un momento, dejándome llevar por el embriagador deseo de dormir unas cuantas horas.

Pero allí está, en la lejanía, el timbre sonando.

—¡Tercera, tu novio está aquí!

Pocas veces he traído a chicos a casa (Tony no cuenta), o más bien...

¡esta es la primea! Jollie es la afortunada que tiene novios reales, yo solo me inclino por los de papel, así que no puedo imaginar el rostro de todos cuando vean a Jax.

O que se enteren de que me acosté con él.

Escucho que Chloe hace pasar al unicelular y le ofrece esperarme en el sofá. Muero de curiosidad por saber de qué hablan.

Bajo hasta el primer piso y encuentro a Jax sentado junto a la ventana mientras Chloe lo observa como si se tratara de uno de sus amores de videojuegos. Antes de animarme a saludarlo, examino su vestimenta para cerciorarme de que haya tomado en cuenta mi advertencia, pero no, está con su vestimenta de *bad boy*.

Estoy segura de que papá disfrutará darle la charla para que deje sus malos hábitos atrás.

—Hola —saluda. Arrastro mis ojos desde sus pies hasta sus azulados ojos, los cuales me observan con ese dejo desinteresado tan común—. No sabía que le habías contado a tu hermana de... lo nuestro. ¿En qué momento empecé a ser tu novio?

Despliego una sonrisa para ocultar mis fervientes deseos de golpearlo. Luego miro a mi hermana, quien se larga a toser nerviosa.

—Yo... debo irme a... a jugar —informa—. Adiós.

—Nos vemos, Murphy en miniatura.

Jax le hace una seña con la mano sin quitarme los ojos de encima. Me siento en el sillón de enfrente, donde la abuela suele pasar las tardes con los trillizos. Por alguna razón la única que ha hecho su aparición es Chloe, de los demás no hay rastro. Dudo mucho que hayan salido a pasear, menos que hayan ido a la iglesia porque Chloe habría ido con ellos. Además, después de lo que ocurrió con Tony, no creo que a papá le agrade que su querida hija esté sola en casa con un chico (idea que aprecio siendo Jax «ese» chico).

De seguro es la calma antes de la tormenta.

Tienes razón, conciencia.

La idea de que mi familia aparezca cuando menos lo espere me causa dolor de estómago. ¿Quién sabe? Quizá papá es un mago y saldrá de pronto junto a los demás. Si ese es el caso, entonces estoy muy molesta por no haberme informado de esto antes.

—Hola, ¿eres el novio de Murph?

Miro a Amira junto al sofá donde está Jax. Él se gira con sorpresa hacia ella y luego repite el movimiento, pero hacia el otro lado, descubriendo que Emer está agachado también. No tengo idea el momento en que llegaron, lo que confirma que son...

—¡Emer, Amira! —los llamo, inclinándome hacia ellos—. No hagan eso, no están en edad y el Ministerio de Magia... es decir... ¡No lo hagan!

Amira me saca la lengua y se marcha corriendo, atrás la sigue Emer, quien desaparece hacia la cocina caminando lento. Es entonces cuando el sonido de un bastón martillando contra el piso me pone en alerta. En unos segundos la abuela se queda examinando el rostro de Jax.

—Lo siento, lindo —le dice enderezando la espalda todo lo que la edad le permite—. Tengo mala vista.

Válgame, y yo que me creía mentirosa...

—Mama, ¿qué haces aquí?

—Vine a ver a tu novio —confiesa. Frunzo el ceño para luego derrumbarme de indignación—. Acepto que tienes buen gusto.

—Sí que lo tiene...

Me golpeo la frente con la mano al escuchar la aprobación de Saya. Ahora solo falta que llegue papá y comente algo.

—¿Sabías que Murphy te puso los cuernos con el vecino? Descuida, ya me las arreglé para que no vuelva a pasar...

—¡Papá! —Luego se encoge de hombros, y guía a Saya y a la abuela hacia la cocina, tomándolas por la espalda.

Acepto que no fue una idea brillante el habernos juntado en mi casa, pero definitivamente sería mejor que en el departamento de Jax.

—¿Cuántas personas viven aquí? —pregunta con incredulidad. Lleva una mano al cuello de su camiseta blanca y sin mangas, como si lo estuviese ahorcando, y la estira.

—Doce personas y un gato, pero él desaparece a menudo y detesta a las personas —Jax me observa como si fuese un bicho raro. Al parecer, con la repentina aparición de mi familia y la aprobación de esta, le ha entrado la confianza—. Ahora que conociste a la mayoría, no molestarán, podremos trabajar...

Enmudezco al ver que se levanta del sofá y se pasea por las fotografías enmarcadas que cuelgan en la pared. La vena de la paciencia que está en mi cuello está al borde de estallar, pero es la fotografía donde se detiene lo que me hace perder la poca cordura que me queda del día.

—¿Eres tú? —señala—. ¿Quién es la mujer que te sostiene? Me parece familiar...

Me levanto de un salto y me apronto a esconder la fotografía bajo mis manos. Jax parece disfrutar de la cercanía y se inclina en mi dirección. Antes de que pueda romper mi intimidad, piso con fuerza su pie, degustando la satisfacción de provocarle dolor físico. Él se incorpora, torciendo sus cejas en señal de dolor.

—¿Por qué haces eso? —cuestiona—. Tu padre ya nos dio la aprobación, Suicida.

Ajá, sorpresivamente no hubo sermón por la vestimenta y parecía haber asumido que Jax y yo somos algo más. En realidad, parecen haber malinterpretado mi aviso del desayuno.

—¿Podemos comenzar a trabajar? Gracias.

Jax alza los brazos en señal de rendición y pasa junto a mí hasta volver a sentarse en el sofá.

—Bien. ¿Investigaste algo?

—No fue necesario —habla acomodando su trasero. Apoya su pierna sobre el muslo de la otra, con lo que parece un sujeto de negocios que está frente a uno de sus empleados, quien le pide un aumento—. Conozco todo sobre los ochenta.

—¿Oh, en serio?

—¡Claro! Época de las mejores películas y canciones.

En eso no puedo contradecirlo. Aprecio enormemente, desde el fondo de mi corazón, que el profesor Leyton nos diera para interpretar la época de los ochenta.

Ahora que lo dice, cuando estaba desesperada en la habitación de Jax, pude ver que los pósteres pegados en la pared eran de películas de aquella época: *Volver al futuro*, *E.T.*, *Terminator*, *Karate Kid*, *Aliens*, entre otras. Al menos el estúpido tiene buen gusto.

—Perfecto, ahora solo tenemos que inventar algún diálogo y actuar.

Fácil y sencillo. Iré por mi computador, espérame aquí.

Antes de poner el pie en el peldaño de la escalera, le lanzo una mirada pretenciosa como advertencia para que no suba. Dudo mucho que sea de ese tipo de chicos chismosos y curiosos, pero uno nunca sabe lo que piensan las personas, ni los planes malignos que guardan dentro de sus cabezas.

Subo y escucho que Finn le canta a los trillizos dentro de su habitación. Eso explica por qué no aparecieron abajo. Es bueno saber que dentro de la familia todavía queda alguien cuerdo que no busca meter su nariz en las cosas que no son de su incumbencia.

Ya en mi habitación tomo el computador y lo dejo bajo mi antebrazo para que no resbale. Una ventisca me provoca un escalofrío en la espalda. Las cortinas de seda se mecen y dejan ver a la perfección el cuarto de Tony. Él está escuchando su música desastrosa a todo volumen y cantando con sus manos como si fueran un micrófono.

Una sonrisa se escapa de mis labios y me dispongo a salir, pero me detengo en cuanto veo a Jax apoyado en el umbral de la puerta.

—Es la primera vez que te veo sonreír... —comenta incorporándose y adentrándose a la habitación—. No lo vuelvas a hacer.

—Movilízate y baja, entrometido.

—Ese que está cantando —señala a Tony con su barbilla—. ¿Es tu amor no correspondido?

Avanza hasta quedar frente a mí. Hago un intento por apartarlo. Él sonríe con picardía y mira de nuevo por la ventana.

El peso de su cuerpo hace que retroceda dos pasos. Mis intenciones de mantenerme estoica están siendo en vano. Me guiña un ojo y estira sus labios como si me fuese a besar.

—¿Qué haces?

—Un acto de piedad, Suicida.

Retrocedo otra vez. Los fierros fríos de la reja dan con mi espalda y el choque provoca un eco. La canción alocada que Tony escuchaba ahora se ha transformado en una melodía cortavenas-romántica. Me siento como una hormiga acechada por un niño con una lupa... y no lo digo por estar entre Jax y la ventana, sino porque un bochornoso calor se extiende por todo mi cuerpo.

Seriedad, Murphy, tú no eres así.

Jax coloca sus manos sobre las rejas mirando por encima de mi hombro hacia la casa de Tony. Podría jurar que por un momento vi reflejado el rostro de mi amigo en sus pupilas.

—Los celos son un arma muy poderosa —susurra en mi oído—. Confía en mí, sé de estas cosas. Espera a que tu tonto enamorado nos vea y mañana mismo estará en la puerta de tu casa pidiéndote explicaciones, o si tienes suerte, declarándote su amor.

—No necesito tu ayuda —vuelvo a pisar su pie. Jax se aparta al instante gimiendo del dolor, mientras yo me acomodo la ropa con la mano libre—. Agradece que fue en el pie, porque la próxima va en los huevos, corazón.

¡Puaj!, le has dicho corazón...

Me giro hacia la ventana para cerrarla. Mis ojos miran lentamente, como si tuviesen imanes, hacia Tony. Allí está, con una extraña sonrisa.

—Hola, Murph.

Me hace una seña. ¡Una tonta seña!

Jax se arrima a mi hombro y le devuelve el saludo.

—Hola —lo saluda—. ¿Disfrutando de la tarde?

—No mejor que ustedes, por lo que veo —dice capturándome con sus ojos pardos.

Por alguna razón siento que Tony me exige explicaciones, pero yo estoy muda y tal vez demasiado atontada como para decirle algo. ¿Dónde quedó toda la confianza que le tengo a mi vecino adolescente?

—Ignora al unicelular.

Sin más que decir, cierro las cortinas rojas para que nada de lo que ocurra en mi habitación pueda verlo Tony. Un asesinato sangriento posiblemente ocurrirá en los próximos segundos, con Jax como la víctima.

—¿Has leído todos estos?

Tenorio pasa sus dedos por el lomo de los libros que reposan sobre la estantería de madera que papá hizo para mí cuando cumplí quince años. Aunque el librero está bastante mal cuidado, sigue cumpliendo la función de cuidar los libros que con tanto esfuerzo compré.

—Sí, todos ellos, y tengo un amor literario en cada uno.

Se gira alzando una ceja. Allí está, de nuevo, esa mirada de «esta tipa

está loca».

—¿Prefieres a los chicos idealizados de los libros? —cuestiona, a lo que respondo con un movimiento asertivo con la cabeza—. La realidad supera a la ficción, Chica Suicida; yo podría demostrártelo.

—Paso. Ahora, si dentro de tu primitiva cabeza cabe la palabra lárgate, sal de mi habitación y vamos a trabajar.

¿La realidad supera a la ficción? No, para mí la frase es al revés.

La ficción siempre supera la realidad.



Miro el diálogo. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que lo escribí, me ha costado y Jax no hizo mucho para ayudar. Me lo esperaba, aunque tenía la mínima esperanza de que dijera al menos una frase. El muy patán está bostezando y jugando con su celular. Ahora entiendo por qué reprobó la clase, es un incompetente. Lo peor de todo es que a los profesores de universidad no les importa mucho quién trabaja y quién no, ellos solamente ven resultados.

Espero que nuestro resultado actuando sea perfecto.

—¿Terminaste? Tengo que juntarme con una... alguien —levanto la cabeza de la pantalla para dar con su rostro—. ¿Qué?

Y tiene el descaro de preguntar.

—No irás a ningún lado, debemos ensayar la actuación.

—Oye, no te pongas celosa. Podemos ensayar la actuación una hora antes de entrar a clases, eso no es un problema. Mi amigo de abajo no se entretiene viéndote escribir.

—Jax, de verdad, desde el fondo de mi paciencia, quiero empatizar contigo... Quédate y ensayemos.

Se guarda el celular en uno de los bolsillos y se inclina en mi dirección.

—Oblígame —sugiere y relame sus labios—. O compensa la cita que perderé por quedarme.

—¡Es un maldito trabajo! No es por mí, es por ti y tu averiado cerebro.

Desde la cocina escucho a la abuela gritarme por maldecir. Aprieto con fuerza mis dientes y busco en mis bolsillos dinero para meter en el tarro de groserías. Jax, por su parte, se ha quedado pensativo. ¿Tal vez me sobrepasé con los insultos? No me juzguen, estoy segura de que ustedes lo habrían hecho en mi lugar.

—Murphy, tienes una lengua muy larga —la abuela entra a la sala acompañada de Emer, quien sin decir nada sube las escaleras y se pierde en el segundo piso—. Es hora de la cena —informa con una sonrisa cordial impropia de ella—. Vamos, Jaime, te encantarán las donas que hicimos.

Jax abre levemente sus labios, como si quisiera rechazar la propuesta, luego me mira y vuelve hacia la abuela, sonriéndole.

—Claro, tengo muchas ganas de probarlas.

Se levanta del sofá y se encamina hacia la cocina, pero antes de que dé un paso más, lo retengo del brazo.

—¿Qué pasó con tu víctima nueva?

—Ella puede esperar, la comida no.

En el gran comedor papá ha dictado que Jax se siente a mi lado, de modo que es Finn quien se cambia al otro extremo de la mesa. El manicomio ha reunido a Los Locos Adams y ellos no paran de hacerle preguntas a mi compañero, quien luce sumamente confundido.

Jollie es la única que no habla, sino que no le ha quitado los ojos de encima y, al parecer, busca el momento indicado para meter la cuchara. La Murphy oscura, cual sombra saliendo de mi espalda, ya le ha hecho la advertencia para que no haga nada tonto. Una charla con nuestras miradas es todo lo que obtengo como respuesta y deduzco que mi hermana mayor no está interesada en Jax, sino en el regalo que Spencer le dio en la mañana. Niego con la cabeza para convencerlas de que no se lo regrese, puesto que es un detalle asquerosamente tierno. Ella frunce los labios y luego los mueve, sentenciando un «entonces te lo quedas tú» silencioso.

Por el otro lado, los trillizos parecen estar embobados en la cantidad de dulces que hay sobre la mesa, pues se relamen los labios y sus ojos brillan.

Miro de reojo a Jax, está deseoso, pero por costumbre no comemos hasta que estemos todos sentados. Con disimulo, extiende su brazo hacia las galletas de avena que están al frente. Antes de que pueda ponerles un dedo

encima, la abuela golpea su mano.

—Todavía no, Jason.

Oculto una risita cuando aparta su mano y se la frota con la otra, luciendo sumamente ofendido.

—Tengo una duda existencial: ¿cómo puede tu abuela memorizar los nombres de sus nietos? —pregunta Jax, confidencial, siguiendo con sus ojos a Saya, quien por fin se sienta a la mesa.

—No tengo idea, me lo he preguntado muchas veces.

Ya todos sentados, Jax extiende su mano para agarrar las codiciadas galletas, pero esta vez soy yo quien le pega en la mano.

—Antes de comer damos las gracias —le informo.

—¿Las gracias? ¿Por qué?

—Por la comida, por la salud... —se apronta a explicar papá, esbozando una apacible sonrisa—. ¿Quieres intentarlo?

Después del intento de oración Jax Amadeus Wilson murió.

Es broma.

El unicelular no se queja, en lugar de eso se acomoda en la silla y por consiguiente nosotros hacemos lo mismo. Bajo la cabeza y cierro los ojos. Lo escucho carraspear y luego toser; se está preparando.

—Gracias por la comida... —no dice más—. ¿Amén?

¿Eso es válido como una oración?

Los demás repiten un «amén» en conjunto. Así comenzamos a comer haciendo comentarios y evadiendo algunas preguntas. No es para menos, mi familia sigue creyendo que entre Jax y yo existe algo más que una relación de compañeros. Tras desmentirlo en muchas ocasiones, las preguntas van dirigidas completamente a Tenorio y yo paso a segundo plano, lo que me alivia para seguir comiendo.

Respiro hondo y hago otro intento por terminar la tarta de chocolate. Después de una plática todos lucen sumamente satisfechos. A excepción de los trillizos, quienes se han levantado de la mesa para correr de lado a lado. Jax parece haber tenido un ataque de azúcar y ni siquiera ha movido un dedo; está echado sobre la silla mirando a la nada y moviendo la cabeza en respuesta a las preguntas de Saya, la abuela y papá. Claro, la mitad han sido mentira, porque jamás lo he visto usar lentes de lectura, agarrar un libro,

actuar en un comercial de desodorante masculino, tener un Mercedes Benz (ya que tiene una moto) y vivir con sus padres.

Mujeriego, unicelular y mentiroso.

—Jax —lo llama Finn, quien luce serio. Supongo que le dará la misma advertencia que les ha dado a los novios de Jollie—. Escucha algo: si llegas a engañar a Murph en algún momento, o si por alguna razón la haces llorar, considérate muerto.

—Finn...

—No, en serio, si llegas a dañarla de alguna u otra forma más vale que te largues del país, porque Murph te castrará.

Dios, lo que faltaba.

—Gracias por el aviso, lo tendré en cuenta —responde mi compañero, haciendo una mueca extraña.

Los trillizos llegan junto a Jax con la guitarra de Finn y se la entregan. Jax la recibe algo confundido, pero ante la mirada de los tres niños comprende que lo que quieren es que les cante, como Finn lo hacía hace un rato en su habitación. Todo queda en silencio, haciendo de Tenorio el centro de atención.

—¿Nos tapamos los oídos para que no nos sangren? —pregunta Chloe.

Jax le lanza una mirada desafiante. Pasa sus dedos sobre las cuerdas de la guitarra, como si las acariciara, y luego respira hondo.

—I'm not the kind of fool who's gonna sit and sing to you, about stars, girl...

La voz rasposa resuena por todo el comedor. Todos se quedan contemplándolo. Parece que Jax ha sido dotado con habilidades artísticas porque además de actuar bien, no canta nada mal... y jamás creí que tocara la guitarra.

¿Podría ser el próximo Travolta?

—But last night I looked up into the dark half of the blue, and they'd gone backwards. Something in your magnetism must have pissed them off, forcing them to get an early night...

Luce completamente diferente mientras canta, esta es una faceta muy distinta a la del Jax unicelular. ¿Será que tal vez..., solo tal vez, lo he subestimado?

La canción se detiene y todos estallan en aplausos. Jax les entrega la guitarra a los trillizos y voltea a verme.

—Suicida —me susurra—. No me mires tanto o te enamorarás.

No, sigue siendo el mismo unicelular de siempre.

13
Cuando se cierra una ventana

Miro a los universitarios que caminan en dirección a sus salas. Si bien son pocos, me asombra que algunos sean tan puntuales un lunes por la mañana.

Faltan quince minutos para entrar a Expresión Vocal, y Jax no se ha dignado a aparecer. Se suponía que debíamos estar una hora antes en la universidad para ensayar nuestro diálogo, pero como era de suponerse, la puntualidad no es una virtud de él.

Si bien es un error mío haber accedido a su petición después de que saliese prácticamente huyendo de casa, el 99% restante se debe a su irresponsabilidad.

He ahí que un enorme trecho lo separa de mi lista.

Jax no cumple el punto dos de mis reglas «*debe ser responsable*», aunque tampoco cumple los demás.

Quizá debería dejar de prestarle tanta atención a Jax. De hecho, no he hablado ni con la demente de Maya. Con la única que he cruzado palabra, a excepción de mi familia, fue con Michi, quien me regañó como seguramente Tony lo hará cuando le cuente mi desliz.

O tal vez deberías enfocarte en lo realmente importante y buscar trabajo.

Sí, eso está mejor.

—*Annyeonghaseyo*, Chica Suicida.

—Jax, dame una buena razón para no matarte.

Jax sonríe. Tal parece que se ha levantado de buen humor mientras yo estoy con el ceño fruncido por haberme despertado una hora antes de lo normal. Tenerlo de tan buen humor me fastidia.

Sí, soy una amargada, y es que el unicelular aflora mis sentimientos negativos.

Observo de reojo su vestimenta mientras se sienta junto a mí en la

banca. Anda con sus trapos de chico malo de los ochenta. Por mi parte, tuve que pedirle un vestido a Jollie que pareciese de la época, así que además de verme como un duende furioso, estoy vestida ridículamente.

—¿Una buena razón? Que si me asesinas no tendrías más a la luz de tus ojos.

Ridículo. Ojalá supiera pársel, la lengua de las serpientes que nombran en *Harry Potter*, y así insultarlo en otro idioma.

—Qué lindo es soñar... —me levanto y giro en su dirección. Como era de esperarse, sus ojos estaban bien puestos en mi trasero y ahora recorriéndome por completo. Chasqueo los dedos—. ¿Quieres una invitación? Vamos, ponte de pie.

Mi compañero me mira incrédulo, extiende sus brazos en el respaldar de la banca y se acomoda.

—¿Para qué? Ya me aprendí el diálogo y supongo que tú hiciste lo mismo. Ya improvisamos antes, apuesto que la actuación será mejor. Por cierto, ayer no te vi en la cafetería, supongo que estabas demasiado celosa para verme coquetear con otra chica.

—Me despidieron —debo ganarme un premio a la tonta más paciente de la existencia—. Ahora, ponte de pie y ensayemos.

—Ah, bueno. Supongo que tu exjefa se cansó de tu falta de buen ánimo y expresión. Y no te preocupes, Suicida, desde que nos acostamos no he estado con ninguna otra mujer.

—Ahora entiendo, la abstinencia te vuelve más idiota —un escalofrío recorre mi espalda y baja por mis desnudos brazos. Me estremezco y vuelvo a sentarme en la banca. Jax retrae sus brazos y se saca su chaqueta de cuero negro y me la extiende con una sonrisa perversa—. No, gracias —digo antes de que la coloque sobre mis hombros—. No quiero que se me peguen las pulgas. Y, para que lo sepas, todas tus estrategias románticas me las sé por libro, literalmente, así que detén el carro aquí.



Jugueteo con los dedos, bostezo, me hago una trenza y vuelvo a desarmarla,

bostezo otra vez, carraspeo y observo a mis demás compañeros. La clase de Expresión Vocal ha sido eterna con este tema de las actuaciones. Jax y yo fuimos los primeros en salir, cosa que agradecí porque así tendría tiempo para leer un nuevo libro que descargué. Aunque me llevé una gran decepción cuando el profesor Leyton nos requisó los teléfonos para que prestáramos atención. Además, apenas puedo escuchar las actuaciones de mis compañeros debido a los estridentes ronquidos de Jax.

Resulta que Tenorio trajo unos lentes falsos que simulan unos ojos bien abiertos, y con lo loco que es nuestro profesor, dudo que se dé cuenta.

—Bien, bien, bien... —el profesor se levanta de su silla y camina apresuradamente hacia los dos chicos que están adelante. Le doy un codazo a Jax para que despierte. Se quita los lentes y mira al profesor—. Eso es todo por hoy. Los que faltan lo harán la próxima clase. Pasen a buscar sus celulares.

Acomodo mi vestido y sigo a Jax para buscar mi querido y atesorado celular. Tras la mesa, el profesor Leyton nos observa con expresión digna de película de terror.

—Reedus, Wilson —nos llama antes de salir, luego nos hace una seña para que nos acerquemos a él y espera a que el último chico coja su teléfono y salga de la sala.

—¿Pasa algo?

Un presentimiento sobre los lentes de Jax me cruza la cabeza.

—No sé si lo saben, pero yo no solo hago clases acá en la universidad, sino también a estudiantes de preparatoria.

Pobres niños, pienso.

—Resulta que últimamente necesito a personas que me ayuden... Algo así como asistentes —se corrige—. Que sepan de la materia, sean buenos y pensé en ustedes dos.

¿Qué?

—¿Quiere que trabajemos con usted?

El profesor asiente esbozando una sonrisa. Obviamente no le preguntaré por qué no elige a alumnos de cursos más avanzados, pero claramente es una excelente noticia. Un *genialosa* noticia.

—Ya hablé con el colegio y ha dicho que sí. Además, los asistentes

recibirán un modesto pago.

¡Es más que excelente entonces!

—Sí, claro, cuente conmigo.

¡Murphy Reedus ha conseguido trabajo! Bueno, debo firmar un contrato todavía, pero nada en estos días podrá hacerme tan feliz. Creo que después de toda peste rodeándome estos días, por fin la vida me sonríe.

—Yo paso —habla Jax—. Pero gracias por la oferta, Leyton, me alegra saber que reconoces mi trabajo —busca en el bolsillo de su chaqueta un cigarrito y lo coloca en sus labios—. *Ciao*.

Mucho mejor, entonces.



¡Oh, no! Creo que estoy embarazada.

Es broma, resulta que Andrés —el que visita una vez al mes— finalmente llegó y ya no hay drama por saber si estoy embarazada. Eso quiere decir que malgasté en vano mi dinero en diez pruebas de embarazo que, probablemente, ya no servirán cuando de verdad las quiera ocupar.

No importa. La vida me ha sonreído y yo le sonreiré a ella.

—Tu expresión es odiosa.

—Gracias, Maya. Por favor recuérdame nunca más pedirte que vengas a mi casa cuando te hayas amanecido.

—Entonces... —Maya toma aire y acomoda su trasero en el sofá procurando que la carpeta con mis candidatos no caiga de su regazo—. ¿Quieres una cita con el siguiente chico?

—Sí, pero que no sea como el anterior. Por favor, te lo imploro.

Mi amiga resopla y pone los ojos en blanco. Con sus dedos gira la página con una delicadeza impropia de ella. Sus uñas rosas están más brillantes que nunca y su vestimenta la hace ver como una completa reina. A su lado seguro parezco una *sin facción,* como los vagabundos de *Divergente*.

—Tengo a uno que podría congeniar contigo —alza sus cejas y apega la

cabeza a la carpeta—. Se llama George, tiene veintidós. Estudia Historia y le gusta la fotografía.

Extiende la carpeta para entregármela, pero antes de recibirla, dos golpecitos tímidos en la puerta me interrumpen. Una borrosa imagen del tal George queda grabada en mis retinas y no me queda de otra que abrir la puerta.

Es Tony.

—¿Está tu padre? —pregunta mirando por encima de mi hombro hacia el interior de la casa.

—No...

Lo conozco lo suficiente como para saber que algo anda mal, pero cuando me hago los ánimos de preguntar qué le sucede, él me toma de los hombros, cierra los ojos y me besa.

14
Nada es lo que parece

Mi corazón palpita frenético y todo mi cuerpo se tensa. Puedo sentir sus labios tibios, su aliento cálido sobre mi piel y sus manos sosteniéndome la cintura. Todo es tal cual lo había imaginado en mis más profundos pensamientos. Ansiaba tener un beso así; directo, de parte de una de las personas que más quiero.

Entonces, cuando paulatinamente abre los ojos y se separa de mí, todo vuelve a ser normal...

—Murph..., Murph, ¿estás aquí?

Tony mueve su mano frente a mis ojos. Se le ve un tanto asustado y extrañado. Una sonrisa es a todo lo que atino al caer en la realidad: solo ha sido una mala jugada de mi cerebro.

Pestañeo un par de veces sin poder creer lo que me acaba de pasar.

Me cubro el rostro con las manos y niego con la cabeza. No puedo estar tan demente como para haber imaginado tal situación. ¡Esto es culpa de Jax! Claro, él dijo que Tony vendría a declararse.

Estúpido cerebro, juegas con mi inocente corazón.

—¿Estás bien? —mi amigo intenta tocarme la frente, pero lo aparto sintiendo mi cuerpo arder.

—Estoy bien, estoy bien —*bien loca*, pienso—. ¿Qué ocurre?

Tony vuelve a lucir atemorizado. Mira en todas direcciones como alguien que cree que lo están persiguiendo.

—Mamá fue a reunión y no me está yendo muy bien que digamos... ¿Puedo esconderme aquí un rato? Por lo menos hasta que se preocupe de mi ausencia y su amor de madre supere los deseos de golpearme por mis notas.

Cuando termina de hablar pone la mirada tierna del Gato con Botas de *Shrek*. Resoplo como respuesta y le hago espacio para que entre.

—Supongo que no has olvidado dónde queda mi habitación.

Tony entra a casa y saluda a Maya. Como somos de la misma calle, todos nos conocemos, así que no debo hacer presentaciones. Maya le regresa el gesto con una reluciente sonrisa y, finalmente, mi amigo, cual ninja, sube las escaleras procurando no ser visto.

—Entonces... —Maya carraspea para llamar mi atención. Alza sus cejas y con sus enormes ojos mira hacia el segundo piso—. ¿Cuándo pensabas decirme que te gusta Russell?

Un enorme «ja» se me escapa. Vuelvo a sentarme en el sofá, sintiendo la mirada de Maya clavada en mí como si sus ojos fuesen dos lanzas.

—Es mi mejor amigo.

—Y yo Mamá Maya, querida —responde. Pongo mis ojos en blanco ante su ataque de ego, pero ella no hace más que sonreír satisfecha—. Y como buena madre siempre sé qué les pasa a mis hijos. Soy muy intuitiva, corazón.

—¿Ah, sí?

Asiente cruzándose de brazos.

—Por ejemplo, sé muy bien que de niña tuviste un trauma que no te deja expresar bien tus emociones, probablemente por el miedo a que los demás te rechacen. Creo que esto fue causado por tu madre.

—¡Por favor! No has deducido nada, eso te lo conté hace tiempo. Y no le tengo miedo al rechazo.

—Si no le temes entonces ve y dile al chico Russell que lo amas —con Maya nos desafiamos con la mirada. La electricidad se siente en la sala—. No puedes temerle al rechazo por siempre. Es normal, nos vuelve humilde y es una experiencia por la que todos tenemos que pasar. Así que agarra tu trasero de anciana y declárate a ese muchacho. Olvida a tus pretendientes, olvida tus absurdas reglas. No sabes si por miedo a ser rechazada estás perdiendo al amor de tu vida.

¿Quién es esta y qué pasó con Maya?

—¿Irás o tengo que esperarte todo el maldito día?

—Lo haré cuando me sienta preparada. Ahora solamente dame el número de ese tal George, prometo que será el último.

—Te lo doy solo si prometes declararte.

—Está bien, tú ganas, ahora solo dame el número —Maya me envía el

contacto por mensaje de WhatsApp.

¡¿Qué he hecho?!

Firmé mi sentencia de muerte. Me dejé engatusar por unas tontas palabras de aliento. Ahora mi amiga será más insistente que las jodidas personas que llaman desde las compañías telefónicas.

Calma, calma.

Nunca dije cuándo lo haría, ni en qué vida. Lo mejor será esperar a que Maya duerma, pescar mi varita, entrar a su casa a escondidas y lanzarle el encantamiento *Obliviate*.

Reacciona, eres una muggle. No tienes magia.

Gracias por arruinar mis fantasías.

No hay de qué.



No hay mejor satisfacción que olvidar el mundo con un poco de buena lectura, ¿verdad? Gracias a unos ahorros he comprado un nuevo libro en la librería del centro comercial. Salió hace poco y, después de leer varias reseñas por internet, decidí tenerlo en mis manos.

Repaso el título del libro sintiendo la suavidad de la tapa plastificada y me predispongo a leer. A unos cuantos minutos para salir de clases, el profesor nos ha dejado en completa libertad. Podría estar de camino a casa, pero como es viernes, he acordado con George tener una cita.

Me emperifollé con unos tacones en punta que le robé a Jollie, un vestido casi apolillado del armario de la abuela, un intento de peinado de los noventa y una cartera de Saya que sin duda no hubiera ocupado nunca.

Parezco una chica diferente.

Aunque soy de las personas que dicen que hay que ser tal cual uno es, no puedo perder esta oportunidad. Prometí que sería el último y, si por alguna razón fracaso, tendré que declararle mi amor a Tony.

No hay otra opción.

Miro una vez más la cubierta del libro. Estoy demasiado ansiosa como

para ponerme a leer. Comienzo a moverme por la universidad hacia la salida, después de todo, es ahí donde George dijo que me recogería. Guardo el libro en la cartera de Saya mientras presto atención en pisar correctamente para no doblarme el pie. Paso por afuera de la sala de Física y por los baños, lugar donde logro reconocer a cierto unicelular sonriéndole a una pelinegra.

Creo que finalmente ha cambiado sus gustos.

Paso junto a ellos, y logro escuchar su odiosa voz.

—¿Qué dices? ¿Quieres contar todas las estrellas del cielo conmigo?

—Para hacer eso tardaríamos una vida entera, Jake —le responde la chica.

Jake... Por Dios. ¿No tenía un nombre mejor?

—Por eso mismo, dulzura.

Definitivamente, Tenorio moriría de hambre si fuera poeta.

Apenas salgo de la universidad un automóvil último modelo toca la bocina y llama la atención de unos cuantos presentes. Pretendo pasar de largo y buscar a mi cita, pero el sujeto del auto de lujo baja la ventanilla.

—Murphy, ¿verdad?

Mis ojos se agrandan de la sorpresa. Nunca había visto algo tan alucinante. ¡Ni siquiera sé cómo se abre la puerta!

—Sí. ¿Eres...?

—Soy George, hola.

Me acerco a la ventanilla del auto y le echo un vistazo rápido a su interior hasta detenerme en el rostro sonriente de George.

—¿Qué tal? —saludo.

—Perfectamente, ahora que te encontré —ríe, extiende su brazo y abre la puerta del copiloto—. Anda, sube —hago caso sin poner peros. Apenas me siento, George y yo nos saludamos con un beso en la mejilla—. ¿Y tú cómo estás?

—Súper.

Y no es para menos, estoy en una joyita deportiva con un cinturón de seguridad que se ajusta perfecto a mi cuerpo.

George se pone en marcha.

De niña siempre quise viajar en la alfombra mágica de Aladino, pero

seguramente no se habría sentido tan bien como andar en este superauto del futuro. Ni siquiera se me mueven los glúteos cuando andamos por las calles en mal estado. Hasta mirar por la ventana se siente diferente, de otra era.

George sonríe mientras conduce. Siento el viento enredarse en mi cabello. Cierro los ojos y me dejo llevar.

—Ya estamos llegando...

Inspiro sintiéndome en completa armonía con el mundo. El sonido del motor cada vez es menos intenso y, lentamente, George estaciona frente a una linda florería.

—Reservé una mesa en un restaurante a la vuelta.

Baja del auto y da la vuelta para abrir mi puerta. Como todo caballero de película, me ayuda. Hago un esfuerzo y me pongo de pie.

—Vamos —indica George con una sonrisilla tras activar la alarma del auto.

Asiento y le sigo el paso por el pavimento. Cuando doblamos por la esquina el ambiente cambia drásticamente. Las construcciones y los edificios están cada vez más sucios, llenos de grafitis. La calle está llena de basura y de charcos de quien sabe qué. El olor a marihuana es innegable y algunos sonidos de disparos me ponen en alerta. Agarro el hombro de George para detenerlo. Él se gira y, como un mago experto, saca de su abrigo un arma.

—Entrégame tu cartera... ¡Ahora!

Pego un grito ahogado y levanto las manos. Es la primera vez en mis diecinueve años que me asaltan. Todo es tan irreal y repentino que parece un sueño. ¿Será otra alucinación?

—¡Dame la cartera de una puta vez! —insiste George.

—¿Qué? No te daré nada.

George me agarra por detrás de la cabeza y pone la pistola bajo mi barbilla.

No, no es una alucinación.

—No me obligues a tener que usar esto, rojita. Entrégame el bolso y la chaqueta.

Me suelta, pero no deja de apuntarme. Un sudor frío me recorre la frente. Las manos me transpiran. Mi corazón palpita a toda prisa. Según los

libros, películas y series, alguien vendrá a rescatarme de esta situación.

—¡Vamos!, contaré hasta tres...

Trago saliva con dificultad.

—Está bien, está bien... Deja sacar mi celular.

—¿Estás loca? Eso es lo que más compran, déjalo en la cartera.

—Pero mis libros descargados...

George se larga a reír.

—¡¿Crees que me importa la mierda que almacenas allí?! —baja la mirada unos segundos—. Los zapatos también, dámelos.

—¿Acaso los piensas usar, idiota? ¡Ni siquiera son de marca!

Cállate, empeoras las cosas.

—Pero a mi novia le encantarán.

—¿Quieres algo más? ¿Que te invite a un café y a comer donas?

El sarcasmo como autodefensa. ¡Estamos perdidas!

—Lo harás con el dinero que obtenga de tus cosas, niña.

Temblando, me quito lo poco y nada que tengo. Le hago entrega de mis pertenencias y, en cuanto las toma, él me rodea sin dejar de apuntarme. Retrocede y emprende la huida en el auto de lujo.

Del impulso salgo en su persecución, pero me caigo de rodillas al suelo. Vaya suerte. Sola, descalza y sin dinero. ¿Qué sigue ahora? ¿Pasa un camión y muero?

El dolor en el pecho es intenso. El nudo en la garganta se acentúa. Nunca había estado en una situación así, siendo apuntada por un arma que no fuese el bastón de la abuela. Las comisuras de mis labios tienden a irse hacia abajo y la presión provoca que gimotee. Mis ojos pican y los deseos de llorar a todo pulmón, de rodillas en el suelo, aumentan.

—Mis libros... Mozart... Mi libro nuevo... Mis ahorros...

—¿Murphy Reedus? —volteo. Podría reconocer esa horripilante partidura y esos feos lentes a leguas—. ¿Qué te pasó?

Limpio mis lágrimas y el líquido que sale de mis fosas nasales. Spencer se acerca a ayudarme.

—Me asaltaron —gimoteo.

—¿Hasta los zapatos?

—Sí, genio, hasta los zapatos. También mis libros, chaqueta... ¡Todo!

Spencer se lamenta en un gesto compasivo que se le ve realmente tierno. Frunce los labios unos segundos y luego se agacha de espaldas a mí.

—Sube, te llevaré a casa.

15
En tierra hostil

Me agarro el vestido para que no quede al aire mi ropa interior. De un momento a otro me he convertido en una mochila humana.

—Permiso —Spencer acomoda sus manos bajo mis muslos para sostenerme. Sus orejas y mejillas se vuelven rojas, no sé si por la fuerza o por lo incómodo de la escena.

—¿Qué hacías por aquí? —inclino la cabeza hacia un lado para ver su perfil. Tengo la costumbre de observar fijamente a las personas cuando hago preguntas.

—Hay un sujeto al que le encargo repuestos electrónicos, cables y esas cosas —carraspea y guarda silencio. Su paso es lento, como el de una tortuga, lo que me hace preguntar si tal vez estoy más gorda. Pobre chico, además de mala suerte con Jollie, quedará con la columna vertebral desviada—. ¿Y tú?

Resoplo moviendo mis labios como un caballo molesto.

—Tenía una cita, pero resulta que el idiota era un ladrón. Esto me pasa por andar saliendo con chicos que apenas conozco... Pero no entiendo, el sujeto no parecía una mala persona, ¡hasta tenía un superauto!

—Los ricos son los que más roban. La tía de un amigo tiene mucho dinero y, aun así, es especialista en robar prendas en las grandes tiendas. Supongo que todos, independiente de nuestra situación económica, tenemos defectos.

Tiene razón.

Spencer parece ser el chico ideal —exceptuando su apariencia—: es tierno, amable y honesto, y he de suponer que también tiene carencias e imperfecciones. En mi caso, mi imperfección es molestarlo por como luce, creo que debo dejar de molestarlo con algo tan superficial. Es más, él podría ser un candidato perfecto para ser el hombre de mi historia, pero gusta de

otra persona. Espero que Jollie se dé cuenta de que, si continúa rechazando a alguien amable como Spencer, lo perderá para siempre.

Ya saben, suele pasar eso de te gusto-te ignoro y luego me gustas-me ignoras.

Es el karma, amores.

—Gracias, Spencer, por tus consejos —sigue andando mientras hablo —. Y bueno, por acarrearme.

—Murphy...

—¿Sí?

Le cuesta decir lo que tiene en mente.

—Tomé tu consejo y le envié un canasto con jabones a Jollie, ¿sabes si le gustaron?

Pensaba devolvértelos, en realidad.

—Oh, sí. Le encantaron tanto que los usa todos los santos días.

Deja de mentir.

Soy una buena persona, mentir para no romper corazones es la prueba; por eso no comprendo mi mala suerte. Quizá las salidas con Michi me están afectando, quizá su mala suerte es contagiosa.

Llegamos a un paradero con una banca, donde me siento una vez llegamos. Mientras gimoteo por mi mala suerte, Spencer se acaricia los hombros y endereza su espalda. Luego, quedamos en silencio. En un incómodo y tortuoso silencio, el cual solo algunos autos y transeúntes rompen.

La espera se me hace eterna, y como no me gusta la situación, le pregunto a Spencer sobre sus estudios en la universidad. El chico apenas abre la boca cuando sus ojos se desvían hacia la calle y anuncia que viene nuestro bus.

Al bajar, Spencer se agacha para que suba otra vez a su espalda, pero me niego con un amable gesto.

Ya dentro del ascensor, con los pies descalzos y el apolillado vestido de la abuela, comienzo a arrepentirme de no irme a casa. Esto me trae malos recuerdos.

—No te preocupes por los chicos —comenta Spencer observándome a través del espejo del ascensor—, suelen salir de fiesta los viernes.

—Es bueno saberlo. Una chica en un departamento lleno de hombres me suena a película porno barata.

Mi comentario lo espanta y comienza a darle un ataque de tos. Cuando el ascensor abre las puertas es el primero en salir y dirigirse al departamento. El pasillo ya se me hace conocido. La sala de estar es un desastre: huele a yerba con un sutil y apestoso olor a calcetines.

—¿Quieres beber algo?

—No, gracias, no quiero morir de hepatitis.

Spencer se echa a reír, a continuación, entra a su habitación.

—Déjame buscar alguna zapatilla. No puedes andar descalza por la vida.

Dudo mucho que encuentre zapatos que calcen con mis diminutos pies. Por el momento me conformo con unos suaves calcetines.

—¿Dónde está el baño? —de pronto me dan ganas de orinar.

Spencer está agachado a los pies de su clóset.

—Al final del pasillo.

Junto la puerta y me encamino por el oscuro corredor. La entrada está llena de calcomanías y grafitis, parece un antro de mala muerte. Frunzo la nariz cuando la idea de hacerme pis parece mejor que entrar al baño más sucio de la vida.

Abro y un olor putrefacto me da la bienvenida al trono. Hago una mueca de asco y busco papel higiénico para luego ponerme en tal posición que mi cuerpo no toque ninguna parte del baño.

Definitivamente debería haber vuelto a mi casa.

Te lo dije, pero nunca me haces caso.

Salgo del baño luego de lavarme las manos con un jabón que parece tener más infecciones que el mismísimo suelo. Desde el pasillo escucho sonidos, la puerta principal se abre y entra alguien. En realidad son dos personas y parece que se están besando. No tengo intenciones de arruinar el momento, así que corro a la habitación de Spencer y me encierro de golpe.

—Acaba de llegar alguien y creo que pasará un buen rato...

Spencer no está en ningún lado, tampoco su escritorio, su computador de antaño, su clóset, ni su cama bien estirada. No, esta no es la habitación.

Maldición, es el cuarto de Jax.

¿Aló, 911? Estoy en un gran aprieto.

Esto me recuerda a aquella vez que tuve que esconderme bajo la cama de Tony una tarde que decidí cambiar la rutina y pasarme a su habitación. Fue después de tener nuestra primera vez. Por suerte, el catre de Tony es antiguo y pude guardar refugio allí mientras escuchaba cómo mi vecino era regañado por su madre. Los minutos pasaron y, tener que estar bajo una cama, rodeada de hollín, me hizo estornudar emitiendo un sonido similar al de las ratas. La señora Russell se espantó y salió corriendo. Podría decir que la salvada fue épica, pero no se compararía a esta... Si es que llego a salvarme.

Un golpe sordo mueve la puerta tras mi espalda. Probablemente los chicos que acaban de entrar están apoyados besuqueándose. Probablemente sean la pelinegra de la universidad y el unicelular.

No importa, no importa. Si algo me ha enseñado la vida es que mi imaginación sobrepasa fronteras y, como excelentísima estudiante de teatro —tos, *sí, claro*, tos—, tengo la majestuosa habilidad de improvisar.

Primero debo ordenar este desastre.

Bóxeres, jeans gastados, camisetas, camisas, botas... Lo recojo todo y lo guardo en el armario. Agarro los papeles y las bolsas de comida y los deposito en un papelero junto al velador. Estiro las sábanas y acomodo los almohadones.

Soy Flash, he descubierto a mi superhéroe interior.

La puerta se abre en medio de las risas traviesas de los dos. Estoy de pie junto a la cama, tiesa, como animal muerto. Los sonidos de sus labios se detienen en cuanto un grito sale de la pelinegra —como supuse—. En segundos, ambos me miran confundidos, aunque la expresión de Jax está a punto de cruzar la línea hacia la incredulidad.

—Señor Wilson, ya ordené la habitación, ahora iré por la sala principal.

Sin más que decir, salgo del cuarto caminando cual soldado de *El Cascanueces*. Junto la puerta y entro al cuarto de Spencer hundiéndome en vergüenza. Lo único que quiero ahora es irme a casa y esconderme en mi cama.

—Cada vez que entras a mi habitación me das un susto que no te imaginas —Spencer se levanta y me enseña dos sandalias negras—. Las

encontré.

—*Genialoso* —por fin mis dos pies tocan algo relativamente cómodo. Ahora solo necesito dinero para marcharme a casa—. No tienes idea de todo lo que te debo, Spencer, creo que ni siquiera un consejo bastará para compensarte.

Un gruñido gutural provoca que ambos agrandemos los ojos asustados. Lentamente me giro y entreabro la puerta para saber qué ha pasado. Jax aparece y, sin previo aviso, ingresa.

—Felicidades, loca, acabas de arruinar otra linda velada —aplaude. Sus cejas están casi tocándose. Está molesto. ¿Cuánto tiempo lleva sin acostarse con alguien? Me compadezco de su ansiedad—. De todas las pelirrojas con las que me acosté tú has sido la peor... y tú, Spencer, la cubres. ¡Traidor!

¿Arruinar su linda velada? Acabo de salvar una vida.

—Tranquilo, campeón, ya tendrás muchas oportunidades de acostarte con alguien. Ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer con Spencer.

—¿Van a...?

Un gesto obsceno concluye la pregunta. Spencer niega con la cabeza, está rojo como un tomate. Jax parece examinarnos un momento y, finalmente, se recuesta sobre la cama de un salto.

—Bueno, sea lo que sea que hagan, estaré mirando.

—¿Por qué no regresas a tu habitación? —le pregunta Spencer a Jax.

—Hijo de puta. ¿Así es cómo me tratas?

—Bah... qué drama —me volteo hacia Spencer—. Ignóralo, seguro de niño nadie le prestó atención, esto le causó un problema de adaptación y autoestima, lo que probablemente compensa con chicas y llamando la atención. Estas personas piden ayuda inconscientemente.

—¿Tienes complejo de psicóloga, Chica Suicida?

Hago oídos sordos y me centro en Spencer.

Parece más tímido de lo normal, demasiado reservado. ¡Eureka! He ahí el por qué Jollie no mira con otros ojos al pobre y desdichado Spencer. Todas quieren a los *badboy*, basta con ver los libros, no hay novela donde el chico de aspecto rebelde no enamore a la protagonista.

—Tú, chico, necesitas llevar el cabello despeinado y vestirte como tu impertinente compañero de piso —le desordeno el cabello. Es

extremadamente suave y envidiable. Uno risos rebeldes invaden su cabeza. Spencer se encoge de hombros mientras continúo con mi trabajo para darle el aspecto de chico malo. Agarro su suéter y se lo quito, dejándolo con una camiseta blanca que se ajusta a su cuerpo—. Así estás mejor, incluso con tus lentes. Nada de suéter.

—Pero hace frío...

—Usa una chaqueta —agrega Jax—, yo tengo muchas.

Asiento.

—Si pudiera hacer que Jollie te quiera sería perfecto, pero por ahora esto es todo lo que puedo hacer por ti —pellizco su mejilla, como lo haría una abuela—. Ahora debo irme.

—Te doy dinero... —Spencer se mete las manos a los bolsillos.

La curiosidad de Jax es innegable.

—¿Qué te pasó, Suicida?

—Me asaltaron —Jax estalla en carcajadas—. ¿Dónde está lo gracioso? Me apuntó con un arma y todo. Fue horrible...

—Luego te vio la cara y salió huyendo.

Es un idiota. Ya..., cástrenlo.

—No le prestes dinero, yo la llevaré —advierte mirando a Spencer. Me encojo de hombros, después de todo así no le deberé más favores al pretendiente de Jollie.

Pero le deberás a Jax.

Eso lo puedo evitar, deberle a Spencer me rompe el alma.

Me despido de Spencer con un beso en la mejilla. Jax sale del cuarto y lo sigo hasta llegar al ascensor.

—¿Por qué no le dijiste a tu padre que viniese a recogerte?

—Porque no sabe que salí con un ladrón... bueno, yo tampoco, pero papá se volvería loco. No me dejaría salir nunca más sola —hipnotizada miro cómo Jax gira las llaves en su dedo índice—. Papá cree que salgo contigo. Si supiera...

—Yo me estoy reservando mi virginidad para la indicada.

Me echo a reír, él hace lo mismo. Sin embargo, lentamente se torna serio y extiende su mano hacia mi mejilla, pellizcándola como yo lo hice con Spencer. Aparto su mano para luego frotar la zona.

Las puertas del ascensor se abren. Antes de que podamos subir veo a mamá. Sus ojos se posan sobre mí con sorpresa. Ya sabía que algo faltaba para que mi día fuera un completo desastre.

—¡Murphy!

Su sonrisa falsa se ensancha.

—Hola —saludo, bajando la cabeza. Ella sale y nosotros entramos. Abre sus labios para decir algo más, pero hago todo lo posible para que el bendito botón cierre las puertas.

Lo último que alcanzo a ver de ella es su mano alzada como despedida.

—Esa era la mujer del cuadro y, si mal no recuerdo, es la mujer de aquella vez cuando arruiné tu cita. ¿Quién es?

Me abrazo a mí misma sintiendo un dolor extraño en el pecho.

—Es mi progenitora —musito como si me lo respondiese a mí misma.

—Es tu mamá —finalmente llegamos al primer piso. Mastico las tres palabras que ha dicho, negándome a llamarla de tal forma—. Deberías estar agradecida, al menos, tú la conoces. Yo apenas tengo recuerdos de la mía.

Por una extraña razón me siento como la mala de la historia, aunque ella lo es. Lo seguirá siendo siempre. Por otro lado, lo último que ha dicho el unicelular hace que me ponga a crear suposiciones de su afición hacia las chicas. La falta de amor materno puede ser la consecuencia de todos sus desaires. Tal vez no somos tan diferentes después de todo.

Buscar el amor de madre en una chica cualquiera no es la solución, pienso antes de subir a la moto.



—Esta será la última vez que coloque mi trasero en tu motocicleta.

Mi voz se percibe temblorosa. Antes de subir a la moto le advertí a Jax que anduviese a una velocidad moderada, pero parece que mis palabras le entraron por un oído y le salieron por el otro.

—De nada. Sé que gozaste tanto como yo abrazarme por la espalda.

Idiota.

Me ayuda a bajar y a quitarme el casco. Siento que podría vomitar cinco

pizzas de tamaño familiar en pequeños pedazos.

—Bueno, adiós.

—Reedus —susurra. Cuando giro noto que se acerca e inclina acortando la distancia de nuestros cuerpos. Las sandalias de Spencer tocan sus botas militares. Cierro mis ojos con fuerza juntando mis labios, pero nada pasa. Nada más que un simple beso en la frente—. Eso es por arruinar mi velada y esto... —besa mi frente otra vez—. Como recompensa por traerte.

Me libera, lo que me genera un rápido debate mental sobre si golpearlo o no.

—Creí que me besarías... ¡Puaj!

—En tus sueños, Chica Suicida.

16
Qué pasaría si...

Tras contarle la horrible noticia sobre mi asalto a Los Locos Adams, papá propuso, con voz severa, que me pusieran un chip de rastreo por si algún día me secuestraban. Ya saben que papá es extremadamente exagerado y tiene ideas desfachatadas. Si no fuera por Saya, seguro que habría puesto cámaras de vigilancia hasta en el baño. Lo único bueno de este altercado es que mi padre me ha cedido su celular hasta que logren comprarme uno nuevo. Su teléfono es un iPhone XX, supermoderno con imágenes en 3D...

Ya, es broma.

En realidad es un móvil de antaño, con un teclado en el que necesitas incrustar el dedo para que funcione. El botón para contestar las llamadas está tan gastado que no sabía con cuál responder cuando de pronto alguien llamó. Adivinen quién era: papá. Quería saber cómo había llegado. Pero ese no es el colmo de las cosas; resulta que le dijo a Jax que me cuide en la universidad.

¿Y qué creen? Tengo nuevo compañero de banco.

Apenas entró a la sala, Tenorio se pegó a mí como chicle en la suela de un zapato. Es curioso porque se parece a uno, por sucio y fastidioso. Arrastró su mesa, sin importarle el molesto ruido que esta emitió mientras la acercaba, y la juntó a la mía. Una maliciosa sonrisa bastó para advertirme que el resto de la hora sería una tortura. Incluso cuando le marqué una línea para mantener la distancia, no hizo caso. Al parecer, mi hombro es su mejor almohada.

—He leído demasiadas historias como para saber con total certeza que tú y yo terminaremos juntos, y como mi vida es un cliché por donde lo mire, lo mejor será distanciarnos de una vez por todas.

—Ay, Suicida. Cuándo reconocerás que estás locamente enamorada de mí y que usas la excusa de que te gusta Tony para ocultarlo.

—¿Disculpa?

Muevo mi hombro para que levante su cabeza.

—Eso, Suicida —me observa con cierta inocencia—. Te he descubierto.

Lo quedo mirando un par de segundos.

—No entiendo cómo alguien con un cerebro tan pequeño logró entrar a la universidad —digo con seguridad—. No me sorprendería si dices que seduciendo a las personas correctamente involucradas.

—No, querida. Eso lo hice para no reprobar los ramos.

Y lo reconoce sin más, qué desvergonzado.

Resopla y apoya sus brazos sobre la mesa, sumerge su cabeza sobre ellos. Parece que el mujeriego de cuarta tuvo una linda velada anoche, pues luce más cansado de lo normal.

—Estoy bromeando, Suicida —alcanzo a oírle—, no te pongas celosa.

Asoma su cabeza por su brazo derecho y noto que tiene los ojos rojos. Frunce el ceño como queriendo estornudar. Antes que lo haga, me preparo cubriendo mi nariz con la bufanda que traigo. Últimamente hace frío y no me extrañaría que el unicelular hubiese agarrado un resfrío.

—Oye, ¿estás bien?

—Sí, nena, tu macho está perfectamen...

Estornuda, se tapa la nariz con sus manos y luego las limpia en su camisa. No escatimo en evitar la mueca de asco cuando comienza una banda sonora con su nariz para que los mocos no resbalen. Busco en mi bolso papel higiénico y le entrego un poco.

—Por favor, Tenorio, define «perfectamente».

—Estoy... —vuelve a estornudar.

—Creo que deberías ir con los de Enfermería o irte a descansar a tu casa, no te ves nada bien.

—¿Si voy a casa serás mi enfermera?

—No.

—Eres muy tierna.

Transcurren las horas y la clase termina con una charla del profesor Leyton motivándonos a ser mejores y a no desanimarnos por las desastrosas actuaciones que dimos la clase pasada. Tenorio se levanta en estado zombi y camina por el pasillo hasta salir de la sala. Eso es bueno, por un momento

creí que se tomaría demasiado en serio la petición de papá. Por mi parte, me dirijo donde el profesor para recibir lo que será mi nuevo contrato como su asistenta.

Apenas me ve esboza una sonrisa horrible que asustaría a cualquiera.

—Léalo bien antes de firmar, Reedus —advierte antes de entregarme el contrato.

¡Firma ya!

Cállate. Primero la letra grande y luego la letra pequeña...

—¿En el colegio Clarkson? —despliego mis ojos de la hoja para posarlos sobre Leyton—. Allí estudia mi hermana.

Y Tony.

—Genial, tal vez sea una de mis alumnas.

Firmo el contrato tras leer dos veces cada una de las palabras impresas. Luego de despedirnos, salgo de la sala con una nueva forma de ver la vida: al fin tengo trabajo.

Los miércoles y viernes por la tarde debo estar en el colegio Clarkson ayudando al viejo Leyton a enseñar a otros estudiantes. *Genialoso*. Lo mejor de todo es que mi horario calza justo con el de Tony y podremos recuperar el tiempo perdido desde que papá me enrejó la ventana.

—¡Tengo trabajo y no necesito al unicelular como escolta! —grito a viva voz.

Justo escucho un estornudo. Parece que el mujeriego de cuarta se ha tomado en serio la petición de papá. Ni siquiera puedo ir al baño en paz. Todas las veces que hemos coincidido han sido porque parece olfatearme.

—Lo digo con total seriedad, Tenorio, no necesito que me acompañes.

—Tu papá me pagará una módica suma de dinero por cuidar tu trasero —responde frotándose la nariz—, el poco trasero que tienes.

—¿Cuánto? Te daré el doble si dejas de perseguirme por todos lados.

Su carcajada seca y burlona se estampa en mi frente.

—No tienes ni un ahorro. Te robaron, ¿recuerdas?

Tiene razón.

Quizá necesite usar otro método para que salga huyendo.

—Bien, escucha... —intento cambiar mi expresión a una más seria y no tan fastidiada, pero es difícil—. No había querido decirte esto, pero ya es

hora de que lo sepas: estoy embarazada.

Por su mirada me doy cuenta de que no se ha tragado mi mentira. ¿Qué pasa? Se supone que funciona en casos en que el padre es un mujeriego irresponsable. Siempre terminan desapareciendo de la faz de la Tierra, está en los libros.

—Usé preservativo.

—Pues no funcionó. Estoy esperando un hijo, y es tuyo.

—Bien —frunce el ceño y vuelve a estornudar por milésima vez en el día—, me haré cargo.



Camino por la sala escuchando las voces de los estudiantes de la Academia de Teatro. El profesor Leyton los ha animado a participar en un evento que se realizará dentro de dos meses. La obra la escogieron los mismos estudiantes y se trata, nada más y nada menos, que de *Romeo y Julieta*.

Nah, es broma.

La obra fue escrita por los chicos de la Academia de Literatura y trata sobre tres adolescentes que asisten periódicamente a reuniones de Narcóticos Anónimos, desde ahí tienen diferentes *flashbacks* sobre sus vidas antes de caer en las garras de las drogas. En principio la idea no me pareció debido a que todos los que actúan son apenas unos niños, pero admito que al verlos en acción me cerraron la boca. El mismo profesor me ha dicho que se siente más orgulloso de ellos que de mis compañeros de universidad.

Para ser mi primer día todo anda bien. La sala es cómoda, los chicos son agradables, el ambiente es bueno y la vista grandiosa. Desde el salón se puede ver la enorme cancha de entrenamiento de rugby donde Tony, probablemente, está practicando. Ya le he escuchado al *coach* gritar con furia su nombre varias veces, y aunque Tony es un nombre algo común por la ciudad, estoy segura de que no hay dos chicos con un nombre tan feo.

—Nos vemos el viernes.

Son casi las nueve de la noche y la clase ha terminado. Siento mi boca seca y los párpados pesados. Ni siquiera levanté un músculo, pero estoy agotada, deseando llegar a casa pronto.

Afuera hace frío y cuando suspiro el vaho sale de mi boca. Me abrazo a mí misma avanzando hacia la salida del colegio, donde los chicos de la academia están reunidos charlando entre ellos. Me despido una vez más con una seña. Cerca de los barrotes, guardando una distancia prudente, Tony silba capturando mi atención.

—Entonces, ¿esta será nuestra nueva rutina?

—Así parece.

Acomodo mi bolso en el hombro mientras caminamos bajo la luna. El aire fresco entra por mis fosas nasales y tengo una leve picazón. Creo que «cierta persona» me ha pegado el resfrío...

Tony está con el cabello mojado por la ducha que se ha dado después del entrenamiento, camina con una camiseta como si no tuviese frío. Le insistí que se abrigara, pero se negó rotundamente.

Junto al sonido de nuestras pisadas contra el pavimento y las hojas de los árboles meciéndose por el viento, la imagen del beso que imaginé me viene a la cabeza. Las palabras de Maya resuenan en mi cabeza. El corazón me da vuelta y mi respiración se acelera. Trago saliva, nerviosa, mientras observo el perfil de Tony de reojo.

—Tony, ¿qué pasaría si te digo que me gustas?

17
No cruzar la línea

Los ojos de Tony están sobre mí. Parece asombrado. Lentamente baja la cabeza y se mira las zapatillas, luego vuelve a mirarme. Una sonrisa mezquina es todo lo que recibo y continuamos caminando.

Creo que moriré de vergüenza. Mi corazón no puede ir más deprisa. Estoy nerviosa, inquieta. Muerdo mis labios en medio del silencio y ruego que desde ahora nada cambie.

Unos ladridos de perros es lo único que me distrae del remordimiento que da vueltas por mi cabeza y me repite que la situación va más allá de lo incómodo. Son los perros de la señora Harrow, la vieja loca que tiene más perros que años y siempre nos da problemas, que están corriendo con las correas arrastrándose por el suelo. Detrás les sigue ella, gritándoles que regresen a casa. Tony la ayuda corriendo tras los perros y cogiendo las correas. Los regresa con su dueña con una sonrisa agraciada, pero que se desvanece al volver junto a mí.

Ay no... Es que más obvio no se puede ser.

Lo oigo suspirar con pesadumbre mientras seguimos caminando.

—¿Sabes? —dice—. Hay cosas que son evidentes pero de las que nunca nos damos cuenta, es por eso que nunca descarté la idea de la existencia de los extraterrestres. Hay muchas muestras de que están por ahí, pero a veces preferimos no creer en ellas. Nos cuesta salir de la rutina.

Desde mi posición puedo ver nuestras casas. Mis pasos y los de él van coordinados y lentos, a pesar de que lo único que deseo ahora es salir corriendo y encerrarme en mi cuarto. No obstante, una parte de mí, esa parte masoquista, quiere que termine lo que debe decir. Sé perfectamente de qué van sus palabras.

—Siempre supe de la existencia del algo más allá, pero ante la percepción y lo inestable de mis sentidos me negué a creerlo... quizá por mi

bien. Para resguardarme. A decir verdad, prefiero seguir con mi rutina y no seguir pensando en seres extraterrestres o del más allá, mi mundo está bien tal cual está. No quiero cambiar. Buenas noches, Murph.

Tony se despide con un beso en mi mejilla, abre la puerta de la reja sin mirarme y golpea la puerta de su casa. Estoy perpleja afuera de su hogar, en medio de la oscuridad, en la fría calle, con un solo pensamiento en mi cabeza.

—¿Me han rechazado?

—Suena a que sí, cariño, de una forma muy sutil —Maya me da palmaditas en la espalda como una forma de consuelo. Lo que menos quiero ahora es sentirme como la tonta a la que su mejor amigo *friendzonó*—. ¿Quieres un vaso de agua con azúcar?

—No estás ayudando mucho, Maya.

—¡Pero el agua con azúcar ayuda para el corazón! —declino con la cabeza—. ¿Y chocolate?

—Creo que me iré a casa, solo vine para confirmar mis dudas —efectivamente salí corriendo a casa de mi amiga cuando Tony desapareció de mi vista.

Me levanto del sofá de cuero y avanzo hasta la elegante puerta principal de la casa. Vivimos en la misma calle, pero las casas son completamente diferentes y la de Maya es la que más destaca, pues parece una minimansión.

—Adiós, guapura. Y recuerda que la vida no termina con un rechazo, hay muchos peces en el agua que ansían a chicas-tablas como tú.

—Gracias por tu buen consuelo. Adiós.

Y por eso, queridos lectores, siempre hay que escoger bien a sus amistades.

Fin.



Miro a las personas que caminan por la universidad, diminutas, borrosas y despreocupadas. Un largo trecho me aleja de ellas. Desde hace tiempo que

no subía a la torre de la universidad, hoy parece mucho más alta que la última vez que estuve aquí. Incluso la campana se ve diferente, mucho más reluciente, como si la hubiesen cambiado hace poco. O quizá la que cambió fui yo, o algo en mí. Quizá fue mi confesión.

Debí quedarme callada, o ser menos obvia. Debería haber usado ese truco de «la amiga de la amiga de una amiga» para preguntar, y, sin embargo, mi lado directo habló primero. Como siempre.

—Estás de mal humor, ¿quieres que...?

Un estornudo interrumpe la pregunta.

Lo que me faltaba: Jax Tenorio. Observo su reflejo en la campana gigante y me aparto, asomándome por la baranda.

—¿No tienes a otra persona que fastidiar? ¿Amigos? ¿Tus víctimas de siempre? ¿Perros salvajes?

—¿Estás con Roberto? ¿O era Andrés?

—¿Por qué una mujer no puede estar de mal humor sin que lo asocien a la jodida menstruación? No, Tenorio, eso pasó la semana pasada. Hoy estoy bien, solo molesta —miro hacia abajo. De reojo noto que él también se asoma por la baranda y mira a los estudiantes que van a sus salas—. Estoy así porque ayer me gané un boleto directo a la *friendzone*.

—Eso era algo obvio, cariño —responde sonriente, burlándose de mi desdichado estado—. Ese es el problema de las amistades con el sexo opuesto, siempre uno de ellos termina enamorándose del otro. Por eso yo no le llamo amistad, sino supervivencia mutua.

Hago un esfuerzo por imaginar a Jax compartiendo secretos con chicas y se me hace un caos la cabeza.

—No puedo imaginarte con amigas. Amigas reales.

—Nunca he tenido una, siempre termino teniendo algo más —me lo imaginaba—. Pero dado que el Tontony ya no es tu amigo..., digamos que yo podría reemplazarlo —su mano, como si fuese una araña, recorre la baranda hasta tocar mis congelados dedos—. Algo así como amigos con derecho —golpeo su mano y lo miro con desaprobación—. ¡Ay! Eso es agresión.

—Y pronto se convertirá en homicidio si sigues con esas insinuaciones. Adiós.

Bajo de la torre con la garganta seca y el corazón en la garganta. Cada día mi estado anímico va en decadencia y la falta de ejercicio me afecta más y más. Una vez abajo, entro al baño más cercano. Este es igual o peor que el baño del departamento de Jax. Abro la llave del único lavamanos que parece funcionar y me humedezco la cara para despertar del letargo llamado «rechazo», finalmente me miro en el espejo; tengo unas ojeras horribles y el cabello más despeinado que el de la vieja loca de los perros. Intento arreglarlo peinándolo con las manos.

Dos chicas entran al baño pisoteando con sus enormes tacones el piso y se interponen en mi camino. Me siento de vuelta en el colegio, cuando las chicas rudas solían acorralar a los más taciturnos. Nunca me tocó ser una de las víctimas, no obstante, a juzgar por cómo me miran ambas, puedo deducir que será la primera vez.

—Esta es la perra nueva de Jax —le dice la más alta a su compañera, de cabello castaño.

—Solo como aclaración: no creo que sea buena idea que le digas perra a tu amiga —digo esbozando una sonrisa. Lo siguiente que hago es llevar mi mano al pecho y lucir extremadamente sorprendida—. Oh, cielos, ¿lo decías por mí?

La más alta, quien parece ser la de la idea de intimidarme aquí, da dos pasos acortando la distancia. Camina a mi alrededor con sus tacones tronando contra el piso mojado y vuelve junto a su amiga.

—No sabía que teníamos a una comediante —habla—. Está asustada.

¿Deberíamos estarlo?

Más me asustó Tony.

—No tengo tiempo para estas cosas.

Camino en dirección a ellas pretendiendo pasar entre las dos, pero la más alta me da un empujón y una cachetada en plena mejilla. El sonido hace eco en el baño. Cierro mis ojos un momento asimilando el dolor y luego el calor que invade la zona. Una sonrisa maliciosa se dibuja en el rostro de ambas.

—No eres más que otra que quiere estar con Jax —la alta habla escupiendo más saliva que un guanaco, me da otro empujón con el que casi resbalo, mas logro afirmarme del lavamanos más cercano—. Siento

desilusionarte, zorrita de medio tiempo, él solo tiene ojos para una mujer y es ella, ¿oíste?

Aprieto mis puños queriendo golpearlas, pero algo me dice que no lo haga. La castaña le da la razón a su amiga asintiendo mientras parece divertirse. Mi vena de la paciencia está al borde de estallar. Respiro hondo para calmarme y carraspeo para hablar. Mi intención queda en la nada en cuanto el unicelular, causante de todo esto, entra al baño y se coloca junto a mí.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —los ojos azules de Tenorio se posan sobre mí y por un segundo creo que estoy leyendo sus siniestros pensamientos—. No me digan que es el típico caso de no te metas con mi chico... —continúa. Cruzo mis dedos para que no diga lo que creo que dirá —. Supérenme, nenas, Jax ya tiene dueña.

Allí está...

Niego con la cabeza queriendo desaparecer. ¿Puede haber cosa más horrorosa?

—No te creo —confiesa la castaña, aferrándose al brazo de su amiga—. Me dijiste que no había otra como yo, que me amas y que sería la única. Que no había otra chica que te hiciera feliz...

—Tan ingenua... Lo mismo le dije a tu amiga —Jax apunta con su barbilla a la tipa alta, ambas se miran sorprendidas y vuelven a mirarnos. Tenorio entrelaza sus dedos con los míos y se dirige otra vez a las dos amigas—. Esto es especial, y va mucho más allá que una tonta amistad con sexo casual como lo hice con ustedes. ¿Verdad, Murphy?

Volteo al notar que me mira por el rabillo del ojo. No sé qué es lo que más me impresiona de todo esto. Jax traza una sonrisa y, en segundos, les da veracidad a sus mentiras plantando un sonoro beso sobre mis labios. Luego, suelta mi mano para estamparla en mi nalga izquierda y apretujarla dos veces seguidas.

Mi vena de la paciencia estalla antes de que pueda esculpir su estúpida sonrisa. Aprieto mi puño con fuerza y lo colisiono justo en su nariz, provocando que resbale y caiga al suelo.

—¡Eso pasa cuando cruzas la línea, asno! —me acomodo el bolso y miro a las dos payasas de pie—. Él y yo no somos nada más que

compañeros de Expresión Vocal, si tienen algo que arreglar, háganlo con él. Adiós, burras.

Les lanzo una última mirada a las chicas y paso entre las dos. Pero algo hace que me detenga, no sé si ha sido el hecho de que ninguna me ha devuelto la mirada o que Jax no ha dicho ni pio. Volteo, sin suponer que lo encontraría en el piso, inconsciente.

18
Hierba mala

Hierba mala nunca muere.

Ese fue el primer pensamiento que pasó por mi cabeza cuando me acerqué a Jax para comprobar si estaba con vida. Tenía los ojos cerrados y un hilo de sangre bajaba por sus fosas nasales. El peso de la culpa se alojó sobre mi espalda y me tiré al suelo a ayudarlo, olvidando por completo que el piso del baño estaba mojado. Ahora ambos estamos con olor a orina, llenos de barro y humedad camino al hospital en una ambulancia.

—¿Estará bien? —miro al paramédico sentado junto a la camilla. Él asiente en silencio sin quitar su mano de la frente.

En estos momentos lo único que deseo es que el unicelular abra los ojos, dibuje su tonta sonrisa, se siente en la camilla y diga que es una broma. Pero no lo hace, está completamente dormido, como un bebé recién nacido. Es extremadamente raro verlo tan calmado y callado, ni siquiera está roncando, como suele hacerlo cuando duerme en clases.

—Por un demonio... ¿Qué es este jodido dolor de cabeza?

De pronto su voz quebrada y rasposa es como la sinfonía más hermosa de Mozart. Me incorporo junto a la camilla para verlo con detenimiento. Está totalmente pálido, sus ojos están inyectados en sangre causando que el azul de sus iris se intensifique.

Tengo la tentación de preguntarle cuántos dedos ve, mas no parece estar dentro de sus sentidos.

—Jax, lo lamento mucho, no medí mi fuerza y te golpeé muy fuerte. Es que no creí que fueses tan debilucho, ¿sabes? Necesitas hacer más ejercicio o, no sé, hacer algo para tener más resistencia. Demonios, es que incluso Emer aguantaría más golpes.

Frunce el ceño como haciendo un esfuerzo imperial por reconocerme. La confusión adorna su rostro y me hago un ovillo creyendo lo peor.

—¿Quién eres?

Contengo la respiración unos segundos para descifrar si es una pregunta en broma o realmente no me recuerda. Sin embargo, una sonrisa burlona lo delata.

—Lo sabía —refunfuño, cruzándome de brazos. Sus carcajadas logran oírse por toda la ambulancia, incluso el paramédico que lo revisaba sonríe. Chasqueo la lengua y le enseño el dedo del medio.

Tendrías que haberlo golpeado más fuerte.

—¿Debería ponerte una demanda por violencia? —pregunta rascando su barbilla, luego se dirige al paramédico—. ¿Tú qué dices?

—Si tú haces eso, entonces yo te demandaré por acoso, cariño —¿cariño? Se me está pegando hasta su forma de hablar—. Veo que estás mejor, así que cuando lleguemos al hospital volveré a la universidad, Tenorio.

Un puchero de niño pequeño se dibuja en su rostro.

—No piensas dejarme solito en un hospital lleno de enfermeras sexis, ¿verdad?

—Dudo mucho que eso sea un problema, algo me dice que sobrevivirás. Además, no puedo estar con este olor a pis paseándome así como así.

—Porfis...

Mi fuerza de voluntad es alta, pero mi cargo de conciencia es mucho mayor. Finalmente termino en una habitación fría y con olor a muerte, acompañando a Jax Wilson. Mi corazón de abuelita pudo más y, como soy una buena persona, decido quedarme. Total, el olor a hospital probablemente supere el olor a meado que traigo encima.

O eso espero.

Saco un libro de mi mochila y me pongo a leer.

—Claro, comprendo —le dice Jax a una enfermera.

No entiendo por qué Tenorio me pidió que lo acompañara cuando el muy descarado está perfectamente pasando el rato. Yo estoy en un rincón de la habitación intentando leer, mas las risillas —de esas que evidentemente son de coquetería— me distraen.

—Oye, Suicida..., golpéame más seguido.

Quito mis ojos del libro para posarlo sobre Tenorio. Está feliz. Tan

sonriente que es como una patada en el estómago. La enfermera al parecer ya se ha ido.

—Será un gusto, unicelular —guardo el libro en mi bolso y me levanto del sofá—. Ahora que estás mejor me iré. Adiós.

—¡Espera! ¿Puedes acomodar mi almohada? La enfermera no la ha dejado bien.

Aprieto mis puños con fuerza rindiéndome a su petición. No puedo decirle que no a la persona que dejé inconsciente.

Camino hasta la camilla donde está recostado. Le pusieron suero porque lo encontraron deshidratado, eso me hizo subir un tanto los ánimos, porque, después de todo, no fui la culpable de su paupérrimo estado.

Jax hace un esfuerzo casi sobrenatural para levantarse. Acomodo el almohadón gigante y con un quejido se vuelve a recostar. Subo la sábana junto a la frazada, dejándolas a la altura de su pecho para que no quede descubierto por ningún lado.

—Gracias por intentar defenderme en el baño —musito para mis adentros.

—¿Disculpa? No te escuché —coloca una mano tras su oreja, la que me veo obligada a apartar metiéndola bajo la sábana. Incluso después de estar en el hospital y enfermo de resfrío es un asno—. No hay nada que agradecer, Suicida, debía ayudarte.

—Sí, con un beso y un agarrón... vaya forma de hacerlo.

—No sé por qué te molestas si hicimos cosas mejores antes... —volteo observando su rostro cercano al mío y pongo los ojos en blanco mientras niego con la cabeza—. Mucho más intensas.

Lo que faltaba, recordar «esa noche». Mi pequeño desliz, aquí está tu consecuencia.

—Estoy intentando borrar ese error de mi vida.

Posa su mano sobre mi hombro y me inclina en su dirección.

—No puedes borrar lo que ya está hecho, Murph —susurra.

Sus palabras hacen eco en mi cabeza. El cosquilleo sobre mi cuello me causa escalofríos, pero no es uno incómodo, sino totalmente placentero. Me hago a un lado frotando la zona donde su aliento ha chocado de lleno con mi fría piel. Una sonrisa acompañada de un guiño es todo lo que Jax hace,

hasta que un repentino cambio en su rostro indica que probablemente está viendo un fantasma a mi espalda. Me giro con la idea de ver a un ser bajo una sábana blanca o algo por el estilo, pero todo lo que encuentro es a una pelirroja alta con sus ojos fijos en él.

19
Confesiones y encuentros cercanos

Observo la puerta con atención. Está llena de moho, le falta el último número y hay un chicle pegado en el centro del cero. Nadie podría asegurar si estoy frente a la puerta 103 o 104. En el picaporte hay un cartelito que dice «No molestar». Giro el anuncio y encuentro un dibujo de dos perros teniendo sexo. Más abajo, escrito con la misma fuente que la parte anterior del cartel, dice «animales reproduciéndose». Lanzo un bramido.

No puedo creer que haya llegado hasta aquí por mi cuenta.

Golpeo dos veces y espero. El frío pasillo me da mala espina y en cualquier momento creo que aparecerá un *dementor* para absorber toda mi felicidad, o peor, que aparezca otra vez mi progenitora. Por eso, al escuchar el crujir de la puerta doy un respingo.

—Tranquila, bebé, no muerdo.

Un hombre alto me observa apoyando su cuerpo en el umbral. Parece dichoso de verme. Guardo la compostura y me limito a hacerle una seña con la mano.

—Vengo a ver a Jax.

—¿A Wilson? —pregunta otro chico desde adentro.

Jax había mencionado que sus otros compañeros eran mucho peores que él, y parece ser cierto. No puedo evitar mirarlos con desprecio. Comienzo a comprender el embrollo de mujeriegos universitarios que hay acá. Papá se volvería loco si viniera y supiera cuanta «fornicación» ha ocurrido dentro de estas paredes.

—¿Por qué quieres a Wilson si nos tienes a nosotros? —curiosea el primero.

—¿Hacen esas frases cutres en conjunto, las imprimen y luego las reparten? Porque créanme que esos discursillos están más que trillados.

Resoplo acomodando mi mochila sobre mis hombros. Como el profesor

Flickher no ha ido a la universidad, todos los de la clase salimos temprano, solo tuvimos que firmar la hoja de asistencia y marcharnos.

—Ahora, ¿podrían dejarme pasar? Ya tengo bastante con tener que visitar al inescrupuloso de su amigo.

El sujeto abre la puerta a regañadientes. Todo está igual de desordenado que antes, la única diferencia es que ahora hay muchas botellas de cerveza desperdigadas. Con una sonrisa amable entro y me aseguro de pisar el pie del chico que me da dejado entrar.

—Ups, lo siento... tengo el pie grande.

Un quejido de dolor y una mirada hostil es todo lo que el sujeto me da antes de girar en dirección al pasillo. Espero que esos sujetos se marchen porque no quisiera tenerlos cerca más tiempo. Spencer había dicho que salían los viernes, rezaré porque sea así.

Suspiro fatigada.

Llego a la habitación de Jax y recuerdo la forma extraña que adoptó cuando vio a aquella enfermera. No lo conozco de toda la vida, pero Tenorio es lo suficientemente predecible como para saber que reaccionaría con alguna sonrisa coqueta o con un comentario fuera de lugar. Sorpresivamente, todo lo que hizo fue agachar la cabeza y volver a mirar por encima de mi hombro. Cuando me giré para preguntarle a la enfermera si debía irme ella ya no estaba. Se había esfumado, así como la personalidad juguetona de Jax. Quise preguntar qué rayos pasó, pero me sentí explorando un terreno ajeno. ¿Alguna exnovia tal vez? ¿Alguna amiga o nueva conquista?

Giro el pomo de la puerta y asomo mi cabeza hacia el cuarto, echando un vistazo. Jax está recostado en la cama y no logro verle el rostro porque está bien envuelto entre las tapas.

—Unicelular... —susurro desde la puerta—. Tenorio...

Se larga a roncar. Achico mis ojos y entro, cerrando con extremo cuidado. Lentamente me quito la mochila y la tomo entre mis manos al tanto me voy acercando a un lado de su cama. Parece estar durmiendo plácidamente. Esbozo una diminuta sonrisa y le lanzo la mochila encima de su cabeza.

—No finjas que estás durmiendo.

Aparta la mochila y me mira con uno de sus ojos, frunciendo el ceño.

—¿Ya me extrañas? —se sienta sobre la cama y agita la mochila—. ¿Qué me trajiste?

—Unas galletas que hizo la abuela especialmente para ti y un libro, aunque no sé si sabes leer.

Mi estornudo evita que pueda ver su expresión. Paso mi dedo por debajo de la nariz para disipar la repentina picazón que me ha dado. Tenorio me mira como si estuviera pidiendo permiso para abrir la mochila, a lo que respondo con un simple movimiento de hombros. Una vez abierta, mete la mano y saca una bolsita cerrada con un listón que tiene colgando una notita rectangular.

—Para Jeremy —lee.

—Vaya, sí sabes leer.

—Estás de buen humor. Bueno, este rostro alegra a cualquiera —sonríe.

Diferir de su arrogancia no está en mis planes hoy. Me prometí ser lo más tolerante con Jax para no quedar en deuda con su persona; después de hoy todo volverá a ser normal. Dejo caer mi peso sobre la cama y me acomodo a su lado. Él saca una galleta y me la ofrece. Niego con la cabeza y observo su rostro; está mucho mejor, diría incluso que se parece al antiguo Jax.

Su celular vibra sobre el velador. Con una galleta entre sus labios lo revisa y vuelve a dejarlo donde estaba. De pronto se levanta de la cama.

—Iré a mear.

Hago una mueca cuando noto que está en ropa interior y con sus dedos lo arregla como si fuese lo más normal del mundo. Sé que lo he visto en con menos ropa, pero no quiere decir que después de eso tenga la confianza de mostrarse así...

Observo el celular y mis dedos inquietos se mueven hasta tomarlo. Está desbloqueado y, por consiguiente, muy indefenso.

Activo el *bluetooth* y busco en mi bolsillo el teléfono de papá. Podría jurar que vi en el reproductor de música una canción bastante vergonzosa como para vengarme.

Que en paz descanse donde quiera que se encuentre... ¡Nunca te olvidaremos!

Cuando la puerta se abre y Tenorio entra tarareando una canción, finjo revisar la hora.

—Me sorprende que todavía estés aquí, Suicida.

Jax vuelve a la cama. Rebusca en mi mochila el libro que traigo conmigo y lee en voz baja el título.

—¿Qué me darías si te consigo una firma del autor que escribió esto?

—Dudo mucho que puedas hacerlo —una sonrisa malévola se traza en el rostro de Jax, salta de la cama como si fuese un niño pequeño y busca algo en una de las repisas—. Según sé, está en Los Ángeles escribiendo su próximo libro.

—Las personas como yo, cariño, tenemos ciertos privilegios.

De la repisa tira unos cuantos papeles al piso y saca el mismo libro que tengo en las manos. Me lo extiende con una sonrisa traviesa. Lo abro y encuentro en la primera plana el título *El gato que se enamoró del pájaro*, con una dedicatoria abajo.

Para Jax.

Sé que no lo leerás y posiblemente lo subastarás

en algún sitio de internet, pero aquí lo tienes, lobo inescrupuloso.

Espero que alguien pueda domar a la bestia,

Atte. Mika McFly.

—Debes estar bromeando... ¿con qué lo amenazaste para que te escribiera esto?

—No lo amenacé, Suicida. Mika y somos amigos de años.

No-me-lo-creo.

¿El gran Mika McFly y el unicelular siendo amigos? Debe ser una broma. Es... es decir, ambos son muy diferentes, no me los puedo imaginar compartiendo en un mismo lugar.

—¿Entonces? ¿Qué me darás por él? —pregunta—. Que no sea otro puñetazo o acabaré sin nariz.

—Sigo sin creerlo. Oh, por Dios, ¿por qué no me lo dijiste antes?

—No me gusta presumir, Suicida —vuelvo a contemplar la dedicatoria en el libro. Intento adivinar si es efectivamente la letra del escritor.

Jax arrebata el libro de mis manos.

—¿Qué me darás a cambio? —insiste.

—¿Qué quieres?

—Un beso, inocente y pequeño.

Tose.

—¿Un beso pequeño como tus neuronas? —me trago el orgullo y enderezo la espalda—. Bien, pero cierra los ojos.

—¿Para que salgas corriendo con el libro? —guarda la novela bajo las sábanas—. Así está mejor.

Empiezo a acercarme a Jax mientras él baja la guardia y cierra los ojos. Me acerco lento, con calma. No quiero ir sobre la marcha, tampoco darle en el gusto, pero quiero tanto ese libro que termino besándolo en la frente.

—Listo, ahora dame el libro —hago un movimiento con la mano—. Ya te di tu asqueroso beso, ahora quiero el libro de Mika.

No se lo ha esperado. Ja, iluso.

—Creí que era un beso en la boca.

—En tus sueños, Tenorio. Oye, responde algo.

Juego con los dedos, algo nerviosa.

—¿Por qué tienes un mapa de la ciudad con tantos puntos marcados? —suelto—. Lo vi debajo de tu cama cuando me trajiste aquí. ¿Eres alguna clase de detective secreto?

La expresión de Jax se torna seria. Baja la cabeza. La seguridad de siempre se esfuma y aparece esta nueva faceta, similar a la de un niño regañado. Creo que he preguntado algo malo.

—Busco a mamá.

—¿Cómo así?

—Mi madre me abandonó hace años. No tengo recuerdos de ella, nadie sabe de su paradero, pero necesito encontrarla.

No lo entiendo.

—¿Por qué buscarías a la mujer que te abandonó? Algo así ni siquiera puede perdonarse.

—¿Y quiénes somos nosotros para juzgar las acciones de otros? Si ella lo hizo fue por algo, para saber esos motivos la estoy buscando.

20
Soy tu Watson y tú mi Sherlock

Camino con el libro de Jax entre los brazos. No puedo creer que tenga un ejemplar firmado y dedicado por Mika McFly. Su letra es ordenada, su firma algo excéntrica y hasta podría jurar que las hojas están impregnadas de su perfume. Uno cítrico.

O quizás solo es uno de esos aromatizantes para el ambiente.

Dudo que sea del unicelular, él tiene un aroma dulce que se mezcla con los cigarros que suele fumar. Lo descubrí porque el muy insensato quería encender uno en su habitación. Obviamente no dejé que lo hiciera, está enfermo y el tabaco solo empeorará su situación.

Mi progenitora solía fumar todo el tiempo. Cigarro tras cigarro. Recuerdo, apenas, momentos en los que ella movía su pierna con nerviosismo, sentada en la silla junto a la mesa de la cocina. Su rostro me resulta borroso, pero sí vislumbro claramente sus tacones rojos. Recuerdo también la cerámica de la cocina, era blanca y negra, el tapiz verde de las paredes, el olor a cloro, mis dibujos en el suelo, un crayón rojo y una voz rasposa reprendiéndome.

No tengo recuerdos lindos de mi progenitora.

¿Tendrá Jax alguno de la suya?

—¿Reedus, puedes hacer los ejercicios vocales? Iré a imprimir unos papeles.

Asiento en silencio y miro a la clase. Hoy he estado en otro planeta, quizá en alguno de la saga *Más allá de la Tierra* de la que Michi y yo somos fanáticas. Lo cierto es que me siento en un vaivén de emociones y estados de ánimo. Estoy totalmente fuera de mí. No sé si es por causa de lo que pasó con Jax, o porque Tony está a unos metros de distancia entrenando.

¿Cómo debería actuar?

Mi declaración indirecta fue demasiado obvia y su rechazo indirecto también. Tengo el corazón estrujado, pero no quiero que mi tonta declaración nos aleje más de lo que lo estamos.

No importa, hoy aclararé todo.

Tras salir de Clarkson pego un estornudo que se oye por toda la calle, alguno de los chicos que platican afuera del colegio me dicen un simpático «salud» que respondo con una sonrisa.

Empiezo a caminar con lentitud, Tony aún no sale y ahora es el momento ideal para que hablemos. Pero no aparece. Algo anda mal y dudo mucho que se haya atrasado.

Me detengo y escucho a mis espaldas unos pasos que se detienen. Me giro para comprobar mis sospechas. Allí está, de pie y mirándose sus zapatillas.

—Cobarde.

Tony me mira cabizbajo, mordiendo sus labios con aflicción. Se ve totalmente tierno en su faceta culposa.

—Creí que no querrías verme después de...

De su rechazo indirecto.

—Ah, eso —asiento—. Te seré franca, Tony... sí, me dolió, pero no es tu culpa. No puedo obligarte a tener sentimientos por mí o que Chloe te deje de gustar de la noche a la mañana, así como tampoco pude evitar que me gustes. Tranquilízate, no lloré con lo de Margary y no lloraré por un amor no correspondido.

—Tú nunca lloras, Murph, siempre te contienes.

—Odio que me tengan lástima, así que no vuelvas a evitarme o mirarme con tus estúpidos ojos de oveja—. Hace una mueca y camina hasta alcanzarme—. Además, no te hagas el que no sabías nada.

Ríe nervioso.

—No lo supe hasta la noche en que tu padre nos descubrió. Dios, me siento como un idiota, todo este tiempo... ¿desde cuándo te gusto?

Le doy un codazo en el brazo para que se detenga.

—No te entusiasmes, Tony Russell.

El camino a casa parece más largo y silencioso. Nos sentimos incómodos, es evidente. O quizá sea que el frío ya nos congeló el cerebro.

De vez en cuando surge alguna plática, alguna pregunta sobre los estudios y el típico comentario sobre el clima.

He aquí cien años de camino a casa.

Al reconocer nuestra calle respiro más aliviada, esperando que pronto Tony y yo volvamos a hablar sin silencios tortuosos.

—Te veo luego.

Me despido antes de abrir la reja de mi casa. Él avanza unos pasos más y se mete en su propio hogar.

La calle queda en completo silencio.

Busco en mis bolsillos la llave de la puerta interior, los trillizos deben estar dormidos y no quiero hacer ruido, pues si despiertan será una tragedia. Meto mis manos a los bolsillos, pero siento que alguien está a mis espaldas y pego un salto. Me giro asustada, con el corazón latiéndome a mil. Es Chloe. Noto sus ojos vidriosos, su cabello desordenado y la comisura de sus labios ligeramente hacia abajo.

—¿Qué rayos te pasa? Los trillizos deben estar durmiendo.

—¿Te importa? Hazte a un lado, Tercera, quiero entrar.

Me da un empujón que me desequilibra. Tiene la llave en su mano y la mete en la cerradura, le da un giro, luego otro, pero no puede abrir. Está estática, con la cabeza gacha.

—¿Qué pasó? —tomo su hombro y se encoge, escondiendo su rostro en sus manos.

—Me rechazó —comienza a sollozar. Refriega sus ojos y respira hondo —. Me declaré al chico de la tienda de videojuegos, el que venía a veces a jugar. Todo iba tan bien, pero lo arruiné con mis estúpidos sentimientos. Dijo que era muy pequeña para él.

—Ese robot no sabe lo que se pierde —le digo, acariciando su cabello —. Además, no te rechazó porque no le gustes, sino porque eres menor que él. —Chloe se pasa el dorso de su mano diestra por debajo de la nariz. Mi estómago se revuelve cuando la imagen de Tony aparece en mi cabeza. Aprieto mis dientes con fuerza y tomo aire—. No llores por ese idiota, tienes a un chico al que le gustas que es mucho mejor.



«...tienes a un chico al que le gustas que es mucho mejor».

Sé lo que deben estar pensando: «Pobre y rechazada Murph», «es una idiota por decirle eso a la hermana cuando a ella le gusta», «eso es ser una tonta», «oh, eso fue lindo», «mejor que Tony se quede con Chloe, así le queda el camino libre a Jax». Sí, leo sus mentes lectoras. Y no, no me he rendido en cuanto a Tony y mi amor no correspondido. Solo debo pasar a otra etapa, quererlo de otra forma.

Quiero tener mi historia de amor, ¿no? Bueno, para conseguir el chico ideal necesito descartar a los que no sean aptos.

Auch, eso sonó como a que tienes el orgullo herido.

Cállate.

Es cierto, lo reconozco, sí me duele que me hayan rechazado. También me duele decirle a Chloe que Tony la quiere. Soy de las que cree que cada uno tiene su propia historia y yo, siendo la rechazada, no quiero interferir en la de mi mejor amigo. No puedo hacerlo cambiar de opinión, de sentimientos. No lo hicieron antes y no lo harán ahora.

—Tercera, ¿estás despierta? —papá se asoma por la puerta. Su cabello canoso, con pequeños destellos de color rojo, está alborotado. Su expresión de desquiciado lo hace parecerse a una versión más arrugada de Jack Torrance, de la película *El Resplandor*.

—¿Qué pasa? —busco el teléfono bajo mi almohada y veo la hora. Son las diez de la mañana—. Todavía es temprano para desayunar.

Escondo mi cabeza en la almohada. Fue una mala idea deprimirme anoche escuchando «All by myself».

—Margary llamó, dice que quiere cenar contigo.

—Paso, no quiero cenar con esa... —me muerdo la lengua— con ella.

Papá se sienta en la cama y me quita la almohada. Él corre mi cabello del rostro, observándome compasivo.

—No te estoy pidiendo que vayas, es una orden —su voz es apacible, pero la forma en que lo ha dicho no—. Solo será una cena en algún

restaurante, nada más. Dale una oportunidad, ella quiere...

—¿Enmendar sus errores? —interrumpo. Trago saliva sintiendo una picazón en los ojos—. Bien, iré, pero luego no me juzgues por lo que pase en esa cena.



Observo hacia la ventana y veo mi reflejo. Estoy de brazos cruzados guardando lo poco y nada de paciencia que me queda. A Jax le encanta que pierda los estribos, pero esta vez no pasará.

Hoy no estoy en su habitación, sentada sobre la cama esperando a que termine de vestirse, simplemente porque mi sentido compasivo lo quisiera. No, tengo unos motivos mucho más perversos.

—¿Ya te vestiste?

—¿Por qué la pregunta? Ya sé que me has estado espiando desde el reflejo de la ventana —sus ojos azules se posan en los míos. Una sonrisa arrogante hace que me eche a reír con sorna.

—No me interesa ver tu cuerpo, no eres nada espectacular, las descripciones de los chicos en los libros son mucho más candentes.

—Pero yo soy real, este pechito lo puedes tocar —me guiña un ojo—. Como sea. ¿A qué se debe el disgusto?

Lo sé, es un idiota, pero te regaló el libro de Mika, no lo insultes.

Silencio.

—Necesito un favor —respondo.

Con una sonrisa oculta la sorpresa de su rostro. Su expresión ha cambiado a una seductora, como las que pone cuando coquetea con sus víctimas. Se sienta en la silla junto al escritorio y entrelaza sus dedos. Es una versión barata de algún villano de película de los setenta.

—¿Qué clase de favor, Suicida?

—Quiero que arruines una cena que tendré mañana. Fácil y sencillo, tú eres experto, seguro te será fácil.

Arrastra la silla hasta quedar frente a mí y se inclina.

—¿Una cita acaso?

—Es una cena y punto.

—Sabes que te pediré algo a cambio, ¿verdad? —asiento y espero que no me pida otro beso—. Bien, porque estoy muy molesto contigo. Ayer estaba alimentando a La Bestia cuando una llamada entrante nos distrajo... sé que me cambiaste el *ringtone*.

Intento contener una risa. Habría pagado por ver su reacción con la horrorosa canción que le puse de tono. La venganza es dulce.

—Nada prueba que fui yo.

Parece fastidiado. Con su dedo índice golpea mi frente despacio, provocando que sonría.

—Fuiste tú, no te hagas la inocente. Usaste el mismo truco que yo.

—Me disculparé después de la cena. Ahora dime qué quieres a cambio. Espero que no sea un beso o hacer cochinadas contigo otra vez.

—Quiero que me ayudes con algo —su expresión se torna seria. Noto que juega con sus dedos. ¿Acaso está nervioso? Un Jax nervioso parece sorprendente, pediré un deseo—. Sabes que estoy buscando a mamá y no hay mejor lugar que la biblioteca, pero yo no puedo entrar.

—¿Por qué? ¿Eres alérgico a los libros?

—¿De verdad quieres saber por qué?

—Prefiero pasar —muevo las manos y niego con la cabeza—. Entonces, ¿quieres que investigue sobre ella?

—Iba a pedirte que robaras un pase para poder entrar, pero eso también me sirve.

Lo miro un momento comprendiendo que lo de robar un pase es mentira. Creo que comienzo a entender el humor del unicelular. Resoplo y hago una mueca.

—Bien, desde ahora soy tu Watson y tú mi Sherlock Holmes.

—¿Eso es una propuesta obscena? —menea sus cejas.

Me dejo caer sobre la cama y miro el techo.

—Para ti todo tiene doble sentido, ¿verdad?

Él se recuesta a mi lado y mira el techo también, guardando silencio. Realmente espero que haya cambiado el cubrecama o tendré que ducharme otra vez.

21
Solo es Jax

Estoy a cinco minutos de tener el encuentro con mi progenitora. No mentiré, pensar en lo que pasará me descompone y me pone de mal humor. Detesto sentirme así, ¿por qué no puedo ser como las personas normales y acceder abiertamente a lo que tiene que decirme? Hay algo en mi interior que no me deja. Todo sería más fácil si ella no estuviese aquí, si viviese en China. Necesito alejarla.

Me acompaña Jax, como lo acordamos, y mira el pase de biblioteca que le acabo de entregar. Parece un niño pequeño que encontró la última lámina especial de un álbum. Como un niño que encontró el ticket dorado y podrá hacer una visita a la fábrica de Willy Wonka. Se ve tan tierno... Dentro del parámetro de ternura que alguien como Jax Wilson podría tener, claro.

—¿Cómo lo hiciste? —pregunta sin salir de su asombro.

—Cuando iba al colegio y no tenía dinero para libros solía leer en la biblioteca. Martha y yo hablábamos todo el tiempo, tienes suerte. Pero compórtate como alguien decente, Tenorio, espero que no vuelvan a prohibirte la entrada.

—Prometo comportarme lo mejor que pueda, y si me encuentro con una chica linda la invitaré a hacer cosas ricas en otro lugar —Jax levanta su mano como si hiciera una promesa—. Haré lo que pueda, la tentación es fuerte. Tan fuerte como mis deseos de estar aquí.

—Vamos andando, quiero que el espectáculo termine rápido.

Veo la hora en el teléfono de papá, faltan dos minutos para el encuentro. Caminamos en dirección al restaurante Liberty y, con cada paso que doy, más inquieta me siento. Mis manos sudan mucho. Mis dientes están apretados, la mandíbula se me tensa. Inspiro y exhalo para tranquilizarme, pero nada ayuda. No comprendo por qué estoy tan ansiosa.

Nos detenemos frente a la puerta de vidrio con una enorme «L» dorada

estampada en cada una. A su lado hay dos hombres vestidos de traje que parecen ser guardias.

—Dime de nuevo qué debo hacer.

—Actuar como tú mismo, pero mucho más desagradable.

—¿Es decir que ya no me encuentras tan desagradable? —sonríe—. Me adoras, muñeca.

El gesto repulsivo no queda para otra ocasión, se lo muestro de inmediato.

—Dije «mucho más desagradable», es decir, que lo eres.

Suelta un bufido y me toma del brazo para que entremos, cosa que agradezco porque siento que los pies se me clavan al pavimento. Dentro todo es lujoso, tanto que mi vestimenta —vestido verde de puntos negros y pantis con líneas verticales— me hace ver como un payaso.

—Tenemos una reservación a nombre de Margary Lanz —le informo a uno de los anfitriones. Por su cara de desconfianza parece que quiere sacarnos a patadas. Creo que el aspecto de chico malo de Jax da mala impresión. ¿O será porque juntos nos vemos como unos delincuentes?

—Síganme, por favor —Jax le hace una mueca al recepcionista cuando este le da la espalda.

Lo seguimos entre las mesas evitando las miradas que nos dirigen los demás comensales. Me siento como un bicho raro. Al girarme veo por encima de mi hombro a Jax, quien parece entretenido coqueteando con las chicas. Pongo los ojos en blanco y centro mi atención en la espalda del anfitrión. Por sobre su hombro logro ver el rostro de mi progenitora. No está sola. Me detengo por instinto y giro sobre mis pies dando contra Jax. Él me toma por los hombros y examina mi rostro.

—¿Qué demonios te pasa?

—Creo que... —mi voz sale temblorosa. Cielos, no me reconozco. Carraspeo y aparto sus manos de mí—. Creo que Margary está con su hija.

He escuchado sobre ella algunas veces, pese a esto, no creí que fuera real. Tampoco que Margary se haya dignado a criar a alguien más. ¿Acaso fue igual con ella que conmigo? ¿Por qué la crio y a mí me entregó?

—Entonces, ¿adiós al plan?

Observo mi reflejo borroso en el botón plateado de su chaqueta y lo

medito.

—No —digo con firmeza—, continuemos.

Respiro.

Junto a la mesa Margary se pone de pie, la noto nerviosa —una cosa que tengamos en común después de todo— y a su hija también, traza una sonrisa enseñando sus dientes y luego mira a Jax.

—Espero que no importe que haya traído a mi novio —por el rabillo del ojo veo que el recepcionista hace un ademán con la cabeza y se marcha.

—No hay problema, Murphy, supuse que querrías venir acompañada.

Tomamos asiento. Le doy una mirada rápida a la niña sentada a mi derecha; tiene el cabello castaño y los ojos verdosos muy abiertos. Es evidente, para ella también es un momento incómodo.

—De hecho, me parece realmente familiar —continúa mi progenitora. Sus ojos se achican examinando a Jax.

Jax, que parece no estar en este mundo, endereza su espalda cuando aplasto su pie por debajo de la mesa.

—Me has visto un par de veces con Murph —responde, sacando un pan pequeño de la panera, al cual le da un mordisco y empieza a comer con la boca abierta. Luce como una vaca masticando pasto—. Esto está rico, muero de hambre.

No sé si reír o sentir asco. El pan molido en su boca se ve tan asqueroso que ninguna de las tres podemos evitar fruncir el ceño. Margary pestañea con desconcierto, pero evita demostrarlo. Carraspea y mira a su hija.

—Ella es Charlotte —pone su mano sobre la chica y ella me sonríe con timidez—. No sé si lo sabías, pero es tu hermana.

—Medio hermana, querrás decir —corrijo—. ¿Alguien te pasó dinero para que la tuvieras o por fin decidiste actuar como una madre?

Se arma un silencio tenso.

—Sé que actué como una mujer detestable, Murphy, pero debes comprender que era una adolescente y... —dice al fin.

El garzón llega justo antes de que concluya sus excusas. Nos deja cuatro cartas. Miro el menú y me doy cuenta de que todos son platos elegantes y caros, lo que me dificulta más tener que pedirle algo a mi progenitora.

—Oh, qué lástima... No traje mi billetera —Jax palpa sus bolsillos con

el ceño fruncido—. Estoy seguro de que la traje, ¿viste dónde la guardé, amor?

No puedo imaginar a Jax llamando así a alguien, es demasiado íntimo. Me descoloca que la use conmigo tan abiertamente y sin titubeos.

—Yo tampoco traje dinero —recalco sin lograr que mi voz suene liviana.

—No importa —habla Margary—, yo pagaré.

Pedimos los platos y nadie dice nada. Todo es muy incómodo. Jax no para de hacer gestos grotescos ni deja de comer pan con la boca abierta. Charlotte no deja de mirarnos, ella no debe pasar los doce años. Margary está seria, sus ojos están puestos en mí. Solo en mí. Yo intento evitarla, cuestión imposible, pues una parte en mí necesita regresarle esa mirada, decirle lo pésimamente mal que la estoy pasando sentada en la misma mesa que ella.

Con la comida en la mesa, lo único que se escuchan son los tenedores golpeando los platos. Le doy una miradita a Tenorio, quien disfruta de su filete.

—¡Qué comida más deliciosa! Y si me lo permite... —Jax se echa sobre la silla y se desabrocha el cinturón—. Perdón, no doy más.

Se acaricia el estómago y luego lanza un eructo que podría haber peinado al sujeto que come en la mesa de enfrente. Margary lo mira entre el horror y el asco. Luego de su cántico estomacal, bebe su copa del vino al seco y sonríe como si no hubiese hecho nada malo.

Mi progenitora no tiene más remedio que ocultar la vergüenza.

—¿Cómo te ha ido en la universidad? —pregunta Margary mientras parte su filete.

—Excelente —la pregunta iba dirigida a mí, no obstante, Jax por fin parece usar su única neurona y hacer lo que le pedí—. Aunque reprobé Expresión Vocal el año pasado. La verdad, no me puedo quejar, si no lo hubiera reprobado jamás habría conocido a mi amorcito.

—Se lo preguntaba a Murphy —replica—. ¿Sabes? Creo que ya sé de dónde nos conocemos —vuelve a observarlo con ojos sospechosos—. Eres uno de los universitarios que vive en el piso. Eres Jax Amadeus Wilson.

Los azules ojos de Tenorio se agrandan, pero en segundos su mirada

arrogante vuelve acompañada de una sonrisa.

—Vaya, no sabía que también tengo buena fama entre las mujeres mayores —le responde con arrogancia. Una minúscula sonrisa es todo lo que esbozo hasta que siento los ojos de mi progenitora sobre mí.

—Me sorprende que sepas su segundo nombre, hasta hace unos meses ni siquiera conocías el mío —digo sin mirarla.

—¿Realmente sales con alguien como él, Murphy? —pregunta con desconcierto.

Por fin logro mirarla.

—¿Te importa?

Me cruzo de brazos y apoyo mi espalda en la silla. Margary aprieta labios marcando su quijada.

—Por supuesto, tú me importas. Hice esta cena para que podamos conversar, para...

—Para alivianar tu cargo de conciencia —interrumpo—. Por favor, no me vengas con que quieres ser la madre que nunca fuiste, tuviste bastantes años para hacerlo y jamás lo intentaste. Enmendaste tus errores con ella —señalo a Charlotte, quien agranda sus ojos asombrada—, y está bien. Vive tu vida, a mí déjame en paz. No quiero verte nunca más, mi vida está mejor sin ti.

Mi progenitora y yo nos levantamos de la mesa causando un enorme estruendo. La tensión en nuestras miradas se rompe cuando doy media vuelta, tomo mis cosas y salgo lo más rápido que puedo del restaurante.

Afuera el ambiente parece mucho más fresco que al interior, incluso algo de viento mece mi cabello. Masajeo mis sienes con los dedos y siento una bola inflarse en mi pecho. Ahora el sinónimo de idiota lleva mi nombre, eso es seguro. Mi barbilla es como gelatina y me arden tanto los ojos que me veo obligada a cerrarlos. Quiero esconderme, huir a Nunca Jamás si es posible. Mi respiración entrecortada marca el inicio de unos sollozos rebeldes que no quiero que noten. No quiero verme como una niña indefensa que va por la calle. No quiero mostrarme débil ante nadie, mucho menos ante Jax, quien llama mientras camino.

—Suicida, no puedes escapar de mí —su mano me detiene, pero no me giro. Me mantengo firme dándole la espalda. Su agarre cambia a uno más

ligero y no tan brusco, sube lentamente por mis brazos y me da una media vuelta. Observa mi rostro unos minutos y luego sonríe—. Te ves fatal.

—Cállate y vete. Ya... ya no hay nada que hacer.

—¿Tuve que usar mis dotes gaseosos para eructar y es así cómo me pagas?

Págale con una patada en los huevos, es un hijo de Voldi.

—No estoy de humor para escucharte, Jax, o de ver tu espantoso rostro. Adiós.

Quito sus manos de mi cuerpo y me arrancó en dirección al paradero más cercano, sin embargo, Tenorio me sigue el paso.

—Tu madre quiere redimirse, ¿por qué no la perdonas?

Me abrazo a mí misma sintiendo otra vez el nudo en la garganta. Trago saliva y respiro por la boca entrecortadamente.

—Porque no puedo. ¿Cómo podría pensar en perdonar a la mujer que recibió dinero para no abortarme y me entregó como si fuese un cachorro en adopción? Amo a mi familia, amo ser una Reedus, de verdad, pero pensar en que fui producto de una infidelidad y alguien no deseada duele... Duele mucho.

Ya está, lo he dicho.

—Maldición, Tenorio, di algo para no sentirme como una estúpida.

Abre sus labios como queriendo decir algo, pero luego me abraza y, aunque opongo algo de resistencia al comienzo, cedo a sus brazos y apoyo mi cabeza sobre su pecho.

—Yo también sé cómo se siente —dice en voz baja—, pero ¿sabes qué hago para aliviar el dolor?

—¿Acostarte con chicas?

Se aparta y me mira con desconcierto.

—Demonios, no. Me gusta gritar a todo pulmón.

—¿Acostándote con chicas?

—No eres graciosa.

Cuando Jax me subió a su moto y me colocó su enorme casco, me entregué a la vida. Aunque sorprendentemente la velocidad con la que anduvo fue moderada, me llevé más de algún susto.

Cuando comentó «me gusta gritar a todo pulmón» pensé que me llevaría a algún bar o a algún mirador para vociferar con todas mis fuerzas, pero terminamos en un karaoke que resultó mucho más fascinante. Amablemente, la chica de la entrada nos cedió una sala por una hora, encargamos algunas cervezas, cosas para picar y ¡henos aquí! Cantando canciones aleatorias que salen en la pantalla.

Abro otra cerveza y se la enseño a Jax de forma solemne. Él me guiña un ojo sin dejar de cantar desafinadamente la canción «Unchained Melody» de la película *Ghost*. Me sirvo medio vaso con cerveza y le echo un poco de bebida cantando en voz baja. Siento la garganta seca de tanto karaoke. Sinceramente nunca creí que me cansaría tanto imitando a las Spice Girls. Debo darle la razón a Jax Tenorio Wilson por traerme a este lugar.

—Necesito una de estas... —toma la botella que acabo de abrir y la bebe al seco emitiendo un sonido de satisfacción—. Ah, un manjar.

De pronto una melodía pegajosa y llena de vida comienza a sonar por los parlantes. La reconozco enseguida: es «You’re the One That I Want» de *Grease*. Los ojos de Jax se abren de golpe y agarra el micrófono para cantar la parte de John Travolta. Me hace un guiño y me anima para que me sume. Arrugo mi nariz y tomo el otro micrófono a regañadientes. Los movimientos como los de Travolta no se quedan cortos cuando Tenorio los imita. Me echo a reír sin poder creer el ridículo que está haciendo, pero al final me contagio y lo sigo. Hacemos la misma dinámica que en la película entre risas y mirando la pantalla en ocasiones. Es fácil hacer el ridículo cuando solo hay los dos en una sala, con una luz de discoteca y sin nada que perder.

La canción termina y empieza otra, una mucho más lenta. Jax me mira serio por unos instantes, me quita de las manos el micrófono y deja ambos sobre la mesa, volviendo a mí. No me quita sus ojos azules de encima, ni cambia su expresión. Siento sus manos sobre mi cintura y yo coloco las mías sobre sus hombros, moviéndonos al compás de la canción. Ninguno dice nada. Me apega más a él y me veo necesitada a apoyar mi barbilla

sobre su hombro, rodeándolo bajo sus brazos. Sus manos ya no están sobre mi cintura, sino que me rodean. No sé si soy la única que se siente demasiado fuera de sí, o si él también está igual. Es una sensación que se siente bien, apacible. Me gusta, me tranquiliza.

La canción se enmudece y ambos nos separamos para mirarnos.

—Todavía estoy sobria, ¿sabes?

Mi broma lo mantiene serio, ni siquiera pestañea.

—Lo sé —murmura—, pero necesito hacer esto.

Mi respiración se corta cuando noto que sus ojos dan con mis labios y los pocos centímetros que nos separan se van acortando más y más. Mis labios palpitan y se sensibilizan. Cierro los ojos, entregándome.

Pero nada pasa.

—Se acabó la hora —le escucho decir a la chica que administra el local, y luego cierra la puerta. La luz se enciende, el disco con luces de colores se apaga y la pantalla con el karaoke también.

Me doy una patada mental al caer en cuenta de lo cerca que estamos, y él parece hacer lo mismo, pues su cara de horror es monumental. Nos alejamos rápidamente y quedamos en silencio.

—Iré al baño.

No espero que me responda, simplemente salgo de la sala como una loca.

En el baño enciendo una de las llaves y me mojo la cara, una y otra vez. Apoyo con indignación mis manos sobre el lavado y observo mi rostro.

—Mierda... ¡Mierda de mierdas! No, no, no, no, no... ¿Qué acaba de pasar?

Tranquilízate, estúpida, solo es Jax.

Sí, lo sé. Me dejé llevar por el ambiente, por la situación, porque estoy frágil del corazón, por mi estado voluble. Rayos, qué tonta he sido.

Salgo del baño y me encuentro a Jax junto a una pelirroja que me da la espalda. Su figura ya me es conocida, y aunque no está vestida de enfermera, puedo reconocer su peinado. Parece que la tensión está a flor de piel entre ambos, sobre todo en el rostro de Jax. Al llegar junto a ellos alcanzo a oír el susurro casi imperceptible que deja a Tenorio sin habla, y sin ganas de girarse.

«Sharick, no te olvides de ella», ha dicho la enfermera.
¿Quién es Sharick?

22
No somos tan diferentes

El encuentro con la enfermera pelirroja deja a Jax en otro universo, tan perdido y pálido que comienzo a preocuparme.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí, Suicida —responde e intenta sonreír, pero no puede. Está consternado.

—¿Seguro? Porque tu careta de mujeriego se está cayendo.

Tú no conoces la palabra sutileza, ¿verdad?

—No se puede actuar siempre —comenta apenas y siento lástima de verlo caminar despacio hacia nuestra ya oscura sala de karaoke.

Voy tras él, de paso entro a recoger mi bolso y chaqueta.

—Oye...

Con solo pensar en mis honestas intenciones quiero vomitar. Digo, estoy tratando de hacer sentir bien a la persona que a voz alzada tanto he dicho odiar. Aunque, aquí entre nos, es la misma persona que hace unas horas buscó consolarme del horrendo encuentro con mi progenitora.

—Si quieres hablar sobre algo, lo que sea, digamos que puedes hacerlo conmigo.

—Aunque tu propuesta me es bastante convincente, Suicida —su expresión ya no tiene el pesimismo confuso de hace un momento—, tengo a la Luna.

Me echo a reír.

—¿Qué dices? ¿Ella es otra de tus...

Niega.

—Hablo de la Luna, mi mejor confidente, Suicida —señala con su dedo índice el cielo. Por instinto, sigo donde apunta pero solo veo el techo de la sala.

—Ah, intentas parecer romántico.

Salimos del karaoke y nos reunimos afuera. Irónicamente, en el oscuro cielo de pocas estrellas, la Luna es la que más brilla. Jax se percata de mi avistamiento y me codea.

—Lo decía sin bromas, Suicida. Creo que la Luna puede ser una buena confidente y la mejor conductora de palabras a distancia. Si quieres ser escuchada, pues díselo a la Luna y ya.

—¿Para ti es algo así como un confesionario? Qué curioso.

Su rostro se torna sombrío, serio y cansado.

—¿Quieres que te vaya a dejar?

—Solo si manejas lento.

—Ya sé que te gusta lento, Suicida.

Mi mirada seria es un aviso de lo tonto que me parece el comentario.

—Tomaré el taxi.

Jax me acompaña a esperar el taxi mientras se fuma uno de sus apestosos cigarros. Yo, en tanto, prefiero entretenerme mirando el cielo en busca de alguna estrella fugaz. Cuando hago parar el taxi, ambos no sabemos cómo hacer para despedirnos, así que antes de subir le hago un ademán. Tenorio me lo regresa en silencio. Subo al auto y él cierra la puerta.

Mi parada no es en casa, sino en la casa vecina. No quiero entrar en la mía porque es probable que Margary haya hablado con papá y no quiero sermones.

Golpeo la puerta de los Russell con temor, no quiero que ninguno de los padres de Tony abra, me miren con sus ojos voraces y expresión apática. Necesito ver a mi amigo. Para mi fortuna, quien se asoma por la ventana es él.

—¿Ocurrió algo? —pregunta al abrir.

El nudo que siento en la garganta no deja que diga ninguna palabra sin que mis labios tiemblen. No quiero, pero flaqueo.

—Hoy me junté con mamá y... ella llevó a su hija. Yo llevé a Jax para arruinar la cita... no quería verla, papá me obligó...

Tony sisea para silenciarme. Me toma por los hombros.

—Respira, cálmate —gesticula en conjunto con mi obediencia—. ¿Dices que tu padre te obligó a tener una cita con tu madre? —respondo

que sí con la cabeza—. ¿Y llevaste a la persona que dices despreciar para arruinarla? —vuelvo a asentir—. Pero ella no estaba sola.

Suena tan estúpido cuando él lo repite. Y es que lo es. Es estúpido que esté llorando por algo así.

Seco mis lágrimas y tomo aire.

—Quería arruinar la velada y eso hice. Me fui de lleno contra mi progenitora y alenté a Jax para que se comportara como un puerco. Estoy orgullosa de eso, pero no puedo dejar de pensar en que pude haber lastimado a la niña o... —guardo silencio—. No esperaba que llevara a mi hermana, creo que eso es lo que me molesta, porque para ella debió actuar como una madre, mientras a mí me trató como una mancha en la pared de la que no te puedes deshacer.

Es imposible, quiero llorar otra vez.

—¿Acaso fui yo? ¿Fue por mi culpa? ¿Llegué en un momento inadecuado? ¿Solo soy un estorbo? Dime, Tony, ¿por qué mi mamá jamás me quiso? Me siento tan idiota por sentirme así, por ser débil, por no evitar sentirme voluble ante ella. Esa mujer...

—Murph... —dice con voz compasiva y me abraza—. No fue tu culpa, no eres un estorbo. Y sobre lo del momento inadecuado, digamos que muchos lo somos.

—Vaya consuelo el tuyo.

—Es la verdad, muchos llegamos cuando menos lo esperamos. En tus palabras, es como esa película basada en un libro que no imaginabas que saldría. —Jadeo—. No deberías hablar así de ti, jamás, Murph. Tú eres muy importante para mí, para tus amigos, para tu familia.

—Pero nunca lo fui para la persona que yo quería. Tan tonta que soy, siempre buscando su aprobación, siempre complaciéndola, siempre queriendo algo bueno de ella. Incluso una sonrisa me bastaba...

—Tu madre pudo no haber sido la mejor contigo, pero si te busca será porque te quiere y desea arreglar su relación contigo.

—Es la culpa, Tony, no puede con ella.

—Si no puede con la culpa, ¿qué? Es humana, tiene tanto derecho como tú de arrepentirse y enmendar lo que hizo.

Me aparto.

—No puedes pisotear el pasado, ni cubrir una cicatriz que ya está hecha. El dolor ya lo tengo. Estoy tan decepcionada de ella, me duele tanto saber que alguien más se lleva el amor que tanto deseo...

La mirada de Tony lo dice todo.

—Deseé —me corrijo.

—Si la quieres, ¿qué te impide ir donde ella y aceptarla?

La barbilla me tiembla. Me siento hundida, temerosa de mi propia respuesta. El pecho lleno de dolor impide que responda con palabras, así que con un sutil movimiento de hombros le respondo un silencioso «no lo sé».



El tema de mi progenitora no fue retomado ni por mí, ni por papá, ni por nadie. Fue como si ese día no hubiese existido. Entré en modo paranoica suponiendo que quizá, solo quizá, esa noche con Tony lloré tan alto que mi familia lo escuchó y omitieron hablar del tema por amor a mi integridad. De hecho, mi paranoia me llevó a preguntarle a Tony sobre el volumen de mi llanto. Mi vecino adolescente no dio respuestas concretas, porque ¿quién demonios se fija en esas cosas en un momento así?

En fin...

Yo prefiero cubrir la realidad para no pasarla mal otra vez.

Suspiro observando la variedad de tejados que tengo a la vista desde la cumbre del campanario en la universidad. Es un lunes por la mañana y he llegado media hora antes de las clases.

—¿Qué lees?

Aparece Jax y se apoya en la baranda.

No puedo evitar sorprenderme de verlo a estas horas de la mañana en la universidad con su rostro animoso y no el que siempre trae. Ese, ya saben, el que todos tenemos cuando estamos con sueño.

—Un libro.

—Ya sé que es un libro.

—Entonces deberías preguntar qué libro estoy leyendo, Tenorio. Haz las preguntas correctas y responderé correctamente.

—Estás más pesada que de costumbre —refunfuña de mala gana.

—No esperes palabras lindas cuando quien interrumpe mi lectura eres tú —regreso al libro y pretendo leer. Lo cierto es que, a estas alturas, con un Jax irreconociblemente callado, es imposible—. ¿Qué quieres?

—Si te digo que quiero tu compañía, ¿me creerías?

Cuando termina de hablar se remuerde los labios de una manera seductora. Quiere dárselas de sensual e intrigante conmigo, ¿pueden creerlo?

—Fingiré que te creo para no magullar más tu orgullo de mujeriego en decadencia —le guiño uno ojo y se echa a reír.

—La verdad..., pretendía reunirme aquí con alguien, pero me dejó plantado.

No sabía que Tenorio tenía esos problemas.

—O quizá yo la planté a ella y ahora intento ocultarme aquí —eso suena probable—. Podrías...

—No te prestaré mi libro para que ocultes tu careta, unicelular con complejo de actor. Hazte responsable de tus errores.

—¿Cómo sabías que iba a pedirte eso? —dice sorprendido.

—Verás, cuando llevas tantos años en la materia de lectura y tienes madera de ser la protagonista de la típica historia, sabes perfectamente qué ocurrirá o qué acciones tomarán los personajes. Generalmente, cuando ocurre que alguno de los dos protagonistas busca algún lugar u objeto para ocultarse, la pareja protagonista termina oculto en cosas absurdas, o bien, besándose como medio de distracción.

Jax luce como si no entendiera lo que trato de explicarle. Se lo medita, mira al frente y arruga su entrecejo.

—¿O sea que en tu historia sería el protagonista?

Empiezo a pensarlo...

—¿Tú? ¡Qué horror! —hago una mueca que le resulta cómica—. No, Tenorio, estoy buscándolo.

Espero su comentario con doble sentido, pero todo lo que consigo es un silencio mortificante que me lleva a rascarme la mejilla sin comprender su

retraída actitud. ¿Qué está pasando con Jax Wilson últimamente?

Carraspeo para sacarlo de su burbuja de pensamientos.

Y... ¿cómo planeas hacer para buscar a tu madre?

—Quiero buscar en alguna data de personas desaparecidas, periódicos... no sé. Lo mínimo que aporte me servirá. Hay archivos en la biblioteca que me servirían bastante. Tú, que probablemente lees más rápido, serías de ayuda.

—Suena demasiado complicado. ¿No has pensado en hacer las cosas simples y preguntarle a algún familiar?

—A temprana edad me fui de casa y empecé a vivir con mis tíos, personas con clase que querían que fuese como su perfecto hijo; por supuesto, nunca quise ser como ellos. No hay alguien a quien le pueda hablar.

—¿Y tu padre?

—Suicida, ¿no me oíste? Dije que me fui de casa.

—¿Las cosas terminaron tan mal? —asiente pensativo—. Pues este podría ser este el momento perfecto para arreglarlo.

—¿Lo dices tú? Te hacía más consecuente.

—No soy ejemplo para nadie, Jax, pero, si la búsqueda de tu madre es tan importante, podrías dejar de lado todo lo que ocurrió para preguntarle a tu padre. O a tus tíos. Cualquiera que pueda darte información útil.

Niega rotundamente.

—Prefiero el camino largo —se justifica—. Soy paciente.

—Bueno, Tenorio, sea cual sea tu decisión, no me quedará de otra que ayudarte.

23
Afianzando lazos

Siempre imaginé tener una cita romántica en la biblioteca, leyendo libros, compartiendo intereses, hablando bajito, besos entre letras, miradas sobre los libros, más besos entre los estantes. Ya saben, tener con mi cita una complicidad que traspasa fronteras. Una dupla inigualable, digna de ser fotografiada.

Por supuesto, nunca tuve el privilegio de vivir en carne propia un momento así. No hay candidatos para hacer de ese sueño una realidad. De seguro si llegara a pasar nada sería tan maravilloso: nos regañarían por hablar, me punzaría el ojo con la esquina de una página y oliendo libros estornudaría fuerte por el polvo.

Todo lo que es romántico en los libros es un desastre en la vida real.

Novelas traidoras...

Si voy de quejumbrosa por la vida tengo mis razones, sobre todo cuando estoy en la biblioteca y mi cita soñada se derrumba con la espantosa compañía que tengo.

Jax tuvo la brillante idea de hacer una *reunión ultrasecreta* —como la llamó— en la biblioteca de la universidad, aprovechando una pequeña ventana que me queda antes de ir a trabajar.

Colmo de males, verlo en mi rato libre.

—Explícame una vez más qué hacemos aquí.

—Buscar a mi madre, Suicida, eso está claro. El tiempo es oro, buscarla juntos aquí será pan comido.

Se ve demasiado seguro de sí mismo.

—¿Por qué aquí? En la biblioteca municipal hay mucha más información.

—Tienes razón, cariño, pero aquí las sillas son más cómodas para dormir —dice sin pudor y se acomoda.

El amago de pretender marcharme lo pone en alerta, baja sus enormes botas de la mesa y se sienta como lo haría una persona normal. Así me gusta, quieto, ordenado, luciendo como alguien decente.

—¿Pensaste en lo que te dije? —le pregunto de paso. Tenorio hace un mal gesto y asiente a regañadientes—. ¿Lo harás?

—Sigo firme en mi postura —su soberbia lo lleva a buscar algo en qué distraerse, así que agarra el ratón y abre el navegador—. ¿Dónde puede haberse metido una mujer?

—En muchos lugares. Si los dejó es porque planeaba hacer algo más con su vida, puede que haya tenido todo pensado. Quizá se fue a hacer su vida sola o tenía a alguien más.

Jax se recuesta sobre el respaldo de la silla, eleva su barbilla y cruza sus brazos y piernas. Se pone a pensar.

—Empezar una nueva vida... —comenta— eso suena tan de película.

—Muchas personas lo hacen, hay varias noticias así en internet.

Desde el pasillo alguien nos hace callar. Tal parece que estamos hablando demasiado alto. Jax y yo nos encogemos de hombros, culpables y ocultamos nuestras cabezas detrás del enorme monitor.

—Eso es interesante —murmura, siguiendo con la charla—. ¿Lo harías, Suicida? ¿Te irías a empezar una vida nueva?

Lo medito un segundo y llego a una disyuntiva.

—Suena tentador. Lo haría, por un tiempo, no puedo vivir sin mi familia.

El unicelular hace un gesto de ternura exagerado. Le elevo mi dedo favorito y vuelvo al frente.

—Feliz empezaría de cero. Estoy conforme con la vida que tengo ahora, me gusta, pero si tuviera la posibilidad de armar una nueva, ser otra persona... podría pretender ser el hijo perdido de algún famoso. Si me tiño de negro me parecería a Elvis Presley.

—Lamento cortarte las alas, Tenorio; ustedes son muy diferentes.

—¿Tienes algún comentario en buena onda? —pregunta evidentemente ofendido.

—Pues... ¿que soñar es lindo?

—¿Tratas de decir que soy lindo indirectamente?

—Claro que no.

—¿Has visto *Contracara*? Es una joyita del cine.

Salto de entusiasmo con solo oír su mención.

—La vi de pequeña y quedé impactada.

—Tiene a dos grandes del cine, Cage y Travolta.

No puedo estar más de acuerdo. Quien aparentemente no está a gusto con nuestra opinión es la bibliotecaria, quien con un simple gesto nos invita a salir de la biblioteca para continuar con nuestra charla en otro sitio.

—Bueno, Tenorio, será para la próxima —me acomodo el bolso para marcharme a Clarckson.

—Si es que no nos vetaron.

—Espero que no —suelto en un suspiro. Aprovecho mi decline de cabeza para buscar mi celular y ver la hora—. Es tiempo de irme, nos vemos.

—¿Quieres que te vaya a dejar?

Arrugo el entrecejo.

—¿En tu monstruosa moto? No, gracias.

—Seré gentil —niego con la cabeza y emprendo mi camino—. Lo prometo. Además, vas con Leyton, ¿verdad? Tengo un par de cosas que hablar con él.

Me detengo.

—¿En serio?

—Sí, cosas personales.

—Bueno, sería tonto ir al mismo destino por separado.

—Si quieres podemos apostar quién llegará primero —esboza una sonrisa tétrica. Con la mala suerte que tengo sé bien que terminaré siendo la perdedora.

—Mejor llévame. Pero, por favor, no vayas como perseguido por demonios o mortífagos.

—Lo intentaré.

Algunos estudiantes de Teatro del colegio me ayudan a bajar de la moto. Estoy temblando como una anciana, y parezco una hasta que doy con el pedante rostro de Jax. Me quito el casco y se lo aviento.

—Tú, ser inhumano bueno para nada, dijiste que serías gentil —lo señalo acusadoramente.

—Murph, por Dios, esas cosas no se hablan enfrente de menores.

Los alumnos se echan a reír. Basta que les dé una mirada acusadora para que cierren sus bocas.

Así me gusta, infundir respeto, señores.

Entramos al colegio sin mayores problemas, Leyton está hablando con un sujeto desconocido, le da unas palmaditas en el brazo y se despide. Ahora se dirige hacia mí:

—Reedus, ¿te encuentras bien? Estás pálida.

—No soy muy amiga de las motos —digo. Luego Leyton se percata de la presencia del unicelular y no puede ocultar la sorpresa.

—¡Wilson, qué sorpresa! —exclama el profesor—. ¿Cambiaste de opinión y me ayudarás?

—No, no, vengo a hablar con usted sobre otro tema.

Mi lado chismoso quiere quedarse a escuchar, pero basta que el profesor me diga que vaya a la sala de teatro a hacer los ejercicios vocales para que me dé por vencida.

Bueno, lo que Jax y Leyton hablen no debería ser de tu chismosa incumbencia.

Entre otros temas, me gusta mucho estar a cargo de los estudiantes. Esos momentos en que Leyton me deja como su reemplazo, y debo dirigir a los chicos, me llena el alma. No sé si es porque me gusta tener todo bajo control o porque me gusta ayudarlos a mejorar, a buscar la perfección de una escena. Estar aquí, con veintisiete estudiantes *genialosos,* es mi segundo hogar.

Al inicio me costó acostumbrarme, y creo que ellos a mí. Pese a ser una desconocida, logré adaptarme y ser de ayuda.

La ayuda ahora es mutua.

Cuando ya están todos los chicos doy inicio a la clase con un saludo y les informo de los ejercicios vocales, que son, en su mayoría, pronunciar

palabras raras e inicialmente graciosas. Después siguen los ejercicios físicos: movimiento de brazos, piernas, torso, caderas y pie. Luego, los ejercicios de relajación, que sería respiración.

Finalizando el precalentamiento, Leyton aparece y comienza con el ensayo de la obra.

Devuélvanos la letra es la obra de teatro de Leyton, escrita y dirigida por él. Es una puesta en escena de género fantástico en el que escribir está prohibido dado que hace mucho tiempo las personas no se comunicaban con el habla, sino solo escribiendo. Aunque su premisa es básica, la reflexión de la obra trata sobre los excesos de usar las redes sociales, la pérdida de la identidad e incentiva a la audiencia a escribir y leer.

Leyton con su obra se lleva mi corazón, por lo que estoy comprometida en ayudarlo hasta que acabe el semestre.

Sin embargo, parece que el guion es demasiado complicado para los estudiantes, pues hay escenas en las que no logran transmitir ni una emoción. Ahí es cuando salgo en escena y tengo que dar el ejemplo.

Hoy, tal parece, no seré la única que usará sus conocimientos universitarios. A Leyton le fascina que Jax y yo hagamos un espectáculo frente a todos.

—Jax, Murph, vengan. Tomen el guion, página treinta y cinco. Jax, serás el protagonista, Shem. Murph, tú eres Ien, la reina.

Se los dije.

—Chicos, pongan atención —se dirige Leyton a sus estudiantes—. Esta escena tiene una inmensa carga emocional, pero ustedes no lo demuestran. Aquí el diálogo podría no existir, pero las expresiones tienen que decir todo. Es una escena importante... Murph, la silla, siéntate. Jax, tú entras por... no, hijo, ven.

Leyton es un viejo demente de esos que caen bien. Su problema —o al menos el que yo veo— es que cuando quiere ensayar una escena se pone como un maniático. Es como un niño pequeño jugando al ajedrez.

Yo y los chicos nos hemos acostumbrado, Jax, en cambio, parece no entender nada. Solo le sigue el juego con una sonrisa burlona.

—Vamos —dice Leyton saliendo de la escena—, empiecen.

Tenorio se aclara la garganta para presentarse ante la reina Ien, quien

forjó su reino con las cenizas de todo papel que llevara palabras. Yo, adoptando un semblante arrogante e intimidante de reina, no puedo evitar imaginarme el escenario.

Así transcurren largos minutos.

Llegamos a un punto de la clase donde paramos a tomar agua y a descansar. Algunos chicos se meten en sus teléfonos, otros charlan y otros se van al baño. Yo, como suelo hacer, salgo de la sala y me siento en el pasillo que da hacia las canchas donde Tony entrena.

En mi intimidad Jax me invade con su presencia.

—¿Te gusta esto de enseñar? —pregunta al sentarse a mi lado.

—Sí, no me quejaría si un día me hago profesora o dirijo alguna obra —Jax apoya sus brazos sobre las rodillas y reposa su cabeza encima. Se ve agotado—. Tenorio, ¿prefieres dirigir o ser dirigido?

—Actuar, no me veo mandando a nadie.

—No se trata de eso, es enseñar, instruir y ayudar —le corrijo—. Aunque, bueno, tienes madera de actor. Tienes un buen volumen de la voz y no te quedas en un solo personaje. Además eres apuesto.

Pues sí, se oye raro, pero Jax es muy versátil.

—¿Qué dijiste, Suicida? —su mirada me pone nerviosa.

—Cuando te bañes asegúrate de lavarte los oídos para que puedas escuchar bien.

—Piensas que estoy bueno.

—No, dije que eres apuesto y actúas bien.

—Ya te enamoraste.

—Decir que eres guapo no significa que esté enamorada, por favor. Que tú quieras interpretarlo así para sentirte bien contigo mismo es otra cosa.

—Me adoras, Suicida. Es una lástima porque... —mi bello celular es arrebatado de mis manos.

—¡Oye! —me quejo e intento alcanzarlo sin resultado. Prácticamente me echo encima de él, pero el condenado mujeriego lo oculta bastante bien.

—... siempre seré prohibido.

—¿Nadie te enseñó a no tomar lo que no es tuyo?

—No.

Me regresa el teléfono.

—Ya lo noté. ¿Qué hiciste?

—Me añadí a tus contactos.

Busco en mi agenda su nombre, pero no está. Tenorio se echa a reír y con su dedo índice recorre la pantalla hasta dar con el número.

Se ha puesto «Tu deseo prohibido».

24
Tu nuevo mejor amigo

Le doy un sorbo a la bebida mientras mis ojos están puestos sobre una pareja muy acaramelada que está unas mesas más adelante: se besan como si no existiera mañana y se sonríen a medida que susurran cosas. Y yo aquí, esperando que llegue mi pretendiente para mi mágica historia de amor.

Hasta ahora me he topado con puras decepciones. Mi corazón inocente no resistirá más, quizá debería buscar la forma más factible de traer a la vida real a Mr. Darcy y ya.

—El otro día vi a tu nuevo mejor amigo en el hospital —dejo el vaso sobre la mesa y agarro un trozo de pizza. Antes de poder darle una mordida, la mirada molesta de Dell hace que pierda el apetito.

—¿Me lo dices a mí?

—No, a mi mejor amigo imaginario —Dell arrastra sus palabras con sarcasmo.

Una vez más nos hemos juntado para comer pizza, cosa que es lo único que hacemos sin parlotear.

—¿No estás muy grande para tener amigos imaginarios? —un trozo de aceituna impacta en mi mejilla. Thiare, a mi lado, se echa a reír por mi repentina reacción, pero yo le devuelvo un pedazo de masa para que deje de comportarse como una pequeña. Vuelvo con Dell—. No sé a quién te refieres con *nuevo mejor amigo*.

Dell y Thiare se miran cómplices. Creo que en mi ausencia estas dos se han unido demasiado, hasta parecen gemelas que pueden leerse la mente entre ellas. Qué horror.

—Yo creo que sí sabes de quién habla Dell —comenta Thiare—. Incluso, creo que lo conoces demasiado bien. ¿Sabes que nunca te perdonaré por acostarte con él?

—No quiero hablar de eso, específicamente de mi imperdonable desliz.

Y no es mi mejor amigo, solo lo estoy ayudando a buscar a su mamá. Esa es toda nuestra relación.

—Oye, loca, tú mejor que nadie deberías saber qué pasa cuando dos personas se van acercando, sin importar las circunstancias, más y más —remarca Dell, apuntándome con una papa frita—. Por cierto, estoy saliendo con un viejo que enseña en la universidad. Anoche él y yo salimos a cenar, después de eso fuimos a cenarnos.

—¿Él y tú... cabalgaron delfines? —frunzo el ceño ante la confusa pregunta de Thiare. Por Dios, ¿quién le dice así a tener sexo? Niego con la cabeza borrando la imagen mental que mi despiadada cabeza ha creado, Dell sonríe con satisfacción y asiente en respuesta—. No sé qué le ves a los cincuentones.

—La billetera —me apronto a responder por Dell.

Dell no se ofende con mi comentario maleducado, más bien me da la razón alzando su mano para que choquemos palmas, pero no le veo motivo de celebración, en realidad, es algo que me molesta de Dell y se lo he dicho en diversas ocasiones. Ella es como la villana de los libros y las telenovelas, la interesada en el dinero, la mujer moralmente incorrecta, la que envenenará a un millonario en plena luna de miel para quedarse con la herencia.

—¿Cómo se llama el tipo? —le pregunto y busco mi bebida.

—Marcell Leyton.

Expulso sin querer la bebida por la boca y nariz, impactándose sobre la pizza, la mesa y los rostros de mis amigas. Toso. Me ahogo. Levanto los brazos mientras busco aire con bocanadas. Tras unos minutos inhalando y exhalando, me limpio el rostro. Los quejidos de Thiare y Dell van desde la preocupación, el enojo y acaban en asco.

—No te creo... ¡Es mi profesor de Expresión Vocal!

—Yo no puedo creer que nos escupieras —dice Thiare sacudiendo su abrigo.

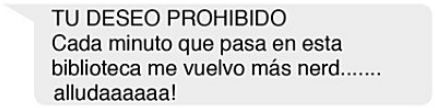
Estoy impactada.

—Vaya, qué coincidencia —Dell ignora por completo que hay rastros de bebida cayendo por su mejilla—. ¿Sabes por qué actúa como un maníaco en ocasiones?

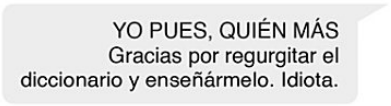
Eso es algo que me he preguntado muchas veces...

Suena el teléfono y me distrae.

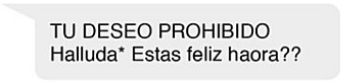
Un mensaje reluce en la pantalla de mi nuevo celular.



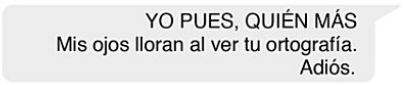
¿*Alluda*? Por Dios, Tenorio tiene un amigo escritor y no puede escribir una palabra correctamente.

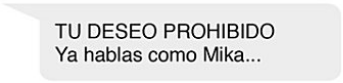


No llevo la cuenta exacta de cuánto tiempo ha pasado desde el karaoke, desde esa noche llena de emociones, tampoco del campanario, pero durante estos días me he empeñado en buscar a la desaparecida madre de Jax. Hemos estado en contacto y juntándonos en la Biblioteca Municipal, donde básicamente, trabajo y Tenorio coquetea con las chicas. Es como un típico trabajo de colegio, donde el peor de la clase nunca aporta y el estudioso hace todo. Soy demasiado benevolente con Jax. No les miento cuando les digo que llamarlo unicelular le sienta bien.



Asno.





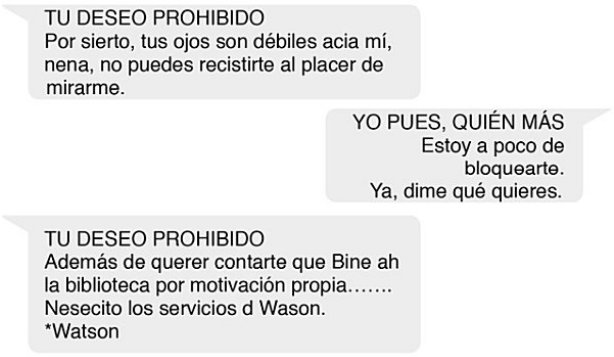
¡Oh cielos, oh cielos! Esa es la cosa más hermosa que Jax me ha dicho. Creo que le tomaré un pantallazo.

—Mira su risa... —Dell chasquea la lengua. Ella y Thiare me observan con sus ojos achicados—. Y dice que no le gusta.

—Tenemos un 3312, hermana —añade Thiare en un tono completamente serio.

—Paren, par de especuladoras.

Este asunto ya me tiene harta. No engancharé a Jax como lo hago con los libros, y se los dejo en claro levantando mi dedo medio.



Mi cargo de conciencia no me permite negarme. Por otro lado, no hay mucho que comer aquí después de haber esparcido bebida y saliva por toda la mesa. Me despido de las chicas y me marcho a la biblioteca.

Más le vale que necesite mis servicios para algo importante, de lo contrario...

Saludo a Martha y avanzo por la biblioteca hacia los computadores. El recorrido que debo hacer por los estantes ya casi lo aprendo de memoria. Aunque antes, la Biblioteca Municipal no era tan enorme como ahora, sigue manteniendo ese toque de intelectualidad y tranquilidad de la que tanto disfrutaba. A veces me gusta perderme en el aroma de los libros viejos, en las llamativas portadas de los cómics o en el silencio que te envuelve.

Obviamente, a Jax mis pensamientos le parecen la cosa más absurda, y la biblioteca le es sinónimo de aburrimiento o de spa. Cada vez que estamos aquí el sueño lo vence, ¿y quién es su almohada? Pues yo.

Espero que hoy no sea un día de esos.

—Llegas tarde, tuve que llamar a alguien más *nerd* para que me acompañara.

Jax parece un niño pequeño reprochándole a su madre el no haberle

comprado dulces. Comparación irónica teniendo en cuenta que él no conoce a la suya.

Alzo las cejas y resoplo, mientras me siento en la silla vacía junto a él.

—¿A quién trajiste? No me vayas a decir que a una de tus citas...

—No precisamente.

Miro la pantalla de su computador, tiene abiertas múltiples ventanas sobre personas desaparecidas. No hay una razón aparente, pero ver esas imágenes no me sienta en gracia. Me parece una decisión desesperada de su parte buscar a una mujer que decidió dejarlo, pues es algo que yo ni en una borrachera hubiese hecho.

—¿Hablaste con alguien de tu familia sobre tu madre? —Jax hace un gesto de desagrado y se hunde más en su asiento—. Supongo que eso es un no.

No sé mucho sobre la relación de Jax y su papá, lo admito, no sé si escapó de su casa de adolescente o si su padre y madrastra lo abandonaron de más grande. Pero cuando de familia se trata Tenorio parece actuar como alguien más... normal. Sin chistes pedantes, ni sonrisas burlescas.

—Murph, hola.

Spencer sonríe como si hubiese visto a Jollie. No hay dudas de que tomó mi consejo pues su cabello está más desordenado y hasta tiene un aspecto alocado.

—¿Qué hay de bueno, Spencer?

—Tengo una excelente noticia. ¡Creo que podría explotar de felicidad! —los chicos de alrededor lo hacen callar con un furioso siseo al que Spencer responde sonrojándose al instante y encogiéndose de hombros. Se acerca a nuestra mesa, luego se agacha—. Jollie aceptó una cita conmigo este sábado.

¿Jollie aceptó? ¡El fin del mundo está cerca, señores!

—Eso es *genialoso*.

—Lo sé, estoy muy emocionado, pero no tengo idea de cómo actuar. Nunca he tenido una cita con nadie.

—Lo suponía.

—La única que tuve fue con ella, cuando me hice pasar por... bueno, ambos saben lo que pasó.

Lo recuerdo muy bien, de hecho, fue por eso por lo que creé las reglas.

—Bueno, deja eso en el pasado. Además, eres mucho mejor que ese amigo troglodita que tienes, el mismito que tiene citas cada semana —termino de hablar y miro a Jax.

—Mientras más me insultas más sé que me adoras, Suicida, no me sorprendería si tienes un altar en tu habitación. Y, Spencer, puedes preguntarle lo que quieras a mamá Jax.

Eso ha sonado tan Maya; los dos serían uña y mugre, una pareja explosiva.

—Y en cuanto a ti —me señala con el dedo y por un momento me siento confundida de su repentina reacción—, necesito un favor.

—Si ese favor involucra a mujeres ingenuas que embaucas dándotelas de galán, no lo haré.

—No tiene nada que ver con ellas, es algo mucho más serio.

Sus ojos bajan hacia sus manos, juguetea con sus dedos y vuelve a mirarme.

—¿Qué cosa quieres?

—Quiero que hables con mi viejo.

25
El corazón de Spencer

¿Hablar con su papá? ¡¿Hablar con su papá?! ¿Qué favor es ese? No puedo evitar preguntarme qué clase de persona es el padre de Jax como para que su propio hijo no quiera hacerlo por él mismo. Bueno, sé que no se llevaba bien con su madrastra y supongo que eso influye en que Jax no quiera ir, pero ¿hacerlo yo? Válgame, creo que de verdad Tenorio me está dando demasiada confianza. ¿Qué pasará si lo arruino todo?

—¿Por qué debo hacerlo yo? No te conozco lo suficiente y ni sabría qué decirle.

Jax, quien luce serio, pone los ojos en blanco y resopla. Cierra las ventanas de las personas desaparecidas y deja el escritorio del computador en negro. Spencer agacha la cabeza y se mete en sus asuntos.

—Papá me odia, no puedo hacerlo. Ya te lo dije. Fin de la historia.

¿Eso es todo? ¿Para decir esto tanto drama?

¡Dile que te cuente, ya!

Calma, conciencia, seamos sutiles.

—¿Te odia por ser un idiota o por ser un mujeriego?

¿A eso le llamas «sutil»? Compra un boleto de avión y piérdete, querida.

—Ahora te crees graciosa —Jax alza una ceja y luego se rasca la barbilla cerrando con fuerza los ojos, gesto que me he percatado que hace cuando está impaciente—. Sabes que es por lo primero.

—O sea, ¿admites que eres un idiota?

—Admito que a veces me comporto como uno, sí, y por eso papá no quiere verme ni en pintura.

Sube los pies a la mesa y se recuesta en el respaldo de la silla, como si estuviese en una hamaca, solo le faltan los lentes de sol y el vaso con jugo de piña. Agarro sus piernas y vuelvo a sentarlo como una persona normal.

Él vuelve a subir los pies a la mesa con una sonrisa llena de burla.

—Bueno, idiota se nace. Y en parte tu padre tiene culpa de eso, ¿no?

—Ya te dije que mientras más me insultas más demuestras que estás loquita por mí, Suicida —se cruza de brazos y cierra los ojos—. Buenas noches.

Pellizco su mejilla y él abre con espanto sus ojos, pero no lo suelto hasta que él toma mis dedos para que lo haga.

—¿Cómo pretendes que vaya si no me dices nada respecto al tema?

—Solo quiero que saques de manera sutil alguna información sobre el paradero de mamá, fácil y sencillo.

¿Fácil y sencillo? Contratar a un investigador privado es más fácil y sencillo.

—Cuéntame más y me lo pensaré.

Jax suspira con pesadumbre. Se acomoda en su puesto y se acerca para hablar.

—Veamos. Mi viejo se casó con Brenda. Yo tenía unos... ¿nueve, tal vez? De niño prodigio solo tenía la apariencia, porque me fascinaba hacer cualquier estupidez que me metiera en problemas. Y tuve unos grandes. Como mi viejo trabajaba todo el día, mi madrastra me cuidaba. Tengo un par de apodos para ella que omitiré ahora, pero jamás los olvidaré. Nos teníamos tanto odio que, al final, no podíamos soportarnos. Mi viejo, idiota enamorado, siempre le dio la razón a ella. Siempre la justificaba, pese a yo tener la razón a veces. Hiciera lo que hiciera, ella estaba por encima de mí. Un día, me cansé de toda esa puta mierda. Le levanté la mano a mi viejo y él me regresó el golpe. Brenda llamó a la policía y yo, muerto de miedo, decidí huir con mis tíos. Nunca más hablé con ellos, nunca más los vi.

Bueno, eso sí suena como un gran problema.



Al volver a casa, Jollie, justamente con quien quería hablar, me abre la puerta.

Sé que «ayudé» a Spencer con Jollie, pero me parece injusto que después de todo este tiempo, rechazo tras rechazo, acepte tener una cita con él. No sé, aquí hay algo que no me cuadra.

Después de inspeccionar la nevera y comer lo primero que encuentro, subo a la habitación de Jollie y me siento en su cama. Ella está en su computador, demasiado entusiasmada en Facebook.

El cuarto de Jollie me da escalofríos; está tan limpio que parece falso, solo hay un insoportable aroma a lavanda que me enferma. Por fortuna, entra una brisa refrescante por la ventana que da justo hacia la calle, las cortinas lilas se mecen y le dan un poco de calidez a la habitación. En su cama, también muy ordenada, tiene sus diez peluches, todos regalos. Su clóset es blanco y con un espejo alargado. De niña siempre quise una habitación así, ahora me conformo con la mía.

Carraspeo en vista de que mi presencia ha pasado desapercibida.

—¿Qué pasa, Murph? —pregunta sin apartar su cara del monitor.

—Aceptaste salir con Spencer, creí que no te gustaba —Jollie se encoge de hombros y me mira por encima del hombro—. ¿Por qué saldrás con él? ¿Es porque luce un poco más como tus antiguos novios? ¿Porque la chaqueta de cuero le da un aspecto de rebelde?

—Es un chico tierno y ha insistido demasiado.

Gira la silla y queda frente a mí. La frialdad con lo que ha dicho lo último es alarmante.

—¿Vas a rechazarlo? —curioseo en voz baja, como si temiese escuchar lo obvio. Jollie asiente lentamente—. ¿Por qué? ¿Quieres a un chico malo para que después te rompa el corazón? Spencer es el chico ideal que alguien como tú podría soñar; es tierno, amable, generoso, muy inocente y no anda metido en nada turbio. Además, siempre ha tenido ojos para ti.

—Suena como si fuese el chico soñado para ti, Murph —reprocha frunciendo el ceño, pero luego se relaja—. Escucha, no quiero salir con nadie, no quiero estar con nadie... no ahora. Me rompieron el corazón y cuando acepté una cita descubrí que esa persona no era quien decía ser. ¿Cómo puedo confiar en alguien así?

Me levanto de la cama para salir lo más pronto de la habitación. Siento que el aroma a lavanda me asfixia. Por otro lado, imaginarme lo desastrosa

que será la cita para Spencer me rompe el corazón en dos.

Por eso, me detengo en el umbral, volteo para verla una última vez antes de perderme en mi habitación y la miro con seriedad.

—Le falta confianza, así como tú la perdiste con el fastidioso ex que tenías. Es todo. Si no le das una oportunidad, quizás estarás perdiendo al chico indicado.

—Es un riesgo que correré, Tercera. A diferencia tuya, yo sí puedo vivir sin un hombre.

—Pero apostaría que no podrías vivir siendo parte del selecto grupo de rompecorazones. Ilusiona a Spencer y no serás tan diferente a ellos. Hacer esto por venganza o despecho no te traerá ningún beneficio, Segunda. Ojalá reflexiones.

Cierro la puerta del cuarto, me voy a mi habitación y me echo sobre la cama.

Cielos, pensar en el pobre corazón de Spencer hacerse añicos no es algo lindo. Necesito impedir esa cita, necesito impedirla a toda costa. O actuar como un Cupido y evitar así todo.

Pisa tierra, corazón, de Cupido no tienes ni el peso ni el tamaño.

Por otro lado, está el favor que le debo a Jax. ¿Qué tiene en mente ese mujeriego? Pues es un misterio. Necesito salir y tomar aire, meditar sobre mi vida, necesito...

—Un chico en tu vida —Maya ha venido en el momento indicado. Debe ser una bruja, pues justo cuando necesitaba un consejo, aparece en la entrada de mi casa—. Solo piénsalo: Tony te rechazó, estás engordando, necesitas relajarte y salir más. Sé que dijiste no más candidatos ni pretendientes, pero este chico es ideal para ti. Promesa.

Abro mis labios para reprocharle que no quiero nada con nadie, que las reglas y el amor de libro se pueden ir por el wáter, no obstante, mi impulsiva amiga con complejo de loquera me detiene.

—Es mucho más alto que tú, es músico, le gusta leer, es de una familia humilde, tiene personalidad pero no es arrogante. ¡Hasta va a cantarles al hospital a los enfermos! Es un amor de persona, todo lo opuesto a ti.

—Oye, gracias por el cumplido.

—No te ofendas, cariño, mamá Maya dice la verdad, y la verdad duele

más que una mentira. Pero eso no es todo, Murphy, él va a tu universidad y cuando le comenté de tu miserable vida dijo que te había visto un par de veces. Le pregunté cómo te encontraba y dijo que parecías el tipo de chica reservada con ese toque divertido del que estaría encantado de salir.

—¿No es ladrón? ¿Revisaste si tiene prontuario o algo?

—No, tonta, es un amor de persona. Dale una oportunidad, dijo que estaría encantado de ser el protagonista de tu historia. ¿Qué dices?

26
Señor Wilson

El dolor de estómago es realmente intenso. Me siento mal y estoy segura de que este malestar no se debe a que la cazuela de la abuela fuese un desastre o tuviese mucho picante, para nada, la abuela siempre cocina como si el mismísimo Dios le hubiese dado un superpoder. Nadie lo hace tan bien como ella. Todos en el barrio conocen sus habilidades y cada otoño, para el Festival de Gastronomía, gana el concurso a mejor plato.

Una vez Chloe y yo le pedimos que nos contara su secreto, pero ella comentó que simplemente era amor, cariño y años de experiencia.

Estoy divagando, lo sé. Pero estoy ansiosa por dos razones: primero, hoy hablaré con el padre de Jax y segundo, Maya me presentará a Cole.

Después de pensarlo un par de segundos, acepté gustosa salir con un chico nuevo. A primera vista parece el chico ideal, el chico perfecto y me intriga saber si será así. No obstante, no tropezaré con la misma piedra ni cometeré los errores de antes. Por fortuna Maya nos acompañará, aunque antes debo enfocarme en hablar con el padre de Jax.

Desde afuera se escucha un motor enfurecido. Tenorio ha llegado. Le encanta lucirse y aparentar. Su fascinación por ser el centro de atención es tan grande como mi amor por la pizza.

—¡Ya me voy! —grito en dirección a la cocina esperando que alguien responda.

—No llegues tarde, Murphy, sobró cazuela para la cena —la abuela camina con su bastón a una velocidad sobrenatural solo para asomarse por la ventana y ver a Jax bajarse de la moto.

—No sé si llegue para la cena, mama, tendré un día agitado —me acerco a la abuela y le doy un beso en la mejilla. Ella me toma por los hombros con una expresión pervertida.

—Recuerda usar protección.

—¡Mama! Esa serie de televisión te pone como una depravada...

—Me refería al casco —dice con una sonrisa pícara.

Niego con la cabeza y al salir saludo a Jax, él extiende el casco y lo recibo. Creo que me estoy acostumbrando, poco a poco, a montar su moto, con todo lo que ha pasado en algún momento mi miedo por estas máquinas hechas por el diablo debe desaparecer.

—¿Estás lista? —pregunta ayudándome a amarrarme el casco. Asiento lentamente y no digo nada esperando que no descubra que estoy nerviosa —. ¿Seguuuura? —pregunta otra vez con una sonrisa, sé que lo hace para fastidiar, así que también sonrío.

—Si todo sale bien, y consigo el paradero de tu madre, me deberás una pizza familiar extragrande con papas y empanadas de queso.

—Si no sales de su casa en una hora marco a emergencias. Al viejo no le gustan los juegos y pierde la paciencia con facilidad, o así era cuando vivía con él. Lo digo en caso de que le hagas algo, temo por su vida.

—Te golpearé.

Me saca la lengua como un niño pequeño y se coloca su casco, me hace un gesto para que me acomode a su espalda. Una vez arriba agarro su chaqueta de cuero y partimos.

En los libros las escenas de esta índole sacan más de un suspiro a los lectores, pero la realidad es muy diferente: andar en moto no es nada romántico, sobre todo si no te gustan estos vehículos. La persona que va a la espalda —que por cierto va como un gato que no quiere tocar el agua— nunca podrá apoyar la cabeza en la espalda de su amor y sentir los latidos de su corazón. Con este maldito casco, ¿quién podría hacerlo? Es imposible. Por otro lado, el viento golpea fuerte y el frío me congela hasta la médula. Si se imaginaron la típica y linda escena, lamento decirles que no lo es.

Llegamos.

Estiro mis músculos al bajar de la moto y me quito el casco, el cual Tenorio recibe. Parece estar nervioso, busca dentro de su chaqueta un cigarrillo y lo coloca entre sus labios.

—Clavos de ataúd —pronuncio mirándolo con desaprobación.

—¿Clavos de ataúd?

—Es una referencia a *Constantine*, da igual.

—Es la casa azul que está a la vuelta —dice y saca de sus jeans un encendedor—. Recuerda que cualquier dato sirve. Suerte.

—No me des instrucciones, sé qué hacer.

Me conozco lo suficiente como para saber que la palabra sutileza no está en mi vocabulario ni en el diccionario que tengo en mi cabeza, lo que hoy es un pequeño problema. Muy pequeño.

Jax sugiere que me haga pasar por una estudiante de Trabajo Social que pasa casa por casa haciendo una encuesta para la universidad, incluso en mi mochila tengo un formulario que me ayudará.

No quiero arruinarlo, ni quiero decepcionarlo.

Respiro profundo y golpeo la puerta: después de unos minutos esperando a que alguien abra, un hombre vestido con overol de mecánico abre la puerta. Tiene sus manos manchadas con grasa y las limpia con un paño más sucio que sus propias manos. Omito describir el olor que emana del interior, realmente me está asustando.

—Buenas —saludo fingiendo una sonrisa—. Mi nombre es Tamara Franco y estoy haciendo una encuesta a los vecinos del barrio para mi trabajo de la universidad, estaría muy agradecida si usted...

—Estoy ocupado, niña —se adentra y pretende cerrar la puerta, sin embargo, coloco mi pie para que no lo haga.

—Realmente esto es importante, solo son una cuántas preguntas y no lo molestaré más.

El sujeto me echa un vistazo, tal cual como lo haría Tenorio, me recorre de pies a cabeza y finalmente accede. Sus ojos son marrones, tiene el cabello castaño mezclado con algunas canas, la forma de su barbilla y nariz es muy similar a la de Jax e incluso su cara de perro es parecida. No hay dudas de que son familia.

—Es extraño —comenta de pronto—, en este barrio no hay vecinos que se vistan tan bien. ¿Eres policía? —curiosea, sin quitarme los ojos de encima—. ¿O vienes de parte de alguien?

Guardo silencio unos instantes y repaso las palabras de Jax, mencionando la palabra *sutileza*.

Pero no puedo ser sutil, lo mío es ir directo al grano.

—Seré franca con usted, señor Wilson —se espanta cuando pronuncio su apellido, pero luego se calma—. Mi nombre es Murphy Reedus, soy una estudiante de Teatro. Por razones del destino he tenido el no tan privilegio de conocer a su hijo y él está en busca de su madre biológica. Lo sé, es una locura. Crea lo que quiera, no lo juzgaré por ello. Estoy aquí por parte de Jax para preguntarle si tiene algo de información sobre su progenitora; nombre, edad, lugar de nacimiento, alguna descripción, todo puede ayudar.

Amasa sus manos con el paño y luego se asoma en busca de Jax.

—¿Dónde está ese mocoso? ¿Después de años se atreve a venir y preguntarme por su madre? Cobarde. ¿Por qué no viene él?

—Comentó que la relación entre ustedes no es muy buena...

—Todo lo que tiene se lo buscó —me interrumpe—, nunca quiso a su madrastra, ni siquiera de niño. Luego se fue con Harold y Valery, entonces desapareció.

Aprieto mis dientes con fuerza y me planto como yerba mala frente a la puerta.

—Escúcheme un momento...

Suspiro.

Murph, piensa bien lo que dirás.

—Independiente de que se lleve mal con su hijo, o le haya hecho lo que sea a su segunda esposa, usted no se imagina lo mal que Jax se siente al ser abandonado por su madre y odiado por su padre (o sea, usted) —trago saliva—. ¿Tiene alguna idea de cuántas chicas ha llevado a la cama por culpa de su trauma infantil? Muchas, yo he sido testigo de eso. ¿No ha pensado que esta búsqueda es una forma de redimirse y empezar de cero? Yo sé qué se siente vivir con una madre que no te ama, y créame que no es nada lindo. Yo no la buscaría por nada del mundo, pero Jax es un idiota sin remedio y tiene un corazón extraño, lo único bueno y humano que hay dentro de él está ligado a su mamá y ese es uno de los motivos por los que decidí ayudarlo. Ahora, solo le estoy pidiendo un aporte, uno muy pequeño. Por favor.

El padre de Tenorio me observa atento, ni siquiera pestañea.

—No —responde—. Todo lo que tenga que decir sobre aquella mujer se lo diré a él, en persona. ¿Dónde está?

Respiro hondo y asiento.

—Está a la vuelta. Sígame.

El señor Wilson tira el paño al suelo y busca una llave en sus bolsillos. Saca un cigarrillo de su traje y lo coloca en su boca, cierra la puerta. Al girar en la esquina, logro divisar a Jax, quien se menea de lado a lado hasta que se para en seco; nos ha visto, sus ojos son una mezcla entre asombro y miedo.

—Muchacho...

La voz del padre de Jax es casi imperceptible y melancólica.

Ambos guardan silencio, como si no se hubiesen visto en una eternidad, y parece que yo estoy a punto de ver un reencuentro de años.

27
Me gustas

De pronto me siento en medio de ambos, como si fuese una especie de barrera. El rostro de Jax me conmueve, sus ojos azules se humedecen y brillan. Parece temeroso, como si quisiera salir huyendo, pero hay algo que no lo deja. Se ve tan vulnerable, tan fuera de sí. Su padre está en la misma sintonía, lo observa con timidez, y después de tanto tiempo probablemente le es difícil creer que sea su hijo.

—Cuando te fuiste eras un mocoso que me llegaba al hombro, te vestías con polerones holgados y los vellos en tu barbilla apenas estaban apareciendo —habla con la voz quebrada. Su barbilla tiembla y sus ojos son dos cristales—. No puedo creer que seas mi muchacho.

Como sobran las palabras y faltan acciones, me levanto y permito que queden juntos. Se miran, algo pasa y se abrazan. Las emociones fluyen por el aire, tanto que me veo incapaz de resistir a la nostalgia que ambos demuestran con su abrazo. Es evidente que ambos necesitaban darse cariño.

Después del reencuentro el señor Wilson nos ofrece ir a su casa. Jax se lo piensa y me hace un gesto para que lo acompañe, no me puedo resistir. Sé lo incómodo que puede ser estar con una persona que no ves desde hace tiempo.

El padre de Tenorio es mecánico y su hogar está lleno de figuras hechas de tornillos y metales.

—¿Quieren algo de beber? —ofrece.

—Una cerveza —dice Jax.

—¿Y la jovencita? —los ojos de ambos dan con los míos.

—Solo agua —un «pff» por parte del unicelular hace aparecer mi mal humor—. Estoy reservando mi estómago para más tarde.

—¿Qué tienes más tarde? —curiosea, colocándose en el borde del sofá —. ¿Una cita?

Lo último lo ha preguntado con sarcasmo. ¿Qué se cree? Yo también tengo citas y espero, con toda mi alma, que mi salida con Cole sea fantástica. Jax se levanta del sofá y se sienta junto a mí.

—¿Qué pasa? —pregunto haciéndome a un lado.

—¿Piensas dejarme solo? Sabes que es bastante incómodo.

—Supéralo. Además, estoy segura de que él y tú tienen muchas cosas privadas que aclarar. No quiero ser mosca en la pared y estar aquí cuando lloren a mares y se pidan disculpas.

Egoísta.

No lo digo por egoísmo, lo digo porque así debe ser. Yo solo soy una conocida, apenas una compañera de estudio.

El padre de Tenorio entra a la sala con nuestros bebestibles. Me entrega el vaso de agua y me lo bebo al seco, dejo el vaso sobre la mesita de centro decorada con figuritas de hierro. Una de ellas tiene un reloj pequeño y veo la hora.

¡Maya me matará si llego tarde!

—Tienes los ojos de tu madre —dice el padre de Jax, que habla sin quitarle los ojos de encima a su hijo.

¡No puede ser, Jax es hijo de Lily! Oh, esperen... ese es otro libro.

—¿Dónde está Brenda? —pregunta Tenorio tras darle un sorbo a la cerveza.

—Se fue unos años después de que te marcharas con Harold, he estado esperando que alguno de los dos volviese —se mira las manos—. Pareces muy diferente, aunque conservas el gusto por la buena cerveza.

Ambos se largan a reír. Mi teléfono vibra y temo que sea un mensaje de voz de Maya.

—Hay cosas que nunca cambian —dice Jax sonriente—. La casa está igual a como la recuerdo, salvo por el color de las paredes...

Miro el mensaje de Maya. Para mi mala fortuna está escrito con mayúsculas y muchos *emojis* furiosos.

Carraspeo para llamar su atención.

—Debo irme, los dejo con su charla de padre e hijo. Espero que todo resulte bien y mucha suerte.

Me levanto de un salto, pero algo me detiene.

No, Tenorio no me ha sostenido del brazo o rogado que me quede, ha sido su actitud. También se ha levantado.

—Te iré a dejar —ofrece, dejando la cerveza en la mesita.

—No es necesario, Jax —niego con la cabeza y luego volteo hacia el señor Wilson—. Muchas gracias —le digo sintiendo los reproches de Jax como el zumbido de una mosca. Pongo mis ojos en blanco y vuelvo a negar.

—Deja que te lleve, pronto nos pondremos al día —accede el padre.

Lo suponía, la insistencia y cobardía de Jax terminarían ganando.

—Pero antes de que se marchen, les daré lo que buscan —continúa. Mira a Jax con seriedad y carraspea—. Tu madre se llamaba Anastasia Finch, nació en Texas el 24 de febrero de 1971. Tenía unos ojos preciosos. Yo... guardaba algunas de sus fotos, pero las quemé una noche de ira. Lamento no poder recordar más.

Tenorio parece haber visto a un fantasma. Está con los ojos vacíos, y por un momento creo que su alma ha despojado su cuerpo, entonces, vuelve a pestañear.

—Gracias, señor Wilson, eso ha sido de gran ayuda —digo en vista de que mi compañero no puede hacerlo—. Prometo hacer que Jax lo visite lo más pronto posible.

Tomo a Tenorio por el brazo y lo arrastro con fuerza hacia la salida.

—Mierda... —musita de camino a su moto—. Con esa información ya tenemos la mitad del trabajo hecho.

—Deberías volver. Eres un cobarde.

—Te recuerdo que estoy actuando como tú lo hiciste con tu madre. También soy humano, por si no lo has notado —cierra los ojos y exhala el aire de sus pulmones en un suspiro largo y hondo—. Ahora dime dónde vas.

De alguna u otra forma, el tema de mi progenitora siempre se hace presente. Es algo de lo que no puedo huir, haga lo que haga. ¿Tal vez debería aprender un poco de la humanidad de Jax y dejar de lado mi orgullo? Admiro, en cierta forma, su habilidad para no guardarle rencor a nadie, incluso a su madre. Ni siquiera cuando hablaba de su madrastra sonaba lleno de odio, sino más bien como algo del pasado.

Necesito avanzar.

—¿Bajarás o le estás tomando el gusto a agarrarme por la espalda? —

apenas me fijé que ya llegamos.

Me quito el casco y se lo entrego, para luego acomodar mi ropa y peinar con los dedos mi cabello. Jax también se quita el casco y sacude su cabeza como si tuviese una larga melena, cosa que llama la atención de un grupo de estudiantes que justo pasa por el lado.

—Gracias por traerme.

—No hay de qué, Suicida. Espero que alguna vez me empieces a pagar la gasolina que gasto con tus recorridos.

—No seas tacaño, recuerda que me debes una pizza.

Finge sorpresa y luego sonríe, pero sus ojos viajan en otra dirección por encima de mi hombro. Curiosa, me volteo para ver, y encuentro a Maya y un veinteañero con una enorme guitarra en sus manos. Debe ser Cole. Su sonrisa se alarga al verme y me hace señas como si me conociera de toda la vida. Nunca lo he visto, y debo confesar que si no estoy prestando atención a chicos como él debo estar volviéndome una tonta.

Siento unas campanas y un flechazo directo al corazón. Cupido seguramente me estaba reservando para este momento. Para conocer a Cole.

—¡Por fin apareces, Murphy!

Maya camina en nuestra dirección y, ya lo suficientemente cerca, besa mis mejillas dejándolas pegajosas con su brillo labial. Está vestida como para una pasarela, cuando quedamos de juntarnos a comer en un local cercano nada más.

—¿Tú eras...? —se dirige a Jax, achicando sus ojos. Jax no da ni un paso atrás al ver que mamá Maya está haciendo su análisis.

—Soy Jax Wilson, linda —se presenta y luego le guiña el ojo.

Niego con la cabeza y miro a Cole, que estaba concentrado en mí, pero creo que lo he espantado.

—Él ya se iba —informo, volviendo a mirar a Tenorio.

—Entonces será una salida para dos —habla Maya—. Lo siento, debo irme.

Debe estar bromeando. Se supone que Maya estaría con nosotros para que todo saliera bien. Digo, siendo Cupido, ese es su trabajo.

—¿Te vas? —le pregunto, solo para confirmarlo. Ella asiente con un puchero fingido.

—El lunes comienzo mi práctica y tengo que ordenar unos papeles —me pongo más nerviosa. El mundo se me hace inmenso y la única vía de escape que veo es que Tenorio nos acompañe. En cuanto abro mis labios para pedirle que se quede, Maya se adelanta—. Ya que estás aquí, ¿me puedes llevar a casa? Te pagaré.

Si tuviese telepatía o algo de coordinación con Jax las cosas hubieran resultado mejor, o quizá si me hubiese adelantado a los hechos y descifrado el fatídico plan de Maya, no estaría viendo como Tenorio accede con gusto a su propuesta. Es impresionante lo malvada que puede ser Maya cuando se lo propone. ¿Por qué dejarme sola con un desconocido? Cole no parece un mal chico, pero el sujeto con buen auto que me robó tampoco lo parecía.

Por otro lado, Jax ni siquiera le aparta los ojos a Maya para ver mi suplicante rostro pidiendo que se quede. Así que, sin más remedio, no puedo hacer más que ver a Maya aferrarse a la espalda del unicelular después de colocarse su casco y perderse por la calle.

Escucho a Cole a mi lado. Pego un salto y volteo: está mirándome con sus ojos oscuros. Al ver mi reacción traza una pequeña sonrisa.

—Tranquila, no soy un ladrón, ni pretendo echarte a los guardias.

Válgame, ¿es que Maya no se guardó nada? ¿Qué más le dijo? ¿Que compro mi ropa interior en tiendas chinas?

—¿Qué clase de chico eres? —le pregunto, contagiándome de su sonrisa.

No puedo creer que sonría con tanta facilidad, como una preadolescente viendo al chico que le gusta mientras hace deporte. Me siento descolocada.

—Uno normal al que le gusta tocar guitarra y cantar, supongo. Soy Cole, aunque esa parte ya lo sabes.

Extiende su mano para estrecharla.

—Murphy, también debes saber eso.

Le regreso el saludo y tomo su mano. Es como si millones de hormigas viajaran desde mi cerebro, y bajaran por mi cuello y brazo hasta mi mano. No puedo con sus ojos mirándome todo el tiempo, atrapándome en la inmensidad. Ya veo el enorme cartel de madera que reza en mayúsculas: «AQUÍ YACE MURPHY».

Estoy totalmente perdida en Cole. No sé bien por qué siento la rara

sensación de familiaridad, pero estoy cien por ciento segura de que este es nuestro primer encuentro. A menos que nos hayamos topado en el metro o el bus, o en la misma universidad, no tengo recuerdos de él. Sus ojos son tan vivaces y transparentes que no tengo dudas de que es auténtico, tiene el cabello algo largo y de color azabache, algo de barba, la nariz larga y fina, dientes perfectos, labios...

Basta.

—¿Vamos a estar estrechándonos las manos eternamente? —pregunta sacándome de mis turbios pensamientos para mayores de dieciocho años. Aparto mi mano y me río como una tonta, y su risa boba tampoco se queda atrás.

Un punto a favor: los dos sonreímos como idiotas.

—Claro. No sé dónde pretendía comer Maya, podemos ir a...

—Comer pizza en Marco's —dice con entusiasmo. Me quedo con la boca abierta, sin palabras. Así su entusiasmo baja mostrando un lado tímido —. Si quieres..., claro.

Si le gusta la pizza con extraqueso, piña y anchoas es el indicado.

Cole toma su guitarra y la acomoda en su espalda.

—Maya dijo que vas al hospital a cantarles a los enfermos —comento de camino a la pizzería. Él hace una mueca y asiente—. Eso es bueno.

—Intento aportar un granito de arena a este mundo de locos. Hoy en día cada uno está tan sumido en sus asuntos y problemas que es fácil olvidar que hay gente que la está pasando realmente mal. Me gusta pensar que ayudo cantando —me sonríe—. Y a ti, Murph, ¿qué te gusta hacer?

—No tengo un corazón tan caritativo como el tuyo, solo me gusta leer. Mi vida no es tan interesante.

—Apuesto a que sí. Todos los días, cuando abres los ojos, te sumas a una aventura, tal vez no como las de películas, series o libros, pero es una.

Supongo que tiene razón, el simple hecho de vivir ya es una aventura.

Al llegar a la pizzería saludo al cocinero, soy una cliente habitual después de todo. El lugar está casi vacío, lo que es sorprendente, pues Marco siempre tiene clientela por montones. Solo hay un grupo de adolescentes sentados en un rincón, una pareja al otro extremo y una mujer sentada de espaldas.

Después de pedir la pizza, nos sentamos cerca de la puerta, de frente. Cole ha tenido que dejar la guitarra sobre una de las sillas, como si fuese una persona más. La pizza especial con anchoas y piña es demasiado para espantar a una persona, así que humildemente acordamos ponerle champiñones y trozos de pollo. Para beber dos vasos de Sprite y, por si quedamos con hambre, unas papas fritas.

—No creo que podamos con todo —Cole mira la mesa y traga saliva—. Esto es mucho para mí.

—Ah, tienes el estómago pequeño —espeto sonando arrogante. Él se ríe entre dientes, enseñando lo perfectamente alineados que están—. La pizza es mi comida favorita, si no puedes con ella yo me haré cargo.

Se ríe y me hace un gesto para que saque la primera rebanada.

Charlamos de la vida, hacemos un brindis y nos reímos de cosas absurdas. Cole es estudiante de Música y tiene una banda en la que es vocalista. Le gustan los libros, pero su verdadero amor son los versos de canciones. Es hijo único y vive con los miembros de su banda en una casa arrendada, trabajan en un club de música los fines de semana y, por último, no es un mujeriego.

Al menos eso ha dicho.

—No-te-creo —le digo dejando el vaso ya sin nada de bebida sobre la mesa—. ¿De verdad nunca has tenido novia?

—¡Te lo juro! —se echa a reír algo avergonzado.

Apoyo mis manos sobre la mesa y me inclino con sospecha. Si algo me han enseñado las clases de teatro, es a actuar mejor y saber con certeza cuando alguien miente.

—Seré honesto contigo, Murphy Reedus —se pone serio. Vuelvo a acomodar mi trasero en la silla mientras agarro una última rebanada de pizza—. Hace tiempo, asistí a un colegio para chicos, quienes me molestaban e insultaban por mi peso. No te mentiré, prácticamente ocupaba dos asientos en un bus, además estaba lleno de granos y espantaba a todos porque les parecía una abominación. No tenía amigos, mucho menos novia.

»Una tarde esperando el metro, unos chicos llevaron los insultos a otro nivel y, con mi baja autoestima, no me atrevía siquiera a levantar la cabeza, simplemente a quejarme por los golpes y tirones que comenzaron a darme;

hasta que un grito eufórico espantó a los deportistas. Era la voz de una chica que llegó dando enormes y furiosos pasos. Se colocó frente a mí, dándome la espalda, apenas logré ver su rostro, pero su cabello rojo es... bastante singular.

Me mira, como si intentara descifrar lo que pienso.

—«Ustedes, par de cobardes, márchense» —continúa—. Eso les dijo a los cuatro chicos, con autoridad. Obviamente, los brabucones no hicieron más que reírse a carcajadas. «¿Tu noviecita debe defenderte, gordo? Eres patético», me dijo un tal Jean, pero la chica no dejó siquiera que me mirara, pisó su pie con fuerza haciendo que chillara. «¿Patético? Patético eres tú que abusa de otra persona y se burla de su peso. Patético eres tú que, para alimentar tu baja autoestima, debes golpear e insultar a alguien. Regresa a tu casa y enciérrate en tu cuarto antes de que tu abusivo padre llegue y te reprenda por la escoria humana que eres». Los cuatro se marcharon y ella me dijo que nunca me dejara pisotear por alguien más, que tenía derecho a sacar la voz y defenderme. Decidí tomar su consejo y no dejar que nadie me pasara a llevar, también decidí cuidarme más. Sin embargo, nunca la volví a ver, hasta hace unos meses. Estaba en el campanario de la universidad, leyendo.

Mierda...

—He esperado mucho tiempo para esto, Murph... sé que es apresurado y no debería hacerlo ahora siendo este el primer día en que hablamos después de tanto tiempo, pero me gustas —baja la cabeza, apenado.

Mi lengua se traba y no sé qué hacer. Intento beber de mi vaso, pero recuerdo que ya no queda nada. Trago saliva con dificultad, procesando lo que acabo de oír. Parece mentira, una vil mentira.

—Creo que Maya habló demasiado —digo con frialdad.

—Maya cree que solo te he visto de la universidad. Quiero conocerte y demostrarte que soy sincero. Permite que nos conozcamos, seré tu amigo. Quiero, desde hoy, ser parte de tu historia.

¿Y si no es una artimaña? ¿Y si lo que dice es cierto?

No sé qué decir.

Su historia me lleva años atrás, cuando era una adolescente fanática de cantantes y bandas, que leía *fanfics* y estaba enamorada de un niño tonto.

Recuerdo el metro, al chico sumiso y callado siendo golpeado mientras los demás reían y no hacían nada. Recuerdo ese impulso por ayudar, recuerdo el rostro magullado y los ojos tristones del chico, pero nunca le pregunté su nombre, ni tampoco él el mío.

—¡*Mida, es una guitada*!

Los ojos vivaces de una pequeña se posan sobre la guitarra de Cole y la apunta dando saltitos con entusiasmo. Cole le sonríe y se acomoda. Vuelvo a la niña y el corazón se me aprieta, no sé bien por qué.

—¿Quieres que cante una canción? —pregunta Cole con voz calmada. La pequeña asiente con una felicidad propia de los niños, no debe tener más de cuatro años, pues tiene casi la misma estatura de los trillizos.

Cole saca la guitarra de la silla, la quita de su funda y carraspea, aclarándose la garganta. Frunce el ceño y respira hondo, pasando sus dedos sobre las cuerdas con delicadeza. La melodía se me hace conocida al instante, es «Happy Together» de The Turtles.

Los ojos de la niña sacan chispas, pero no es la única hipnotizada por el canto y la guitarra, todos los demás en el restaurante están prestando atención a la particular voz de Cole. Yo no puedo hacer más que observar cómo sus ojos llenos de sentimientos me miran mientras canta y repaso en silencio dentro de mi cabeza las cortas charlas que teníamos en nuestros encuentros esperando el vagón que nos llevaría a casa.

Al terminar la canción, la pequeña aplaude y Cole se revuelve el cabello. Entonces, desde la caja, una mujer pelirroja le hace señas a la pequeña.

—Sharick, ven a escoger el sabor de la bebida.

Mi sonrisa desaparece al instante.

Observo a la niña corriendo hacia la mujer pelirroja, la misma del karaoke, la enfermera de aquella vez. Todo cobra sentido por un momento, esos ojos vivaces y profundamente azules ya los había visto antes.

28
Una cabina para dos

—Tony... ¡Tony!

Lanzo una bola de papel, que saco de mi papelera, a la ventana de mi vecino. Al parecer está dormido, pues no hay respuestas.

Después de escuchar «Sharick» mi cerebro ha colapsado. No pude actuar normal pensando en que aquella pequeña niña rubia de ojos azules está conectada con Jax. ¿Quién será esa pequeña? Quiero creer que se trata de un alguna hermana, prima, quizás es su hermanastra.

¿Pero qué pasa si Jax hizo de las suyas y es padre?

—¿Qué pasa? Mañana tengo entrenamiento, Murph —Tony se frota un ojo. Su otra mano está ocupada rasqueteando su estómago.

—No preguntes cómo o por qué, solo escucha: ¿crees que Tenorio podría haber dejado sus semillas por aquí o por allá?

La quijada de mi amigo se desencaja, se apoya sobre el marco de la ventana y frunce el ceño.

—¿Con «semillas» te refieres a que dejó embarazada a alguien? —asiento con entusiasmo—. ¿Estás embarazada?

—¡No! —agarro los barrotes de la reja y me acerco a ésta. Quiero golpearme la cabeza, lo deseo con ganas, mas corro un serio peligro de lastimarme, cosa que no quiero—. Hace un tiempo una mujer pelirroja parecía atormentar al unicelular...

—Seguro una exnovia —interrumpe.

—Sí, también lo creo... pero calla, esa no es la cuestión. Resulta que esa mujer mencionó a una tal Sharick y hoy me enteré de que es una niña pequeña, que justamente tiene sus mismos ojos. ¿Crees que él?

—¿Sea papá? No me sorprendería. Es un mujeriego, tarde o temprano sucedería algo así. ¿Cuál es el problema?

Cierto. Si Jax es papá, ¿cuál es el problema? Ni siquiera debería ser de

mi incumbencia. Simplemente me inquieta saber quién es ella y si Jax sabe de su existencia, ¿por qué todo indica que no la quiere? Él sabe lo que se siente ser abandonado, subes- timado por su padre y odiado por su madrastra, dudo que sea tan hipócrita como para hacer lo mismo y no reconozca a su hija, ¿verdad?

—Ninguno, solo quería chismear un poco.

El ruido de un secador de pelo, que proviene desde la habitación de Jollie, hace que voltee unos segundos hacia la puerta. Mañana le romperá el corazón a Spencer, probablemente.

He intentado convencerla de hacer lo contrario y darle una oportunidad, pero no puedo hacerla cambiar de opinión.

Tranquilos, si ella no quiere cambiar, puedo hacer que Spencer cambie de idea.

Sí, esa es una buena idea.

Lástima que no tenemos su número.

Válgame, es cierto. Pero tengo el de Tenorio.

—¿Hola, Murph? —llama Tony—. ¿Sigues cuerda?

—Sí, sí, regresa a dormir. Suerte en el entrenamiento, te hablo luego —me despido con un ademán y él me regresa el gesto con un bostezo.

Cierro la ventana y de paso las cortinas. Busco el teléfono entre mis cosas y desbloqueo la pantalla. Tengo unos cuantos mensajes, pero les hago caso omiso. Le doy a los contactos y busco a Tenorio, que en su arrebatado ego se apodó como «Tu deseo Prohibido».

Nota mental: Cambiarle el nombre.

Marco y espero. Pues nada, no escucho más que el buzón de voz. Repito la acción unas tres veces sin conseguir respuesta. Lanzo un gruñido que espanta a Emer, quien pasaba afuera del cuarto.

Piensa, cabezota, piensa...

1) Puedo pedirle el celular a Jollie, pero como estamos molestas no me lo prestará. 2) Podría pagarle a alguno de mis hermanos, pero estoy juntando dinero para comprar una nueva saga. 3) La única solución factible es hacer lo que yo hice hace mucho cuando creí que Jax era su cita, y a lo que el destino le encanta hacer conmigo: arruinar la cita.

Un rugir de motores me saca del letargo. Conozco ese sonido. Es Jax,

estoy segura de que es él tanto como que mi nombre es Murphy.

Me levanto de la cama de un salto y bajo las escaleras. Abro la puerta esperando encontrarlo afuera de la casa. Y no está. Escucho unas risitas dos casas más allá y me asomo para comprobar mis sospechas.

Jax está afuera de la lujosa casa de los Sonne. Supuse que Maya ya debía estar en su casa, pero que la traiga Jax a estas horas, incluso después de haber llegado de mi cita con Cole, es sospechoso. Dudo que Maya sea lo bastante insensata como para que algo entre ambos haya ocurrido, aunque no descarto que Jax haya usados sus trucos baratos para engatusarla.

Ponte seria, estúpida, tienes a Jax a solo unos pasos para advertirle sobre la cita entre Jollie y Spencer.

Lo sé, lo sé.

Tomo el cerrojo de la reja y lo giro. Cuando estoy por salir se me funden los pies al suelo, no puedo moverme. Siento que hacerlo será interrumpir lo que está pasando entre ellos.

Entonces el motor vuelve a gruñir y se hace lejano.

—Sal de ahí, corazón, mamá Maya sabe dónde te ocultas —el tono cantarín de mi amiga hace que por un instante me convierta en un felino rabioso. No lo pienso dos veces y salgo—. No sabía que tenías el complejo de vecina entrometida, Murphy.

—¿Cómo sabes que estaba espiando?

—Reconozco el sonido que hace tu reja al abrir, llevo años quejándome de lo mucho que rechina.

Papá siempre olvida ponerle aceite, no es mi culpa.

—Creí que ya estarías en casa, hablando con uno de tus tantos novios cibernéticos, no con Jax. ¿Perdiste la cabeza?

—¿Disculpa? ¿Lo que escucho son celos?

No, esto se llama cuidar de mis amigas.

—No se trata de celos, se trata de salvar una vida.

Okey, estás exagerando.

Maya me mira como si yo fuera una ladrona que acaba de robar en una tienda llena de cámaras que me delatan.

—Tranquilízate, solo hablamos, nos conocimos y sacamos algunas conclusiones de la vida. Y creo que tú acabas de confirmar una de ellas —

frunzo las cejas—. Además, tienes a Cole. ¿Qué tal estuvo la cita? ¿Cumple los requisitos de tus horrendas reglas?

—Cole es *genialoso*. Quizás demasiado. Eso me asusta un poco.

—Diría que todos se sienten así cuando encuentran a su pareja perfecta, pero asumo que tu indecisión se debe a que no sabes lo que quieres. O tal vez, tus gustos han cambiado sin que te dieras cuenta. Si te gusta Cole, bien; se pueden conocer más, gustarse, acostarse, enamorarse y casarte. No obstante, sino te sientes segura con él, la persona que probablemente más encaja con tus reglas, entonces debo decirte que tú, Murphy Reedus, no sabes lo que quieres.

¿Yo, Murphy Reedus, no sé qué quiero?

Cambiar de gustos a estas alturas es una completa locura. Tengo miedo de lo que siento. Sí, ese tipo de miedo que siente una novia antes de casarse. Miedo de perder algo *genialoso*.



Miro el diario donde escribí mi opinión sobre las reglas. Lo tenía abandonado bajo la cama, justo al lado de las diez pruebas de embarazo que nunca usé. Guardo el diario dentro de mi mochila, junto a una novela. Me gusta siempre andar con una, pues nunca sé qué pasará el resto del día, así tengo con qué entretenerme. También, ahora, tengo un par de cosas útiles, como mi gas pimienta en caso de que alguien quiera robarme.

He practicado para que no vuelva a ocurrir ese horrendo acontecimiento, y para que en algún caso fortuito me encuentre con el idiota que me robó y así vengarme. Mi gas pimienta y yo estamos preparados.

Es temprano por la mañana y estoy en un taxi siguiendo el bus hacia el parque de diversiones. No entiendo qué es lo genial que le ven a este sitio, solo hay personas gritando groserías, ninguna atracción es realmente divertida, excepto la casa de los espejos. Seguro Jollie fue la de la idea, le encantan los sitios así desde que nos conocimos; le fascinan los juegos de puntería y ganar peluches.

Mi meta de hoy es conseguir que Spencer no resulte herido.

Después de pagar la entrada y seguir a mi hermana mayor, se me cruza un montón de gente que me hace perderla. No recordaba que el parque fuese tan enorme y que los juegos luciesen tan fascinantes. La montaña rusa es inmensa, las tazas voladoras parecen mucho más extremas, los puestos de puntería más complicados, los niños más valerosos y los padres más distraídos.

Esto revive mis más empolvados deseos. Siempre soñé con ir a The Wizarding World of Harry Potter, pero me falta el dinero, así que me conformo con verlo en fotos e imaginar qué cosas alocadas haría allí.

Me paseo por los alrededores viendo a los trabajadores disfrazados, a parejas sonriendo, a grupos de adolescentes platicando, a otros comiendo. De pronto, me invaden unas ganas enormes de comer algodón de azúcar y no puedo evitar gastar dinero comprando uno.

Sacando un poco de algodón busco a Jollie.

No está.

Me doy un golpe mental y apuro el paso para dar con su paradero. Se ha hecho humo en un par de segundos. La busco con la mirada, apoyándome en la punta de los pies, pero no la encuentro.

Continúo en mi búsqueda hasta que mis pies chocan con unas botas militares. Dos manos me sostienen antes de dar de lleno contra el pecho de la persona.

—Ten cuidado, mocosa —gruñe el sujeto, mirándome con desprecio. Le regreso la mirada.

—¿Te pisé muy fuerte, grandulón? No sabía que eras tan delicado —respondo con falsa modestia y sigo caminando para no discutir más. No estoy de humor.

La mano del hombre me detiene.

Lanzo un gruñido perdiendo la paciencia, pero en cuanto me giro descubro que el grandulón es Tenorio.

—¿Sabes que tienes una fascinación por discutir con todo el mundo?

La sonrisa de Sharick se cuela en mi cabeza y, por un segundo, tengo la intención de preguntarle por la pequeña. Vuelvo a mis cabales, recuerdo que no estoy aquí para eso, que hoy tengo la intención de ayudar a Spencer.

—¿Dónde está Spencer?

—¿No hay un «hola, Jax» o un «te extrañé»?

Hace un puchero al que respondo con indiferencia. Baja su mirada hasta el algodón de azúcar y no duda en sacar un poco. Lo aparto pero es demasiado tarde, casi la mitad de mi algodón ha desaparecido.

—De nada. ¿Dónde está Spencer? Jollie no quiere una cita, lo quiere rechazar.

—Veo que la maldad corre en la sangre de la familia.

Lo odio. El unicelular se toma todo tan a la ligera que me desespera. Saco el resto de algodón y lo pongo en su boca para que deje de sonreír.

—Eres un mundano.

Paso junto a él buscando en mis bolsillos papel higiénico. Escucho sus carcajadas y noto de reojo que se chupetea los dedos. Vuelve junto a mí.

—No sé dónde está, Suicida, lo perdí de vista.

—Seguro te quedaste embobado mirando a alguna chica —le recrimino, limpiando el azúcar de mis manos—. No me sorprendería.

—De hecho, te estaba buscando a ti —detengo el paso y lo miro con aburrimiento. Otro truco barato de seducción. Pero conmigo no, conmigo no. Sigo caminando como si Jax no existiera—. *Okey*, *Oke*y. A veces olvido que eres La Dama de Hierro. Intenté llamarlo, pero no contesta.

Chasqueo la lengua y llamo a Jollie, pero ella tampoco contesta.

—Mándale un mensaje o algo.

—También lo intenté y me dejó un enorme y lindo visto.

Me agarro la cabeza desesperada. Me siento una completa inútil, aunque desde cierto punto no debería meter mi nariz donde no me corresponde, no quiero ser una cómplice cuando Jollie le haga añicos el corazón a Spencer, él no lo merece. Yo lo sabía, pude decirle a Jax para que le advirtiera, pero lo olvidé. Me siento fatal.

—¿Crees que podamos verlos desde allí? —dice Jax.

Miro a Tenorio, quien parece demasiado entusiasmado. Recorro su brazo, cubierto por su chaqueta de cuero negra, y sigo la dirección que marca su dedo. Señala una enorme rueda de la fortuna que gira lentamente.

No es una buena idea.

Me encojo de hombros y Jax me arrastra hacia la fila de personas.

El chico que atiende la taquilla luce como si quisiera suicidarse en cualquier momento. Comprendo aquel sentimiento de tener que ver a tantas personas y hacer lo mismo todo el tiempo; en la cafetería siempre pasaba algo malo —apartando el hecho de que me regañaran por leer siempre—. La rutina siempre aburre, por eso cuando Tenorio le entrega el dinero para el boleto, no le refuto su mal gesto.

Al entrar en la cabina, otro adolescente —con aspecto más animado— cierra la puertecilla de vidrio. El sitio es más estrecho de lo que pensé. Jax se sienta esperando que la rueda se ponga en marcha, pero yo me pongo inquieta. Me pego al vidrio con un ápice de esperanza de ver a Jollie o Spencer.

—No entraba a una de estas cosas hace siglos —dice Tenorio con voz de niño.

La noria comienza andar lentamente, lo que me obliga a sentarme frente a Jax. El corazón me sube a la garganta por un segundo hasta que vuelvo a relajarme. Me apego otra vez al vidrio, esta vez desde mi asiento.

—Tú y yo, solos aquí. ¿No se te ocurren cosas malas?

¿Debo cometer homicidio con su persona? Pues la verdad, sí.

—Deberías ayudarme a buscar, Jax, fue tu idea subir hasta aquí.

—Le temo a las alturas.

Mentiroso.

Sigo observando hacia abajo mientras la noria nos sube más arriba, por un instante siento que vuelo. Mis manos sobre el vidrio frío y mi respiración choca contra el cristal. Algo raro pasa. Mi expresión confusa se refleja en el vidrio. Volteo para ver a Jax; él tiene la misma.

¿Desde cuándo la noria se queda quieta?

29
Cuentos de niñas

El primer cuento que conocí en mi infancia fue el de *Rapunzel*. Recuerdo que mi padre comenzó a leérmelo pocos días después de que dejé a mi progenitora y comencé a vivir con él. El recibimiento en la casa de los Reedus fue mejor de lo que esperaba. Aunque no negaré que en un principio tenía algo de incertidumbre, me sentía atrapada en una vida nueva de la que no podía escapar; era como estar en una torre. Fue entonces cuando papá, a quien llamaba Gregory, se ofreció a leerme un cuento. Con timidez, y asintiendo sin hablar, accedí. Él me sonrió y salió de mi habitación a buscar el cuento que Jollie guardaba en una caja de juguetes. Me entretuve mucho, me reí demasiado con las voces y sonidos que papá formulaba. Desde ese instante deseé salir de la torre, como lo hacía la princesa Rapunzel, dejarme el cabello largo y encontrar a mi príncipe azul que llamara desde el otro lado de la ventana pidiendo que dejase caer mi cabello.

Pero claro, no pretendía llegar a ser Rapunzel de forma tan literal, porque ahora estoy atrapada, aunque en la noria y no en una torre.

—Ya deja de mirarme como si la culpa fuese mía.

—¡Fue tu idea subir a esto!

Estoy teniendo fuertes intuiciones, de esas muy malas, que me dicen que en cualquier momento esto se caerá y moriremos. Retraigo mis brazos y los coloco a mi lado cual momia embalsamada y cubierta de vendas. Jax alza una ceja observándome una vez más con esa expresión de suficiencia.

—Bueno, yo también tengo parte de la culpa por no hacerle caso a mi conciencia.

Tenorio se ríe inclinando su cabeza hacia atrás, dejando entrever su largo cuello. No es el momento ideal para burlarse de lo que digo, es momento de conservar la calma, quedarse quietos y rogar para que la rueda de la fortuna vuelva a funcionar.

Prometo que si que salgo viva de esto donaré mis libros a una fundación para personas que se han quedado atrapadas en algún juego.

No deberías hacer promesas que no cumplirás y ¿realmente hay una fundación así?

—¿Tu conciencia? —me mira divertido.

Odio que esté tan relajado mientras yo me carcomo la cabeza viendo las maneras en las que vamos a morir.

—¿Hola? —muevo mis manos abriendo mis ojos como una demente—. Todos tenemos una conciencia, Tenorio, esa que nos dice qué es bueno y qué es malo.

—¿Y qué te dice ella de mí?

Que es un idiota con complejo de rey que se acuesta con muchas mujeres para saciar su ego inexistente y quebrajado por la pena del abandono.

—No te gustará saberlo.

—Siempre me verás como una escoria humana, ¿verdad?

Frunce los labios y me mira con severidad, metiendo una de sus manos dentro de su chaqueta de cuero y sacando un cigarrillo algo arrugado. Antes de que lo pueda colocar en sus labios, se lo arrebato. Puedo ver como la decepción enardece su rostro una vez que lo hago añicos. Busca algo en sus bolsillos y saca su encendedor. Comienza un juego de encender y apagar la pequeña llama anaranjada con su dedo. Supongo que es una forma de distraerse.

—Tenía quince cuando me quedé encerrado en la bodega de los balones con una chica. Se llamaba Denny Turner. ¿Tienes alguna idea de lo que hicimos allí? —Jax levanta sus cejas con perversión.

—No quiero saberlo —busco distraerme de la imagen mental que Tenorio ha implantado en mi cabeza revisando las cosas que llevo en mi mochila. Tengo demasiadas porquerías, exceptuando mi querido libro, claro. Saco un par de cosas y las dejo a mi lado para vaciarla, tirando los papelitos y restos de comida al piso.

—No es lo que piensas —agrega—. Hablamos, de muchas cosas.

—Supongo que si no hiciste locuras con ella fue porque te gustaba de verdad —me encojo de hombros y vuelvo a guardar las cosas dentro de la

mochila. Jax mira lo que hago con detenimiento—. ¿Quién lo diría? Tenorio sí conoce lo que es el amor.

—¿Amor? Yo lo llamo «efectos colaterales».

¿Efectos colaterales? No podría estar más de acuerdo.

Sonríe y se inclina en mi dirección. Extiende su mano y toma mi diario de vida. Me doy un golpe mental he intento quitárselo antes de que lo abra, pero esquiva mi mano con un rápido movimiento. El corazón me late a toda prisa y creo que en cualquier momento podría padecer alguna enfermedad cardíaca. La cabina se mueve en el aire y me petrifico ante la idea de verme cayendo de golpe al suelo.

—Dámelo —ordeno con autoridad. Miro la altura en la que estamos y todo mi mundo se pone girar—. Es personal.

—Es un diario de vida... —pronuncia con falsa sorpresa—. No creí que alguien como tú tendría uno de estos —extiendo mi brazo e intento conseguir el diario una vez más, pero doy de lleno con su espalda.

—¡Jax! —le llamo, sin embargo, todo lo que obtengo a cambio es una carcajada.

Comienza a leer con voz chillona y sobreactuada, haciendo una mala imitación de mi voz mientras lee las reglas. Entonces, cuando llega a la última parte, el silencio se alza. Ya no hay malas imitaciones, ya no hay más que un incómodo momento. Desearía que los gritos de los niños corriendo por el parque fueran más fuertes.

—Te dije que es personal —le arrebato el diario de sus manos.

—¿Así que pienso con las bolas? —pregunta girándose sobre sí y quedando de frente—. Así es como me ves, ¿verdad? Bien, así están las cosas...

Mueve su cabeza como si se convenciera de sus propias palabras, o de las mías escritas en el diario. A pesar del diminuto lugar donde nos encontramos, por un momento me siento intimidada por Jax y sus azules ojos que lucen molestos. Jax luce como un lobo feroz que pretende saborear a una temerosa ovejita.

—Como pienso con las bolas y sirvo como mal ejemplo puedo hacer lo que se me dé la puta gana, ¿no?

Intento explicarle una vez más que fue algo escrito cuando apenas lo

conocía, que después de todos los acontecimientos que pasamos no me parece alguien tan malo.

Énfasis en el «tan».

Mi respiración se reduce a nada y la necesidad de obtener algo de aliento se asemeja a estar bajo el agua. Cierro mis ojos e intento apartar a Jax con la poca cordura que me queda, pero comienzo a creer que nuestros labios tienen imanes que nos mantienen unidos. Toda la sangre de mi cuerpo podría acumularse allí para hacerlos palpitar con frenesí. Cada movimiento es como si llevásemos años de práctica para hacerlo, como si mis labios hubieran esperado encontrarse con los de él desde hace mucho tiempo.

—Puedo hacer esto... —dice agitado y jadeante.

No quiero abrir mis ojos. No quiero abrirlos y tener que centrarme en la realidad, sabiendo que una vez más me he dejado llevar por un desliz, uno donde no había motivo alguno para hacerlo, donde Tony no está en mi cabeza y no estoy con unos tragos de más que me hagan perder la cordura. Estoy tan sobria y tan emborrachada de un extraño éxtasis que me sabe a algodón de azúcar.

—Puedo hacer esto...

Me besa. Una y otra vez. Mis labios saborean los suyos, nos damos unos besos cortos pero sonoros. Sus manos están sobre mis hombros, tomándolos con delicadeza, y las desliza suavemente por mi cuello hasta escarbar con sus dedos mi cabello. Un relámpago de electricidad me recorre la espina cervical y mi espalda se yergue provocando que alce más la cabeza.

Por favor, que solo sea un sueño.

—¿Si yo pienso con las bolas con qué lo haces tú? —su susurro provoca que abra los ojos. Me encuentro con su mirada atenta, fiera—. Creaste unas reglas inútiles para buscar a un idiota que te satisfaga, me culpas a mí de ser mujeriego cuando tú no estás lejos de ser como yo. ¿Con cuántos has salido hasta ahora?

—¿Disculpa? —me pongo de pie, no soporto verme disminuida ante él —. No debería responderte, ni darte explicaciones. Pero si estamos con eso, dime, ¿con cuántas te has acostado hasta ahora?

—¿Debería preguntarte lo mismo? Yo no llevo la cuenta, y si mal no recuerdo también fuiste una de ellas —se agita—. Es cierto, no deberías darme explicaciones, pero si me juzgas por dormir con chicas, yo te juzgaré por crear una estúpida lista para buscar al chico ideal como si fuese algo que puedes comprar en el supermercado. Es una lástima que creas que necesitas a un hombre para vivir feliz. Los cuentos de niñas te enseñaron que necesitas a un príncipe para solucionar tus problemas, ¿leíste en alguno que él la necesite a ella? No. Toma esto como un consejo.

—No me lo creo... por supuesto que los hay. Y no me vengas con tus consejos innecesarios, Jax, tú no tienes pies ni cabeza para hacerlo. ¿Quién es el idiota que necesita sexo para alimentar su ego? Hablas de las mujeres como si fuésemos desechables, puro entretenimiento. Tú eres el asno. Tú eres la bestia.

Se ríe.

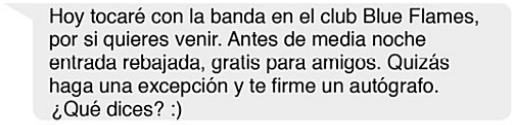
—Eres igual a mí, Murph. Acéptalo.

—Eso es lo que te encantaría creer, ¿verdad? Así no te sentirías como la inmundicia que eres. No soy como tú y jamás lo seré.

Guardo el resto de las cosas en mi mochila y la aferro entre mis brazos como una forma de refugio.

Jax vuelve a sentarse en su lado y guardamos silencio.

Cuando la noria vuelve a funcionar, mi interés por continuar buscando a Spencer se reduce junto a mis ánimos de estar en el parque de diversiones. La única cosa que me saca una pequeña sonrisa es un mensaje que me llega de Cole:



La ansiedad por salir de esta cabina del demonio se hace más y más fuerte. Soy la primera en colocarse en la puerta de vidrio. Tomo aire y, antes de que el trabajador abra la puerta, volteo hacia Jax.

—Suerte con tu búsqueda, yo no te ayudaré más.

Salgo lo más rápido que puedo para refugiarme en los baños.

¿Por qué tenía la tonta idea de que me detendría?

30
No mires

Escucho los pasos de los trillizos hasta que se detienen cerca de la puerta. Luego, surge la voz de Saya, quien les pide que conserven la calma o, de lo contrario, no abrirá la puerta. Una pequeña sonrisa se me escapa y noto que desde la ventana los tres me hacen señas. Los saludo mostrándome entusiasmada, aunque por dentro no estoy bien. Mi único deseo es meterme a la cama y dormir como nunca.

Un sonido grave hace que mire al costado de la puerta. Rain, nuestro peludo, gordo y gruñón gato también está esperando que Saya abra.

—Hola, Rain, ¿estabas cazando ratones?

Estiro mi mano para acariciar su cabeza, pero el gato niega el contacto dándome un arañazo, el que por suerte puedo esquivar. A ratos olvido que nuestro querido Rain odia a los humanos.

—¿Qué tal tu día, Murph? —pregunta Saya luego de darme un beso en la mejilla.

—Todo perfecto, me divertí como loca.

Saya me mira con sospecha, es demasiado suspicaz como para creerse mis mentiras. Acaricia mi cabello delatando su gesto compasivo y reafirmando que mi respuesta ha sido un desastre muy evidente.

—Tranquila, el día puede mejorar —le guiña un ojo a Jeffrey y él no pone reparos en buscar el periódico que está en uno de los sillones—. Lee la página veinticuatro —me sugiere sonriendo.

Miro sin mucho ánimo.

¡Nos ganamos un viaje al parque temático de Harry Potter!

Bueno, eso de seguro no es.

—Iré a dejar mis cosas y lo leeré arriba —informo.

Subo las escaleras como si fuera perseguida por una bludger loca. En el segundo piso atravieso el oscuro pasillo hacia mi habitación y descubro que

el cuarto de Jollie está a oscuras. ¿Será que no ha llegado? ¿Cuánto tiempo le tomará destrozar un corazón inocente?

Ya en mi cuarto enciendo la luz, tiro la mochila a la cama y me siento a los pies con el periódico en las manos. Con torpeza busco la página veinticuatro.

«Cultura», dice el titular. Inspecciono lentamente y me encuentro con diversas obras de teatro, películas e informes sobre el observatorio a las afueras de la ciudad. Casi al final de la plana se anuncia una feria del libro con algunos invitados especiales. Una fotografía peculiar hace que el corazón se me salga por la boca, en ella está el rostro de Mika McFly firmando su primer libro.

Me urge contárselo a alguien. Busco mi teléfono y respondo a la invitación que Cole me hizo mientras estaba arriba de la maldita rueda de la fortuna. Luego marco a mis amigas y quedamos en encontrarnos afuera del club Blue Flames.

—No entiendo, de verdad. ¿Quién se emociona más por un escritor que por una persona que seguramente te dedicará una canción?

—No es cualquier escritor, Dell, es EL ESCRITOR. Su libro es uno de los favoritos de Murph, ¿verdad? —Thiare me comprende. Aprecio que entienda lo importante que es para mí tener la posibilidad de conocer al escritor de *El gato que se enamoró del pájaro*.

—Exacto, no es un escritor cualquiera, y con Cole... —ingresamos al club y, desde la distancia, lo veo tocando la guitarra a la vez que canta al micrófono.

—Sécate la baba —escupe Dell con cizaña. A su lado, Thiare sonríe con picardía.

Por todos los libros del planeta tierra, Cole se ve mucho más atractivo iluminado por los focos del escenario. Probablemente nació para ser una estrella.

Nos sentamos en una mesita redonda cerca del escenario, donde el ambiente es mucho más tranquilo. Me alegro de estar con mis amigas, no perderé la cabeza con ellas.

Miro al escenario otra vez. Más bien a Cole, porque él atrapa mi atención entre todos los demás. Una boba sonrisa se dibuja en mis labios.

De seguro parezco idiota.

—Iremos por bebidas, ¿quieres?

—Una soda, por favor.

Recorro el escenario para ver a los demás miembros de la banda. El chico que toca el bajo tiene el cabello rubio y un estilo grunge que me recuerda mucho a Kurt Cobain. Otro chico, el que toca la guitarra eléctrica, está vestido con una camiseta muy holgada y pantalones gigantes, los que prácticamente le cuelgan desde las rodillas. Al fondo, una chica con el cabello rosa juguetea con las baquetas pasándolas por sus dedos como una experta. Los cuatro lucen muy diferentes.

Cuando la canción termina y escucho la voz de Cole dando las gracias por escucharlos, mi corazón explota. Su matadora sonrisa derritecorazones va dirigida a mí, estoy segura. Vuelvo a sonreír como una niña enamorada y le devuelvo la seña que él me hace desde el escenario.

Controla la dopamina, Murph. No seas ingenua.

No, conciencia, esta noche pretendo liberarla.



El techo de mi cuarto luce extraño. Hasta la pintura se ve más opaca y resquebrajada, sin embargo, el blanco continúa invitándome a divagar e imaginar cosas sin sentido.

La noche en el club fue tranquila, omitiendo el detalle de que debí controlar a mis amigas con el alcohol. Cole permaneció en el escenario cantando y le dedicó una linda canción a cierta pelirroja aficionada por los romances juveniles. Sí, soy yo. Al momento de irnos, bajó del escenario y se acercó:

—Lamento no tener el tiempo para estar juntos —llevó su mano detrás de la cabeza y se revolvió el cabello. ¡Dios, qué hombre más tierno!

—Será para otra oportunidad —respondí sintiendo los codazos de Thiare incrustándose en mi costilla. Le di un pisotón para que se detuviera.

—Claro, te enviaré un mensaje para que salgamos.

Me sonrió y se despidió con un delicado beso en la mejilla. Ese acto me dejó nocaut. Ni recuerdo cómo volví a casa.

¿Puede haber un chico más perfecto? Cole parece el humano ideal, me intriga conocerlo más. Aunque, seré honesta, eso no significa que ya no me espante un poco todo esto. No quiero decepcionarme como con los otros, lo último que quiero es salir lastimada.

«¿Si yo pienso con las bolas con qué lo haces tú?»

—Sal de mi cabeza, idiota —digo al aire.

Detengo mi mano, la cual parece cobrar vida propia, para que no toque mis labios inconscientemente.

Lo que faltaba, pensar en Tenorio y en lo que pasó en la rueda de la fortuna.

Muerdo mi labio suprimiendo todo lo que pasó y nos dijimos. Si la primera vez que me acosté con él fue un desliz, ahora que nos besamos y correspondí a su beso, ¿qué significa?

Me giro y busco el diario de vida que guardé antes de salir al club.

—Debí quemarte —le reprocho al cuadernito.

Me levanto del suelo y me echo en la silla junto al escritorio. Busco una lapicera azul y abro el diario justo en la página que escribí, la que desencadenó el alboroto. Le doy una leída rápida a las reglas. La sangre me hierve y una furia contenida se destapa. Tacho las reglas y lo último que escribí de Jax.

Acepto que fue mi culpa haberlo juzgado antes de conocerlo.

—Toc, toc.

Cierro el diario de golpe y miro hacia la puerta. Jollie se asoma observándome con una expresión culposa que roza la seriedad. Al abrir más la puerta, entra a la habitación con cierta timidez. Está vestida con su pijama rosado de ositos que compramos en una oferta dos por uno.

—¿Puedo sentarme? —pregunta con la voz casi imperceptible. Sé perfectamente que su forma de actuar es la misma cuando está arrepentida de algo e intenta disculparse.

Asiento, girando la silla en su dirección. Espero a que hable, pero no hace más que mirarme como una niña pequeña que se arrepiente de alguna maldad.

—¿Quieres que te dé permiso para hablar? —digo.

—No —mira al techo, buscando las palabras—. Bueno, sí, es tu cuarto y estás molesta conmigo —se encoge de hombros y me mira como el gato de *Shrek*. Resopla y juguetea con sus dedos—. Vine a decirte que siento mucho haber sido una arrogante. Realmente no sé qué me pasó —dice exasperada y colocando sus manos en cada mejilla—. Fui muy altanera y yo... yo no soy así. Al llegar al parque me ensimismé con la idea de rechazar a Spencer, pero cuando lo vi sentado y muerto de nervios no pude decirle nada. Me quedé muda. Luego pasó lo de la rueda de la fortuna y...

—¿Rueda?

—Sí, subimos y por casi media hora estuvimos atrapados. Spencer fue muy amable conmigo, me consoló todo el tiempo, conversamos de muchas cosas.

Qué ironía. Nosotros buscándolos cuando estaban mucho más cerca de lo que pensamos.

—Spencer es *genialoso*, te lo dije. ¿En qué quedaron? —curioseo omitiendo recordar lo que yo viví dentro.

—En conocernos, salir de vez en cuando y esas cosas.

Música de victoria, maestro.

Spencer, después de tantos rechazos e intentos, por fin ha logrado que Jollie lo tenga en mente. Él debería ser un ejemplo de perseverancia y superación, quizá necesite aprender un poco más de él.



Hay dos cosas que me sorprenden profundamente. Una, que falten solo dos semanas para terminar el semestre y salir de vacaciones de invierno. Y dos, no puedo creer que falte tan poco para que Mika firme mi libro. Sé bien que Tenorio me obsequió su copia, pero la dedicatoria va dirigida a él y si tengo una dedicatoria para mí será un sueño tachado de mi lista. Pensar en ello hace que mi corazón se acelere y me devore las uñas.

La ansiedad es fuerte cuando se trata de escritores, créanme cuando les

digo que por poco me desmayo cuando le tomé una foto a Veronica Roth, autora de *Divergente*, ¡y ni siquiera salió bien! Esto me lo tomo en serio. Si McFly no puede firmar mi libro me conformo con que me salude y sepa por un segundo de mi existencia.

Por otro lado, no puedo evitar pensar en qué hacer después de clases, pues solía acompañar a Jax a la biblioteca, pero ahora que discutimos, mi tiempo libre ya no es el mismo. Tengo un nudo en el pecho. Ya sé que es un sentimiento de culpa porque, después de todo, él me ayudó cuando se lo pedí.

Estúpido orgullo, quizá si me hubiera mordido la lengua y no hubiese hablado más de la cuenta la historia sería diferente.

Al sonar el timbre para salir de clases tardo más de lo normal en ordenar mis cosas. Mis ojos se desvían para mirar el banco donde Jax suele sentarse. Tenorio ni siquiera se molesta en sacar un lápiz o algún cuaderno en clases, vive dormitando, así que no tiene mucho que ordenar. Se levanta de la silla, cuelga su mochila en uno de sus hombros y sale ignorando al profesor Leyton.

Una lucha interna por seguirlo o no provoca que por poco olvide mi nueva adquisición, el último libro de la saga *Más allá de la Tierra*, con el que Michi fantaseaba todas las noches cuando hablábamos por chat. Lo tomo entre mis manos y me despido rápidamente de todos.

—Reedus, no te olvides de que el viernes será la última clase —informa el profesor antes de que cruce la puerta.

¡Cierto! Como los colegios suelen salir de vacaciones mucho antes que las universidades también tendré vacaciones del trabajo, pero no puedo vivir sin trabajar durante un mes, necesito buscar un empleo a tiempo parcial.

Asiento y salgo en dirección a la biblioteca.

El bullicio es evidente, los murmullos de algunos hacen que la biblioteca pierda su mística. La bibliotecaria parece estar de mal humor, ni siquiera me regresa el cordial saludo que suelo hacerle. Camino hacia los computadores y busco el lugar donde Jax y yo nos sentábamos.

Tenorio está frente al computador con una resplandeciente sonrisa, a su lado hay una chica rubia de lentes. Me quedo de pie, visualizando la escena,

y cuando noto que Jax alza su vista en mi dirección, pretendo girar y actuar como si estuviera ahí por mera coincidencia. Sin embargo, no logro conseguirlo, todo se vuelve negro.

—No mires —susurra Cole, quien me cubre los ojos con sus manos—, yo estoy justo aquí.

31
¿Qué es esto?

El corazón me da un vuelco. Siento el cuerpo de Cole tan cerca que me inquieta más él que sus palabras. Cielos, estoy perdiendo la cabeza como nunca antes, y es malo. Demasiado malo.

Con cierta indecisión, tomo sus manos y las quito de mis ojos. Suerte que no estoy temblando, porque moriría de vergüenza. Vamos, no solo me ha pillado viendo a Jax como quien ve a su amor a distancia y con otra persona, sino que precisamente eso es lo que debe estar pensando, de otro modo no vendrían al caso sus palabras. ¿Puede ser más perfecto? Independiente del hecho que le guste, él no quiere verme sufrir y eso demuestra que es sincero.

Giro y lo miro por encima de mi hombro. Él baja sus brazos y me sonríe.

—Cole, ¿qué haces acá?

—Te seguí —levanta las cejas y arruga un poquito la nariz, negando levemente con la cabeza—. Eso sonó como si fuera un psicópata... —lleva su mano detrás de la cabeza y se revuelve el cabello. Según mis observaciones, ese gesto es típico de él cuando está nervioso. Qué ternura. Murmura algo en voz baja para sí mismo y vuelve a mirarme como si hubiese hecho algo realmente malo—. No pienses mal de mí.

—No lo hago —me largo a reír. Sus hombros estaban tensos y ahora luce más relajado.

—Te vi de camino y quise saludar, ya que no pudimos hablar mucho en Blue Flames y quedamos de hacerlo luego, pensé que podría ser ahora —alza su mirada por encima de mi hombro hacia Jax y la rubia de lentes—. Y creo que llegué en el momento indicado.

—Ah, no... —avanzo por el pasillo más cercano y lo recorro como si estuviera interesada en algún título—. Yo vine por libros —deslizo mis

dedos por los lomos hasta dar con uno al azar, el cual saco. No me interesa en lo más mínimo *La psicología de los colores*, pero me basta para hacer más creíble mi pequeña mentira—. Mi hermano estudia...

—¿Diseño? —pregunta luego de darle un rápido vistazo a la portada.

—Exacto —respondo animosa. Tal vez demasiado. Vamos, cariño, puedes hacerlo mejor—. La biblioteca sufrió un horrible percance con los estudiantes y sus protestas, así que me pidió que le consiguiera los de mi universidad. Soy una buena hermana.

Con la expresión que tiene Cole no sé si llorar porque no se ha tragado nada o reír para disimular mi fracasada mentira. Ojalá hubiese usado esta vez el sarcasmo como medio de protección, pero por algún motivo estar a la defensiva es una herramienta innecesaria con Cole. Opto por meter el libro de vuelta al estante.

—Te juro que la historia sonaba mejor en mi cabeza, créeme —confieso apoyando mi espalda en el estante.

—Por un momento pensé que era verdad —se encoge de hombros—. ¿Jax y tú fueron algo? —dice de pronto.

—No, nada —doy un respingo apenas concluye su pregunta—. Somos compañeros en Expresión Vocal.

Debería decir que somos más que eso. Con Jax he pasado más cosas que con cualquiera, incluso más que con Dell y Thiare. Si tuviese que darle un puesto a Jax en lo que respecta a mi vida, diría que ascendió de un mujeriego de mala muerte a un unicelular, luego subió a ser un aliado muy curioso y ahora es quien pone mis pies en la tierra.

Cole me observa serio, tanto que siento que me atraviesa con su mirada. Algo en él me atrapa completamente y no puedo dejar de pensar que quiero una historia de ensueño juntos. La cercanía emergente entre ambos, el silencio que se ha hecho en la biblioteca, el aroma a libros antiguos. ¿Puede haber algo más perfecto?

—Salgamos el sábado en la noche —dice y envuelve su propuesta con una sonrisa.

—Claro, tú solo debes decir dónde.

Frunce sus labios y coloca sus dedos en el mentón.

—¿Te gustan los clásicos del cine?

¿A quién no le gustan los clásicos del cine? Las películas antiguas son los padres, los referentes de las rancias imitaciones que se estrenan hoy por hoy. Una lástima que se degrade tanto el cine, pocas películas contemporáneas podrían catalogarse como «buenas». Y ni hablar de las malas adaptaciones que hacen de los libros...

En fin, ¿en qué estaba? Cierto, Cole.

Asiento y extiendo una sonrisa.

—¡Genial! —exclama con la alegría propia de un niño. Un siseo exasperado hace que se encoja de hombros agrandando sus ojos con sorpresa; aprieta sus dientes e inclina las comisuras de sus labios mostrándose culposo—. Entonces te veo el sábado a las siete de la tarde en Coffee Dreams.

¿La cafetería donde La mano de Lucifer tiene su reinado? Ya puedo sentir esas sombras tenebrosas envolverme.

Hace bastante tiempo que no he visto a Penny y realmente no tengo deseos de hacerlo, después de ser despedida y decirle todo lo que pensaba de ella no creo que quiera verme paseándome en su local como lo hacía antes. De mi antigua jefa no puedo destacar nada favorable además de su pésimo y persistente mal humor. Eh, no, esas no son características buenas. Quizá lo higiénica que era. Mis únicos recuerdos buenos que tengo de entonces son mis charlas con los clientes, la lectura prohibida de mis libros y fastidiar a Thiare y Dell.

—¿No puede ser otro sitio?

—No sé —responde a mi sugerencia—, es el punto más cercano al sitio que quiero llevarte.

Frunce el ceño esperando a que acceda, y lo hago resoplando con resignación.

—Bien, te veo allá, pero debes ser puntual.

Se echa a reír en silencio hipnotizándome con su perfecto rostro. Me doy una patada mental para reaccionar y no sonreír como boba.

Mis sonrisas de «enamorada» son la portada perfecta para una película de terror, estoy segura.

Una vez Emer, mi hermano fanático de los bichos, me tomó una foto con la cámara fotográfica que Saya le regaló para su cumpleaños —la cual

utilizaba solo para fotografiar insectos— y fue un gran acontecimiento catastrófico. Fue en una cena familiar con los padres de Naomi, la prometida de Finn, que decidieron enseñarles las fotos de Emer y entre ellas estaba la mía. Era horrible: ojeras, expresión de trastornada abrazándome a un libro y sonriendo como lo haría una demente. Era un retrato tétrico. Desde entonces me pregunto dos cosas: ¿si llevo la fotografía a una audición de película de terror quedaré automáticamente? ¿Por qué a los padres de Naomi les interesa ver fotos de insectos horripilantes como los de Emer mientras están comiendo?

—Seré puntual —responde Cole levantando sus pulgares.

Por todos los cielos, ¿cómo no sonreír cuando es así de lindo?

«Für Elise» comienza a sonar desde algún lugar de mi bolso. Otro siseo se escucha a la vuelta de la estantería.

—No sé de qué se quejan —digo con voz alta, fuerte y clara—. Beethoven ayuda a la estimulación del estudio.

Abro el bolso, pero no logro contestar la llamada. Era papá.

—Tengo que irme.

—Suerte. Yo me quedaré un rato, los sofás son bastante cómodos como para echarse una siestecita —Cole me da un beso en la mejilla provocando el despertar de mi mundo color rosa. Un beso en la biblioteca es sumamente tierno.

—El sábado a las siete afuera de la cafetería —digo para confirmar. Camino hacia atrás, sin quitarle los ojos de encima mientras Cole asiente animoso. Le hago una seña antes de salir al pasillo.

Un tentador deseo por querer mirar otra vez hacia los computadores me invade y por un momento creo que me dejaré llevar por la curiosidad de saber si todavía están las dos allí. Pero declino la idea.

Al salir de la biblioteca marco a papá. Que me llame se me hace extraño, generalmente no lo hace para que no pierda la concentración en clases, aunque, claro, él no tiene la menor idea de que paso todas las clases con mi nariz entre libros o ensayos e improvisaciones.

Luego de pocos segundos escucho la respiración de papá. Ha respondido más pronto de lo esperado, eso quiere decir que su llamada no fue casualidad.

—¿Me estabas llamando?

—¡Al fin respondes, Tercera! ¿Estabas en clases?

Puedo imaginar su exasperado rostro al hablar. Además, qué hombre más exagerado al decir «al fin respondes», pues solo llamó una vez. Los padres lo exageran todo.

—En la biblioteca. ¿Qué pasa? Me estás asustando...

—Estoy llamando a los Reedus a una reunión familiar, tengo una noticia que darles.

—¡No me digas! —aprieto con fuerza el teléfono para que del asombro no caiga al suelo—. ¿Acaso Saya está embarazada otra vez?

Una fuerte carcajada, grave y rasposa, se escucha desde el otro lado de la línea. También me pongo a reír, la risa de papá es algo contagiosa.

—No, hija —reniega entre risas. Lanza un enorme suspiro para calmar los ánimos y se aclara la garganta—. No se trata de eso, ven a casa y te explicaremos todo.

—¿Explicaremos?

—Así es.

Odio la intriga, no puedo sobrevivir a ella, por eso prefiero no leer libros de misterio y suspenso. Sí, sí, algunos libros interesantes de romance tienen su toque de intriga, pero claramente es para mantener expectante al lector y muchas veces el misterio tiene que ver con el pasado oscuro del protagonista. Nada nuevo.

Al llegar a casa cierro la reja y esta hace un ruido molesto que hace eco entre las demás. Me encojo de hombros y cierro un ojo a la espera del regaño que me dará la abuela por ser tan descuidada, pero todo queda en silencio cuando el estruendo de las rejas cesa. La puerta principal de la casa está entre el umbral y la cortina para que no se abra.

Qué misterioso todo esto, papá nunca deja la puerta junta, tampoco Saya, pues los trillizos pueden salir a la calle.

Trago saliva para prepararme. Entro y cierro la puerta a mis espaldas. Me siento como en una película de terror en la que todos mis movimientos son estudiados para que nada malo vaya a pasarme.

—¡Ya llegué! —anuncio en medio del lúgubre, inquietante y casi siniestro silencio. Me quito el bolso y lo pongo sobre el sillón junto a la

puerta. También me desprendo del abrigo. Me abrazo a mí misma y busco algo con qué defenderme en caso de que algo ocurra. Una espada de juguete es lo único que hay a mano, pero de todas maneras la agarro.

Voy hacia la cocina, lugar donde tampoco encuentro a algún Reedus. Avanzo y me asomo por el ventanal que da hacia el patio.

Estoy comenzando a asustarme.

Yo que tú saco el celular y me preparo para marcar a emergencias, esa espada de juguete no ayudará en nada.

—Estamos aquí, Murphy.

La voz de papá suena a lo lejos. ¿Murphy? Él nunca me llama así; de hecho, cuando todo anda bien me dice Tercera u omite la «y» de mi nombre, puedo hacerme una idea de que estoy metida en problemas.

Atravieso el arco hacia el comedor. Papá está sentado en su respectiva silla a la cabecera de la mesa, a su derecha está Saya y en la izquierda la abuela. Los tres me miran con severidad.

—Murphy Ludwig Reedus —habla papá—, ¿puedes explicar qué es esto?

Un sonido sordo es producto de una familiarizada bolsa golpeando la mesa; es la bolsa con las pruebas de embarazo.

—Eso es...

Piensa, Murph. Los libros son la mejor herramienta para imaginar cosas y buscar una excusa lo suficientemente factible para que salgas de este problema. Ya te has librado de situaciones peores.

—Eso es...

¿A quién trato de engañar? Mis mentiras e inventos no sirven con papá ni con la abuela. ¡Mucho menos con Saya!

—¿Es la prueba de que estás embarazada? —pregunta papá—. ¿Cuándo pensabas decirme que seré abuelo?

—No lo serás, papá, eso es de...

—¿El padre es Jacob? —interrumpe la abuela, quien es la única visiblemente más relajada, hasta su forma de pronunciar el incorrecto nombre de Jax le da un toque cómico a mi incómoda situación.

—No, no, no... ¡No estoy embarazada! Eso es de una amiga, ella me pidió que los guardara y...

Mis intentos por explicar son en vano. ¿Qué debería hacer? Tal parece que lo mejor es contarles la verdad: que una noche tuve un desliz, que temí estar embarazada y los compré. Sin embargo, eso suena tan disparatado que probablemente pensarán que es una mentira más. Diez pruebas de embarazo de por sí es disparatado.

—Murph —habla con voz apacible Saya. Hace un gesto con su cabeza para que me siente en una de las sillas más cercanas. Hago caso. Saya se aclara la voz y continúa—: Sé que en su tiempo no pudimos hablar de esto, pero necesitas saber que los instintos de jóvenes son fuertes y, aunque no estoy de acuerdo con esto, si vas a tener relaciones con tu novio debes usar protección.

Oh, cielos... la charla de la sexualidad.

—Exacto, niña —dice la abuela, quien me señala con su arrugado dedo —. Debes ser más precavida y no comprar cientos de esos, los preservativos son gratis.

—Y si estás embarazada debiste decirnos antes. ¿Acaso no pensaste que ocultarlo solo agrava la situación? Sabes lo que pensamos, conoces bien que para nosotros un bebé es una bendición más, no ocultes la noticia como si fuese un delito.

—Que-no-estoy-embarazada.

¿Por qué mi familia es tan extraña? Bueno, prefiero que digan esto a que se enojen y me juzguen. Otras personas no tienen la comprensión que papá y Saya tienen, sino que comienzan a ver a sus propios hijos como piedras en el zapato.

—¿Ah, no? —la abuela se coloca sus lentes que cuelgan del cuello—. Yo te veo más rellenita.

—Es la pizza —me apresuro a decir antes de que los otros dos la apoyen—. E insisto: no estoy embarazada y Jax no es mi novio. Y esas pruebas de embarazo son porque la obra de Clarkson los requiere, no quise decírselos porque pensarían mal de mí.

¡Bien! Al fin comienzo a pensar con elocuencia, decir que las pruebas son para mi trabajo en Clarkson, el colegio de Chloe y donde trabajo, es lo mejor que pudo ocurrírsele a mi cabezota. Además, parece que se están masticando muy bien la mentira.

—¿Entonces compré una cuna en vano? —pregunta papá rascándose la barbilla. Las tres lo miramos con incredulidad, papá se echa a reír y luego habla con su voz rasposa—: Es una broma, mujeres, es una broma.

Niego con la cabeza esbozando una sonrisa. Es un alivio que la atmósfera terrorífica se haya esfumado.

—Por cierto... ¿cómo descubrieron las pruebas?

—Jessy estaba jugando con su pelotita y cayó bajo tu cama —explica papá—, cuando me pidió sacarla encontré la bolsa.

Consejo del día: no dejes la puerta de tu habitación abierta.

32
Tú eres mi favorita

Cubro mi rostro con el libro que voy leyendo.

Lo sé, caminar y leer a la vez es una rutina peligrosa, pero vamos, hoy en día las personas están metidas en sus celulares y nadie les dice nada. Lamentablemente no tengo a Thiare para que me ayude por el camino, pero por fortuna tengo mi sentido auditivo alerta: si escucho «no cruces, está en luz roja», sé que irá para mí. De lo contrario, el golpe avisará.

Ah, mi humor.

El furioso rugir de un motor de moto me hace tomar precaución. Levanto la mirada para encontrarme con mi compañero de Expresión Vocal. Jax viene acompañado de la rubia de la biblioteca, a quien ayuda a bajar de su máquina del demonio.

Que Jax salga con chicas no es una novedad, la sorpresa es que ahora les haya tomado interés a las rubias. Debo suponer que su etapa de pelirrojas ha quedado atrás.

Vuelvo a meter mi nariz entre las páginas del libro e ignoro las estrepitosas carcajadas que Tenorio y la rubia comparten. Todo sería mejor si mis audífonos estuviesen buenos, pero están inservibles. Una pena, no solo porque debo escuchar a Jax y su nueva víctima alardear de una falsa felicidad de pareja enamorada, sino porque en el metro las conversaciones de los demás a veces son muy interesantes y mi inquieto sentido chismoso no puede evitar querer escuchar más y más.

El espíritu de la señora Ramms me está poseyendo.

Huelo el perfume de Jax al pasar y, de pronto, la rubia me da un golpe al pasar junto a mí. El impacto hace que mi bolso se deslice hasta caer junto a al libro que he tirado sin querer.

—Cuidado, Ricitos de Oro.

Le lanzo una mirada a la rubia y la extiendo hacia Jax, ambos se han

detenido a verme, pero ninguno parece interesado en ayudar o disculparse. Reniego con la cabeza ante su displicencia y me dispongo a tomar las cosas, sin embargo, al estirar mi mano para recoger el libro, alguien lo hace por mí.

La sonrisa caritativa de Cole es mi regalo anticipado de Navidad. Me entrega el libro, toma mi bolso y me ayuda a levantarme extendiendo su mano como invitándome a salir a la pista de baile. Acepto con gusto, claro.

—¿Qué pasó? —pregunta. A la vez se le acentúan unas arrugas en la frente—. No me digas que tropezaste por estar leyendo.

—No fui la que causó esto.

Me acomodo el bolso en el hombro y miro con desaire a la rubia y al unicelular. Jax da un paso adelante.

—No fue su culpa —la defiende—, pasaba y chocó. Además, no es para tanto.

—No, lo sé, ella es de hombros anchos —el tono sarcástico con que he hablado no ha caído en gracia—. Lo dejaré pasar esta vez.

Tomo a Cole del brazo y lo arrastro hasta el interior de la universidad antes de escuchar la contrarespuesta.

Así da gusto empezar las clases...

Bah, se lo merecen por hacer que tires un libro.

—Eres todo un caso, Murphy Reedus.

En el patio central de la universidad, Cole arregla el tirante de mi bolso.

—Ni siquiera tuve que decir algo, sabes cómo defenderte.

—Si quieres puedo darte clases.

Se echa a reír agarrando el tabique de su nariz. No me molesta que la rubia haya chocado conmigo, sino que una disculpa no hubiese estado mal.

—Eres muy...

—¿Enojona? —interrumpo—. Ya me lo han dicho antes.

—No, no, iba a llamarte linda.

Oh, eso no me lo esperaba.

—Harás que me sonroje —le reprocho cubriéndome la mitad del rostro con el libro. Cole agranda su sonrisa, pero luego sus ojos se desvían en otra dirección. Me giro para ver lo mismo que él y reconozco a sus compañeros de banda entrando a la universidad.

—Ya debo ir a clases. Nos vemos luego.

Asiento y veo cómo se suma a sus compañeros, estrechándose en abrazos como si no se hubieran visto en siglos. Una sonrisa nace en mí, la cual reprimo al sentir una pesada mano sobre mi hombro. Greta, una de mis compañeras de Teatro Clásico —y con quien mejor me llevo en la clase—, alza sus cejas y quita su mano de mi hombro.

—Oye, no ando vestida de payaso para que te asustes así.

Comprendo su broma. Hace unas semanas tuvo que vestirse de payaso para una presentación de la clase, no pude mirarla porque lucía extremadamente terrorífica; su maquillaje y su traje habían sido inspirados en Pennywise y su actuación fue espectacular.

—Por suerte, si no ya estaría gritando —declaro. Greta lanza una sonrisa que no pega nada con su personalidad y estilo natural. Literalmente natural, pues ella y su grupo de amigos son activistas amantes de la naturaleza que siempre visten ropa holgada, pulseras y collares con supuesta carga de energía. Son unos hippies.

—Solo vine a decirte que el profesor Demetri no vendrá, así que no habrá clases.

Gruño como un perro furioso. Me levanté temprano por nada, discutí con los viejos criticones del metro por nada —es pan de cada día— y tuve que encontrarme con el unicelular por nada.

Genial, destino.

—La próxima clase será en dos horas... —me digo a mí misma en voz alta.

—Si quieres puedes acompañarme. Los chicos y yo iremos a la plaza a charlar —Greta alza sus cejas, sugerente. A unos cuantos pasos su grupo de amigos, todos con aspecto volátil, me hacen señas. Ya puedo hacerme una idea de qué charlaran.

—No, gracias. Prefiero elevar mi imaginación con otro tipo de cosas —le enseño el libro.

—Cualquier cosa ya sabes dónde encontrarnos. *Namasté*.

Golpea mi hombro un par de veces y se encamina hacia sus amigos.

Algo extraño debe tener mi hombro como para que todo el mundo quiera tocarlo.

Para pasar las horas decido subir hasta la torre más alta de la universidad para leer. Hace mucho que no leo desde las alturas. Al llegar estiro mis brazos procurando no chocar con la campana gigante. Inspiro hondo el aire frío que indica que se avecina el invierno. Me asomo por la baranda, observo el campus y despliego una sonrisa para conservar los ánimos.

Pero mi dichosa soledad se ve fracturada con la aparición de alguien más.

Acertaste: Jax Amadeus Wilson.

Finjo no haberlo visto hasta que escucho la madera crujir y sus pasos acercarse. Tengo la vaga intención de marcharme, pero no lo hago por mera curiosidad.

—¿Vienes a disculparte por tu amiga? —digo antes de que hable. Al girarme noto que está sobre la escotilla y si por alguna razón quiero escapar, no podría hacerlo a menos que lo lance por la baranda, idea que no me parece tan descabellada.

Tenorio aplana sus labios mostrándose serio, mi pregunta no le ha sentado bien. No obstante, su cambio de humor me sorprende, sobre todo cuando golpea la campana como a una canica y sonríe.

—Parece que por fin encontraste a un patético que cumpla tus antojos. Felicidades. Lástima que a ti no te interesan esas cosas ahora, sino que tu interés por los chicos idealizados se aplastó así —extiende su mano y luego la hace un puño, apretando sus dedos con fuerza—. Me costó, pero finalmente puedo decir que La Dama de Hierro solo era de plástico, ser persistente tuvo buenos resultados.

Jadeo con incredulidad. La expresión que trae Jax no me gusta para nada, nunca fui fan de sus expresiones, pero que luzca como villano no me gusta nada.

—¿De qué estás hablando?

Camina hasta colocarse junto a mí y apoya sus manos en la baranda. Pasa su lengua por sus labios, humedeciéndolos.

—Te gustan las historias, ¿verdad, Suicida?

—Depende de qué traten y quién la cuente.

—Yo tengo una muy interesante.

—No me interesa —digo.

—Había una vez un chico que se impuso un pequeño y entretenido desafío —comenta sin prestarle atención a mis palabras—. Salir con chicas que tuviesen el cabello del mismo color hasta encontrar a una que no cayera en su juego y fuese un reto. Hasta que esa chica no cediera, él no podría salir con alguien con el cabello de otro color. Resulta que un día ese chico se interesó por las pelirrojas y se encontró con una que se opuso a todas las propuestas. Fastidiado y molesto, buscó una nueva forma de acercarse a ella. Pasó el tiempo y los acercamientos funcionaron perfectamente, la chica cayó justo como él pretendía y pasó al siguiente nivel: las rubias.

Contengo la respiración.

—¿Te das cuenta de lo que acabas de vomitar? Acabas de admitir que juegas con nosotras. ¿Qué clase de enfermo mental hace eso? Eres un narcisista. Esto no puede ser más repulsivo. La apuesta horrenda que el chico malo hace a fin de engañar a la protagonista. Por Dios..., ¡te mereces más que la inmundicia! —vuelvo a jadear—. Años de evolución, años de lucha para que un estúpido como tú haga de las mujeres un juego.

—No te lo tomes tan a mal, Suicida, solo es diversión.

Qué inmensas ganas de golpearlo.

—Una mierda, eso eres —señalo su pecho, con mi dedo punzando con fuerza—. Eres peor que eso. ¿Tan bajo has caído para sentirte bien? ¿Tan afanado estás? Además, ¿qué te hace pensar que babeo por ti?

—Todo quedó perfectamente claro el otro día en la biblioteca —se acerca, confidente. No puedo mirarlo, pero siento cuando su aliento mueve las hebras de mi cabello junto a mi oreja—. Tu expresión fue digna de una fotografía, enmarcada y todo, Suicida. Pagaría por verte así otra vez. Fue mucho mejor que la expresión que pusieron las otras chicas; pero descuida, entre todas ellas, tú eres mi favorita.

Estoy molesta...

No, realmente estoy decepcionada. ¿Acaso todo, absolutamente todo, siempre fue una broma? ¿Las charlas, el intercambio de sonrisas, la búsqueda de su madre? ¿Y si solo fue una forma de victimizarse para que empatizara con él? Si es así, oficialmente me ganaría un boleto a la cárcel, porque juro que lo mataría. Quiero golpearlo, quiero destruir su estúpida

sonrisa. Pero me contengo.

—Perfecto —pronuncio con dificultad—, gracias por confirmarme que sigues siendo un idiota. Gracias por hacerme saber que desde el inicio te juzgué bien, que los prejuicios hacia personas como tú son correctos —suspiro exhalando todo lo oscuro de sus intenciones y pensamientos—. No sentiré por ti más que lástima.

—No sientas lástima, Suicida —dice con la tonta sonrisa trazando su rostro.

—La siento, por todo el tiempo perdido contigo —camino hacia la puertecilla del campanario—. Y realmente espero que ocupes la única neurona que tienes en otras cosas. No sé, ¿ocuparte de Sharick quizás?

Sus azules ojos se abren de una forma magistral, su expresión es de asombro. Lo de Sharick lo he dicho porque no pude contenerme, porque mi orgullo me pide siempre tener la última palabra y, a juzgar por el rostro de Jax, la tengo esta vez.



Es viernes por la noche.

He tratado de no pensar en la conversación con Jax, pero es casi imposible. Recuerdo sus frías palabras sobre su tonto juego y me lleno de odio.

Debí haberlo esperado de alguien como él, los mujeriegos con mala fama siempre se acercan con malas intenciones, es un clásico. Ustedes debieron haberme advertido. Un «estás pisando terreno peligroso» no hubiera estado mal, ¿saben? Bueno, supongo que no tenían conocimiento de ello.

Estoy confundida y enojada.

Suelto un bufido y me recuesto sobre la montaña de ropa que está sobre mi cama. No tengo la menor idea de qué ponerme para mañana.

—¿Qué haces? —doy un respingo y me levanto. Chloe está asomada por la puerta de mi habitación mirándome divertida. Entra, cerrando la

puerta detrás de ella—. ¿Vas a salir?

—Mañana, iré a ver una película.

—Suena bien —dice en voz baja. Se rasca su brazo con inquietud y noto que quiere decirme algo. Chloe es muy evidente a veces, la aflicción en su rostro se me hace conocida. Ella y Jollie tienen eso en común, cuando hacen algo malo e intentan disculparse lo demuestran con sus expresiones.

Empujo la montonera de ropa y le hago un espacio para que se acomode, pero niega con la cabeza.

—¿Qué ocurre?

Se remuerde el labio y termina suspirando.

—¿Recuerdas a Allek? —pregunta— El chico de los juegos a quien me declaré...

—Sí, por quien te pusiste como perro con rabia y luego lloraste como si fuese la única persona en la tierra —comento.

—Fue a buscarme al colegio después de clases, quería salir y... le dije que no quería nada con él —asiento y le hago un gesto de aprobación con mi mano, Chloe sonríe con cierta timidez—. También le dije que estaba saliendo con alguien más, refiriéndome a Tony, que justo pasaba por ahí. Lo hice como autodefensa, pero, por alguna extraña razón, cuando Allek se marchó me sentí pésimo. Después de eso Tony quedó confundido, de hecho me preguntó en qué momento empezamos a salir y recordé lo que dijiste aquella noche.

Pego un grito ahogado y me cubro la boca con mis manos, las mejillas de Chloe se encienden. Comienzo a sospechar que en algún momento se desmayará por la conmoción.

—¡¿Tony y tú están saliendo?!

—¡Shh...!

Chloe cubre mis manos con las suyas, como si eso sirviera para bajar el tono de mi voz.

—Solo salimos en la tarde.

—Eso explicaría por qué faltó hoy a su práctica, tuve que venirme sola en medio de la oscuridad —finjo secarme una lágrima del rabillo del ojo. Chloe sonríe y me golpea el hombro. Sí, el mismo que todos golpean o tocan—. Entonces, ¿qué hay de malo? A Tony le gustas desde... uf, hace

tiempo.

—No digo que eso sea malo. Y en realidad vine por otra cosa —baja su cabeza y juguetea con sus dedos—. Necesito saber qué sientes por Tony.

—¿Qué?

—No sé si sentiste o sientes algo por él, pero todo indicaba que sí, incluso cuando me sugeriste fijarme en él, tu expresión de decepción dijo mucho. No quiero salir con la persona que quiere mi hermana, aunque hayas traído a tu novio y todo. Yo...

Otra vez el innombrable. Aparece hasta en la sopa. ¿Qué no podemos tener un segundo sin que sea mencionado?

—Jax no es mi novio, tampoco creas que lo traje a casa para ocultar mis sentimientos hacia Tony —aclaro—. No te mentiré, Chloe, sí me gustó Tony en su tiempo y pasaron cosas entre ambos, pero él siempre me vio como una amiga. A él siempre le gustaste tú, y no soy nadie para cambiar su opinión, creo que es absurdo hacerlo. No puedo obligarlo a que me vea como algo más, así que me rendí. A Tony lo quiero, pero ahora solo como amigo. Si pretendes salir con él o hacer algo más...

—¡Eres una pervertida, Murph!

Me echo a reír ante su gesto alarmante.

Tanta inocencia para alguien con diecisiete años, yo a su edad le veía el trasero a todos mis compañeros en los recreos mientras fingía leer. Era un truco muy eficiente, hasta que uno de ellos comenzó a sospechar de mí, así que lo dejé.

—Pero en serio, si quieres salir con Tony tienes mi aprobación.

Y así, señores, Murphy Ludwig Reedus se ha convertido en Cupido y cierra la puerta a su antiguo amor.



Un aura maligna sale de la cafetería donde La mano derecha de Lucifer tiene su imperio del mal. Ella ya sabe que estoy aquí, la he visto un par de veces observándome con severidad desde adentro, de seguro preguntándose qué rayos hago afuera de sus tierras. Quizás cree que estoy maldiciendo su

cafetería o poniendo una bomba que hará explotar todo su mundo.

Yo estoy aquí esperando a Cole.

Son las siete y media según mi celular y él todavía no llega. Estoy comenzando a inquietarme, se suponía que sería puntual. He intentado llamarlo pero su teléfono no tiene buzón de voz. Anoche, después de hablar con Chloe y dejar que me relatase con detalles su cita con Tony, Cole me envió un mensaje recordándome ser puntual. Vaya ironía.

Meto mi celular dentro de mi bolso luego de ver la hora; los minutos se me están haciendo eternos. Observo a las personas pasar con impaciencia hasta que una mirada curiosa resalta entre ellas. Reconozco al ceñudo hombre que me regresa la sonrisa incrédula. Es el padre de Tenorio.

—Eres la amiga de Jax, ¿verdad? —pregunta el señor Wilson, y no me queda de otra que asentir.

—¿Cómo va todo? ¿Jax lo ha visitado?

—Me ha hecho algunas llamadas preguntando más sobre su madre —responde en compañía de una mueca algo entristecida—. Supongo que todavía le incomoda estar a solas conmigo, no fui un buen padre después de todo. ¿Estás esperándolo? —bajo mi cabeza y niego con la cabeza.

—Espero a alguien más, pero... —suspiro con resignación— se ha retrasado bastante.

Hago una mueca y miro de reojo hacia la cafetería. Penny nos está mirando con detenimiento al notar que la observo, avanza hasta la puerta y sale como un toro echando humo por su nariz.

—No puede ser... —musita el padre de Jax, observándola también. Sus ojos son dos cristales que reflejan el rostro amargado y furioso de mi antigua jefa.

—¿Qué haces aquí? —pregunta ella, luego me mira a mí—. ¿Estás involucrada en esto? —Frunzo el ceño sin comprender—. Oh, claro que sí lo estás —sus azules ojos están inyectados en sangre y su pálido rostro está rojo de rabia. Su pecho sube y baja con desenfreno, como si estuviese al borde del colapso. Entonces, una efímera idea se cruza por mi cabeza. Una que se ve interrumpida al instante por lo insólita que resulta—. Llamaré a la policía si no se marchan.

Sacude sus manos corriéndome del sitio.

—Anastasia —vuelve a hablar el señor Wilson con cierto dejo de nostalgia.

Penny lo mira con desprecio, reacia a su llamado, entonces pronuncia entre dientes:

—Dejé de llamarme así hace mucho. Ahora, largo de aquí los dos, o llamaré a la policía. Lo juro. Mi pecho se acelera, el corazón me baila dentro.

—Usted es la mamá de Jax...

Vuelvo a mirarla con detenimiento antes de pretender alejarme. Sus ojos sorprendidos me observan al igual lo que hicieron los de Jax en el campanario de la universidad.

33
No tocar

¿Cómo puede ser posible? ¿Realmente Penny es la mamá de Jax? Después de meses y meses teniendo a su hijo en frente, nunca hizo nada. ¿Acaso no lo sabe? ¿Acaso no lo recuerda? No puede ser eso. Lo dudo. Entre sus clientes Jax siempre fue uno de los privilegiados; nunca dejaba que alguna de nosotras —Dell, Thiare y yo— habláramos de él en su presencia. Siempre lo dejaba ser, sin reprocharle ninguno de sus aberrantes actos. Creí en un principio que se debía a su ética laboral, pero era mucho más profundo que eso.

Ella siempre lo supo, ella estuvo ahí. Me lo confirmó la forma en que me miraron sus azules ojos cuando pronuncié el nombre de su hijo.

Ella siempre estuvo cerca de él, después de todo este tiempo.

—Debe decírselo a Jax.

La voz me sale ahogada, y es que mi descubrimiento tiene una falla importante: no tengo nada que decir al respecto. No es de mi incumbencia. No desde que supe que solo fui un juego barato.

Me detengo. El padre de Jax voltea hacia su exmujer. Hace un gesto negativo con la cabeza en lo que se quita una sucia gorra, luego me mira.

—Yo no puedo, el muchacho no confía en mí todavía. No puedo decírselo. Tú eres su amiga, lo estás ayudando. ¿Por qué no te tomas un tiempo y se lo dices?

—Usted es el padre —replico—. Además, Jax y yo no estamos en los mejores términos.

Mi voz se apaga.

—No puedo —dice desesperado el padre de Jax. Aprieta con fuerza su gorra y la estruja con nerviosismo. Su expresión es pálida, como si hubiese visto un fantasma. Irónicamente así fue, ha visto un fantasma del pasado.

—¿Puede decirme cómo nunca se fijó que la madre de Jax tiene una

cafetería?

—Creí que estaba fuera del país, eso me dijo la última vez que nos vimos. He pasado múltiples veces por aquí y nunca la había visto. Ana está cambiada —vuelve a mirarla con cierto dejo de melancolía—. Muy cambiada —confirma—. Su ropa, su cabello, su mirada. Ya no es la misma.

—Ella es un amor de persona —ironizo, pasando mis manos por mis jeans, todavía nerviosa.

Una mirada desaprobadora es todo lo que obtengo de su parte. Quizá debería moderar el odio hacia mi exjefa, pero me es casi inevitable.

—¿Vas a decirle a Jax? —me pregunta. La seriedad y severidad es casi intimidante. Me siento sin oportunidad de rechazarlo.

Resoplo.

—Se lo diré a su tiempo, aunque todavía creo que le corresponde a usted.

—Gracias, eres una buena persona, Murphy, por eso Jax decidió confiar en ti para hablarme —asiento ante su gratitud y acomodo los tirantes de mi bolso. Vaya disyuntiva en la que estoy parada, eso me pasa por ser buena persona, o quizá por ser una idiota—. Volveré a mis asuntos —dice luego —. Nos volveremos a ver, Murphy Reedus.

El señor Wilson me hace un ademán con su cabeza luego de colocarse la gorra, y se aleja. Lentamente giro sobre mis pies hacia Coffee Dreams esperando encontrar a Penny, sin embargo, ya no está.

Tampoco está Cole.

Ni siquiera debería haberlo esperado tanto rato, cualquier persona con un poco de dignidad se habría marchado a los veinte minutos de espera. Ya está oscuro, las luces en la calle se han encendido y los transeúntes han disminuido. Creo que es tiempo de irme.

—¡Murph! —la casi espectral voz de Cole me llama desde la distancia.

No sé si debería decirle que se largue, que ya esperé demasiado, o golpearme por no querer hacerlo.

—Espero que tengas una buena explicación —continúo caminando por la acera, con mis ojos puestos sobre un punto fijo. Cole se adelanta unos pasos y se coloca frente a mí.

—La tengo —dice enseñando las palmas de sus manos para que deje de

caminar. No es hasta que tropieza cuando me detengo y lo sujeto desde su camisa a cuadros roja—. Venía en auto, pero se quedó parado a mitad de la calle, es una chatarra de antaño que mi amigo adora y no podía dejarla tirada por ahí.

—Ah, pero decidiste dejarme tirada a mí —recrimino esquivándolo por el lado.

—Estoy aquí, ¿no? No te dejé tirada, ya sabes el dicho: «Más vale tarde que nunca».

Cole está con una expresión de gatito callejero que pide a maullidos que le des un hogar. Quiero apretar sus mejillas y amenazarlo de muerte por hacerme esperar, mas termino encogiéndome de hombros y expulso un bufido que se mezcla con un gruñido.

—¿Y tu teléfono? —le pregunto con más calma.

—¿Hablas de esta porquería? —mete su mano al bolsillo trasero del pantalón y saca un celular—. Está muerto, tuve que conseguir uno para llamar a mi amigo del auto. Fue todo un desastre —lo miro intentado descifrar si su cuento es cierto, pero el toque que su dedo índice da entre mis cejas hace que rompa con mi modo molesto para derretirme como un helado en verano—. Perdón, juro que no fue mi intención hacerte esperar.

Hago una mueca, espanto su dedo de mi frente; esta vez soy yo la que lo apunta.

—Tendrás que pagar las palomitas y las bebidas.

—No hay problema —accede con una enorme sonrisa.

Luego de unos minutos caminando y charlando, Cole se detiene frente a una estructura similar a los cines antiguos donde había una sola boletería para comprar entradas. Me estremezco, pues el lugar no parece muy confiable, hasta que veo que una pareja entra al sitio sin problemas y luego le sigue un grupo de chicos que platican entre ellos sin mayor complicación.

Antes de entrar me percato de que hay un sendero de luces de colores, como de las que se utilizan en Navidad. Además, una melodía de ambiente capta mi atención. Intento agudizar el oído para descifrar la canción, y cuando lo hago me da un paro al corazón.

—¡Es la melodía de *Harry Potter*!

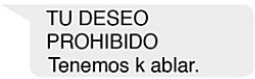
Retazos de la película vienen a mi cabeza. Apresuro el paso por el

pasillo alfombrado de color naranja hasta una puerta doble que abrimos sin mucho esfuerzo; dentro hay una sala grande con puestos de golosinas, una máquina de palomitas y un dispensador de bebidas. Desde el otro lado, un sujeto está detrás de la barra administrando la caja y atendiendo a la pareja de enamorados que vi antes de entrar. Al otro extremo de la sala puedo ver la entrada a los baños. Frente a la puerta, la misma por donde entramos, hay otra puerta negra con dos ventanillas que están cubiertas por cortinas oscuras.

—Compraré las palomitas y las bebidas —dice Cole dirigiéndose a la barra. Mi estómago pide clemencia y mi lengua rememora el delicioso sabor a caramelo—. ¿Por qué no buscas unos asientos?

Con su cabeza señala la puerta doble de antes, yo asiento y me dirijo a esta con ansiedad. Frunzo el ceño y empujo la puerta con fuerza. El lugar al que me adentro está oscuro, pero puedo notar los asientos frente a una enorme pantalla que muestra los créditos de *Harry Potter y la piedra filosofal*. Hay personas que están instaladas con la vista más privilegiada, por lo que tengo que bajar unos escalones hasta encontrar un puesto en donde pueda ver todo con lujo de detalles.

Con mi trasero en un lugar cómodo, pongo mi bolso en mi regazo. Siempre me pongo ansiosa dentro del cine. Busco mi celular dentro del bolso para ponerlo en «modo avión», pero en cuanto desbloqueo la pantalla me topo con un mensaje de Jax en WhatsApp.



No hay más mensajes de él, los demás son de Dell y Thiare, el grupo de mi familia y otro de Michi.

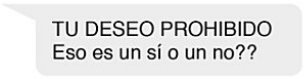
Me quedo viendo el mensaje de Tenorio por unos segundos sin saber qué hacer. Debería bloquearlo, quemar mi celular y enterrar las cenizas. Sí, eso estaría bien. Aunque si pienso en mis queridos, infaltables y recién descargados PDF, me arrepiento.

Me remuevo en mi asiento y me dispongo a enviarle el emoji del dedo corazón para luego proceder amablemente a bloquearlo. Irónicamente, el emoji está entre los que más uso, así que doy con él fácilmente y lo envío.

Pero algo no me calza. Mi primitivo cerebro no logra entender por qué el emoji enviado es un corazón rojo que Jax no tarda en ver.

¡Tú y tus dedos de salchicha, Murph!

Golpeo mi cabeza en el asiento del frente y, con los ojos entreabiertos, veo el mensaje que me ha enviado como respuesta.



Es un no.

Le respondo con los motivos por los cuales jamás le enviaría un corazón y la razón de por qué él y yo no vamos a volver a hablar jamás en la vida, pero justo antes de poder enviar mi mensaje, Cole llega a mi lado. Temiendo que vea el usuario con quien me intercambio mensajes, bloqueo la pantalla y lo miro cual niña buena.

—Aquí está tu bebida —Cole extiende uno de los vasos. Antes de recibirlo guardo el celular en mi bolso. El frío de la gaseosa adormece mi mano y no tardo en colocarla en el portavaso. A mi lado, Cole logra sentarse y hace lo mismo, abrazando con su otro brazo un balde de palomitas enorme—. La próxima película es *El Padrino*.

—Hace milenios que no la veo. ¿Esto es una especie de cine clandestino? —le pregunto en voz baja, acercándome un poco a él. Al girarse noto que la cercanía es mucha, así que doy un respingo y pretendo sacar un puñado de palomitas.

—Sí —se aclara la garganta mostrándose nervioso—. La entrada es gratuita, solo debes pagar por la comida.

—No tenía idea de la existencia de este lugar. Si hubiese sabido antes lo cerca que está de mi antiguo trabajo me habría pasado con Dell y Thiare.

Le echo una segunda mirada al lugar sintiéndome privilegiada de poder estar aquí. Lo único malo que veo es que el techo casi se cae a pedazos, un temblor y probablemente se desplome matándonos a todos nosotros.

Linda, deja de pensar en desgracias, es momento de disfrutar junto a tu (quizá) futuro príncipe azul.

Sí, lo sé, pensar en tragedias no viene al caso, en lo que debo enfocarme en pasarla bien con Cole viendo un...

—Creo que algo malo le ocurre a tu celular.

Aprieto mis dientes con fuerza. Mi celular no para de vibrar dentro de mi bolso con el sonidito sumamente martirizante. Nerviosa, saco el teléfono. Al desbloquear la pantalla me percato de que está entrando en un colapso a causa de todas las notificaciones de Jax. Ahogo un gruñido al recordar que estoy en presencia de Cole, por consiguiente, sería de muy mala educación responder, así que opto por apagar el celular.

—Lo siento...

—¿Quién es «Tu deseo Prohibido»? —pregunta con tono divertido.

—Mi vecino —respondo antes de atragantarme con mi propia saliva—. Le gusta fastidiar con que me gusta, es un demente.

¿Usar tu propia historia de vida, aunque tergiversada, es considerado una mentira? Espero que no. Me he vuelto tan propensa a mentir que la nariz terminará creciéndome como la de Pinocho y seré la envidia de Voldemort.

El cine queda en silencio cuando se proyectan las primeras imágenes de *El Padrino*. Me acomodo en mi asiento y saco otro puñado de palomitas.

La película ha comenzado.



Abro los ojos del puro susto. Me he dormido, los párpados pesados me lo indican. Me acomodo en la silla queriendo pegar un bostezo enorme, pero me contengo al ver que Cole se gira en mi dirección.

—¿Te gustó la película? —pregunta con su tierno tono.

Apenas recuerdo en qué momento exacto me quedé dormida. Lo cierto es que este tipo de películas no son de mi gusto.

—Oh, sí. Y la banda sonora es... excelente.

Mentirosa.

Vamos, amiga mía, Cole se sentiría muy mal si le decimos que dormimos la película completa. Fue pura suerte haber despertado en el final, de lo contrario, la sonrisa en su rostro sería una expresión de

decepción.

Al salir del cine el aire frío se cuela por mi ropa, por lo que tengo que encorvarme como una anciana y abrazarme a mí misma para entrar en calor. Mi nariz está fría y mis mejillas no se quedan atrás. Dado a mi flamante conocimiento en libros, sé perfectamente que esto desatará un gesto amable por parte de Cole y, probablemente, se quitará su abrigo para ponerlo sobre mis hombros. Yo me negaré y le diré que él podría coger un resfriado, entonces él insistirá y dirá que está bien.

—Usa esto, luego me lo regresas —y como lo suponía, Cole se quita su abrigo y lo coloca sobre mis hombros.

—Gracias —respondo omitiendo todo ese cuento absurdo de negarme a recibirlo, creo que ya está de más gastar saliva.

—Te iré a dejar a tu casa —dice encaminándonos al paradero.

—No, espera a que llegue el bus conmigo y seré feliz.

Cole accede encogiéndose de hombros y vuelve a acomodar su abrigo en mis hombros apenas este comienza a deslizarse. Nos encaminamos al paradero más cercano y nos sentamos en la banca.

—Gracias por la película, las palomitas de maíz y la bebida, Cole.

—No hay de qué —me guiña un ojo y sonríe con dulzura—. Cuando quieras podemos volver.

Si eso llega a pasar cruzaré los dedos para que nos toque ver una película más cursi, llena de besos, abrazos y palabras que le provocarían diabetes a cualquiera.

—¿Sabes? Me parece tan extraño que no seas el tipo de hombre con los que me he topado toda la vida —confieso mirando el cielo. Cole guarda silencio, así que volteo para ver su expresión. Para mi sorpresa, él ya está mirándome, lo que me hace contraerme y carraspear con nerviosismo. Todos sabemos que dos personas que tienen atracción entre sí y están solas en la calle, sentadas en una banca, terminarán intercambiando saliva—. ¿Qué pretendes? Eres demasiado perfecto para ser real.

Lo observo con sospecha. Cole echa a reír a carcajadas.

—Rayos, me descubriste —se torna serio—. Soy traficante de órganos, toda esta salida fue un engaño y ahora vienen mis compañeros a secuestrarte. ¿Tus últimas palabras?

Le doy un codazo suprimiendo mi sonrisa.

—Ten cuidado conmigo —miro al frente con altivez—. Soy muy buena golpeando. Es solo una advertencia.

—Lo tendré en cuenta a futuro. Ahora presta atención —mira por encima de mi hombro hacia la calle, una luz blanca ilumina su rostro—, creo que ese es tu bus.

Volteo. En efecto, ese es el bus que me llevará a casa. Extiendo mi brazo para hacerlo parar, la velocidad del bus disminuye.

—Nos vemos luego —le digo.

Él está relativamente cerca y, sin preverlo, toma mi rostro con sus manos para luego plantar un beso sobre mi frente.

—Adiós, Murph.



Los Locos Adams se han vuelto dementes buscando sus abrigos, llaves, dinero, entre otras cosas. Chloe va de lado a lado con su celular siguiendo a los trillizos; Amira y Emer le siguen detrás. Jollie anda de aquí para allá alisándose los revoltosos rulos. Papá habla por teléfono y Finn igual. La abuela ve la televisión, Saya escribe en su agenda y yo estoy sentada en el sillón junto a la puerta esperando a que todos estén listos para salir.

Como es costumbre, hacemos las compras navideñas antes de que el centro comercial se vuelva un caos. En el almuerzo papá dio la idea de ser los primeros en la calle en armar el árbol de pascua y todos accedimos. A los más pequeños les encantó la propuesta, sobre todo cuando Saya sugirió comprar una nueva estrella para poner en la punta del árbol.

Después de ordenar la casa, se suponía que nos marcharíamos, pero las cosas no han salido precisamente como lo habíamos previsto. Como siempre, soy la única que está lista para salir.

Lo malo de ser la primera es que siempre mis intenciones por leer algo o distraerme se ven interrumpidas cuando por arte de magia todos se alistan. No sé cómo lo hacen, aunque aquí entre nosotros, comienzo a creer que mi

familia de verdad son magos, quizás hasta seamos descendientes de la familia Weasley de los libros de *Harry Potter*. Eso sería realmente *genialoso*, además explicaría por qué somos tantos.

¿Saben qué otra cosa es lo malo de ser la primera en arreglarme? Que tiendo a divagar más de lo acostumbrado y mis divagaciones siempre terminan en cosas malas. Una de ellas es recordar lo que me pasó anoche después de fantasear con el beso en la frente que Cole me dio.

Me estaba revolcando en la cama cuando recordé que mi celular estaba apagado. Al encenderlo me encontré con los miles de mensajes de Jax. Pensé en bloquearlo, pero me arrepentí cuando se me ocurrió la tonta idea de informarle quién es su madre. Obviamente no podía llegar y soltarle esa información, por ende pensé un par de opciones: 1) colocar anónimamente una nota bajo su puerta. Por supuesto, descarté la idea; 2) contárselo a Spencer para que él, como su amigo, se lo dijese. Efectivamente esa era buena, pero como no todo podía ser tan sencillo para Murphy Reedus, tras pedirle a Jollie el número de Spencer me dijo que él está en una convención de no-sé-qué.

Muy conveniente de tu parte, señor Destino.

Al final decidí dejar de pensar en ello, olvidar que él y yo hablamos, olvidar todos los sucesos en los que nos vimos involucrados, olvidar quién es su madre y dejar que su padre se haga cargo. No vale la pena calentarme la cabeza pensando en farsantes con apetitos carnales. En resumen: olvidar que existe.

—Mierda...

Cubro mi boca con ambas manos y agrando mis ojos con sorpresa. Esa grosería se me ha escapado de casualidad, lo juro. Por suerte nadie anda cerca como para escucharla. Sé que se están preguntando por qué la grosería repentina, pero tengo un gran motivo: el característico sonido de la moto de Jax se escucha frente a nuestra casa. Luego abren la reja y cuento los pasos hasta que se detiene en la puerta. Golpean y sé que la persona que debe abrir soy yo, pues todos los demás están en sus asuntos. No quiero hacerlo. Doy un salto fuera del sofá y voy en busca de Emer, mi inexpresivo favorito, cualquier mentira sale verídica de él.

—Emer, ven aquí —lo llamo con voz baja. Mi hermano camina con

toda la tranquilidad del mundo, me mira de pies a cabeza y espera a que vuelva a hablar—. Necesito que le digas al sujeto de afuera que no estoy en casa.

—¿Por qué? —pregunta.

—Porque no quiero verlo, tampoco deseo hablarle. Tú eres el candidato perfecto para decirle que salí, me morí o qué sé yo, ¿entiendes?

Emer sacude sus hombros y camina hasta la puerta. Yo me oculto al otro extremo de la sala.

—¿Está Murph? —pregunta Jax apenas le abren. Emer me mira de reojo, luego vuelve a mirarlo con una simple negación con la cabeza—. ¿Dónde está?

Emer vuelve a mirarme esperando a que le dé alguna indicación. Le hago un gesto desesperado para que le responda que no sabe, el que capta tras unos segundos. Otra sacudida de hombros es todo lo que obtiene el unicelular como respuesta.

—¿Sabes que estudio Teatro, niño? Sé que ella está aquí y que tú estás mintiendo —Jax hace un intento por entrar, pero hábilmente, Emer no lo permite.

—No está —le responde y vuelve a mirarme en busca de ayuda. Le hago un gesto para que le diga que si no se marcha lo golpeará y llamará a la policía, pero Emer no hace más que fruncir el ceño—. Ah, fue a boxear.

—¿Boxear? —interroga Jax con un dejo de incredulidad—. ¿Desde cuándo la Suicida boxea?

Demonios. Coloca sus manos en la puerta y pone su cabeza entre el umbral.

—¡Sé que estás ahí, Murph!

—No está —insiste Emer.

—Has estado pidiéndole indicaciones todo este tiempo, Mr. Robot —recrimina Jax, forcejeando para entrar. Emer termina dándole una patada en la espinilla y cierra la puerta de golpe.

—Tu novio es muy persistente —dice y se marcha.

Suelto un bufido. Tengo unos fervientes deseos de arrancarme la piel por lo obvia que ha sido la situación. Tampoco es lo mío quedarme oculta en un rincón esperando a que alguien resuelva mis problemas, pero esto me

supera. Quizá más de lo que pensaba, hasta me sudan las manos y tengo revuelto el estómago.

—Murph, no seas cobarde y da la cara —Jax golpea la puerta otra vez.

Clavo mis uñas en las palmas y avanzo hasta la puerta. La abro un poco solo para ver su rostro.

—Lárgate si no quieres que te arranque tus estúpidos ojos —quiero cerrar la puerta, pero su pie se interpone entremedio. Sabía que esto podía pasar—. Te lo advierto una vez más: si te veo otra vez aquí te castraré, freiré tus partes y se las daré a Poky.

—¿Poky? —pregunta arrugando el ceño—. ¿Quién demonios es Poky?

—El perro del vecino.

¿Cómo puede actuar tan normal después de lo que me dijo? No, la pregunta correcta aquí es por qué no lo he golpeado en su fea nariz hasta ahora. Ah, claro... no soy una persona violenta.

—¿Hablas del chihuahua?

—¡No, hablo del pitbull del vecino de atrás! —exclamo exasperada—. Ahora, hazle un favor a la humanidad y piérdete.

—Murph, ¿qué sucede? —temo que lo peor está por ocurrir. Papá camina hasta la puerta y sonríe cuando ve a Jax asomado—. ¡Eh, Jax! ¿Qué haces ahí afuera? Pasa, pasa.

¡Oh, vamos! ¿Qué sigue? ¿Que nos acompañe al centro comercial?

—Señor Reedus —saluda Jax—. Su hija no me quiere dejar entrar.

Esquivo la mirada de Jax, pero no la de papá. ¿Cómo podría hacerlo cuando su enorme mano se posa sobre mi cabeza y revuelve mi cabello? Amo a papá con todo mi ser, pero que sea tan amable con todo el mundo me trastorna.

—Se pone tímida cuando se trata de romance y esas cosas. El otro día la encaramos porque...

Un gruñido furioso emerge de mi interior, la bestia se está despertando.

—Papá, no digas nada.

—Bien, no lo contaré —hace una mueca y se vuelve hacia Jax—. Estamos saliendo para hacer las compras navideñas, ¿quieres acompañarnos? —«crac» hace todo mi ser al partirse en dos. Niego con mi cabeza mientras en silencio le advierto a Jax que rechace el ofrecimiento.

Por una centésima de segundo en la que Jax me mira comprendo que hoy es el día de hacer sufrir a Murphy Reedus, así que su respuesta positiva no me sorprende—. Genial, llamaré a los demás.

Papá se adentra por el pasillo hacia la cocina. Jax y yo quedamos en la sala, solos, en silencio, mirando a la nada. Tengo la mandíbula tan apretada que comienza a dolerme. Intento verle el lado bueno al asunto, pero no logro conseguirlo.

—Escucha —hablo. Me acerco a Jax hasta tenerlo en frente y lo agarro por el cuello de su camiseta blanca bajo su singular chaqueta de cuero negra —. Si llegas a tocarme, sea un roce adrede o casual, considérate muerto. Tengo suficiente con respirar el mismo aire que tú.

34
Estoy contigo

Estoy con el entrecejo arrugado. No puedo concentrarme, se me hace imposible leer porque tengo a la basura de Jax demasiado cerca. Es obvio que en ocasiones me mira porque siento su respiración por sobre mi cabeza.

Todos los Reedus vamos como sardinas en la furgoneta Toyota Hiace de papá. Jax se sentó junto a la ventana, lugar que yo siempre ganaba estratégicamente.

Intento acomodarme, lo que es imposible, con suerte puedo mover un dedo. Como no tengo otra opción, mi cabeza queda acomodada en su hombro. Si alguien nos viera de seguro creería que somos una pareja perfecta. Saya y la abuela voltean y nos ven por encima de sus asientos con ojos enternecidos.

Cuando por fin llegamos al centro comercial, bajo del auto lo más rápido que puedo. Luego, sigo a los demás hasta la entrada. El mismo Jax es quien me abre las puertas cuando el odioso de Finn las cierra dejándome afuera y desde el interior me saca la lengua a modo de travesura. Le enseño el dedo corazón una vez entro, omitiendo la presencia de Jax por completo. Como el buen asno que es, sin comprender que no lo quiero ver, se coloca a mi lado, se inclina sutilmente en mi dirección y pronuncia un locuaz «de nada».

—Murph. ¡Tercera! —me habla Saya.

—Dime.

—¿Podrías llevar a los niños a la juguetería? —antes de que termine de hablar, capto que los trillizos prácticamente cuelgan de sus piernas—. Que Jax te acompañe, si no es mucha la molestia.

Pretendo negarme, no porque no quisiera llevar a los niños a jugar —a veces la juguetería tienen cosas muy entretenidas—, sino porque mencionó a Jax, mi grano en el trasero.

—Yo no tengo problema —dijo Jax.

Le lanzo una mirada recelosa. No me libraré de él a menos que me encierre en el baño de mujeres, así que decido arrastrar conmigo a Jollie. Ella no pone reparos.

—No me dejes a solas con Jax —me aferro al brazo de mi hermana mayor para que sea consciente de que no estoy jugando. Ella solo asiente y vuelve su vista hacia los trillizos, que corren hacia la juguetería.

Una vez llegamos a la enorme tienda todo marcha bien. Los niños se entretienen con una pista de trenes, imitan los sonidos de la máquina y recrean una pista imaginaria en el aire. Jollie, por su parte, está quejándose de la espantosa voz que le han puesto al juguete de Woody, de *Toy Story*. Que la voz es más gangosa, que no dice tal frase, que en la película no tiene tal cosa y un largo etcétera. Cuando me siento en un banco, Jax se acerca.

—Tenemos que hablar.

—No tengo nada hablar contigo. Nunca más. En la vida —apoyo la barbilla en mi mano, mi brazo estaba bien firme sobre mi muslo.

—Hay muchas cosas que hablar, y lo sabes —se agacha y queda a mi altura.

—Todo quedó muy claro en la azotea de la universidad. Ahora, si me permites, debo cuidar a mis hermanos.

Me esfuerzo en levantarme, pero Jax me sostiene por los hombros. Antes de recriminarle coloca su dedo índice sobre mis labios y los presiona.

—¿Por qué eres tan terca? Estoy tratando de explicarme, Murph.

—Ah, ahora soy Murph —pongo los ojos en blanco—. No tienes que explicar nada, Jax, puedes buscar tu siguiente reto en otro lugar.

Me levanto de golpe. Inestable en su posición, Jax casi cae de trasero al suelo, pero logra estabilizarse. No miro atrás, quiero volver a encontrarme con mis hermanos.

Busco en la tienda, los llamo por sus nombres y apodos, y nada, no hay rastro de ellos. Se han esfumado. Me siento abandonada en el centro comercial, como una indefensa niña. Gracias al cielo tengo mi teléfono. Me oculto en una tienda de ropa y marco a papá.

—¿Dónde rayos están? Jollie me dejó tirada en la juguetería.

—Estamos en la tienda Chroma comprando manteles navideños —

responde—. ¿Por qué no disfrutas tu momento a solas con Jax? Tranquila, pásenla bien.

—¡Eso era precisamente lo que no quiero!

Corto.

Papá está de parte de Jax, ¿qué pretende? ¿Acaso quiere un nieto con los ojos azules? Niego ante tan desfachatada idea. Ni en mis pesadillas.

Giro y choco con Tenorio.

—Piérdete, ¿tanto te cuesta entender? —digo.

Apresuro el paso, esquivando a las personas y prescindiendo de los llamados de Jax, que está unos pasos atrás. De pronto su figura aparece, como por arte de magia, adelante, agitado. Ha corrido.

—Dime cinco razones por las que me odias y yo te daré mil razones por las que deberías amarme.

—¿Qué?

—Lo que oíste —responde.

—Bien. Uno, eres un mujeriego que trata a las mujeres como si fuéramos un bien comercial. Dos, eres irresponsable, arrogante y mentiroso. Tres, tienes pésima ortografía. Cuatro, tienes un estúpido juego para alimentar tu ego. Estás enfermo, representas todo lo malo de la sociedad, con un pensamiento arribista y degradante. Cinco, apestas a...

Y pasa lo que en una novela juvenil suele pasar. Jax me besa. Pero, esperen, no saquen conclusiones precipitadas. De la rabia lo abofeteo y el sonido llama la atención de las personas que pasan a nuestro alrededor. Somos el centro de atención. Algunos quedan sorprendidos, otros ríen. Miro a Jax, su mejilla enrojecida y cómo comienza a reír.

—Voy a ser claro contigo, Murph. No esperes de mí una frase poética de libro o un me gustas, mucho menos un «tú me cambiaste». Quiero que entiendas que las personas no cambian a otras, solo influyen. Me conociste siendo un idiota y de no ser así nunca estaríamos aquí. No me arrepiento de nada de lo que he hecho.

—¿Para eso me buscaste? ¿Para decirme lo orgulloso que estás de ser un idiota?

Retomo el paso, me encuentro desorientada, perdida y sin saber qué más decir.

—Murph, espera, por favor.

—¿Cómo quieres que mire a una persona como tú? Para mí no eres más que un sujeto horrible, con un apetito enfermo. Eres así desde que te conocí.

—Porque me estoy presentando tal cual soy, sin máscaras, sin tapujos, sin juegos ni chistes. Me estoy presentando ante ti porque te quiero, porque todo lo que dije antes fue un error, porque realmente he comprendido que necesito de ti, Murph. No te quiero como una compañera más, te quiero conmigo por el resto de mi vida siendo un complemento para la mía.

Es tan dramático y sentimentalista que todos en la audiencia forman el espantoso «aw» lleno de ternura, como si la propuesta de Jax fuera real. Al mirar con más detenimiento me fijo que nos están rodeando. Por mi parte, tengo deseos de lanzarle a Jax un «Avada Kedavra» (maldición asesina nombrada en la saga de *Harry Potter*) y acabar con todo esto.

Idiota. Si quiere jugar, lo haré.

—Me traicionaste —lo acuso, poniendo la más penosa de mis expresiones faciales—, y fui una tonta al creerte. Jugaste conmigo, me decepcionaste. ¿Por qué debería aceptarte ahora? ¿Cómo sé que no estás mintiendo ahora?

—Si vine hasta aquí fue para arreglar las cosas, ¿es que no tengo derecho a dar una explicación? —algunos, sobre todo hombres, le dan la razón asintiendo.

—¿Fuiste capaz de escuchar la mía? No, en lugar de eso actuaste peor que antes —aprieto la mandíbula y no pestañeo hasta que mis ojos se hinchan—. Maldición, Jax, jugaste conmigo todo el tiempo. ¡Hasta te ayudé a buscar a tu madre! Si te ofendí escribiendo todo eso en mi diario entonces eres un hipócrita, porque aquel día en el campanario demostraste que tengo razón. ¿Qué dirás ahora? ¿Que lo hiciste por celos? ¿Qué estabas aburrido? ¿Qué, Jax?

—Te mentí, ¿sí? Lo que dije esa vez sobre lo que hice contigo, todo fue mentira. No hay reto, no fuiste parte de ningún juego. Jamás te vi como uno.

Ya no sé si lo dice en serio o sigue actuando. Me inclino por lo segundo.

—No te creo, Jax. No puedo.

—Lo dije por orgullo, nada más. Estaba molesto, porque para ti soy

peor que una escoria, porque siempre que estamos juntos no hay nada más que un comentario malintencionado o una mala mirada.

—Podrías haberme demostrado lo contrario.

La audiencia vocifera un «uh» que en su mayoría es hecho proviene de mujeres.

—No entiendo por qué estás tan ofendida. Si realmente no te importara tú...

—Porque pensé que, dentro de lo inverosímil que suena, podía llegar a ser tu amiga.

Sus ojos azules se agrandan. La función debe parar, y la manera más coherente de hacerlo es saliendo lo antes posible de allí. Me esfuerzo un poco más y termino con los ojos llenos de lágrimas. Finalmente salgo corriendo, asumiendo que Jax no me dejaría escapar tan fácilmente.

—Murph —vuelve a llamarme.

En efecto, el unicelular no ha quedado satisfecho. Me toma de la mano y me lleva a una tienda de ropa cercana hasta que ambos quedamos encerrados en el probador.

—¿Qué haces? —interrogo—. Pensarán que estamos robando.

—Entonces no te muestres sospechosa y quédate acá —sugiere.

Me comienza a dar un pequeño ataque de claustrofobia, me sudan las manos y me cuesta respirar, necesito espacio o me pondré a llorar. Me siento en el banquillo frente al espejo y respiro poco a poco.

—Ya dije todo lo que pienso de ti. ¿Qué dirás en tu defensa?

—No vine a darte excusas.

Alguien golpea la puerta.

—No pueden entrar de dos al probador —dice una voz femenina. Debe ser una de las vendedoras—. Tampoco pueden entrar si no se prueban algo.

Tenorio me hace una señal para que guarde silencio. Abre la puerta y asoma la cabeza hacia afuera.

—Lo lamento, pero mi novia tiene un problema con su... —se vuelve esperando que lo ayude. Miro mis botas marrones, los jeans ajustados, la camiseta blanca con líneas horizontales rojas. No tengo nada qué inventar —. Con su sostén —dice en tono bajo para que nadie más escuche.

—Oh, está bien. Pero más vale que sea rápido.

—Le aseguro que solo serán unos minutos —cierra la puerta—. El cuello de tu camiseta es demasiado grande, te inclinas y se te ve todo el sostén de animalitos.

Me cubro el pecho con ambas manos. No me queda de otra que acomodarme la camiseta y fingir no haber escuchado su comentario. Amo la ropa interior con estampados de cosas tiernas. Además, encontrar sostenes que compensen mi tamaño es complicado, siempre debo buscar los de adolescente.

—¿Realmente crees que puedes ser mi amiga?

No sé si es buena idea mentirle o decir la verdad.

Prefiero responderle con sus mismas palabras.

—¿Realmente quieres pasar el resto de tu vida conmigo siendo tu «complemento»? —pregunto con sorna a sus melosas y dramáticas palabras.

—No tengo problemas. Eres arisca, malhumorada, egoísta, prejuiciosa y muchas cosas más, pero ¿qué más da? Me gusta tener a la Mona Chita a mi lado.

Le doy un pisotón que podría haberlo dejado sin pie.

—¡Auch! Calma tus instintos —se acaricia la zona afectada—. No miento, Murph, me gusta tu compañía —dice con un dejo de dolor—. Te he mentido —agrega—. Estoy completamente consciente de que fui un estúpido. Y estoy cien por ciento arrepentido de lo que te hice y dije en la torre. Me ofendí más de lo pensado con lo del diario. No pensé que me afectaría tanto, así que ese día habló mi orgullo —voy protestar, pero prefiero guardar silencio y dejar que hable—. No tengo ninguna excusa, no tengo con qué defenderme. No fuiste parte de ningún desafío. Ahora solo quiero volver a la rutina de antes, fastidiarte por chat, ir a la biblioteca juntos, que me reprendas por mi mala ortografía y ¿quién sabe? Quizá llegar a ser amigos. ¿Me puedes perdonar?

Examino sus gestos: su mirada profunda, su expresión facial, la postura de sus hombros. Todo me indica que no miente, que está siendo sincero conmigo.

—¿Lo dices de verdad?

Asiente.

—Me estoy presentando ante ti como Jax Wilson: unicelular y mujeriego. Un gusto.

—Eres un asno —acuso. Él, nada ofendido, hace la perfecta imitación de un burro y sonríe.

—Yo... —digo bajo— también fui desagradable contigo. Escribí eso en mi diario sin conocerte. No soy ninguna santa. Jamás debí juzgarte antes de tiempo, supongo que ese fue mi gran fallo.

—Olvidaste decir los otros, como que eres orgullosa y tienes una lengua afilada.

—Cállate, estoy intentando ser sincera.

Jax se coloca en cuclillas quedando unos centímetros más abajo que yo, apoya sus brazos sobre mis piernas, levanta la cabeza y me mira.

—¿Qué? —pregunto.

—¿Amigos?

Niego con la cabeza.

—Una vez dijiste que con «tus amigas» siempre terminas teniendo sexo salvaje.

—Bueno, contigo ya pasé por eso.

—Si esto es parte de un nuevo engaño y quieres jugar conmigo otra vez, prometo que no seré tan recatada como ahora —la sonrisilla de Jax es reemplazada por un gesto de temor.

—Estoy siendo sincero, Suicida. De hecho, eres la única que sabe sobre mi madre.

—¿Y qué hay de la rubia con la que estabas en la biblioteca? La de hombros anchos.

—¿Tania? ¿Por qué se lo diría? —me encojo de hombros—. Sin ofenderte, Murph, pero si no hubieras visto el mapa bajo mi cama no sabrías lo de mamá. No es algo de lo que me guste hablar.

—¿Por qué no me mentiste, entonces? Hubiera sido más fácil ocultarme la verdad.

—Porque, en cierta forma, es algo que nos conecta. Tú huyes de tu madre y yo busco a la mía. Y mira nada más dónde terminé metido, jamás llegué tan lejos por alguien.

Vuelven a golpear la puerta. No nos queda de otra que salir y retomar la

charla afuera.

—Quisiera aceptar tus disculpas, pero me sigue molestando que uses a las mujeres. Sé que eres un promiscuo, y no soy quien para decirte que te detengas, pero realmente me molesta que lo hagas utilizándonos. ¿Qué es eso de acostarte con alguien por lo del color de cabello?, eso es enfermo.

—Es algo que no puedo evitar. A veces me gustan las rubias, a veces las morenas y así. No hay reto, ya te lo dije.

—¿Y lo de cambiarte el nombre?

—Prometo ser más auténtico. Nada de nombres falsos, desde ahora solo Jax. Solo no vayas a pedirme entrar en castidad, Suicida, soy débil.

—Eres repulsivo.

—¿Ves? No hay palabras bonitas para Jax.

—Tendrás que ganártelas, así como mi perdón.

—Estás perdonada, Suicida —dice para molestarme.

Continuamos caminando hacía la tienda Croma. Antes de llegar, me detengo para cuestionar otro de sus actos.

—¿Era necesario el beso?

—Era necesario sacrificar una de mis bellas mejillas para que no escaparas tan fácilmente. Eso llamaría la atención de los demás y nos convertiríamos en protagonistas de un melodrama. Todo estaba perfectamente planeado.

Me impresiona que su diminuto cerebro pudiese elaborar tal idea.

—Entonces, ¿paz?

Extiende su mano. A regañadientes respondo al mítico gesto, pero cuando quiero soltarla, no me deja.

—Te necesito —dice con voz baja, muy serio, casi suplicante—. Te necesito para acabar lo que empecé.

Me muerdo los labios al recordar que su madre es Penny, mi antigua jefa.

Pienso en decírselo y me envuelve el miedo y la incertidumbre de su posible reacción.

—Jax...

Estoy nerviosa. ¿Cómo actuará cuando sepa que su progenitora estuvo más cerca de lo que cree?

—Ya sé quién es tu madre —confieso. La expresión confianzuda de Jax se quiebra—. Tu madre es Penny, la dueña de Coffee Dreams.

La quijada de Jax se marca.

—¿Cómo lo sabes?

—Me enteré de pura casualidad. Estaba esperando a alguien afuera de la cafetería, me encontré con tu padre y él la reconoció. Tu padre no te ha dicho nada porque prefirió que yo lo hiciera, ya que entre ustedes no hay mucha confianza todavía.

Dejo de hablar porque parece que Jax no está interesado en oír más. Lo noto tenso, con la mandíbula y los puños apretados hasta tornar sus dedos blancos. Luego de un momento en los que sus ojos se inyectan en sangre, parece digerir lo que acabo de decir.

—Necesito que me acompañes —dice.

—¿A dónde?

—Ya verás.



Salimos del centro comercial y tomamos un bus que nos deja a dos cuadras de la cafetería. Apenas bajamos, Jax toma mi mano y la aprieta fuerte. Mientras más nos acercamos, más va creciendo la ansiedad. Intento ponerme en su piel y siento miedo. Trato de observar su perfil, pero no me dice mucho. Sin embargo, sus ojos lucen desorientados.

Una vez dentro de la cafetería, todo indica que se formará un caos.

—¡Murph! —exclama Thiare al verme entrar, luego baja su vista y se da cuenta de que con Jax vamos tomados de la mano.

—¿Dónde está tu jefa? —pregunta Jax con una voz impotente y rompiendo el agarre—. ¿Dónde está Penny?

—Oye, cálmate —interviene Dell frunciendo el ceño—. No tienes por qué estar tan...

—Por favor —dice Jax mientras se acerca a la barra y vuelve a preguntar.

—Iré por ella —dice mi amiga en voz baja.

La cafetería está llena, y no era para menos, es un día frío.

—¿Qué ocurre? —sale preguntando Penny, pero se detiene al ver a Jax.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —comienza Tenorio—. Me viste cada semana y nunca fuiste capaz de decirlo.

Penny palidece, sus labios se separan del puro asombro.

—¿Decirte qué?

—¡Que eres mi madre! —es aquí cuando todo el mundo se sorprende. Ya nadie, absolutamente nadie, está metido en sus asuntos, todos los curiosos tienen los ojos puestos en Jax y Penny—. Todo este tiempo sentado frente a ti y nunca fuiste capaz de decirme que eres mi madre —su voz sufre un quiebre. El silencio asciende, nadie dice nada—. ¿Por qué me abandonaste sin decir nada?

La última pregunta está cargada de dolor.

—Yo... —Penny no puede hablar. Tiembla, su barbilla la delata. Sus ojos se vuelven dos cuencas.

Un sujeto, alto y robusto, se levanta de su silla y toma a Jax del brazo.

—Sal de aquí, payaso —le ordena, forzándolo a salir.

—Quítame las putas manos de encima —dice Jax, dándole un empujón y luego un puñetazo en plena nariz.

El acompañante del hombre salta en defensa de su amigo, ahora ensangrentado, y pretende darle un golpe a Jax, mas no logra tocarle ni un pelo. Al advertir que ya no es bienvenido allí, Jax prefiere salir.

Me doy media vuelta para ir en busca de Jax, pero Penny me llama.

—Tú causaste esto —me acusa, señalándome con rencor.

—No —respondo muy seria—, usted lo hizo. ¡Lo tuvo frente a su nariz y nunca le dijo nada! ¿Es que no tiene corazón? Mientras usted lo veía cada semana él buscaba a su madre sin descanso. ¿Acaso puede vivir con eso?

Salgo en busca de Jax, quien ya me lleva varios pasos de delantera. Paso el primer semáforo en rojo, esquivando los autos, y llego al otro lado de la calle apenas con vida. Continúo corriendo para alcanzarlo. Grito su nombre, una y otra vez. Sigo molesta con él, es cierto, pero en una situación así no quiero que esté solo; a pesar de nuestras diferencias, nadie debería pasar por algo así.

Cruzo sin mirar.

Escucho una bocina, el frenazo y el golpe.



Me siento flotando sobre el mar, meciéndome en un baile tranquilo de olas. Un silencio acompaña el cielo azulado que yace en la lejanía.

Es extraño, no puedo sentir nada, como si estuviese en un sueño siendo un ente que nadie puede ver ni tocar. Un cosquilleo baja por mi sien e intento comprender de qué se trata, pero no puedo moverme. Ahora el cielo azulado se torna más lúgubre. Hay un rostro en las nubes. Me está mirando. Otro rostro se le suma y noto que sus labios se mueven muy lento. Debo estar viendo una película en cámara lenta. No entiendo qué intenta decirme, su voz es densa, muy grave e imperceptible, como una canción hacia atrás. Frunzo el ceño, confusa. Mojo mis labios para hablar, pero en cuanto lo hago el sabor a sangre provoca que quiera escupir.

Me contengo e inspiro hondo para hablar.

Nada, no puedo.

¿Qué me está pasando?

—Tranquila —una mano acaricia mi cabeza y luego seca mis lágrimas —. Estoy contigo.

Presiono con fuerza la mano que me sostiene. Dicen que los apretones de mano significan muchas cosas: en este caso este me da confianza. Cierro los ojos unos instantes, el peso de mis párpados es tremendo. Estoy muy cansada, abatida. Me están acariciando la cabeza otra vez. Ahora puedo sentir con más detalle el perfume tan característico que Jax siempre usa.

—Jax...

Mi voz se siente lejana.

—Shh... —continúa acariciándome con más entusiasmo, como si eso sirviera para que el dolor que siento por todo el cuerpo se disuelva. De todas formas, agradezco que lo haga, se siente bien—. No hables...

Me echo a llorar una vez más.

—Creo que te tomaste lo de «suicida» muy literal.

Quiero reírme, pero me duele todo, incluyendo el tórax. Abro los ojos y su rostro es lo primero que veo, luego desaparece y es reemplazado por otro. Los paramédicos lo apartan y me atienden.

Tengo un cuello ortopédico. Me suben a una especie de tabla para surfear. Ya no veo el cielo.

—¿Es usted un pariente? —alcanzo a escuchar antes de que uno de los hombres me coloque la máscara de oxígeno.

El otro paramédico no tarda en subir junto a Jax.

—Jax, no me abandones —le pido, cediendo lentamente al sueño mientras vuelvo a sentir su mano sobre la mía.

—Nunca, Murphy, nunca.

35
Yeso, araña y libros

¿Saben qué es lo mejor de estar con un pie tieso? Que no tengo que moverme de la cama para comer. Me siento como en un hotel con servicio a la habitación las veinticuatro horas del día. Por otra parte, estar lisiada hace que todas las personas sean mucho más amables. ¿Lo malo? Ir al baño es un desastre, ya no tengo intimidad, ni siquiera para bañarme. Todo el tiempo alguien tiene que estarme ayudando para poder agacharme. Jollie es mi mano derecha en esos casos.

Como mi accidente fue a tan solo una semana de terminar el semestre, no me ha quedado de otra que asistir a clases para entregar los últimos trabajos. El lunes y el martes me quedé en casa por cuestiones de cuidado, pero el resto de los días debo asistir por obligación. No les mentiré, todo lo que me toca hacer es estar sentada, por fortuna puedo leer un libro tras otro. Aunque sé que, a la larga, andar convaleciente me aburrirá. Estoy contando los días para ser libre otra vez.

Con respecto al accidente, poco recuerdo de lo que pasó; lo único de lo que estoy segura es de que desperté en una cama junto a una señora que no dejaba de toser. La enfermera me preguntó qué tal estaba y me examinó los ojos. Papá entró a verme, después Saya y la abuela. Al otro día salí del hospital en una silla de ruedas con Denny como nueva compañera.

Denny es el yeso, así le puse. Lindo, ¿verdad?

Muy lindo nombre, sí.

—Murphy Reedus.

Un chico de cabello azabache y una amplia sonrisa se presenta. Quiero enterrarme a dos metros bajo tierra porque en mi estado solo doy lástima. A Cole no parece importarle mucho, en lugar de ello, me ayuda a caminar hasta la salida de la universidad, donde seguramente Saya me espera.

—Cole, ¿qué tal?

—Todo bien, ¿y tú? —pregunta. Baja su cabeza a mi pierna enyesada y entonces vuelve a mis ojos—. ¿Denny es una buena amiga?

Me echo a reír. Ayer, hablando por chat, le conté sobre mi nueva compañera.

—Es buena guardando secretos. Y no estoy muy bien... —inspiro profundo, lanzando un bufido luego—. ¿Realmente quieres ir a mi casa? Mi familia está algo loca.

Ayer quedamos de acuerdo en que iría a mi casa. No recuerdo bien por qué accedí, creo que fue porque lo regañé cuando me dijo que no había leído *Don Quijote de la Mancha*. Después de hablar, llegamos a un acuerdo: él leería uno de los libros de mi estantería y yo tendría que ver *Breaking Bad*, su serie favorita.

—Tranquila, sobrevivo a los chicos de la banda, puedo hacerlo con tu familia.

Me guiña un ojo. No puedo evitar sonreír de una forma muy boba. Me vuelvo tan tonta y torpe a su lado.

Al salir, Saya espera afuera. Junto al auto, baja la ventanilla y me saluda.

—¿Cómo te fue, cariño?

—Nada mal, el único problema fue ir al baño... —Greta, mi compañera, me ayudó las tres veces que mi vejiga estuvo al borde de estallar—. Pero eso qué importa, Saya, él es Cole. Lo invité a casa.

Saya se ha inclinado aún más para poder verlo.

—Hola —saluda Cole con cierta timidez.

Saya lo está examinando. Ese silencio entre líneas me parece muy sospechoso. ¿Acaso no le agrada?

—¿Solo Cole?

—Cole Anderson —agrega.

—Bien, Cole Anderson, puedes subir.



Mis manos sudan, cuestión que me resulta asquerosa, sobre todo cuando

Cole extiende su mano para ayudarme a bajar del auto. Antes de tomarla, la seco en mis jeans con disimulo.

Saya es la primera en abrir la reja. A mi lado, Cole se nota nervioso, tiene la mandíbula tensa y sus dedos juguetean con la uñeta que usa para tocar guitarra.

—Tranquilo, están locos pero no son asesinos... aún.

Mi broma hace que despliegue una sonrisa, entonces vuelve a mirar al frente. La puerta la abre abuela. Entramos y me siento en el sillón más cercano.

—¿Y este chiquillo? —pregunta la abuela acorralándolo—. No me digas que practicarás la poligamia, Murph.

Oh, ya empezamos.

—Abuela, es un —me callo al instante.

La abuela se gira en mi dirección y camina con su bastón hasta quedar frente a mi nariz. No entiendo cómo, pero su aspecto enfurecido ha aumentado su tamaño al triple. Trago saliva con dificultad.

—¿Cómo me llamaste? —pregunta con una sonrisa que promete destruirme.

—Mama, quise decir mama —respondo escondiendo mi cabeza entre los hombros.

—Eso está mucho mejor —asiente y vuelve a Cole—. ¿Cómo te llamas, lindo?

Cole me mira pidiendo auxilio.

—Cole —contesta con la voz temblorosa—, voy a la misma universidad que su nieta. Soy un amigo.

—Clem —la llama Saya, tomándola por los hombros—, ¿por qué mejor no vamos a ver esa serie que tanto te gusta? Dejemos a los chicos solos.

Por fin alguien rescata al pobre Cole, aunque me parece extraño que los demás miembros de la familia no hayan aparecido para hacer sus extravagantes presentaciones.

—¿Dónde están los otros?

—No tengo idea, mejor no los invoquemos.

La expresión de Cole, que comenzaba a tornarse más normal, se altera sobremanera cuando vuelve a mirarme. Con los ojos enormes y señalando

mi hombro, intenta pronunciar algo que no logro comprender.

—¿Qué pasa? —suelto con preocupación, el chico va a desmayarse.

—¡Una araña! ¡Una araña en tu hombro!

Contengo el aire mientras giro la cabeza para ver mi hombro, una enorme tarántula está quieta sobre mí, con sus peludas patas, pequeños ojos cafés y los dos colmillos enormes.

—No te muevas.

Emer llega justo en el momento en que iba a gritar del espanto.

—Listo, está a salvo —dice Emer con la araña caminando por sus manos.

—¿Está a salvo? Casi muero de un infarto, ¿qué pasa si me hubiera mordido?

Un escalofrío recorre mi cuello y me sacudo entera. Mi hermano no parece feliz —nunca demuestra si lo está—, pero se limita a negar con la cabeza, luego sube las escaleras con la araña. Ni siquiera sabía que tenía una; ahora, definitivamente, no entraré a su cuarto. ¡Jamás!

—Odio las arañas —habla Cole en un suspiro—. Si la hubiese tenido en mi hombro apartaría a la araña, saldría de la casa y la quemaría.

—Tendré eso en mente a futuro —ironizo—. ¿Por qué no vamos por el libro y luego vemos una película?

Hago un esfuerzo para levantarme, Cole se apresura a ayudarme. Paso por paso, comienzo a subir los escalones, con él siguiéndome detrás.

—Espero que no compartas habitación con tu hermano —comenta al llegar arriba.

Me echo a reír. Al entrar compruebo que un remolino ha pasado por mi habitación, todo está desordenado.

—Siento el desorden, con el pie tieso no puedo hacer mucho.

Ajá, culpa al yeso, pero el desorden está así desde antes del accidente.

Me siento en la cama mirando hacia el estante. Cole parece indeciso, pero le hago un ademán con la cabeza para que entre. Sé que dos personas en una habitación es un problema, pero no creo que Cole sea el tipo de chico que se lanza sobre una chica, menos en su propia casa. Avanza lentamente hacia el estante con libros, junto al escritorio donde está mi computador. Como un anciano, se inclina y recorre los libros.

—Tienes muchos —dice en voz baja—. ¿Cuál me recomiendas?

—Te recomendaría la saga de *Harry Potter*, pero ya viste las películas —Cole se encoge de hombros con una sonrisa culposa—. Te recomiendo *Fight Club*, te gustará.

Busca el libro y lo saca del estante, examina la portada y me mira dubitativo.

—¿Tú crees? —camina hasta la cama y se sienta a mi lado con la cabeza fija en la cubierta.

—Sí, quiero que te explote la cabeza con el final. Es un libro para machos *pechopeludo*.

—¡Entonces es perfecto para mí!

Me echo a reír y él hace lo mismo. Estamos sentados en la misma cama, observándonos. La intimidad entre nosotros es deliciosa. Nos quedamos en la misma posición hasta que dos golpes en la puerta hacen que demos un respingo.

—Vaya, vaya, creo que llegué en el momento más oportuno —Jax se apoya en el umbral de la puerta y se cruza de brazos. Me está mirando como probablemente lo haría papá—. ¿No piensas presentarme a tu amigo, Suicida?

Lo que faltaba.

—Cole, él es Jax —hablo entre dientes—. Jax, él es Cole.

36
Entre ambos

Cuando Cole me preguntó qué significaba Jax para mí dije que era un mero compañero de clases, ¡y ahora está en la casa! No quiero parecer una mentirosa frente a Cole, pero no creo que este sea el momento adecuado para darle explicaciones. Lo mejor que puedo hacer ahora es lograr que Jax se vaya.

—Ahora que sabes quién es mi amigo —cargo la voz en lo último—, creo que deberías irte, Tenorio. Cole y yo pretendemos hacer... cosas.

Jax alza una ceja.

—¿Qué tipo de cosas? —espeta con un tono que me recuerda al de Dolores Umbridge de *Harry Potter*. Ahora que lo pienso, su madre no es muy diferente a esa insufrible mujer.

—Veremos una película, campeón —aclara Cole—, no te alteres.

Jax agranda sus ojos y alza ambas cejas. De hecho hace el mismo gesto que los trillizos cuando algo les llama la atención, hasta podría jurar que en cualquier momento de los ojos azules de Jax saldrán escarchas. Cambia su postura y ahora lleva sus manos a las caderas.

—Entonces me quedaré.

Camina hasta mi cama y se sienta entre ambos. Cole tiene que hacerse un espacio más lejos para que el culo de Jax pueda caber. Mastico los insultos que tengo planificado decirle, así me contengo de gritárselos a los cuatro vientos. No quiero quedar como una persona susceptible e indecente.

—Jax, cariño, no te invites donde nadie quiere tenerte.

¿Cariño?

Golpe mental. Prometo que el espíritu salvaje e impuro de Tenorio no me volverá a poseer.

—¿De qué hablas? —dice volteando a verme—. ¿Acaso no fuiste tú la que me pidió que no te abandonara?

—Eso fue en el accidente, unicelular sin sentido común, no para que te lo tomaras literal —replico entre dientes—. Y lo decía porque tenía miedo, porque los hospitales son fríos y porque despiden un aura muy extraña.

—Esa es la descripción exacta de cierta persona que conozco.

Me estoy preparando para que Denny le dé un golpe, pero me contengo al ver que mi invitado está con una sonrisa, como si nuestras peculiares discusiones fueran de su agrado.

—No importa —dice—, ya tendremos más oportunidades.

Cole me guiña un ojo y me regala una sonrisa. El mar de hormonas de mi interior revolotea en mi estómago como mariposas en un prado de flores en plena primavera. Soy una caricatura viviente, llena de una extraña dicha que me hace sonreír como una tonta, por lo menos hasta que el apestoso rostro de Jax interfiere. Por unos segundos creí que solo éramos Cole y yo, pero no.

La ley de Murphy siempre se cumple.

Finalmente, aprovechándome de la libertad que me da mi familia para estar con Cole, nos vamos a la sala y cerramos las cortinas para armar un ambiente de cine.

En un mueble hay un equipo de música y un tocadiscos antiguo que pertenecía al abuelo, bajo estos hay centenas de DVD y CD. Cole queda impresionado por la cantidad de material y comenta que es algo loco que tengamos tantos en una época donde casi están extintos, pero no niega la nostalgia que desprende tenerlos. También agrega que tiene un casete de Michael Jackson que pensaba seriamente en vender por eBay para pagar la universidad.

Cole se sienta en el sofá frente al LCD que papá compró hace un año y que está más cochino que baño público. Lentamente, como la tortuga que soy ahora, me acomodo estirando mi pierna entre un quejido.

La película que elegimos es *Luces Rojas*. Trata sobre dos investigadores, Margareth y Tom, que se dedican a descalificar científicamente la existencia de fenómenos paranormales. Su trabajo marcha de maravilla hasta que un psíquico retirado vuelve a la ciudad para dar un espectáculo. Ambos investigadores intentan desenmascarar a Silver, el psíquico, pero él parece ir un paso delante de ellos.

La distorsión de la realidad en la película te hace dudar si lo que estás viendo realmente está pasando o si es mera imaginación de Tom. Eso me recuerda que mi maligna imaginación también me ha jugado en contra en muchas situaciones. Como cuando abrí la puerta y encontré a Tony afuera, entonces supuestamente me había besado.

Cielos, cuánta demencia...

Cállate.

Toda la casa está en silencio sumida en la tensión de la película. El suspenso está a flor de piel. Mi ansiedad va en aumento y tengo que distraerme con algo. Meto la mano al bol, mas la retraigo al agarrar la mano de Cole en lugar de las palomitas.

—Lo siento —le digo con una sonrisilla.

—No hay problema —responde.

Vuelvo a mirar la pantalla; Tom, el protagonista que ahora ha quedado solo, se está adentrando en el edificio donde Silver hace su trabajo.

—¿Crees que realmente es un vidente? —le pregunto para olvidar completamente mi desasosiego anterior.

—No lo sé —responde—, comienzo a creer que Tom está loco.

—No está loco, él es psíquico —afirma una vocecilla—. Y Silver no es vidente o psíquico, tampoco es ciego, solo es una persona muy ingeniosa e inteligente.

Mecánicamente, como dos gemelas coordinadas, Cole y yo miramos al unicelular sentado entre ambos. Jax está con una sonrisa burlesca y no despega su mirada de la pantalla.

—¿Te parece divertido arruinar el final de la película, Tenorio? —tengo deseos de agarrarlo desde la oreja para que me mire y pida perdón—. ¡Contesta!

Busco el control de la televisión y pauso la película.

—¿Quieres la verdad? Sí, me divierte arruinar finales de películas que ya he visto.

—Ya nos dimos cuenta —dice Cole con un sarcasmo latente que provoca que Jax frunza el ceño—. Viejo, no tenías que ser tan infantil.

—¿Qué haremos ahora? —le pregunto. Cole se limita a encogerse de hombros.

—Terminemos de verla, ya da igual —responde mirando con displicencia a Jax.

—Bien, pero primero iré al baño.

Cole se apresura a ayudarme. A paso de tortuga voy al baño, que se encuentra en la última puerta del primer piso. Es un baño pequeño y siempre tiene problemas. La verdad, es una vergüenza, pero es tan compacto que se me hace fácil apoyarme.

En completo silencio vuelvo a la sala.

Pero me detengo antes de asomar mi mata de cabello rojizo. La curiosidad por saber qué hablan Cole y Jax es tentadora. Me quedo de pie junto al arco y agudizo mi audición.

—Hazlo con más fuerza... —se escucha la voz de Jax y unos jadeos por parte de Cole—. Hazlo con más fuerza...

Los jadeos de Cole son cada vez más altos. Lo primero que se me cruza por la mente es que ambos están peleando, por lo que optó por que Denny y yo nos asomemos. Allí, en medio de la sala, Jax tiene sus brazos alrededor de la cintura de Cole, con sus manos entrelazadas y su pelvis bien apegada a su trasero. Cole está hecho un tomate

—¡¿Qué rayos...?!

Ambos chicos se separan al instante, pero Cole de nuevo comienza a jadear y ahora tose sin parar. Avanzo hacia él para darle palmaditas en la espalda.

—Se ahogó con una palomita —me informa Jax, mirándome con ese dejo de aburrimiento, como si tener a una persona falleciendo por atorarse con una palomita fuese lo más normal del mundo.

Bueno, supongo que así se romperá la tensión entre ambos.

No sé por qué, de pronto, me han dado ganas de volver a escribir mis viejas historias cortas sobre Harry Potter y Draco Malfoy.



Luego de media hora esperando que el (para nada) inesperado final de *Luces Rojas* llegue, los créditos aparecen en la pantalla y el tema principal

envuelve la sala. En efecto, todo lo que Jax nos había dicho se cumplió al pie de la letra, cuestión que a medida que avanzaba la película nos quedaba más claro.

—Bueno —comienza a hablar Cole—, para haber sabido el final no estuvo tan mal.

Jax saca las últimas palomitas del bol, se levanta y se marcha sin despedirse ni decir pío. Por fin, después de horas, Cole y yo quedamos a solas, sentados en el sofá como lo había planeado. Irónicamente creí que serían Los Locos Adams quienes arruinarían esta cita, mas no Tenorio.

—Te dije que era mala idea venir a casa, Cole.

—No estuvo mal, excepto por haberme atragantado con una palomita —nos echamos a reír—. No lo niegues, a ti también te ha pasado.

—Ajá, sí, y alegremente no fue tanto como para que alguien más me agarrara por la espalda para ayudarme.

Cole lleva su mano a la frente.

—Qué escándalo. No me lo recuerdes, por favor.

—Lo usaré a futuro para mi conveniencia —sonrío con malicia. Él hace un puchero que reemplaza luego por una expresión de sorpresa.

—Tengo algo para ti —busca en su bolsillo trasero y saca lo que parece ser una pulsera de cuero negro que lleva un dije colgando del centro. El dije es un pequeño libro abierto de color plateado—. Lo hice yo, espero que te guste.

Extiendo mi mano y él coloca la pulsera sobre mi palma. La examino viendo los detalles. Es una artesanía muy linda y el detalle del libro es *genialoso*.

—Gracias —le digo y beso su mejilla.

—No hay de qué —lleva su mano al lugar exacto donde lo besé—. Ya es hora de irme, mañana debo madrugar y tengo el sueño muy pesado.

Nos despedimos en la entrada de la casa. Al cerrar la reja de afuera, noto que la moto de Jax todavía está aparcada afuera de la casa, por consiguiente, ese simio todavía está por aquí.

Camino hacia la cocina en su búsqueda, pero solo me encuentro con tazas sucias. Vuelvo a la sala, lo llamo desde la escalera hacia el segundo piso, pero nada. Vuelvo a recorrer el pasillo. Voy lentamente hacia la puerta

del baño hasta quedar en frente. La abro sin más y un asustado Jax se sube los jeans a toda prisa.

—Solo eres tú —vuelve a colocar su arrogante sonrisa.

—¿Es en serio? ¿Ropa interior con estampado de corazones? ¿Y tienes el descaro de criticar mis sostenes?

—Esto le gusta a las chicas —se excusa tras una mueca inocente.

—Yo soy una chica y no me gusta nada.

—Es que tú eres especial, Suicida —se sube el cierre y procede a lavarse las manos. Me apoyo en el umbral de la puerta y me cruzo de brazos —. ¿Vas a utilizar el baño? —pregunta, mirándome—. ¿Quieres que te ayude?

—No, gracias —reniego al notar que su pregunta tiene doble sentido, basta con ver su cara de pervertido para darse cuenta de sus intenciones ocultas—, puedo hacerlo sola. ¿Qué haces todavía en la casa?

Termina del lavarse las manos y luego las seca con una toalla de mano. La deja en su lugar y camina hasta quedar frente a mí.

—Tu padre me dijo que soy bienvenido y que puedo venir cuando se me plazca. Además, tengo algo interesante que contarte.

—¿Qué?

—Mika hará una firma de libros en unos días.

Solo con escuchar ese nombre me agarra la necesidad de agarrar cosas para estrujarlas con nerviosismo. Como no tengo nada a mano, no me queda de otra que agarrar las mejillas de Jax y estrujarlas hasta deformar su rostro.

—Lo sé, ¡lo sé! ¡No puedo aguantar hasta que llegue ese momento!

Finalmente lo suelto y se frota las mejillas mientras se van tornando coloradas.

—¿Con quién irás?

—Dell y Thiare. Dell se conseguirá el auto con su novio.

Quien vendría siendo nuestro querido profesor de Expresión Vocal. Todavía no me lo creo, me parece tan raro que dos personas completamente diferentes salgan. Dell y el profesor Leyton, ¿quién lo diría?

—Solo como consejo, no actúes como una fanática loca, Mika pierde la paciencia con facilidad.

Pasa a mi lado para salir del baño y se aleja por el pasillo.

—¿Qué pasará con tu libro? —le pregunto siguiéndolo—. El que me regalaste.

—Puedes hacer lo que quieras con él, Suicida, solo es papel y tinta.

37
Cumpleaños

Hoy los Reedus se han levantado más temprano de lo habitual. ¿La razón?, dejar la casa reluciente. Ventanas, puertas, paredes, piso. Todo.

Es el cumpleaños de Emer, el pequeño coleccionista de insectos. Cumplirá catorce años y, aunque ya no es adecuado que adornemos la casa como cumpleaños de niño de cinco, papá y Saya han insistido en que colguemos cintas y globos.

Como mi yeso me tiene inhabilitada para ayudar, me encuentro en el sofá dando órdenes y sugerencias. Esto no ha dejado feliz a ninguno de mis hermanos, quienes siempre ponen mala cara cuando les digo que han hecho algo mal.

A las cuatro de la tarde ya empiezan a llegar los primeros invitados.

La música suena, los trillizos corren de un lado a otro jugando con algunos globos, la comida está en la mesa y yo, por supuesto, estoy sentada comiendo todo lo que pueda.

Durante la velada la mamá de Saya, la abuela Gloria, llega con la torta. Un enorme pastel de dos pisos decorado con plantas, troncos y bichos, todos comestibles. Luego llega el tío George, el hermano de papá. Finalmente, aparecen otros amigos de la familia.

Pero entre los «amigos» se ha colado un ser despreciable: Jax Tenorio Wilson.

Adivinen quién me ha estado robando todos los rollitos de canela.

—¿Qué haces aquí? —pregunto tirando humos de los oídos (metafóricamente).

—Tu padre me invitó y no tenía nada que hacer —responde con indiferencia.

—No puede ser... —me tomo mi chocolate caliente al seco.

—Él dijo que soy bien recibido, Suicida. Hasta le traje un regalo a tu

hermano Elliot.

—Se llama Emer, enfermo.

—Ya lo sé, lo digo porque tu hermano es igual al protagonista de *Mr. Robot*, exceptuando que... —lleva su mano al cabello y se lo revuelve—. Elliot no es pelirrojo. Por cierto, hay muchos pelirrojos naturales aquí.

—Oh, el pequeño Tenorio se siente fuera de lugar.

—Claro que no, estoy en el lugar correcto: a tu lado.

Pongo los ojos en blanco.

Guardamos silencio permitiendo que sea nuestro entorno el que hable por nosotros. Las risas, los susurros, los gritos, la música. Jollie pasa ofreciendo chocolate caliente pero Jax se niega, no así cuando Finn le ofrece cerveza.

Apilados en una mesa aparte están los regalos de Emer. Jax y yo contemplamos la enorme torre y nos reímos cuando uno mal puesto cae en la cabeza de papá. Los trillizos hacen lo mismo, pero papá los reprende, provocando que los tres salgan huyendo.

—Me gusta tu familia —confiesa Jax.

—Lo sospechaba, por algo estás aquí —le sonrío y elevo mi tazón con chocolate como una forma silenciosa de decirle salud. Él hace lo mismo y le da un sorbo a su botella—. ¿Cuál ha sido tu mejor regalo? El que más recuerdes.

¿Tú iniciando una charla con Tenorio? Estás enferma.

Ya que está aquí no hay que ser descortés, conciencia.

Tenorio lo medita mientras en sus labios saborea la cerveza.

—Esta chaqueta de cuero —responde. Aparto de golpe mis ojos de sus labios—. Me la regaló mi viejo hace mucho tiempo. Años, en realidad. Me la ponía cuando no estaba, Brenda siempre me regañaba por sacarla de donde colgaba. Al final, cansado, decidió dármela cuando cumplí diez.

—¡Y la conservas hasta ahora! Es un lindo gesto.

—Tuvo algunos percances —levanta su brazo izquierdo y me muestra una costura rota. Luego abre el interior derecho de la chaqueta para mostrar un parche cosido con hilo amarillo—. Este tuve que repararlo yo. Y hay más.

—Para los años que tiene la has cuidado bien. Quién lo diría, Jax

Wilson sí tiene cosas especiales.

—El comentario me ofende, Suicida.

—Ya ves, la empatía se me da fatal.

Su carcajada se escucha por sobre todas las voces. Es una risa fresca y tranquila, una que me hace reír también.

—Dime tú ahora, ¿cuál ha sido tu mejor regalo? Y no vayas a decir que tus libros.

—Supongo que... ¿estar aquí?

Sus párpados caídos demuestran que mi respuesta no lo ha convencido. Pero es que no miento, de todos los regalos que he tenido, ninguno se compara con estar aquí.

—Para mí, Tenorio, tener el privilegio de estar con mi familia es el mejor regalo. Las cosas podrían haber sido muy diferentes.

—Ya nos pusimos sentimentales, eh.

—¿No te sientes mal? ¿Por lo que pasó? Por eso estás aquí, ¿no? Porque te sientes responsable de mi accidente.

Jax le da un largo sorbo a su cerveza y la deja media vacía en la mesa. Yo, que recién caigo en cuenta de mis palabras, tomo la cerveza y la termino por él.

Dile hola a la diarrea.

—¿Estoy aquí por ti? Sí. ¿Me siento responsable? Un poco —confiesa, llevando su mano detrás de la nuca—. Salí de la cafetería y te dejé. Si hubiera enfrentado aquel momento solo, quizás tendrías tu pierna bien.

—Bueno, Jax, pero esto es pasajero. Además, fui yo la que cruzó sin mirar hacia los dos lados. Papá y Saya siempre me regañan por eso.

—Es cierto, tú no miraste, pero yo hui, velé solo por mí y mis pensamientos. Estaba muy enojado. De no ser por el frenazo, seguro seguía adelante sin ti. Cuando me devolví y vi a tanta gente reunida supe que algo había pasado.

Suspira y lleva una mano a mi mejilla; su dedo me acaricia como la vez del accidente. Si bien su mano es fría, su tacto me parece de lo más cálido. Un vibrante cosquilleo colma mi pecho.

—Y te vi en el suelo, sangrando y llorando. Lo menos que puedo hacer es saber si estás bien.

Pestañea y parece salir del trance al que los recuerdos lo han llevado. Vuelve a suspirar y pretende quitar su mano de mi mejilla, pero lo detengo.

—Te devolviste, me buscaste y me acompañaste al hospital pese a la conmoción que te causó la noticia de tu madre, pese a estar molesto y dolido. No tienes por qué sentirte responsable —espero haber aliviado un poco de su culpa—. ¿Hablaste con tu padre sobre tu madre? —le pregunto con un dejo de timidez, sabiendo que es un tema sensible.

—Sí. Dijo que jamás pensó que ella estuviera aquí, que nunca la vio, que está muy diferente a como era antes, sus rasgos faciales, su postura, su modo de vestir. Que de haber sabido antes que Penny es mi madre, la hubiera buscado. Yo, como podrás deducir, traté de hablar con ella, pero no me quiere ver. Tengo prohibida la entrada a la cafetería.

La frustración se desprende de sus palabras. Bajo mis manos y sostengo las suyas con fuerza, para hacerle saber que estoy aquí, apoyándolo.

—Prefiere huir que enfrentar —comento, y, por una fracción de segundo, me siento identificada con mi exjefa—. Pero si permitía que estuvieras todas las semanas en la cafetería, pudo haber sido por algo.

—Mi viejo me contó cómo se conocieron. Fue en una fiesta, sus novios se conocían y los presentaron. Comentó que ella venía de una familia adinerada y él, todo lo contrario.

—Como *Titanic*.

Sonríe y asiente.

—Lo mismo pensé. A ella tampoco le gustaba su vida, dejó a su novio y se fue con papá, pero, al parecer, extrañó la buena vida y quiso hacer una nueva.

Volvemos a quedarnos callados, mirándonos, esperando a que alguno de los dos tome la iniciativa. En el instante en que Jax toma mi mano se crea un nuevo desorden en mis pensamientos. Abre sus labios, me dirá algo y yo le presto suma atención.

Pero se arrepiente.

Antes de saciar mi duda, llegan a decirnos que es tiempo de abrir los regalos.

38
Feria del Libro

Llevo casi toda la semana viendo la serie que Cole me recomendó a cambio de leer *Fight Club*. Confieso que jamás creí que me engancharía tanto con una serie, nunca me interesaron realmente —creo que eso no lo heredé de los Reedus—, pero *Breaking Bad* me ha tenido pegada a la pantalla de mi computador. Denny, mi querida amiga, también ha influido, porque digamos que no puedo hacer nada más.

¿Me podrían creer que ya estoy por iniciar la última temporada?

Ni siquiera me he querido mirar al espejo, supongo que las ojeras que debo tener son para que cualquiera me confunda con un zombi. Pero no soy la única que se ha quedado pegada a la pantalla.

Claro que no.

Logré convencer a Tony de que la vea. Lo mismo ocurrió con papá y Finn, quien, por cierto, no quiere verme desde que le comenté inocentemente qué pasaba con Gus Fring, uno de los personajes.

Por otra parte, Jax Wilson, mujeriego a medio tiempo y unicelular a tiempo completo, ha seguido con sus visitas excusándose en la libertad que le dio papá para venir. Claro, él viene a fastidiar, amenazando con decirme qué pasará en los episodios que me faltan por ver. Cada vez que Los Locos Adams cenan y yo no quiero bajar poniendo a Denny como excusa, Jax entra a mi cuarto con una bandeja. Agradezco su amable gesto, pero hay días en que quiero sacarlo a patadas. Luego recuerdo que apenas puedo levantar el yeso y se me pasa.

Jax es como un niño pequeño cuando está aburrido, se pone a sacar los libros de mi estantería o a revisar las cajas a un costado del clóset que tienen guardados recuerdos de mi adolescencia. Como si con eso no fuera suficiente, me arrastra al otro extremo de la cama para recostarse a mi lado a ver la serie conmigo.

¿Ahora es cuando todos dicen sus «aw, qué tiernos»?

Por Dios. El romanticismo que hay entre nosotros es tan grande como la nariz de Voldemort. ¿No me creen? Pues quedarse dormido y babear mi almohada no es parte de ese romanticismo, ayer pasó y no fue nada agradable.

En fin.

Hoy será un día *genialoso* porque ya abrió la Feria del Libro y podré conseguir la hermosa firma de Mika McFly.

Estoy devorándome las uñas.

—¿Podrías dejar de mirar la pantalla y llamar a Dell?

—Espera, espera...

Thiare, quien ha venido a mi casa —lugar donde quedamos de acuerdo en juntarnos— menea su mano sin despegar sus ojos del televisor. Papá y Finn sisean para que guarde silencio. Los tres están viendo *Breaking Bad* sin pestañear siquiera.

—¡Es el gran día y tú no pareces interesada! Dell debía haber aparecido hace una hora. No quiero perderme la firma... —nadie me presta atención —. ¿Hola?

Me agarro la cabeza y gruño con frustración.

Camino hacia el sillón junto a la puerta y me echo sobre este. Chloe está jugando en su computador; a su lado, los trillizos no dejan de poner expresiones de asombro.

—¿No que ibas a una feria de libros, Tercera? —me pregunta.

—Dell no ha llegado —respondo.

—¿Por qué no le dices a papá que te lleve?

—Tiene que salir en un rato. Además, ni siquiera se ha quitado el pijama, está embobado junto a Finn y Thiare en la televisión.

Chloe se echa a reír, volviendo a fijar sus ojos en la pantalla del computador.

—¿Y Jax?

—¿Qué pasa con Tenorio?

—Que él te lleve —contesta con cierto tono de obviedad.

Ya había pensado en esa posibilidad, pero la descarté. Sé que podría ser más fácil conseguir la firma de Mika yendo con él, pero quiero disfrutar de

la feria y con Jax a mi lado dudo que eso pase.

—Creo que es una pésima idea...

Una bocina se escucha desde la calle. Los trillizos dejan a Chloe y corren hacia la ventana, asomándose y saludando. Me levanto con dificultad, y es mi hermana menor quien abre la puerta.

—¿Qué hay, perras? —saluda Dell—. Miren lo que conseguí —Dell se sube el jersey enseñando un vientre de goma. Luciría como una embarazada si no fuera porque la cinta que rodea su cintura es notoria. Se baja la ropa y queda con una panza de embarazada de casi siete meses—. Fantástico, ¿no? Con esto y la silla de ruedas que tengo en el maletero para tu asquerosa pierna no tendrás que esperar para comprar u obtener tu firma.

—No crees que es un poco...

—No me vengas con tus cosas. Esto es ingenio. ¿Dónde está la maldita de Thiare?

Miro por encima de mi hombro al escuchar la voz de Thiare desde el interior de la casa. Al llegar a mi lado, frunce el ceño ante el entusiasmo de su compañera de trabajo y amiga. Tras unos segundos, voltea alzando una de sus cejas.

—¿Nos vamos?



Dell maneja como un demonio. Si tuviera que hacer una comparación entre ella y Jax, lo único que los diferenciaría es lo que tienen entre las piernas. De camino a la feria, no hay parada donde mi querida amiga no discuta con los demás conductores. Yo, que voy en el asiento de atrás con la pierna bien estirada, no sé de dónde agarrarme para no caerme.

—¡Llegamos! —dice.

—¿No crees que estacionar el auto en diagonal puede traer problemas? —le pregunta Thiare, pero Dell ya está abajo.

Thiare se baja y abre mi puerta para ayudarme. Al salir del auto Dell ya tiene la silla de ruedas abierta. Me quedo mirando en silencio.

—Vamos —insiste—, así andarás más rápido.

Dando un enorme suspiro me acomodo en la silla de ruedas. Thiare es la que se coloca por detrás y me empuja, mientras tanto, Dell finge ser una embarazada acariciando su vientre con una mano mientras se agarra la espalda con la otra.

La Feria del Libro parece estar mejor organizada que los años anteriores. Los puestos de venta ya no son cortinas o biombos que dividen un puesto de otro, sino que son cubículos de madera enormes. Desde la silla de ruedas puedo ver los estands de cómic, los puestos con libros infantiles, editoriales presentando sus novedades y lectores entusiasmados. También escucho la música de fondo y una presentación desde el enorme escenario.

Creo que estoy en el paraíso. Mi nariz puede oler el aroma tan particular de los libros, ese aroma extraño a tinta de impresora. Me siento igual que niña pequeña en una juguetería, o bien, en una tienda de dulces.

Uno de los puestos tiene un enorme cartel de dos niños tomados de la mano sobre lo que parece ser un planeta. El planeta es rojo y tiene unas letras amarillas muy llamativas que dicen *Más allá de la Tierra*.

—¡Vamos allá! —señalo el puesto con el dedo y me giro para ver a Thiare. Ella asiente mientras comienza a pedir permiso a las personas. Muchos se han quejado de que los atropellamos con la silla, pero con tantas personas es imposible no tener un percance.

El puesto de la saga *Más allá de la Tierra* está decorado con un papel mural oscuro, como el del cielo, y tiene pegado unas estrellas plateadas que brillan. Sobre una mesa cubierta por un enorme mantel negro están todos los libros de la saga, incluido el que salió recientemente.

—Permiso, permiso —comienza a decir Dell con desdén, frunciendo el ceño y empujando a las personas—. Embarazada y discapacitada en camino.

Ya frente al puesto, me levanto de la silla porque de otro modo no podría deleitar mis ojos con la colección entera.

—¿Le quedan ejemplares de *La historia de Notrux*? —pregunto al vendedor. Él alza sus cejas y sonríe. Tiene un ridículo aire a Tony, excepto que mi vecino adolescente no tiene el cabello de colores.

—Creo que hay unos cuantos —contesta, volviéndose hacia una pila de

cajas en el interior.

Comienzo a mirar los otros libros y extiendo mi mano en busca de *La leyenda de Demartia*. Sin embargo, alguien agarra el mismo libro que yo. Rápidamente miro quién es, descubriendo que es un chico alto, con el cabello desordenado y de un particular color castaño, tiene los ojos verdosos y una sonrisa muy similar a la de Jax.

—Yo lo vi primero —le digo, apretando el libro con mis dedos.

Él sujeto hace lo mismo.

—No, yo lo tomé primero.

Arrugo las cejas esperando que Thiare o Dell me ayuden, pero cuando giro la cabeza para buscarlas, me encuentro con Michi. Ella está cruzada de brazos, con los párpados algo caídos y mirándonos como si fuéramos dos simios peleando por un plátano. Lanza un gruñido exasperado y nos arrebata el libro a ambos.

—Idiotas, contrólense. ¿Acaso no se han dado cuenta de que allí —apunta con su cabeza al otro extremo de la mesa— hay más?

—Michi.

Ella extiende su mano y ambas hacemos el saludo de la hermandad Notrux. Luego se arrima al ladrón de libros y lo abraza por la espalda.

—Creo ya te había hablado de él...

—Con lo loquita que estás por mí seguramente lo has hecho muchas veces —le interrumpe él con una sonrisa muy arrogante.

No hay que ser un genio para deducir que es el novio de Michi.

—Tu novio —respondo—, Shane.

El sujeto lleva una mano a su cabello y lo despeina, para extender la otra.

—Él mismo —se presenta—. Y soy, lamentablemente, el novio de esta loca.

Hago una mueca antes de saludarlo. No olvido tan fácil, menos cuando ha intentado arrebatar de mis lindas manos el libro. Antes de poder presentarme, llega el chico con cabello decolorado.

—Aquí está el libro —dice enseñándome *La historia de Notrux* envuelto en un plástico trasparente. Lo recibo, aprisionándolo en mis manos.

Ahora es cuando corremos sin pagar. Oh, espera... tienes a Denny.

—¿Cuánto cuesta? —le pregunto al chico, pero no dice nada. Luego señala la pequeña etiqueta que tiene el libro en la contraportada.

Trago saliva con dificultad al ver el precio y a regañadientes meto mi mano al bolsillo. El precio es mucho más alto de lo que imaginé, pero el libro vale totalmente la pena, según las críticas.

—Gracias.

Me vuelvo hacia Michi y a su novio.

—¿Qué tal tu pierna? —curiosea ella.

—Bien, estoy esperando que la partan en dos y mi pierna vuelva a ser normal otra vez. ¿Y tú, qué tal?

—Aprovechando las vacaciones. No puedo quejarme, Murph.

—¿Dijiste Murph? —interroga Chase, achicando los ojos y frunciendo el ceño.

—Sí, Murphy Reedus, ese es mi nombre.

Parece que quiere decirme algo, pues parece sorprendido. Hago caso omiso a lo que dirá, Dell está silbando distante al tumulto de personas reunidas.

—Bueno, ya me voy —les informo al par—. Nos vemos. ¡Y es un gusto, Shane!

Haciendo una seña de despedida me incorporo entre las demás personas dando pequeños saltitos para apresurarme. Denny no me deja correr ni caminar deprisa, a menos que comience a saltar como un canguro.

—Te lo dije —le dice Thiare a Dell apenas me ven llegar—, no se resistió y compró algo.

—Es un libro de historia —le reprocho sentándome en la silla de ruedas. Examino la portada del libro y muevo mis dedos ansiando la hora de abrirlo.

—¿Quién era el chico con el que hablabas? —interroga Dell—. ¡Es todo un bombón!

¿Con todas esas personas alrededor lograron ver con quién estaba hablando? Vaya, creo que Dell y Thiare tienen vista de halcón.

—Es el novio de una amiga. Se conocieron en el colegio y llevan una relación a distancia —contesto todavía asimilando que Michi tenga un

novio que parece ser todo lo contrario a ella—. En fin... —suspiro, guardando *La historia de Notrux* en mi mochila. Luego saco el libro *El gato que se enamoró del pájaro* y lo dejo sobre mi regazo—. ¿Vamos con Mika?

A unos metros, casi por los últimos puestos con libros, personas de todas las edades están aglomeradas gritando el nombre de Mika McFly, como si fuese alguien de la banda de BTS. Incluso muchas llevan pancartas y tienen sus libros alzados para que los vean. Es el puesto más saturado que he visto hasta ahora, y donde más escándalo hay. No quiero imaginar cómo debe estar Mika, pues la advertencia que Jax me dio hace días fue que no actuara como una fan loca, así como lo están haciendo todos.

No les mentiré, si tuviera mi pierna buena saltaría por encima de todas y pelearía con uñas y dientes para ser la primera en firmar el libro. No obstante, como falta tiempo para que mi buena amiga Denny me deje, no me queda otra que asumir que estoy discapacitada.

—Mierda, cuántas personas... —comenta Dell parándose en la punta de sus pies para ver hacia el interior del estand.

Thiare deja la silla y se une a Dell.

—Alguien debería sugerirles hacer una fila para controlar esta cosa... —dice negando con la cabeza y mirando con desaprobación al gentío. Dell y yo la quedamos mirando—. ¿Qué?

—Pues ve tú —le propongo—, yo no lo puedo hacer y Dell... —miro su falsa barriga de embarazada—, bueno, ella tampoco.

Thiare pone los ojos en blanco y, arrastrando sus pies sobre el pavimento, rodea a la multitud hasta perderse en ella. Luego de unos minutos esperando que aparezca, vuelve con una enorme sonrisa. Me guiña un ojo y luego se coloca detrás de la silla.

Antes de preguntar qué pasó, un sujeto de edad adulta, con una barba castaña muy prominente y los ojos caídos, comienza a hablarle a la multitud de mujeres, chicas e, incluso, niñas, alocadas.

—Atención, gente —dice el hombre. Lentamente, todas se van quedando calladas—. Vamos a hacer una cosa: como hay muchas personas, y algunas ya son mayores o tienen problemas, las dejaremos pasar primero y haremos una fila para que esto se controle un poco. En calma y sin pelearse, esto es una feria de libros, demostremos que somos civilizados.

Como si estuviéramos en cámara lenta, con una canción muy épica de fondo, Thiare se abre paso conmigo en la silla hacia el puesto. Hago caso omiso a las miradas de las personas a las que no les ha parecido bien lo que el sujeto barbón dijo. Me siento como Katniss avanzando a la tarima luego de ofrecerse como voluntaria, aunque nuestra situación es muy diferente.

Mi corazón se acelera. Contemplo la mesa con libros, algunos lápices, tazas y separadores relacionados con el evento; además veo *El gato que se enamoró del pájaro* sobre una pequeña tarima con una portada diferente. Creo que es la edición especial. Del otro extremo está el que parece ser su nuevo libro, llamado *Derechos de amar*.

Calma, o morirás antes de conocerlo y tener tu dedicatoria.

No lo puedo evitar... ¡Voy a conocer a McFly!

Una mujer anciana frente a mí chilla de alegría y sale por mi izquierda. Thiare avanza hasta quedar frente a la mesa y dejarme ver con magnificencia la perfección ante mis ojos.

Probablemente estoy delirando. Me volví loca. ¡Pero no importa! Tener a Mika McFly tan cerca compensa mi estadía eterna en el manicomio.

Es tan perfecto como en las fotografías de internet. Con su cabello castaño y con visos rubios, bien peinados hacia atrás. Sus ojos son grandes y grises como nunca los había visto iguales... y su sonrisa... ay, su sonrisa. Los rumores tenían razón, su sonrisa es hipnotizante.

Es...

—¿Qué diablos es esto?

La mirada de Mika y la de todos los demás se posan sobre el vientre falso de Dell, que yace en el suelo. Pasmada y sin poder creerlo, mi amiga abre sus ojos como platos y recoge el vientre falso ocultándolo detrás en su espalda. Volteo hacia Mika. Ya no hay sonrisa en su rostro, solo una expresión que podría desatar la Tercera Guerra Mundial.

—Pero qué tenemos acá... un par de chicas que pretendían engañarnos a todos —habla. Su mirada es totalmente escalofriante; tan fría y molesta. Apoya sus manos sobre la mesa y se inclina en mi dirección provocando que me sienta muy pequeña y cohibida dentro de la silla—. Largo de aquí antes de que les diga a todos que las saquen a patadas.

Quiero excusarme, decirle que realmente Denny no es falsa, sino que

realmente tuve un accidente y mi pierna está enyesada, pero mi voz no sale. Estoy muda. Cada vez el sueño de obtener su hermosa dedicatoria en mi libro se aleja más y más.

—Espera un momento, hermano. Yo fingí el embarazo, pero ella está accidentada —sale a mi defensa Dell entre todos los gritos y abucheos de las personas alrededor—. Tiene una pierna de yeso.

Mika alza sus cejas y nos mira con repulsión, cual bichos.

—¿Realmente me harás contar? No me gusta perder mi tiempo, menos con personas falsas. Ahora, largo.

—Hijo de...

Dell empuña su mano con ira, pero la agarro antes de que se ponga a despotricar y echarle insultos de Mika McFly. Ella me mira con exasperación y, lentamente, cede a mi silenciosa petición.

Entre abucheos e insultos, las tres nos largamos del puesto.

Tras la Feria del Libro, Thiare se ofrece a pagar una pizza familiar para subirnos los ánimos. O mejor dicho, para subírmelos a mí.

En Marco's, el silencio llena en nuestra mesa.

—Lo siento tanto, vieja, debí afirmar mejor el vientre falso —Dell examina otra vez más la barriga de plástico que llevaba bajo el jersey.

Resoplo encogiéndome de hombros.

—Todo indicaba que esto saldría mal. Si tienes la culpa con lo de la barriga, pero, por otro lado, la maldición de mi nombre me persigue. Ya saben —las miro a las dos para luego sacar otra rebanada de pizza—, si algo malo puede pasar, pasará. La buena noticia es que compré *La historia de Notrux*.

Ambas amigas se miran y hacen una mueca, compadeciéndome.



La noche parece más oscura que de costumbre, nubes grises cubren las estrellas y apenas se logra divisar la luna. Estoy en un estado de aceptación luego de pasar una de las penas más enormes de mi vida. Solamente falta el violín de fondo o la mismísima banda sonora de *La lista de Schindler* para

darle más dramatismo.

Frente a la puerta de mi casa, me despido de Thiare y Dell. Cuando el auto arranca, respiro hondo y golpeo la puerta. Ni siquiera tengo ánimos de buscar la llave para abrir por mis medios, mucho menos los tengo para esbozar una sonrisa y fingir que mi día fue de maravilla.

Lo sé, estoy exagerando, ¡pero por los dioses! Pónganse en mi devastador lugar. El escritor al que por meses deseaba conocer me etiquetó de mentirosa. No me impresionaría si en alguna entrevista le preguntan: «¿Qué es lo que más te ha dado rabia en una feria de libros?», y él responda: «Un par de chicas hace un tiempo fingieron estar discapacitada y embarazada para conseguir mi firma».

Definitivamente no quiero eso.

Chloe es quien me abre la puerta. Apenas me ve, sonríe.

—¿Qué tal la feria? —pregunta.

—Ah... —me quedo con la boca abierta un segundo planeando qué decir—. Nada mal.

—¿Entonces por qué tan triste? —curiosea, arrugando las cejas.

Resoplo.

—Larga historia, me iré a la cama —contesto meneando mi mano para restarle importancia—. Hablamos mañana.

Luego de unos minutos, llego a mi habitación. Dejo ambos libros sobre el escritorio, cierro las cortinas y me recuesto sobre la cama para mirar con detalle el techo agrietado. Afuera se ha largado a llover. Unos pasos se escuchan desde el pasillo y luego el rechinido de la puerta de mi cuarto me hace mirar de reojo.

—¿Qué demonios te pasó para tener esa cara? Eres fea, pero ahora te ves fatal.

¿Pueden suponer quién es? Claro, nadie además de Jax me trata con tanta ternura y amabilidad.

Tos, sarcasmo, tos.

—No tengo ganas de responder a tu mala forma de ocultar que me adoras, Jax —advierto girándome hacia la pared para darle la espalda.

—Supongo que no fue un buen día.

Guardo silencio para luego girarme hacia el otro lado. Jax se cruza de

brazos en cuanto me ve y yo finjo hacer un puchero cual niña pequeña a la que han regañado.

—No tienes que ser Sherlock Holmes para descubrirlo. No conseguí la firma.

—¿Por qué? —pregunta sentándose en la cama—. Déjame adivinar, ¿te volviste como una loca?

—Es más complicado que eso... —digo en medio de un suspiro—. Bueno, al menos lo vi en persona.

Jax sonríe con arrogancia y emite un «ja» que le hace inflar el pecho como el de una paloma.

—¿No se te olvida algo? —pregunta con un tono cantarín. Frunzo el ceño—. Soy su amigo —dice con orgullo—, podría obtener su firma si lo quisiera. Solamente tienes que pedírmelo.

Quiero decirle que no, pero su propuesta es demasiado tentadora. Así que, mordiendo mi labio inferior con frustración, asiento.

—Tenorio, ¿podrías conseguirme la firma de McFly?

—No, tú la conseguirás. Iremos a su casa.

Jax se levanta de la cama y me extiende una mano, como si fuese un caballero de época invitándome a bailar. No puedo ocultar mi sonrisa y él tampoco hace mucho para ocultar la suya.

39
Tres adolescentes poco convencionales

Jax baja las escaleras corriendo, como si se tratara de una carrera más de las que hacíamos los Reedus para ocupar el baño por la mañana. Ahora, que tengo a Denny y los chicos ya no van al colegio por las vacaciones de invierno, las carreras a muerte se redujeron a simples competencias de piedra, papel o tijera.

Yo voy detrás de Tenorio, con el libro bajo el brazo. Cuando estoy por llegar al primer piso, Jax me vuelve a tender la mano para ayudarme con los últimos escalones que me quedan.

—Señor Reedus —habla Jax al llegar hasta la sala, lugar donde papá continúa viendo *Breaking Bad* junto a Finn. Ninguno de los dos voltea la cabeza hasta que ponen la serie en pausa—. Necesito pedirle prestado el auto —continúa Jax. Los tres pelirrojos (incluyéndome) arrugamos las cejas con incredulidad.

—¿Cómo? —papá parece no comprender a qué viene ese comentario.

—Que le prestes el auto, papá —intervengo antes de que mi compañero de Expresión Vocal vuelva a abrir la boca.

Dudo mucho que papá preste su querida furgoneta.

—¿A dónde piensan ir? —curiosea Finn, acomodándose en el sofá—. ¿A un sitio donde no se puedan oír sus gritos? —papá le da un codazo.

Mi mirada de desaprobación al escuchar su pregunta cambia a una sonrisa torcida llena de gusto al ver que el primer hijo Reedus se queja del dolor.

—¿Para qué lo necesitan? —pregunta papá, con calma.

Creo que la hora de victimizarme ha llegado:

—Hoy en la feria no pude conseguir la firma de Mika McFly, el autor que tanto nos gusta a Jollie y a mí. Fue una estupidez. Pero Jax es amigo de él y puede conseguir su firma, ¡hasta una dedicatoria! Es la única

oportunidad que tengo de verlo y ser feliz.

Jax me da apoyo asintiendo.

—Tengo mi moto, pero como está el clima y con el yeso de Murph, no creo que sea una buena idea subirla ahí.

Papá lo medita unos segundos. Bueno, varios segundos. Sinceramente, yo también lo meditaría cuando el clima está así de horrible y parece que el viento golpeando contra la casa se llevará de viaje el tejado.

—Tengan cuidado —advierte papá poniéndose de pie. No puedo evitar abrazarlo cuando saca de su bolsillo trasero las llaves del auto. Miro a Finn por encima del hombro de papá y le saco la lengua—. Cualquier cosa me llaman, y tú —mira a Jax—: conduce con precaución. Un descuido con esta lluvia puede generar un accidente. Usen cinturón.

—No hay problema —accede Jax.

Tomo el paraguas junto a la puerta, me despido de papá en la entrada mientras Jax corre hacia el auto y abre la puerta del copiloto. Una vez adentro, cierra la puerta y rodea el auto hasta situarse detrás del manubrio. Acomodo el paraguas junto a Denny, dejando que las gotas de lluvia escurran hacia la goma plástica bajo mis pies. Jax sacude su chaqueta de cuero mientras calienta el motor del auto para partir.

—¿Me vas a contar qué demonios hiciste para que Mika no te firmara? —curiosea poniéndose en marcha.

Lanzo lo que se oye como un gruñido mezcla de la exasperación y un muy avergonzado suspiro.

—Dell tuvo la brillante idea de usar una barriga de embarazada falsa, Mika iba a firmar mi libro, la barriga de Dell cayó al suelo. Obviamente (y cómo todo ser humano supondría) creyó que mi yeso también era falso, así que, resumiendo, nos corrió.

Jax se pone a reír a carcajadas.

—No te rías —ordeno—. Realmente la pasé mal.

—Esa Dell es un demonio con patas. Ella, la otra tipa de rulos y tú siempre me miraban como un perro comiendo basura cuando iba a la cafetería.

—Diría que eso es exactamente lo que parecías.

Bajo la cabeza hacia el libro *El gato que se enamoró del pájaro*.

—A decir verdad... —musito más para mis adentros—, no creí que me reconocerías de no ser porque nos encontramos en el campanario.

—¿Cómo no? Tu cabello te hace destacar fácilmente, y el ceño fruncido que siempre llevas también.

No digo nada. La verdad, no sé qué decir.

Entramos por un condominio donde todas las casas parecen hechas por Dios. Es un barrio de millonarios, eso está claro. Hay autos lujosos aparcados en una que otra casa; además todos los antejardines son de ensueño: llenos de rosas, flores exóticas e incluso piletas de mármol con figuras.

Entremedio de las gotas que caen por la ventanilla del auto, noto que el cielo se ilumina por los relámpagos que se asoman detrás de las nubes. Me abrazo a mí misma, atemorizada.

—Ya casi llegamos —informa Tenorio disminuyendo la velocidad. Por un milisegundo voltea su cabeza—. ¿Qué pasa? ¿Les tienes miedo a los relámpagos o es una excusa para que durmamos juntos en caso de no poder volver hasta que la tormenta pare?

—No seas absurdo, no quiero dormir contigo. Y sí, tengo miedo, ¿algún problema?

Jax aparca el auto frente a una casa de dos pisos y una entrada enorme. La puerta es blanca y de un ancho poco común. El pórtico luce muy elegante, con dos plantas a cada lado de la puerta. Veo el número de la casa.

551.

Listo; anotado y memorizado por el resto de mi vida.

Respiro profundo sintiendo la sangre fluyendo con mucha más fuerza por mis venas. Mi corazón se ha vuelto loco —una vez más— y quiere latir más deprisa.

Estoy nerviosa, no sé cómo actuaré cuando vuelva a verlo. ¿Qué pasa si me corre otra vez?

Abro la puerta y, luego el paraguas para no mojarme con la llu- via de locura. Abajo, en el suelo, noto que hay una poza de agua y Denny corre riesgos de mojarse. Quizá debí cubrirla con una bolsa de basura antes de venir, como suelo hacer al meterme a la ducha.

Lo siento, Denny, pero cada minuto ansío más que desaparezcas de mi

vida.

Sostengo el libro bajo mi brazo, Jax no tarda en ayudarme a bajar.

—Hoy te has comportado como un verdadero príncipe azul, ¿qué tramas?

—¿Yo? Nada.

—Estás mintiendo —recrimino—. Tú no eres tan con- descendiente.

—¿Prefieres al Tenorio patán o al unicelular sin sentido común? —me sujeta por la cintura para avanzar.

—Prefiero a Jax.

Caminar hacia el pórtico de la casa es como escalar el Everest. Exagero, claro, pero así parece ser, pues el camino se alarga con cada paso que damos. Debí pedirle a Dell la silla de ruedas.

Una vez frente a la puerta, Jax cierra el paraguas. Sobre nosotros hay un pequeño techo sostenido por dos pilares, cuestión que agradezco infinitamente. Me pongo detrás de Jax cuando golpea, esperando con un revoltijo en mi estómago a que Mika McFly abra la puerta y no me mate al verme.

—¡El amor de tu vida llegó, corazón! —grita Jax tras unos segundos de espera.

Enderezo la espalda y miro por encima del hombro de Tenorio al ver que la puerta se abre.

—No pensé que vendrías —le escucho decir a Mika. Sus grises ojos dan conmigo y me escondo otra vez—. ¿Qué hace ella aquí?

A Jax no le queda otra que voltear en mi dirección y delatarme ante la mirada austera del escritor.

—Así que además de ser una mentirosa eres una de las sectarias de Jax —agrega—. Qué deprimente...

—No —respondo antes de que Jax lo haga por mí. Me armo de valor y hablo—. Solo soy una amiga, somos compañeros en la universidad. Coincidentemente soy lectora de tu libro y estoy aquí para conseguir la firma que no pude tener.

Mika no parece creer ninguna de mis palabras.

—Sé que suena una completa mentira, pero Denny es real.

—Denny es su yeso —aclara Jax—. Lo obtuvo cuando me seguía

después... ya sabes, de saber lo de mi vieja.

Mika nos mira serio, sin mover un músculo de la cara; tampoco pestañea.

—¿Eres tú la pelirroja que intentó tirarse del campanario, golpeó a mi amigo, lo dejó inconsciente en el baño de la universidad, lo ayudó a buscar a su madre y lo apodó como el personaje de un libro clásico?

—Creo que eso resume toda nuestra historia hasta ahora. Pero sí, a menos que una de sus pobres citas lo llame Tenorio también.

—Ellas suelen llamarme de formas mucho más tiernas —me reprocha muy cerca de mi oreja. Debo inclinarme hacia el otro lado para que su aliento no choque con mi cabello.

—Solo quiero que firmes mi libro.

—Bien, firmaré tu libro.

Se hace a un costado y nos permite entrar.

¡No puedo creer que esté en la casa Mika!

Es... es... demasiado *genialosa*. Creo que este es el mejor regalo de Navidad adelantado que podría tener: el privilegio de conocer y estar con el escritor más famoso de nuestra generación. Hasta su casa es perfecta, ordenada, pulcra y huele a fruta. Los sofás son de un color beige y pegan muy bien con los cojines dorados y los rojos con diseño de renos y hombres de nieve. Puedo ver que en la mesa del centro hay un pequeño árbol de navidad hecho de vidrio, en el centro hay una pequeña y gruesa vela amarilla que lo ilumina.

Además, un olor estimulante a pizza le da el toque perfecto.

—Siéntanse como en su casa —habla Mika, pasando por mi derecha—, iré por un bolígrafo.

Debo estar sonriendo como una tonta. Suerte es que no haya babeado hasta ahora. Me contengo porque no quiero un motivo más para que, esta vez, me corra de su casa.

—Me debes la vida, Suicida —comenta Jax echándose sobre uno de los sofás.

Me siento en el sillón que está a su izquierda y contemplo cómo la vela se va derritiendo dentro de un candelabro en forma de árbol.

—¡Ay! —un gruñido se escucha desde un iluminado pasillo—. Chase,

¡no puedes ponerle ají a la pizza!

Frunzo el ceño y miro a Jax, quien también me devuelve la mirada.

—¡Oh! —exclama el novio de Michi junto a ella—, la pelirroja de la feria.

Doy un respingo.

—Michi... ¿qué haces aquí?

—Eso es lo que debería preguntar yo —contesta. Luego posa sus ojos sobre Tenorio—. Oh, vienes con él.

Chase saluda a Jax con un ademán y se sienta a su lado.

—¿Ustedes dos se conocen? —pregunta Tenorio, señalándonos a Michi y a mí. Luego, con una sonrisa burlona y torcida, se dirige a mí—: Ahora entiendo el porqué de tu mala suerte.

Vuelvo a arrugarme como lo haría la abuela y niego con la cabeza.

—No estoy entendiendo nada.

—Deja que te lo explique —dice Chase—. Todo comenzó con tres adolescentes poco convencionales que dominaban los pasillos de la escuela Jackson, nuestro antiguo colegio...

—Espera, espera —lo detengo agitando las manos—. Es decir que tú y él... ¿ya se conocían?

Michi chasquea la lengua y mira a Jax con repulsión.

—Se acostó con mi mejor amiga, y no solo eso, se revolcó con dos chicas más —contesta—. ¿Qué haces con él? Te va a llevar por el lado oscuro.

—La he llevado por caminos mejores —se apresura a decir Tenorio.

—Eres un... —me muerdo la lengua cuando recuerdo que me queda muy poco dinero y necesito que alguien me lleve devuelta a casa—. Tenorio.

—No uses el apodo como insulto, Suicida.

Mika entra a la sala con un bolígrafo. Intento ponerme de pie al verlo, pero me es imposible, así que, antes de que pueda lograrlo, él mismo se ofrece a ayudarme tendiéndome su mano. Mi cara arde, tanto que la película de *Los juegos del hambre: En llamas*, necesita ser reemplazada por *Murphy Reedus: En llamas*.

—Gracias.

Mika de cerca es mucho más imponente e intimidante. A su lado me siento como un bichito. Le entrego el libro y él abre la primera página.

Creo que voy a llorar.

—Allí no, en la última.

Con sus ojos grises observa un par de segundos la dedicatoria que yace en la primera página, la misma dedicatoria que él le había hecho a Jax esperando que en algún momento vendiese el libro.

Nunca planeé que firmara mi libro original, después de meditarlo en mi habitación la misma tarde en que estuvimos con Cole viendo una película, concluí que no podía dejar que el libro que Jax me había cedido quedara en el olvido. Era un regalo. Era su regalo. Quizá para él no tenía significado alguno, pero el que me haya dado algo tan importante lo tiene para mí.

—Ten.

Recibo el libro cerrado, casi temblando al sentir la cubierta en la yema de mis dedos.

—¡*Muuuuchisisisísimas* gracias! —chillo como una cabra loca. Mika frunce sus labios y cubre su oído con uno de sus dedos. Me encojo de hombros, avergonzada.

La vergüenza queda en nada al escuchar una suave voz desde el segundo piso.

—¿Ya llegaron los demás, Mika?

Una chica de baja estatura, pálida como el papel, el cabello castaño oscuro y los ojos más verdes que pude ver en mi vida baja las escaleras palpando con una delicadeza alucinante el pino sintético que rodea el pasamanos.

—Lamentablemente sí, Pajarito —responde Mika, volteando en su dirección.

¿Pajarito?

Contengo la respiración. Ahora todo calza; Mika, un gato. Ella, el pájaro. Su mejor amigo y la chica rubia de la que se había enamorado, y el desvergonzado amigo que le daba un toque de humor a la historia.

Es una historia basada en ellos, una historia que se proyecta frente a mis ojos ahora mismo.

40
Esto no lo provocan los truenos

Sobre la mesa redonda de la cocina pusimos un enorme mantel navideño que, según Mika, lo compró Astrid, su Pajarito. Luego ella ha puesto, sobre una plataforma de madera, una pizza recién horneada. Michi ha dicho que si luego morimos por el picor es netamente culpa de Chase por ponerle ají.

Con la mesa puesta y la primera pizza servida, todos nos sentamos.

Y sí, tengo el enorme privilegio de hacerlo junto a Mika.

Todavía no puedo creer que esté en su casa.

Degusto con mi olfato el aroma tan peculiar de la pizza con trocitos de ají entre el queso. Me ganaré el premio a la universitaria más fanática de la pizza por comer dos veces en un día; en la tarde, después de la feria, y ahora, en casa de Mika.

¡Alabado sea quien la creó!

Ya cuando todos comenzamos a comer, Michi se apresura en masticar y tragar, carraspea y mira a Astrid.

—Recuerdo que usabas lentes, te ves bien sin ellos —le comenta a Pajarito, luego se dirige a mí—. Yo me iba en el bus escolar junto a ella, fue después de que me robaron la Vespa.

—Es cierto, también lo recuerdo. La primera vez que subiste al bus noté que no era la única que se sentía fuera de lugar.

Pajarito le sonríe con dulzura. Es la misma sonrisa que se narra en el libro. También la descripción es similar, pero sus nombres cambian. Supongo que Mika quiso mantener la privacidad.

Ver a Amphora y Mordekaiser, los nombres de los personajes, juntos en la vida real es suficiente para no pedir regalo de Navidad o deseo de Año Nuevo. Esta sorpresa compensa todos mis malos sucesos.

Agarro la botella de cerveza que Jax ha repartido. Astrid es la única que se niega a beber.

—Tú no bebas —Jax cubre la boca de la botella justo antes de que toque mis labios—. Estás convaleciente.

—Tengo el pie enyesado, no estoy enferma del estómago.

—¿Qué le diré a tu padre cuando volvamos a casa y te vea borracha?

Chase, el novio de Michi, se echa a reír.

—¿No tiene tolerancia al alcohol? —pregunta alzando sus cejas—. No sé por qué me recuerda a alguien...

—¿Lo dices por mí? —dice Michi.

—¿Si respondo que sí me golpearás? —la rubia mueve la cabeza asintiendo a la pregunta—. Estás en la casa de Mika, si él quiere te echa.

—Puedo hacerte sufrir de otras formas, Chase —responde Michi bajando la mirada hacia su trozo de pizza.

—Luego yo soy el pervertido, ¿no?

Es obvio que entre Michi y Chase las chispas y el odio fluyen tanto como alguna vez ocurrió —u ocurre— entre Jax y yo. Conociendo a ambos, no puedo hacer más que mantenerme parcial y sentirme como Eris, la diosa de la discordia, viendo cómo estos dos seres tan diferentes van por la vida tirándose indirectas.

—Si van a quedarse aquí, nada de placeres carnales —advierte Mika, cargando la voz en las dos últimas palabras.

—Nosotros tenemos que volver —informo, pero el bello arte de la duda se aloja en mi cabeza y se estampa ahí recordándome que afuera hay un temporal que da miedo—. Lo haremos, ¿verdad?

—¿Hacer qué? —pregunta Jax regalándome una sonrisa más que sugerente. Le enseño mi expresión más repulsiva al cuestionar mi frase con su doble sentido. Él opta por volver a su pizza y encogerse de hombros—. Supongo que sí, esperemos que la tormenta se calme.

Genialoso. Eso significa más tiempo con Mika.

—Me siento extraña estando entre todos ustedes —escupo cual globo desinflándose—. Se conocen desde hace tiempo, desde el colegio, y yo solo soy una recién llegada —me giro hacia mi izquierda, donde Mika está comiendo—. Me declaro eterna fan de tus novelas, historias, fotografías, ojos, tu forma de vestir, comer... y también la manera en que agarras el lápiz. Adoro tu manera de narrar, de hacer un pequeño diálogo como si se

tratara del mismo Shakespeare. La intensidad de las escenas, los nombres de las personas, sus apodos, todo. Eres perfecto. Admiro tu trabajo como nadie más, créeme. Soy tu admiradora número uno.

Exploté.

¿Ahora será el momento en que me corre de la casa y me deja otra vez como perro callejero?

—Segunda —me corrige—. Eres la segunda —toma la mano de Astrid que reposa sobre la mesa—. Ella es la primera.

—Lindo, muy lindo —dice Jax.

—Dejen el romance para cuando estén solos —se burla Chase.

Tras la cena nos quedamos sentados y hacemos sobremesa. El tema de Jackson y los profesores no se ha quedado atrás. Michi se jacta de ser más inteligente que Chase y él le recrimina que no se ganó el premio a mejor estudiante. Entre discusiones y risas, dan las dos de la madrugada.

Mi renovada melodía de celular haciendo honor a «Presto Agitato» emana del interior de mi bolsillo. Le esbozo una sonrisa permisiva a todos para ir a responder a la sala.

—¡Murph! ¿Estás bien? ¿Por qué tardaste tanto en contestar? ¿Cómo está el auto?

—Estoy bien —contesto—, y el auto... también lo está. Supongo.

—La tormenta empeora cada segundo, ¿estás en un lugar seguro? ¿Con quién estás?

—Cené con Mika McFly, papá. ¡Es algo de no creer! Ah, y con Jax, Michi y sus parejas.

—¿Crees que te dejen quedarte? Es peligroso conducir con este clima, en los noticieros han dicho que lo mejor es no salir.

¿Quedarnos aquí? ¡Eso sería grandioso! Desde ya comencemos a buscar cosas de Mika para venderlas luego en internet.

No seas absurda, conciencia mía.

—Preguntaré.

Vuelvo a la cocina luego de un rato. Me vi tentada a revisar la maleta de Mika, pero me negué ante la posibilidad enorme de que mi mala suerte aflorara otra vez y me descubriera.

Michi y Chase recogen las cosas de la mesa, Astrid lava su vaso y los

cubiertos que ocupamos, Mika saca de uno de los cajones un paño para secar los trastes y Jax está sentado en su lugar, jugando con la tapa de su cerveza ya vacía.

—Era papá —informo sentándome en mi puesto. Me acerco un poco a él, lo que provoca que se incline hacia el otro lado, alejándose y mirándome como si no entendiera mi gesto. Pongo mis ojos en blanco por su rechazo —. Dice que si es posible nos quedemos aquí, que es peligroso salir.

—Yo no tengo problema —responde en el mismo tono que yo—. ¿Tú?

Niego con la cabeza.

—Oye, Mika, ¿podemos quedarnos?

Jax es tan confianzudo.

—Solo hay disponible una cama de plaza y media —dice Mika.

—Dormiré en el sofá —dice Jax—, como en los viejos tiempos.

Luego de otra charla, es Astrid quien me guía hacia la habitación donde me quedaré. Abre una puerta llena de calcomanías y advertencias de color rosa que prohíben la entrada al cuarto. Supongo que es el antiguo cuarto de la hermana de Mika, quien se llamaba Allison.

—Buenas noches —se despide Pajarito con una apacible sonrisa.

—Buenas noches.

Dentro del cuarto, el rosa predomina y me enferma. Es como la habitación de Jollie, pero mil veces más chillona, con la diferencia que acá todo parece más lujoso.

Aprieto el interruptor para encender la luz. No pasa nada. Me siento sobre la cama, tan cómoda como las que venden en el centro comercial —donde Los Locos Adam descaradamente siempre se recuestan— y enciendo la lámpara que reposa sobre el velador blanco.

De pronto un trueno suena y me crispa los nervios. Enderezo mi espalda y miro desde la cama hacia la ventana; las perturbadoras sombras de ramas que lucen como dedos alargados hace que me queda fría del susto. El viento susurra cosas en el exterior, como en las películas de terror.

¿Es el viento o alguien abrió la puerta al inframundo?

Me levanto de la cama y camino por el oscuro pasillo del segundo piso. No me pregunten cómo subí las enormes escaleras antes, fue muy vergonzoso tener a cuatro personas detrás, esperando con impaciencia que

llegara arriba. Me asomo por la baranda que da hacia la entrada de la casa, supuestamente el sitio en que Jax debe estar durmiendo.

—Jax, ¿estás por allí?

Volteo hacia el pasillo esperando no haber despertado a nadie.

Si es que se han dormido, cuestión que dudo.

—¿Qué quieres?

—Movilízate y ven —le ordeno—. Si ahí abajo agarras un resfriado, una bronquitis o pulmonía no quiero que me culpes.

Trago saliva esperando su respuesta. Se asoma desde abajo con su típica sonrisa llena de confianza y arrogancia.

—Lo que tú quieres es tenerme cerca.

Resoplo al escucharlo.

—No seas burro.

—Mientes tanto como respiras —acusa—. Tu ferviente negación demuestra más tus sentimientos hacia esta máquina de amor.

Máquina de amor, sí, claro.

—Cada uno dormirá mirando hacia el lado contrario, nos daremos la espalda —advierto cuando llega arriba—. Fin de la discusión.

—Como ordene la dama.

Dicho y hecho.

Obligué a Jax a acostarse mirando hacia la puerta porque no quiero que al abrir mis ojos en medio de la noche me encuentre alguna entidad del más allá. Siempre creo que en algún momento pasará, por eso prefiero dormir mirando hacia la pared, cubierta hasta las orejas.

—¿Cómo se hicieron amigos tú y Chase?

—Fue porque éramos compañeros —responde luego de unos segundos. Su voz suena algo apagada, lo que me hace pensar que acabo de despertarlo —. Los tres íbamos en el mismo curso. Chase y yo teníamos muchas pretendientes, fuimos rivales en ese sentido... aunque siendo sincero, yo siempre le ganaba en número. Una tarde, cuando por una discusión nos enviaron a detención, comenzamos a charlar. Teníamos muchas cosas en común. Le conté de mamá, de videojuegos, hablamos de películas, música. Terminamos siendo amigos. Luego se unió Mika.

Si bien el libro del gato y el pájaro se centra en su mayoría en un

conflicto romántico, también hay escenas que se ajustan a las vivencias de la infancia del protagonista y el motivo de su odio al comienzo hacia la protagonista. No obstante, sobre la infancia y niñez de sus dos amigos no se menciona mucho.

—¿Es verdad lo de su libro? —vuelvo a curiosear, recordando una cruda escena en particular.

—¿Qué tiene su libro?

—Allí cuenta que el protagonista sufrió acoso escolar, que dos chicos lo defendieron.

Jax se ríe.

—Realmente tuvo los huevos para escribir sobre nosotros. Cuando Chase dijo que su libro era sobre su vida y que me cambió el nombre a Jamie nunca le creí.

—Deberías leer el libro.

—Esperaré a que salga la película, si es que eso llega a pasar.

Acomodo mis manos bajo mi cabeza, sintiéndolas frías. Es ese golpe frío y el contacto de mi rostro con mis manos lo que me hace recordar que, después de todo, estoy aquí por una razón.

—Gracias —musito por lo bajo y siento que un trueno contrae mi pecho.

—¿Qué? No te oí.

Le doy un golpe por debajo de las sábanas con Denny.

—Estoy expresando mi gratitud. Pon atención. Gracias por traerme hasta aquí y apoyarme. Tenerte como amigo sí vale la pena. Y no lo digo porque me convenga, sino porque realmente la vale. Eres especial, a tu manera. Creo que estar contigo también me gusta —espero que hable, pero no dice nada—. Oye, ¿me estás escuchando?

Me giro hacia en dirección a Jax. Apenas logro acomodarme, me quedo petrificada y falta de aire. No sé en qué momento lo ha hecho, no lo sentí hacerlo, sin embargo, lo hizo. Está con sus ojos cerrados, con sus manos apoyadas bajo su cabeza y todo su rostro muy tranquilo. El muy patán ya se había volteado. Ni siquiera hay muestras de que escuchó mis palabras de gratitud. En resumen: me he sincerado por nada.

Pero no importa, verlo como un niño durmiendo plácidamente está bien.

Aunque se siente extraño, no lo niego. Han sido incontables las veces que hemos estado así, cerca, incluso mucho más, pero... ¿por qué se siente tan diferente ahora?

Es absurdamente lindo verlo así.

Voltéate antes de... Oh, mierda.

Sus penetrantes ojos azules se abren. No sé qué es peor: que me haya descubierto observándolo descaradamente o que tenga la necesidad de continuar haciéndolo. Es como un libro nuevo que quiero leer. Uno que estaba guardado en mi estantería y que nunca llamó mi atención, pero que ahora puede transformarse en uno de mis favoritos.

Me pregunto si estando así de cerca, él puede oír lo acelerado que está mi corazón.

Separo mis labios deseando poder excusarme, pero nada sale de mi boca. Solo puedo deslizar mi mirada hasta dar con sus labios, los que parecen estar más cerca que antes. Allí el mundo se detiene, los truenos y relámpagos terminan y permiten que por una fracción de segundo sea solo para nosotros.

—No lo haré si tú no quieres —murmura.

Medito lo que dice y todo lo que puedo hacer es tragar saliva.

—En estos momentos no sé qué quiero.

41
No lo hagas

Despierto bajo las suaves sábanas de la cama. Me muevo, sintiendo el cuerpo sumamente cansado, agotado, como si me hubiera dedicado a hacer ejercicio. Agito levemente mi pierna enyesada y golpeo algo sólido que se queja a mi espalda. Caigo en cuenta de que es Jax, quien aún duerme. Me quedo quieta pensando qué demonios hacer al notar que desplaza su brazo por mi cintura y me apega a su cuerpo murmurando cosas que mi cerebro no logra procesar del todo. Su perfil se incrusta en mi cabello.

—Ja...

Dejo de hablar al sentir el aroma del inframundo saliendo de mi boca. Dios, ojalá estuviera en mi casa, en mi baño, con mi cepillo de dientes. Ahora que soy consciente de la bomba letal que tengo entre mis labios, necesito salir de la cama.

Bajo las sábanas tomo el brazo de Tenorio y lo corro librándome de su deliberado ataque con una delicadeza propia de algún cirujano. Inspiro hondo sintiéndome libre. Saco una pierna y luego la otra. Mis pies se encuentran tocando la alfombra. Volteo para ver a Jax, que sigue durmiendo plácidamente.

Ahora me siento mejor, pues sé que no soy la única que luce como un fantasma con ojeras cuando despierta. Jax no se queda atrás en cuanto a mal aspecto.

Me levanto de una vez por todas y estiro mi cuerpo apoyando mis manos en la cintura, por detrás de la espalda. Un hueso me suena. El dolor en mi hombro es continuo, por lo que debo moverlo para disiparlo. Ahogo un bostezo y camino hacia la ventana. Corro la cortina y descubro que ha nevado.

Saber que esos horribles truenos y relámpagos trajeron consigo nieve es una alegría para mi alma, el invierno en la ciudad es fascinante, el color

blanco tiñendo las calles me reconforta. Si no anduviese con una ropa tan andrajosa y con Denny, probablemente ya estaría en el patio haciendo un ángel de nieve.

Dibujando una sonrisa que me va de oreja a oreja, salgo de la habitación hacia el baño. Oigo claramente murmullos desde el primer piso, además de deleitarme con el olor a tostadas con mantequilla derretida. Mi tripa gruñe.

Al llegar al baño me encierro con pestillo. El lugar es de azulejos blancos, tiene una bañera enorme en la que Finn, Jollie y yo cabríamos sin problemas. Abro la taza del retrete, que me recuerda a un documental sobre las casas de los multimillonarios japoneses. Después de una complicada maniobra para sentarme, aligero el peso de mi vejiga. De pie, me lavo las manos y aprovecho de echarme una ojeada; mi cabello luce igual que el de la princesa Mérida de *Valiente*, estoy más pálida que de costumbre, con ojeras como si no hubiera dormido en días.

Creí que se acercaba Navidad, no Halloween.

—Lo mismo digo —susurro.

Me remojo la cara y al abrir mis ojos descubro una taza transparente con dos cepillos de dientes, uno azul y el otro verde, además hay una pasta dental. Creo que es Anastasia, de *Cincuenta sombras de Grey*, la que piensa por mí cuando tomo el cepillo azul y lo observo. Trago saliva, volviéndolo a meter en el vaso. Que admire a Mika McFly no quiere decir tenga que llegar al extremo de cepillarme los dientes con su cepillo.

Agarro la pasta dental, estiro mi dedo.

Ya que no tengo cepillo de dientes mejor me conformo con lo que tengo a mano.

Ah, un chiste.

Qué pésima broma.

En condiciones más decentes, bajo a desayunar con los demás. Sentada frente a la mesa, huelo el aroma amargo del café que Pajarito ha servido para mí. Al lado de la taza hay un plato con dos tostadas.

Todavía no creo que esté frente a los personajes de *El gato que se enamoró del pájaro*, mucho menos que esté desayunando con un escritor. Mi modo fan quiere alocarse una vez más, sacarme millones de fotos con Mika y que, en lo posible, llene el libro que Tenorio me dio con

dedicatorias. Pero claro, eso no haría más que espantarlo.

—Deja de mirarme, comenzaré a creer que te gusto.

Un «pff» sale disparado de Michi. La rubia estudiante de Astronomía no ha hecho más que observarme con los ojos achicados y expeler un aura oscura desde que mi trasero se aplastó contra la silla.

—¿Disfrutaste de tu noche?

Su pregunta es incómoda.

—Algo.

Me encojo de hombros con el cuchillo para la mantequilla en mi diestra y una tostada en la zurda. Mis tripas ordenan que me apresure. Estoy entre echarle al pan mermelada, margarina o huevos revueltos.

—¿Qué hiciste exactamente?

—Dormir y soñar con mis amores literarios. ¿Por qué?

—Porque Jax no durmió en su sofá —señala—. No hay que ser muy inteligente para saber que algo más allá de un «dormimos juntos» ocurrió.

—Nada pasó —respondo bajando la cabeza hacia la taza de café.

—Ustedes lavarán las sábanas —ordena con displicencia Mika.

Mi espalda se tensa, sé que el «ustedes» no iba dirigido a mí simplemente. Un bostezo como el gruñido de un león proviene de la entrada.

—Buenos días, corazón.

Mika mira a Jax sentarse junto a mí con un desprecio que azotaría el corazón de cualquier persona sensible.

—¿Dormiste bien, Jax?

—Como un recién nacido.

La sonrisa del novio de Michi es una forma evidente de saber que la pregunta tiene un doble sentido. Michi, a su lado, vuelve a mirarme. No hago más que regresarle la mirada con las cejas alzadas y mi frente arrugada y tensa.

Mi garganta se ha achicado y tragar el pan me es dificultoso. Un sonido extraño suena cada vez que intento beber el café. Creo que soy la única que está actuando más extraña de lo normal mientras Jax... simplemente es Jax.

—¿Van a quedarse a almorzar?

—Tenemos que regresar —contesta Jax—. Tengo mi moto en su casa.

—Sí, además papá debe estar loco porque no me ha visto en toda la noche.



Tengo que pasarme la mano por mi ropa porque estoy sudando como concursante en *Quién quiere ser millonario*. Mi despedida con Mika McFly es un mero agarrón de manos y una fotografía que guardaré hasta el final de los tiempos en mi celular. Es una despedida simple que probablemente recordaré hasta que sea una anciana porque cosas así no se olvidan. Puedo decir con total afirmación que la Ley de Murphy no hizo su flamante aparición y que Diosito ha querido darme mi regalo navideño por anticipado. Incluso, tras segundos de habernos despedido, todavía siento el roce de nuestras manos y la sonrisa hermosa que esbozó cuando Michi tomó la foto en la sala. Soy alguien con una suerte extraña. La lotería no es nada comparado con todo lo que tengo.

Jax me ayuda a subir al auto de papá y doy por acabada la maravillosa velada.

Aferro el libro contra mi pecho queriendo leer lo que escribió Mika en la última hoja. No quería hacerlo en público, mucho menos en su casa, pues terminaría chillando como marrano y golpeando los almohadones de la sala cual simio.

Acomodo el cinturón que me va del hombro hacia la cadera. Tomo el libro y busco la última hoja. Inspiro hondo preparándome para leer:

Una oveja no basta para alimentar al lobo.

A todas ellas las devora sin piedad, excepto a la última.

Atte. Mika McFly.

—¿Qué te puso en su dedicatoria?

Doy un pequeño salto en mi asiento. El cinturón de seguridad me aprieta el estómago.

—Lo que ponen todos. Gracias por estar aquí, espero te guste, bla, bla, bla.

Cierro el libro.

Pienso en la dedicatoria. No es la dedicatoria que esperaba, tampoco que me comparara con una oveja. Porque eso fue lo que hizo, ¿no? ¿Qué quiere decir?

Mi celular suena con la indiscutible canción de los créditos de *Fight Club*. Es la canción de tono de llamada que le puse a Cole.

Contesto.

—Terminé el libro. ¿Qué tal si salimos un día de estos para regresártelo? En un restaurante. Vestidos de etiqueta. Tomando vinos caros.

Me quedo en silencio escuchando sus «aló» y mirando de reojo a Jax, quien conduce sin prestarme mucha atención.

—Tengo a Denny.

—Dudo mucho que sea impedimento para ponerte un vestido elegante. Yo pago.

Me lo pienso un par de segundos más de los que tardé en contestar.

—Paguemos a medias. Me dices luego dónde y cuándo.

—Seguro. Hablamos luego.

Corto sin esperar que continúe con su despedida. Me quedo mirando al frente, con el celular en la mano, apretándolo con fuerza y esperando a que Jax pregunte lo obvio mientras dudo si debería decirle la verdad o mentirle.

—¿Es Gregory?

Me rasco detrás del cuello, evitando mirarlo.

—No —respondo con un hilo de voz—, es... Cole. Quiere que salgamos.

—Claro.

—Voy a ir.

—Bien.

—Bien.

¿Qué es esto? ¿*Bajo la misma estrella*?

El resto del camino a casa no hablamos. Me entretengo mirando por la ventanilla del auto las calles teñidas de blanco e intentando sonreír viendo a los niños más entusiastas jugando con la nieve. Algunas personas limpian la entrada de su auto, otras se toman fotografías. Apoyo mi frente en el frío vidrio y pienso en lo que ocurrió en la madrugada.

Jax se detiene frente a su moto, que está cubierta con un manto impermeable de color negro. No sé de dónde habrá salido, pero supongo que papá se apiadó de ella y la cubrió para que no le sucediera nada en la tormenta. Mi compañero de Expresión Vocal saca la llave, pero no se baja, y yo tampoco pretendo hacerlo. Volteo y lo miro; está con sus manos sobre el volante, mirando al frente.

—No lo hagas —dice.

—¿Qué?

Me mira con sus ojos serios. Baja la cabeza, riendo.

—Que no bajes primero, puedes resbalar.

42
Relatividad

Mientras Jax baja del auto, me quedo en silencio, procesando lo que dijo. Mastico sus palabras e intento digerirlas. Pero no puedo. Abre la puerta y me ayuda a levantarme procurando no resbalar. Su mano está en mi cintura otra vez. Su tacto se siente diferente.

Miro el tapete de bienvenida y espero que alguien del interior de la casa abra. Escucho los alocados pasos de los trillizos y la voz de papá ordenándoles que no corran. Me tenso al sentir que Jax se aparta.

—Si no quieres que vaya deberías decirlo fuerte y claro.

Papá abre la puerta antes de poder escuchar la respuesta de Jax, cosa que agradezco porque si de verdad no iba a detenerme cuando dijo: «No lo hagas», entonces he abierto mi bocota en vano.

—Hola, cariño —saluda mi padre. Sus brazos me aprisionan contra su cuerpo cálido—. Estuvimos todos muy preocupados por ti y la tormenta.

Como haciéndonos una invitación a entrar, abre la puerta sin sentir pudor del desorden que hay dentro. Colchones y frazadas están repartidas por donde se mire.

—Sí... todos —habla Chloe cruzada de brazos y sentada en uno de los sofás. Está despeinada, con su horrible pijama de una pieza luciendo los cuernos de reno, todo muy navideño—. Cierto señor exagerado hizo que todos durmiésemos en la sala.

Una sonrisa se me escapa al notar su fruncido ceño.

—Debe haber sido una excusa para que los demás no lo llamaran muertos de miedo por los relámpagos.

Los trillizos abrazan a Denny y luego salen corriendo hacia el pasillo con sus pijamas de cascanueces. Se ven realmente tiernos e inocentes. Saya se asoma desde la sala y me hace señas como saludo, detrás le sigue la abuela.

—¿Cuidaste bien de mi hija?

Mi mente hace que me centre en la pregunta que acaba de hacerle papá a Jax, queriendo escuchar todos los detalles de su respuesta.

—Sí, espero que no se haya oxidado con la lluvia —mis ojos dan una vuelta completa al escuchar la simpática respuesta. Papá se larga a reír—. Oh, no me diga, se refiere a Murphy.

Omito contraatacar su fatídico plan para hacerme perder los estribos y me dirijo a Chloe.

—¿Dónde está Jollie? Necesito enseñarle algo.

—Está arriba con Pelusa.

Pelusa es el apodo que Chloe usa para referirse a la prometida de Finn. Su verdadero nombre es Naomi Bennet y se conocieron antes de que mi querido hermano mayor fuese un sedentario que les hace la vida imposible a sus hermanos.

—Volvió de...

—Así es, Murph —interviene la abuela caminando por el pasillo con su flamante e icónico bastón—. Y volvió con ganas de casarse ya.

—A veces olvido que alguien tuvo estómago para fijarse en Finn —me siento junto a Chloe, estirando mi pierna enyesada sobre su regazo—. Me compadezco todos los días de ella.

—No sé si debería tomarse eso como un halago o sentirme mal.

La escalera cruje y dos botas militares muy gastadas comienzan a bajar lentamente. Una chica de rasgos asiáticos y con el cabello muy corto se presenta ante todos con una sonrisa. Está muy cambiada desde la última vez que nos despedimos para que continuara con su servicio militar. Recuerdo que llevaba su típica cola de caballo negra y los ojos marrones delineados con una larga línea sobre sus párpados, una camiseta de un grupo de rock estaba debajo del colgante con su anillo de compromiso, sus pecas cafés eran muy notorias pese a su piel aceitunada.

Naomi es alguien de aspecto rudo. Era compañera de Jollie y solía defenderla cuando alguien la llamaba zanahoria. Yo no les daba mucha importancia a los apodos, pero mi sensible hermana era un mar de lágrimas cuando volvía a casa. Sé que es raro que te guste el hermano de tu mejor amiga, y lo fue cuando todos nos enteramos de que ella y Finn estaban

saliendo. A decir verdad, fue mucho más sorpresivo cuando vimos que el tiempo pasaba y ellos seguían juntos, y luego que pretendían casarse. A la abuela casi le da un paro cardíaco por andar gritando que por fin podría tener un bisnieto, como si no bastaran todos los nietos que ya tiene.

—Como sea —dice la asiática al llegar frente a mí—, qué gusto volver a verte.

—El gusto es mío.

—Le decía al yeso.

Ahora entiendo por qué el par de tórtolos se va a casar: Naomi y Finn son tal para cual.

Quiero darle un golpecito en el hombro pero está demasiado lejos, además, Naomi se aparta para capturar con sus marrones ojos a Jax junto a papá.

—Tú debes ser el novio de Murph.

—Eso es lo que ella quiere, pero no, soy solo un amigo —me da una mirada rápida.

Necesito urgentemente descargarme con alguien. Un saco de boxeo que tenga la fotografía del rostro de Jax.



Jollie me ha rogado quedarse con el libro *El gato que se enamoró del pájaro* una y otra vez. Ha chillado tanto como lo habría hecho yo en su lugar. Intentó sobornarme de mil formas, luego se quejó de lo mala hermana que soy al no dejar que leyera la dedicatoria. Naomi, a su lado, le decía que una dedicatoria es privada, y que si alguien más la lee le caerá una maldición denominada «La maldición del lector». Obviamente, ese cuento no se lo creería ni un adolescente, excepto la ingenua de Jollie, quien no tiene más remedio que ahogar sus palabras corriéndome de su habitación.

Tenorio ya se ha ido, por eso me siento en la libertad de sacar mi *fangirl* interior y comentar a papá cómo es Mika. Habría dejado los detalles para mí, pero una explosión interna me pedía a gritos desahogarse.

En paralelo no dejaba de pensar en Jax y en la escena de la habitación.

Pensé en acudir a Maya, pero imaginándome sus consejos decidí abortar la idea. Si quiero saber qué rayos ocurre dentro de la cabeza de un chico, tengo que hablarlo con uno.

A pesar de ser un adolescente, Tony siempre me ha dado buenos consejos. No es una novedad que después de confesarle mi amor nos hayamos distanciado un poco. No obstante, espero que continuemos teniendo esa peculiar confianza que nos caracterizaba.

Realmente espero que platicar con él me ayude entender...

Cojo el papelero junto a mi escritorio y abro la ventana. En la casa vecina, la luz de la habitación de Tony está encendida. Me siento una contrabandista o presidiaria que planea escapar de la cárcel con su vecino de celda. Agarro una bola de papel, la lanzo una y otra, hasta que abren la cortina y el rostro de mi vecino queda al descubierto.

—¿Qué tienes? —interrogo al notar que su piel acaramelada está como la leche. Sus ojos caídos y rojos. Tiene unas enormes ojeras que delatan que no ha dormido bien.

—Problemas en la casa —responde con la voz quebrada. Carraspea para aclararse la garganta—. Mamá corrió a papá y no quiere pasar la Navidad con nadie. Tendré que irme donde la abuela.

¿Qué?

—Qué mal, Tony, lo siento mucho... —habla mi lado compasivo—. ¿No quieres pasarla aquí?

—Chloe ya me hizo el ofrecimiento y le dije que no. No quiero que tu papá me meta al horno en lugar del pavo.

Una carcajada se escapa de mis entrañas. Es curioso que tenga humor después de lo fatal que se ve.

—Eso suena a algo que querría hacer contigo —dejo el papelero sobre la cama para arrimar mis manos en los fierros—. Pero es Navidad, él lo entenderá.

Tony baja los hombros como si todo este rato estuviera conteniendo la tensión. Resopla tras unos segundos y se rasca la nuca.

—Hay algo más.

—¿Qué?

—El otro día estábamos en un partido y un sujeto me dio una tarjeta.

—¿Esos tipos con gorra y playeras que llevan estampados de universidad? —asiente—. ¿Por qué lo dices como si fuera algo malo, idiota? ¡Eso es *genialoso*!

—Lo es —dice sin subir los ánimos—, pero quedar en una universidad significa dejar todo atrás y empezar desde cero. Dejar a Chloe, y apenas estamos empezando. Me da miedo.

Oh, el amor adolescente.

Es lo complicado de enamorarte en el colegio. Dicen que ser adolescente es sencillo, que no tienes preocupaciones. Yo no lo creo así: la niñez y la adolescencia son etapas fundamentales para conocer personas y conocernos a nosotros mismos. Quizá a veces los jóvenes se ahogan en un vaso de agua, pero, es una etapa necesaria de formación para enfrentar la adultez. Tienes amigos y estos se marchan. Comienzas un romance y luego sufres un quiebre, quizá el primero de muchos. Crees que eres el rey del mundo y luego algo te da una patada en la cabeza para restregarte que estás equivocado. Y al final, cuando sobrevives, miras hacia atrás con melancolía viendo todo lo que perdiste y con lo poco que te quedaste. Pero de eso se trata: la adolescencia es una etapa de preparación que si termina mal lo perjudica todo.

Darle un discurso así a Tony no suena algo muy tierno, quizá realista, sí, pero no es la mejor solución para animarlo. A veces, mentir no es mala idea.

—Bueno, entonces que cada minuto cuente. Además, ¿no has visto películas de adolescentes? Siempre terminan yendo a la misma universidad o continúan un romance a distancia.

—En las películas, Murphy —dice con obviedad, casi rodando sus ojos —. Esto es la vida real. El deportista popular no se quedará con la chica nerd, la chica mala y el chico malo no se enamorarán por arte de magia, el mujeriego no cambia por la chica, los amores a distancia no perduran siempre y no existe el vivieron felices por siempre.

Ya habla como Jax.

—No seas pesimista antes de tiempo, primero debes intentarlo. Creo que deberías conversarlo con Chloe de todas formas. Si están de acuerdo con seguir su historia, *genialoso*. Si no, bueno, cosas así pasan todo el

tiempo. Tienes que tomar las oportunidades que te da la vida.

—¿Y si lo intento y ella luego dice que no quiere nada? ¿Sabes que todavía le gusta ese tipo mayor?

—Lo suponía —imito su mueca, pensando en ese sujeto inexpresivo—. Alguien no va a dejar de gustarte de la noche a la mañana, menos cuando existe una mínima posibilidad de que tú le gustes. Supongo que uno no puede elegir a quién le gusta, solo pasa.

Una ampolleta invisible se enciende sobre mi cabeza.

—Puede que tengas razón —resopla agotado—. ¿Para qué me buscabas?

—Uhm, no... —reniego con la cabeza—. Nada. Creo que ya conseguí una respuesta.

Si al final el corazón tiene la última palabra, entonces dejaré que decida por mí. No más reglas. No más gestos. No más divagaciones. No más secretos. Que la cita con Cole sea la decisiva para saber si me gusta o no.



Examino mi reflejo en el espejo con Jollie, Naomi y Chloe a mi lado. Sus sonrisas dicen mucho. Al parecer, el estrambótico vestido que saqué de mi clóset les perece la vestimenta de un payaso. Creo que el amarillo y el rojo con lentejuelas no pegan ni juntan. La verdad, viéndome con más detenimiento, puedo pasar desapercibida como un obsequio bajo el árbol de Navidad.

—Dejen de sonreír como tontas y asesórenme.

Me aparto del espejo, agarro el vestido y me lo quito tirándolo sin darle importancia a donde caiga.

—Deberías comer más pollo.

No es mi culpa ser una tabla para planchar y que ella haya nacido privilegiada con las curvas de una guitarra.

—Gracias, lo tomaré en cuenta.

—Y comprar ropa interior para adultos —le sigue el juego Chloe.

Bajo mi cabeza para ver mi calzón. Tal vez no es una buena idea salir a cenar con ropa interior de Bob Esponja.

—Me la cambiaré luego. ¿Podemos elegir qué vestido usaré?

—Yo podría prestarte uno —dice Jollie sentándose en mi cama—. Pero debes cuidarlo con tu vida.

—Claro, evitaré que se raje o le pase algo.

Jollie se pone de pie y sale de mi cuarto tarareando una canción como una niña pequeña. A mi hermana mayor le fascina todo este cuento de arreglarse para cenas y citas. Es una mujer que demuestra su feminidad con orgullo. Yo, en cambio, estoy orgullosa de demostrar lo terrorífica que puedo llegar a verme con orejas, granos, rizos rebeldes y todo. No estoy diciendo que esté mal arreglarse, pero no me llama la atención.

—Aquí está.

Mi hermana vuelve con un vestido azul. Luce como una presentadora de TV con su sonrisa despampanante.

—Te verás genial.

¿Azul y yeso? Creo que me pareceré a Bella Swan de *Crepúsculo* versión pelirroja.

La cita con Cole está a punto de llegar. A una semana de Navidad. Creo que debería estar ansiosa, pero me siento tranquila. Necesito conocer mis sentimientos y aceptarlos sin importar cuáles sean. No puedo seguir evitando las cosas.

Son casi las nueve de la noche. Hace un frío que duele. Estoy con el vestido de Jollie y me veo como un rectángulo con brazos y piernas. Chloe me arregló el cabello y Naomi me maquilló.

—Buenas noches, linda dama.

Cole saluda en la entrada incitándome a pasar mi brazo por el suyo. Se ve realmente bien, su cabello azabache que le llega a los hombros está engominado hacia atrás con una pequeña cola de cabello, viste un esmoquin negro y zapatos del mismo color, que brillan de tan lustrados que están.

Por un segundo me siento de vuelta en la época de mi graduación, cuando invité al baile a un chico al que nunca le había hablado. Creo que su nombre era Bernard y llegó con un montón de obsequios que compartí con Jollie. No sé si es cuestión mía o les pasa a las demás, pero me parece de

mal gusto que me regalen cosas como desodorantes, champú o lo que sea relacionado con la higiene, es como si indirectamente quisieran decirte que hueles mal.

—Así que tu melena rebelde se rindió a las espesas garras del gel —le comento.

—Algún día tenía que ceder. Afuera, aparcado frente a la casa, un taxi nos aguarda. El conductor está chateando por su celular, ojalá tenga encendida la calefacción.

Se supone que a las nueve y media deberíamos estar en el restaurante.

—¡Qué guapos! —la chillona voz de Maya se escucha como eco por la calle. Mi querida y cibernética amiga está vestida como lo harían los famosos en una alfombra roja. Le lanzo un intento de silbido.

—Eh, Maya. ¿A dónde vas?

—Yo también tengo una cita, conoceré a uno de mis amores de internet —me guiña uno de sus vivaces ojos—. Espero que tengan una linda velada. ¿Te cambiaste tu ropa interior con estampados, Murph?

Pongo los ojos en blanco. A mi lado, Cole se echa a reír.

—Sí.

—Bien, no querrás que Cole salga huyendo cuando los vea, ¿no?

—Cierra la boca —mascullo odiando a mi amiga mientras subo al taxi.

Le Paradisier es el nombre del restaurante francés. Desde el exterior noto que hay un mural enorme de una playa paradisiaca, con palmeras y arena blanca. Las mesas tienen cierto toque caribeño, donde predomina el marrón, y en el centro tienen arreglos florales con una vela cilíndrica de color blanco. Un sujeto de nariz respingada nos guía hacia nuestra mesa.

—Qué elegante —le susurro a Cole al deleitarme con todos los cuadros y esculturas. Una sutil melodía en piano llega a mis oídos causando que la piel se me erice—. ¿Ese es Chopin? —le pregunto alzando un poco más la voz por el entusiasmo.

—Creo que sí. No sé. ¿ «Nocturne», tal vez? —responde Cole frunciendo el ceño—. Siempre quise venir aquí. Por cierto, linda zapatilla.

Sus ojos se quedan pegados unos segundos en mi zapatilla negra de lona. Bajo los hombros con resignación.

—Ni la mires, es la mejor que encontré.

Luego de pedir platos con nombres extraños, aguardamos a que el chef los prepare. Mi estómago no ha dejado de gruñir con ira. He tenido que cambiar una y otra vez de posición porque mis ojos viajan de lado a lado buscando los platillos de los demás. Cole se da cuenta y me mira con cierto dejo compasivo. Fui torpe al negarme a cenar con los Reedus, al menos debí comer un poco del apetitoso queque de la abuela.

—Y... —comienzo a hablar, necesito concentrarme en algo que no sean mis sonoras tripas—. ¿Qué tal el libro?

—El final fue loco. Algo me decía que Tyler y el protagonista eran uno, pero ¿dispararse a sí mismo y vivir?

Sí, eso fue una locura. ¿Es posible dispararte en la boca y vivir, al menos, por una centésima de segundo con tu garganta destrozada?

—¿Cómo te diste cuenta de que Tyler no existía y que era parte del protagonista?

—Fue porque en ningún momento se revela el nombre del narrador. También porque los tres nunca estaban juntos en la misma habitación. Eso me causó extrañeza —se agarra la barbilla—. Es un buen libro y la película creo que es muy fiel.

—Sí, creo que sí.

—¿Qué tal la serie?

—Buena, tanto así que mi papá y hermano están adictos a ella. Todavía no acabo la última temporada, ¡así que nada de *spoilers*!

—Descuida, no soy tan insensato.

Me tomo la barbilla achinando mis ojos.

—Sí, eres demasiado perfecto. Todavía me pregunto qué tramas.

Mis ojos viajan una vez más hacia otro lado, pero esta vez no es porque tenga hambre, sino porque veo algo que me da vuelta el corazón.

No puedo creerlo, está aquí.

Jax está aquí.

Camina hacia nuestra mesa con su chaqueta de cuero y su peinado desordenado. El recepcionista le sigue detrás en un inútil intento por detenerlo, pero cada vez que el anciano trata de tomarlo por el hombro, Jax lo aparta con un brusco movimiento.

No sé cómo actuar, ni qué decir o qué debería hacer. Él no debería estar

aquí, y al parecer, yo tampoco.

Se para detrás de Cole y abre sus labios rojos mirándome fijamente.

—¿Estás bien?

La melodramática sonata «Kreutzer» de Beethoven sumerge en un estado fantástico al restaurante. Pero algo ocurre, Jax desaparece. Mi imaginación me ha jugado una vez más una mala pasada. Era demasiado surrealista como para que fuese así, demasiado dramático para que ocurriera. Necesito mirarme al espejo y repetirme que esta es la vida real y no un libro.

—Sí —respondo fingiendo interés en la copa con vino que el garzón nos ha servido hace unos minutos.

—Parece que viste un fantasma.

Tal vez lo hice.

—Permíteme un momento, iré al baño.

Le hago una seña a algún garzón para que me acompañe, declinando con vehemencia el ofrecimiento de Cole.

Dentro, sola y apoyada encima del lavamanos, compruebo mi deplorable aspecto en el espejo, mi rostro todavía magullado por el accidente. Cole tiene razón, parece que he visto un fantasma, una realidad de lo que deseo.

Al volver a paso lento, veo en la distancia a Cole; está solo, pero parece estar practicando una especie de monólogo. Al percatarse de mi presencia, se sobresalta e intenta forzar una sonrisa.

Lo dejo pasar y continuamos con la cena.



La cita se puede resumir en una larga charla sobre la vida. Por algún motivo, Cole siempre se limita a hablar lo justo y necesario sobre él. La que parlotea como loro soy yo mientras Cole me observa atento. Sin embargo, algo no cuajaba. ¿Alguna vez han notado que cuando te gusta alguien te vuelves un observador de primera? Te fijas en todos los detalles de la otra persona, incluso cuando son mínimos. Además suspiras con cada sonrisa, tu

pecho se apretuja en cada contacto visual y te sientes una idiota sin razón. Bueno, nada de eso ocurrió. Me habría gustado sentir algo, pero nuestra cita era la de dos amigos con gustos en común. Nada más.

Ya de regreso en casa, Cole me ayuda a bajar del taxi. Ya casi son las dos de la madrugada.

—Nada mal, eh.

Sonrío sosteniéndome de su brazo. La puerta de la reja está abierta, así que no vemos problemas en entrar al antejardín.

—Todavía estoy en una pieza, creo que fue genial.

La fría brisa de invierno transita en medio de la noche provocando que me encoja de hombros. Quiero volver a mi cuarto, quitarme el maquillaje, el vestido y meterme a la cama. Golpeo la puerta para que alguien abra.

—Gracias por aceptar la cena —murmura Cole.

—Gracias a ti por llevarme —le respondo—. Fuiste muy amable.

Su «de nada» se resume en una sonrisa que podría derretir la nieve de toda la calle. Siento el silencio palpitante. Inspiro hondo, lo tomo por los hombros, coloco mi pie bueno en puntilla y lo beso. Es un beso que Cole no parece dimensionar en absoluto. Me aparto cuando siento la cerradura de la puerta. Entonces, lo miro con arrepentimiento.

—Yo... lo siento, Cole.

Esquivo a papá y entro, cierro la puerta de golpe y me apoyo en ella. Llevo mi mano al pecho y la dejo quieta a la espera de sentir mi corazón acelerado, latiendo desenfrenadamente por el beso con Cole, porque devoré sus labios. Pero no. Todo luce normal. No hay hormigueos, no hay ansiedad, no hay mariposas revoloteando en mi estómago, no hay labios calientes palpitantes. No hay nada más que mi sentido de culpa.

Si quería una prueba para tomar mi decisión, creo que ya la tengo.

Mis pensamientos me trasladan hacia aquella noche de truenos y relámpagos, cuando Jax y yo estábamos sobre la misma cama, refugiándonos de la noche, mirándonos con asombro, sumiéndonos en un ambiente del que habría jurado nunca padecer con él, porque me resultaba imposible. Porque creía que no era lo correcto. Recuerdo perfectamente sus palabras, como si pidiera permiso para cometer lo que en aquel instante ambos temíamos hacer. Estaba consternada de tenerlo tan cerca, rendido y

vulnerable. Ambos lo estábamos. Fue como un despertar. Y pasó. Terminamos entregándonos al tímido deseo de ahogar la distancia que nos separaba. Al comienzo fue tan corto e inocente, aparentando el miedo que sentíamos al rechazo o a la idea de que lo que queríamos hacer no era lo correcto. Aquel beso fue el primero en el que ambos participamos por igual, porque lo queríamos. Mi pecho subía y bajaba al son de un corazón que latía de prisa.

Creí que podía morir.

Una parte de mí moría allí.

Al separarnos y contemplarnos una sonrisa sonora se escapó de él, contagiándomela. Todo se tornó más raro aún. Ni siquiera con Tony había sentido esa emoción de confianza. Supongo que Jax también la sintió, porque no paraba de sonreír. En su frente decía: «¿Qué rayos hemos hecho?».

Todavía podía percibir el tacto de sus labios con los míos. Me apreté mirándolo otra vez a los ojos. Coordinados, una vez más, nos acercamos. Otro beso, uno largo y más profundo. Uno que requería de más contacto, que necesitaba tener mucho más cerca. Jax tomó mi mano, la acarició y se deslizó por mi brazo hasta mi cabello. Yo lo agarré del escuálido cuello de lo que sea que haya estado trayendo en ese momento, lo apegué más a mi pecho. Su mano viajó luego a mi cintura y allí permaneció por un buen tiempo. Volvimos a mirarnos. Acaricié su cabello despeinado con mis dedos como si se le quitara pelusas con delicadeza. Él deslizaba un dedo por mi espalda.

—¿Vamos a olvidar esto? —preguntó.

Y no respondí.



—Necesito hablar con Jax —papá y su pijama de reno se presentan ante mí. Es genial tener que leer y que alguien así te interrumpa.

Vuelvo mis ojos al libro.

—Llámalo.

—¿Dijo algo sobre cómo o con quién pasaría la Navidad? —pregunta, arrugándose aún más de lo normal.

—No lo mencionó.

—¿Por qué no ha venido últimamente? —insiste. Jax desapareció de la faz de la Tierra, es un hecho. Ni siquiera responde a su celular—. Podrías ir a su casa y preguntarle —insiste.

Respiro hondo sintiendo la maraña de pensamientos.

—Iré en auto —accedo finalmente.

Una risotada se escucha desde el otro sofá de la sala. Es de Naomi.

—¿Denny sabe manejar? —pregunta asombrada.

—¿Sabes manejar? —se le une Finn, quien está a su lado jugando con el celular.

—No, par de imbéciles, ustedes me llevarán.

Mientras vamos en el auto recuerdo lo que Maya me dijo hace una noche, cuando la llamé por teléfono en vista de que ninguna de las dos quería caminar, con este espantoso frío, a la casa de la otra. Dijo que mentirme a mí misma no hará las cosas más fáciles y luego afirmó, con mucha seguridad, que Jax me gusta y que no hay retorno cuando del corazón se trata. Además, en un tono lleno de severidad, dijo: «Querías tu historia de amor: la tienes. Tú lo dijiste, querías una historia como de libro, ser la protagonista de tu propia novela. Sabías desde el comienzo cómo acabarían las cosas. Ya no puedes negar lo evidente».

Con lo último mi voz emanó como del inframundo. No es que me guste Jax, sino que es algo que va en ese proceso. Y me da miedo. Mucho miedo.

Jax va en contra de todo lo que me planteé desde el comienzo, que él es el antagonista de todos mis caprichos, el prototipo de chico que termina destrozándole el corazón a la protagonista.

«Afróntalo como alguien adulto», dijo mi amiga. Después de oír mi suspiro, continuó diciendo que Jax no es el chico perfecto, mucho menos alguien que cumple mis reglas o expectativas, pero que ha demostrado ser honesto conmigo. «Él confía en ti, y tú confías en él. Nadie es perfecto, tú también tienes tus defectos. Y demonios, son diferentes, con pensamientos diferentes y humor diferente, pero se complementan de maravilla. Como la portada y la sinopsis de un libro», agregó.

Como siempre, mi queridísima amiga no tiene pelos en la lengua. Sus consejos siempre me dejan aún más pensativa.

Ir a la casa de Jax es una buena forma de tomar el consejo de Maya y afrontar lo que siento.

Finn se estaciona mientras Naomi le da indicaciones.

—Esperen aquí o den una vuelta, los llamaré cualquier cosa —les informo.

—Como lo ordene la pirata.

¿Pirata? ¿Ese apodo nuevo es por Denny*, porque estoy coja?*

Golpeo la puerta del departamento y es uno de los compañeros de piso de Tenorio el que me abre. No sé cuál era su nombre, pero creo que se llama Shawn.

—¡Rojita! —exclama con asombro. Trae puesta una camisa desabrochada y enseña unos esbeltos abdominales—. ¿Qué te trae por aquí?

—¿Está Jax?

—Está en su cuarto, nena —responde cediéndome la entrada—. Aunque yo no entraría allí si fuera tú.

Una sonrisa traviesa decora su rostro. No le presto atención, me adentro en el departamento y golpeo la puerta del cuarto de Jax.

Nada.

Vuelvo a golpear y escucho un gruñido. Frunzo el ceño y abro.

Un extraño olor inunda mis fosas nasales. Es un olor entre alcohol, cigarro y algo más, pero muy concentrado. Recorro el desastre de la habitación y me quedo quieta mirando el culo moreno de una mujer recostada entre las sábanas. Jax está sentado junto a ella, colocándose apenas sus calzoncillos. Se ha quedado inmóvil, pálido al verme.

Doy media vuelta y cierro la puerta emprendiendo mi lenta caminata hacia el ascensor. En el camino su mano me retiene por el hombro. Me detengo y giro para mirarlo con la poca decencia que le queda, porque ni siquiera trae pantalones el muy...

—Puedo explicarlo. Fue algo muy casual.

—No hay nada que explicar, Jax. ¿Por qué quieres justificar tu hambruna por el sexo? No te corresponde. No me interesa. No debería. No soy tu novia.

—No sé, tal vez por...

—Lo que pasó en la casa de Mika no vale la pena mencionarlo. Olvídalo, simplemente lo hicimos porque así pasan las cosas y ya. Nos besamos ¿y qué? No quiere decir que estamos amarrados el uno al otro —vuelvo al ascensor y aprieto el botón para bajar—. Desde ahora llamaré antes de venir. Feliz Navidad.

Cuando el ascensor llega, me subo sin problemas.

Si el mujeriego no cambia por la chica, ¿qué lo hará cambiar?

43
Libérate

¿Es válido sentirme como una idiota? Creo que sí, tengo mis motivos. Los suficientes para sentir el intranquilo peso de la derrota. No me molestaría que ustedes se rieran de mí. Solo yo podía creer que el mujeriego de Jax había cambiado. Tantos libros, cuentos, películas que sostenían mi teoría, pero no. Fue mi culpa creer que cambiaría de la noche a la mañana. No estoy en el derecho de reprocharle nada a nadie, menos a Tenorio. Él puede hacer lo que se le antoje con su vida. Lo sé y, sin embargo, verlo con esa chica me destrozó. Sobre todo por ese culo maravilloso que tiene.

Cada paso que doy hacia la salida del edificio es uno en el que me digo «¡no debiste salir huyendo como una tonta!». Tendría que haberme quedado, hacerle un par de preguntas o mentir sobre los motivos de estar allí y luego irme. No me culpen, fue un impulso por el impacto.

Mierda, qué patética debí verme cojeando hacia el ascensor a toda prisa.

Ahora sí me llevo los premios a la tipa con más mala suerte del año. Citas horribles, persecución de guardias, robo, citas con mi progenitora, acostarme con el unicelular, tener confusos sentimientos por él y tener un accidente. ¿Qué más falta?

Culparme solo a mí no es justo, Jax también tuvo culpa; si aquella noche en la casa de Mika nada hubiese ocurrido, entonces, tal vez, la situación entre ambos sería diferente. Pero me ilusioné, y Jax también gatilló para que lo hiciera.

Bueno, ambos lo hicimos.

—Déjame ayudarte.

Una niña abre la puerta principal del edificio y permite que salga, ella sale detrás. Me parece sospechosamente familiar; sus gestos, sus ojos verdosos y el cabello castaño. Es la hija de mi progenitora, la niña a la que tuvo después de dejarme con papá.

—Oh, eres tú —hablo entre dientes—. Gracias.

Al escucharme, la niña ladea la cabeza y me examina arrugando las cejas.

—Eres Murphy Reedus.

—Sí —respondo buscando el auto de papá donde Finn se había estacionado—. Y tú eras...

—Charlotte —se apronta a decir.

Ah. Ya lo recordé. Fue algo cómo «ella es Charlotte. Es tu hermana».

—¿Qué haces afuera? —pregunto sin saber qué decir.

—Espero a que mamá llegue, no me gusta estar sola en el departamento, mucho menos en uno lleno de universitarios.

Siento como mi garganta se seca. Busco de nuevo el auto de papá, pero nada. ¿Dónde se metieron esos dos? Espero que no se estén dando de lote dentro de la furgoneta porque sería asqueroso. Pensar en esos dos besándose es repulsivo. Insisto: ¿cómo tiene estómago Naomi para salir con Finn? No, mejor dicho: ¿qué tan loca puede estar para querer pasar el resto de su vida con él?

Al no dar con ellos, vuelvo a la niña. Recuerdo lo maleducada que fui en la cena con mi progenitora y con ella.

—Sobre la cena de hace un tiempo. Si fui despectiva contigo no tuve la intención de hacerlo, la cosa era con Margary, no tengo nada contra ti.

La niña abre sus labios con sorpresa, como si recién captara de qué hablo.

—Tranquila, entiendo tu situación. Mamá ya me lo había contado. Dijo que estabas enojada con ella.

Nunca estuve enojada con ella, estaba decepcionada. Margary nunca me dio la oportunidad de sentirme amada, nunca me abrazó, nunca me dijo cuánto me quería y nunca tuvo tiempo para mí. Dicen que las personas siempre recuerdan lo peor de otras, pero hago un esfuerzo por recordar su lado bueno y no encuentro ninguna cosa.

—Te quiere, ¿sabes? —Charlotte irrumpe en mis pensamientos con su vocecita. Lanzo una carcajada corta, seca y llena de sarcasmo—. Es verdad, ella te recuerda todos los días. La he visto llorar un par de veces. Cuando hacemos alguna cosa siempre dice: «A Murph le gustaba esto», «Tu

hermana veía este programa», o «No tires esto, lo hizo Murphy hace muchos años». A veces es molesto.

—Es el peso de la culpa.

Charlotte se encoge de hombros.

—Si ella tuviese la oportunidad de volver en el tiempo, seguro que actuaría diferente. Deberías sentirte afortunada; tengo compañeros que fueron abandonados por alguno de sus padres (o ambos) y nunca los han vuelto a ver. Mamá al menos está allí, y quiere arreglar lo malo que hizo antes.

No puedo creer que me esté sermoneando una niña de ¿cuántos? ¿Diez años?

—No puedes cambiar el pasado, Charlotte. Eso es imposible.

Se echa a reír mientras se agacha para atarse las zapatillas de lona.

—Lo mismo le dije a mamá cuando comentó que iríamos a cenar contigo, pero me respondió: «No podré cambiar el pasado, pero sí puedo cambiar el futuro». Ya sabes, esa típica frase cliché que dicen los psicólogos y poetas suicidas de Tumblr.

Mi risotada se ve interrumpida ante el espectáculo sonoro de los gritos de Naomi y la bocina de la furgoneta.

—Debo irme —le informo a Charlotte. Ella se levanta, acomoda su ropa y asiente—. ¿Estarás bien sola?

—Claro, me quedaré charlando por aquí. Nos vemos.

Charlotte agita su mano como despedida y yo me subo al auto.



La vuelta a casa se me ha hecho eterna. No puedo dejar de pensar. Qué buen comienzo de día, ¿no? Primero Jax y luego la charla con mi hermana. Claramente la segunda es la que más me fastidia. Los recuerdos se sienten tan vivos, es como un monstruo que no me permite avanzar. No obstante, al recordar lo que Charlotte dijo, los recuerdos se tornan tan frágiles, se agrietan lentamente dejándome en la duda sobre lo que debería hacer.

—¿Qué pasa que están con esa cara, Tercera?

Elevo la cabeza encontrando a papá dentro de mi habitación. Ya puedo hacerme una idea de a qué viene.

—El cirujano plástico no pudo mejorarla.

Una carcajada ahogada y muy cortada se cuela en su garganta. Lo observo avanzar hacia la cama, al sentarse la hunde con su peso. Inevitablemente me inclino en su dirección, aunque no quiera hacerlo. Evito el contacto de nuestros brazos y lo nota, así que como castigo termina pasando su brazo por mi espalda.

—No digas esas cosas —dice, moviendo su mano en mi hombro—, eres un tomatito hermoso. ¿Qué sucede? Desde que llegaste a casa has estado ida, muy distante.

—Estoy cansada, papá.

—Eso de ninguna manera puede ser posible.

Es cierto. No puedo estar cansada, ya que soy una vaga sin remedio y con una pierna tiesa.

Doy un largo suspiro, que daña mi garganta y le da un vuelco a mi pecho. Papá aguarda sabiendo que, aunque lo niegue al comienzo, siempre me termino sincerando con él.

—Creo que he cambiado mucho desde comienzos de año. También a lo largo de mi vida, desde que llegué acá. Aprendí a conocerme mejor y a conocer a los demás. Sabes que siempre fui de carácter y con una respuesta para todo. Pero, últimamente, siento que una parte de mí se está yendo. Algo se desprende y no puedo evitarlo. No sé qué es. Intento explorar en mi interior y encuentro a una Murphy Reedus que pretende hacer caso omiso a lo evidente, que tiene miedo al rechazo. Creo que tengo miedo de elegir mal. No quiero salir herida, pero tampoco quiero herir a nadie. Hoy me encontré con Charlotte, la hija de Margary y...

—Charlotte, tu hermana; Margary, tu madre —me corrige papá.

—Bueno, ella dijo que Margary todavía me quería, que lamentaba lo que hizo —los labios de papá se separan para hablar, pero meneo la cabeza para detenerlo—. Sé que es verdad. Pero algo dentro de mí no quiere aceptarlo. Algo me impide darle una oportunidad.

—Es normal que te sientas así, estás dolida, decepcionada, temes que

vuelva a ocurrir. Nadie quiere resultar dañado. Pero ¿te imaginas vivir en un mundo sin oportunidades, donde no existiera el perdón? Seríamos una civilización llena de rencor. Nadie merece vivir así, menos una jovencita como tú. Perdonar es un triunfo. Es un paso más hacia la madurez. Es dejar el odio de lado.

Un flujo de lágrimas recorre mi mejilla. Paso mis manos para que estas no caigan por mi barbilla. Papá se incorpora observándome de lado y seca una lágrima en mi rabillo.

—Gracias, papá.

Le doy un abrazo. Huele a lavanda y galletas. Recuerdo que ese fue el primer aroma que sentí cuando llegué aquí.

—Cuando quieras, cariño —susurra—. Libérate.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Por qué la preferencia con Jax? ¿Por qué no Tony o Cole?

—Porque dos personas completamente diferentes pueden aprender de la otra —alza sus manos a la altura de sus ojos, enderezando la espalda. Forma con su diestra una escuálida mitad de corazón y con la izquierda hace lo mismo—. Un corazón roto y otro corazón roto pueden formar uno.

—¿Te refieres a lo que ocurrió con nuestras madres?

Asiente

—¿Cómo sabes lo de Jax?

—Sus tíos y yo somos colegas. Ellos siempre se quejaban de lo revoltoso que era, que sacaba malas calificaciones, que no podían controlarlo, que su madre lo había abandonado y un largo etcétera —una cómica expresión con los ojos en blanco provoca que lance un bufido—. Jax es un buen chico, uno que está lastimado. Nunca tuvo la atención de sus padres ni la de sus tíos. Solo quiere afecto, el cariño que le faltó de niño. Creo que quiere algo tan bello como una familia.

Me gusta pensar que las personas son puestas en tu camino por alguna razón. Quiero pensar que todo sucede por algo. Cada vida, cada muerte, cada decisión e impulso. En mis diecinueve años me he encontrado con muchos que han marcado un antes y un después, ¿habré hecho lo mismo con ellos? Si es así... Si puedo llegar a cambiar algo de alguien, entonces tal

vez...

—Necesito hacer una llamada, papá.

Antes de ponerme de pie, le doy otro abrazo a papá. Un atisbo de curiosidad se mezcla en su ceño, luego esboza una sonrisa. Salgo de la habitación buscando en los bolsillos de mi jersey el celular. Desbloqueo la pantalla, busco entre mis contactos y marco.



Creo que el parque es la maldición para todas las parejas, siempre ocurre alguna tragedia. Si miro hacia mi derecha puedo ver a dos tórtolos discutiendo. Un poco más a la izquierda dos amigas consuelan a otra. Detrás hay... oh, una pareja besándose, ellos no cuentan. Lo que intento decir es que todas las personas con dramas amorosos terminan en un sitio como este. Es algo así como una tradición.

Se preguntarán qué hago aquí, sola, sentada en una banca y sin un libro en mis manos. Pues la respuesta es simple: estoy esperando a alguien. Necesito meditar muy bien lo que diré.

Miro la hora en mi celular; se ha retrasado diez minutos.

Un suspiro mejor parecido a un gruñido sale de lo más profundo de mi ser. Jugueteo con mi cabello e intento hacer una trenza, pero nunca aprendí a hacerlas, Jollie siempre las hacía por mí. De reojo noto que una chica pelirroja se sienta a mi lado. Hago caso omiso a sus movimientos hasta que la oigo carraspear.

—Por la santísima madre de...

Mi voz se pierde. Ante mí, con una peluca pelirroja, un gorro cubriendo su cabeza, un maquillaje muy recargado y la extraña vestimenta como la de los maniquíes en las tiendas chinas, Cole me sonríe. Mejor dicho, intenta hacerlo. ¿Quién podría sonreír en un caso así?

—Hola, Murph —saluda.

—¿Cole?

Cole está a mi lado, vestido como una versión barata mía.

44
Muchas eres y emes antes de Navidad

Una voz apacible comienza a oírse en la lejanía. Intento ordenar mis pensamientos y entender qué me sucedió. Es la imagen de Cole la que me hace dar un brinco. No estoy alucinando, estoy sobria y, por sobre todo, cuerda. Me arrincono otra vez en el extremo de la banca y analizo el rostro del sujeto que besé hace tan solo unos días.

Inspiro hondo. Cole me observa paciente.

—¿Estás mejor?

Asiento. Todavía mi cabezota no puede comprender qué está sucediendo.

—Es difícil asimilarlo, ¿verdad?

Esculpe una sonrisa llena de incomodidad, creo que mi reacción exagerada no la esperaba.

—Aún mantengo la impresión de que esto se trata de un sueño —extiendo mi índice y toco su mejilla, me mancho la yema con algo de base —. Pero no lo es. ¿Por qué?

—¿Por qué no es un sueño o por qué estoy vestido así?

Lanzo una sonrisa boba y nerviosa.

—Lo segundo —contesto, observándolo con más agallas—. Necesito una explicación.

Baja la cabeza y empieza a juguetear con sus dedos con cierto dejo de vergüenza. Por Dios, hasta sus gestos y expresiones son similares a las mías. Es como si estuviese viéndome en un espejo.

—Antes de contártelo todo mereces una disculpa por no decírtelo antes. Dije que me gustabas y cuando preguntaste qué ocultaba, tontamente te dije que nada.

Era demasiado perfecto para ser real, siempre lo pensé. No sé si alegrarme por ello o sentirme una idiota.

—¿Eres gay? ¿Es eso?

Suelta un jadeo exasperado.

—Los gays no se visten como mujer —larga en medio de un suspiro—. Y para dejar en claro, no soy gay, y si lo fuera no tendría problemas con decirlo. Soy heterosexual, Murph.

—¿Estás drogado?

—No, Murphy Reedus —dice—. No soy un drogadicto. Pasa que a mí me gusta vestirme como mujer.

Estoy con la boca abierta de la impresión. Cole lo nota y busca mi mano para tomarla.

—No me odies, por favor —suspira mostrándose algo nervioso—. Esto de vestirme como mujer empezó desde hace mucho. Tú eres como mi musa, eres mi inspiración. Lo fuiste desde aquel día en que me ayudaste, creo que en ese instante comenzó todo. Tú eres como mi ejemplo a seguir, eras la persona en la que yo quería transformarme. A pesar de habernos cruzado algunas veces, para mí era todo un honor; podía aprender de ti. Obsesión, amor, adoración, no sé cómo llamarlo, lo que sentía iba más allá. Me avergonzaba bastante, pero alguien estuvo para mí y me ayudó a aceptar el hecho de que quería verme como una mujer, sentirme como una en un tiempo determinado. Esa persona fue Julia, a quien conocí en la preparatoria y fundamos nuestra banda Warrixr. Ella... me ayuda bastante —se sonríe con los ojos vidriosos, brillando de solo pensar en la baterista de su *genialosa* banda—. Me enamoré perdidamente de ella.

Recuerdo que era muy buena tocando y bastante simpática, me trató bastante bien cuando fui a ver a la banda.

—Permíteme resumir todo: cuando te defendí quisiste ser como yo y comenzaste a vestirte como mujer. Y ahora Julia te apoya en esto.

—Ella fue el catalizador que me llevó a aceptarlo, a conocer a más personas, ir a espectáculos, ser partícipe de este mundo y...

—Ya, lo entiendo, he visto algunos reportajes y programas, ¿pero vestirte como yo?

Una sonrisa comprensiva se dibuja en el rostro de Cole. Recién, estando más calmada, puedo notar que se ha afeitado y su maquillaje es muy elaborado. Envidiable y admirable.

—No eres de la única que me visto. Y no te espantes, es una clase de fetiche.

—Pues tu fetiche casi me hace explotar la cabeza —recrimino, amasando mis sienes con los dedos—. Mierda, y yo te besé aquella noche cuando fuimos a comer.

Cubro mi rostro con las manos para que no note que estoy al rojo vivo.

—De nuevo, perdóname si te ilusioné todo este tiempo diciendo que me gustas. Lo haces, me gustas como persona. Eres una mujer hermosa, estar contigo es divertido, es muy especial para mí. Solo que no debí haberte hecho ilusiones. Tenía que dejar las cosas claras. Ahora lo hago para cortar el avance de lo que sea que sientas por mí.

—No, no, no... —elevo mi cabeza para mirarlo directamente a los ojos —. No me has ilusionado, Cole. No negaré que la primera vez que Maya nos presentó casi se me mojan los calzones, pero con el tiempo me di cuenta de que todo eso era superficial. Luego, con la última cita, pude confirmar que no siento nada por ti, románticamente hablando.

Listo, lo dije. La principal razón de este encuentro ya salió a la luz.

—Lamento haberte besado para aclarar mis sentimientos. ¿Sabes? No puedes imaginar cómo me siento; estoy confundida por la sorpresa que me has dado y aliviada porque temía romperte el corazón.

Dejo que el aire helado entre a mis pulmones y me anestesie por unos segundos.

—Podemos seguir siendo amigos —irrumpe en el silencio—. Ahora que no te oculto nada que es mejor. Y, por favor, no me mires como un bicho raro.

—¿Por qué lo haría, Cole? Tengo un hermano que colecciona insectos. Solo evita vestirte como una versión china mía, es algo que no asimilaré todavía y se me hace bastante incómodo.

Lanza una fuerte carcajada que vuelve a relajarme.

—Perdón, es que no pude evitarlo, pero lo haré.

—Gracias, y perdóname tú también si mi reacción te ha ofendido. Me has dado un susto de muerte, chico.

Ambos son sonreímos.



Mañana es Noche Buena y todos en la casa están impacientes. Hoy, cenando, papá nos encaró diciendo que alguien abrió uno de los regalos bajo el árbol. Como el regalo no tenía nombre, los sospechosos éramos todos, incluyendo la abuela, quien se mostró como la única sospechosa cuando culpó a Rain, nuestro obeso y malhumorado gato.

Por otra parte, Chloe le preguntó a papá si Tony puede cenar con nosotros y le confesó, además, su relación. Papá se transformó al escucharla, todos en la mesa creímos que su trastorno de padre protector saldría a flote, pero no ocurrió. Al final, papá esbozó una sonrisa forzada y finalmente asintió con las manos temblorosas. «Claro, Cuarta, tu novio puede cenar con nosotros».

Vamos a ser muchos en una mesa, ya me imagino cómo se volverán todos al abrir los regalos. Y ni hablar de cuando nos toque sacar un papelito del canasto.

La tradición de la casa es que en el centro de la mesa, junto a las velas, hay un canasto lleno de papelitos doblados con el nombre de algún Reedus, a la persona que sacamos debemos decirles unas emotivas palabras que sí o sí terminan en unos sollozos, porque ¿qué es la Navidad sin un poco de sentimentalismo? Una vez acabadas las palabras emotivas y los sollozos que duran un segundo, todos nos vamos a dormir con nuestros pijamas navideños para que temprano por la mañana los más pequeños de la familia chillen con deseos de abrir los regalos.

Me gustan las navidades con Los Locos Adams.

Lo que no me gusta es que no pueda leer en la tranquilidad de mi habitación.

—Mooooourrfina. Oye, sé que estás ahí. Suicida, asómate por tu ventana.

¿Alguna vez se han preguntado cómo actuarían si la persona que no desean ver ni en pintura está gritándole a tu ventana hace media hora? Yo he intentado ignorar los gritos, pero son incesantes.

Concéntrate, Murphy, continúa leyendo. Allí abajo no hay nadie de tu interés, solo un futuro muñeco de nieve.

Eso intento, eso intento...

La puerta de mi habitación se abre hasta chocar con el escritorio. Naomi aparece. Está despeinada, molesta, con su humor de perros y vistiendo una bata negra.

—Maldita sea, Murphy —ladra—. Asómate por la jodida ventana para que podamos dormir. Te golpearé si mañana tengo ojeras.

Bajo el libro y me acomodo en la cama.

—¿Por qué no mejor golpeas al que está allá abajo?

—Le diré que se vaya —Naomi sacude su cabeza, conforme con mis palabras—. Al salir cierra la puerta.

Sola en mi habitación, con los gritos como telón de fondo, me levanto de la cama con pesadumbre y me acerco a la ventana. Está cerrada, pero una pequeña brisa helada choca en mi mano al correr las cortinas. Sin emitir sonido, abro la ventana contemplando con incredulidad a un Jax Wilson gritándole a la ventana de Tony, no a la mía.

—Mi casa está por aquí —digo sintiendo el frío en mis huesos. Jax se gira con torpeza en mi dirección y sonríe—. ¿Estás borracho?

—Un poco *mmmareado*, pero *nnnnada* de lo que preocuparse.

Mareado. Sí, claro.

—Si no estás borracho demuéstralo: párate en un pie —lo desafío. Jax no duda ni un segundo y sube su pie intentando conservar el equilibrio sobre la nieve. Cae de trasero y allí se queda quejándose—. Lo sabía, estás borracho. ¿Qué haces aquí?

—Estoy en un gran problema.

Lo suponía.

—Partiendo por el hecho de que te quiero partir en dos la cara, sí, lo estás. ¿En qué lío te metiste ahora y qué te hizo pensar que podría ayudarte?

—Eres mi *ammmiga*, ¿verdad?

Los amigos no se besan.

—Justo ahora no me apetece ser tu amiga, ¿sabes?

—¿Quieres ser algo *mmmás*, cariño?

Allí está, el Jax de siempre. El de toda la vida. Qué tonta soy.

—A lo que me refiero es que no tengo intenciones de ayudarte.

Cierro la ventana de golpe y, de paso, procuro que las cortinas impidan que algún halo de luz ilumine el exterior. Pero no me muevo. Me quedo de pie en el lugar.

Me doy media vuelta y escucho dos golpecitos apresurados a mi espalda. Me giro sobre Denny y corro las cortinas, encontrando a Jax ansiando no caer. Abro la ventana para sostenerlo desde su chaqueta de cuero, pero es demasiado tarde. Un grito en la oscuridad es lo último que sale de su boca hasta caer en la nieve.

—¡Estúpido *muggle*! —chillo, caminando a toda prisa hacia la escalera. Amira, Emer y Chloe se asoman por la puerta de sus cuartos y me siguen el paso.

—¿Qué fue eso? —pregunta Chloe.

—Jax se cayó desde mi ventana.

Un grito se apodera de la boca de mis hermanos. Impacientes, pasan por mi lado y bajan la escalera a toda prisa.

—¿Está muerto? —pregunta Amira, agachándose para verlo con más detalle.

Me inclino para verlo, aunque surte poco efecto. La noche es espesa y la luna no está a nuestro favor. Lo examino para responder.

—Eso parece. ¡Emer, deja de picarlo con esa rama!

Emer, sin hacer gesto alguno, me hace caso. El rostro de Jax se arruga y un quejido casi imperceptible nos indica que está vivo.

—La nieve debe haber amortiguado su caída —dice Emer con un dejo de tristeza.

Chloe se agacha a su lado, lo examina y luego voltea su cabeza para mirarme por encima del hombro.

—¿Lo llevamos adentro?

Emer y Amira se unen. Arrastro mis ojos de vuelta hasta Tenorio y me cruzo de brazos.

—Hagámosle un favor al mundo y dejemos que se congele.

—Ay... —se queja Jax—. Ay, *mmmi* bello cuerpo.

—Ah, qué mal... —se lamenta Amira—. Sí está vivo. Vámonos.

45
Con el corazón roto

Papá y Finn meten a Jax en la casa. Lo recuestan sobre el sofá y la abuela —compadeciéndose del unicelular— lo arropa con una manta navideña.

—Pobre Johan —mama suspira, mirándolo durante un rato más—. Esto es culpa de Murph —acusa y me señala con su bastón—. Si no hubieses pateado...

—Abu... Mama, ¿qué te hace pensar que lo dejé?

Por alguna razón, la mala de la historia soy yo. Claro, el chiquillo bonito llega borracho y dispuesto a cometer suicidio, pero no, la culpa es mía. Mundo injusto.

—Solo míralo. Es la viva imagen de un hombre al que le rompieron el corazón —le sigue Finn.

Aprieto mis puños.

—Yo lo veo igual —comenta Chloe frunciendo el ceño—. La misma cara de bobo.

—Al fin alguien de mi parte —cacareo alzando las manos al cielo—, y que es razonable.

Jax se comienza a retorcer bajo la manta. Todos volvemos a él.

—¿Y dices que no es un despechado? El pobre reconoce la voz de la persona que lo abandonó.

Quiero golpear a Naomi por su comentario, pero sé perfectamente que si le doy un leve golpe en el hombro ella me lo regresará multiplicado al infinito. Soy demasiado joven para morir en manos de la futura mujer de mi hermano mayor.

—¿Dónde *esssstoy*? —pregunta Jax tocando su cabeza. Me pregunto para qué se la agarra, allí no tiene nada importante.

—Estás con los Reedus, Jax —le informa papá con voz pausada y modulando cada palabra—. Te caíste de la ventana.

—Casi mueres —agrega Amira.

La abuela golpea con su mano el pecho de Chloe y la mira ceñuda.

—Ve a hacerle un té al pobre muchacho —le ordena.

—¿Yo? —la cabeza de la cuarta hija de los Reedus retrocede varios centímetros ante su incredulidad—. Que vaya Murphy, es su culpa.

—Pero... —siseo—, ¿dónde quedó el apoyo?

—Se esfumó junto con tus... —Naomi forma unas garras con sus manos y las coloca sobre mis inexistentes pechos. Finn y Chloe se echan a reír, yo me cruzo de brazos.

Esto se llama Destruyendo a Murphy Reedus, el pasatiempo favorito de mis queridos hermanos.

—Niños, basta —dice papá—. Tercera, cariño, juntaremos dinero para tus implantes luego, ahora concentrémonos en Jax.

Oh. No dijo «tu novio». Papá debe ser el único que se percató que entre Jax y yo las cosas no andan bien. Acepto su suspicacia, pero su comentario sobre los implantes está totalmente de más.

Omito refutarle que no quiero ni tengo pensado usar implantes, solo me limito a voltear para examinar una vez más a Tenorio.

—¿Por qué no me dejan a solas con él?

Mi sugerencia la acatan algunos. Les apuro sacudiendo la mano. Papá es el único que tarda en subir las escaleras, antes me da una pequeña mirada que me pide precaución. Plasmo un intento de sonrisa para responderle que no pretendo hacer nada malo. Ya estando solo Jax y yo en la habitación, me siento en el sillón frente al sofá, declinando la idea de lanzarle un balde con agua.

—Jax, despierta —le llamo.

Tenorio frunce el ceño, lanza a los cuatro vientos una maldición y luego pone sus manos tras su espalda para estirarse.

—¿Murph? —me mira pestañeando.

—Sí, genio. ¿Qué pasaba por tu cabeza al colgarte de mi ventana?

Todavía desorientado, hace un esfuerzo por sentarse. Medita unos segundos su respuesta. Guarda silencio, uno muy confuso, entonces parece recordar a lo que venía y agranda sus azules ojos.

—Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas... —arruga

el ceño cerrando los ojos—. Estoy en problemas, te necesito.

Pongo los ojos en blanco mirando al cielo, pidiendo clemencia y paciencia al que está allá arriba. Al bajar la barbilla y dar con el rostro suplicante de Jax, mi estómago se revuelve. Quiero vomitar.

—No me mires así —ordeno en voz baja—, aunque pongas todas las expresiones de perrito abandonado no aceptaré ayudarte. Al menos no ahora.

—¿Por qué no? —cuestiona.

Me callo.

—No lo entiendes, Jax... —musito bajando la cabeza—. Ni siquiera yo lo entiendo.

Me encojo de hombros. ¿Cómo decirle que ahora siento algo por él? Con lo cabeza dura que es Jax seguramente no lo entenderá. Pero no quiero decirle nada, no después de lo que vi en su departamento.

Respiro hondo y me animo a confrontarlo.

—¿Alguna vez quisiste a la persona equivocada? Dime, Jax, ¿alguna vez te fijaste en alguien sabiendo que nunca te correspondería? Porque eso es...

—Efectos colaterales —interrumpe.

El resto de las palabras mueren en mi boca.

—Efectos colaterales —repito.

—Precisamente de eso se trata todo esto.

Se remueve en el sofá y pasa su mano por detrás del cuello, mostrándose incómodo.

—Que soy un mujeriego no es ninguna novedad —me mira—. Sé que debes estar pensando que crecer sin una madre influyó en mi búsqueda por el sexo, que busco el amor que mi madre jamás me dio y... puede que así sea. No lo sé. Sin embargo, no toda la influencia fue a causa del desapego con mamá, alguien más lo causó.

»Pasó muy rápido. Fue cuestión de segundos. La conocí una tarde de verano, jugaba en la solitaria calle frente a la casa de mis tíos. Vivía con sus padres y hermanos. Mi pelota dio a parar justo en sus pies y ella me la regresó lanzándola, pero sin querer cayó al depósito de autos. Prometió que me la regresaría, cruzó la reja y la seguí. Consiguió la pelota sin problemas.

Me flechó, rápido e indoloramente. Y continuó haciéndolo durante los siguientes años...

»Ella sabía de mis locuras, de mis pretendientes y, sobre todo, sabía que me traía loco. Loco de remate. Nunca se permitió quererme más allá de una simple amistad porque estaba completamente enamorada de un hijo de puta con dinero que la trataba como quería; era mayor, mucho más grande. Ella le era devota mientras yo le era devoto a ella.

»Luego de conocerme armó un plan para sacarle celos a su jodido novio. Yo, obviamente, fui el sujeto de pruebas. Unos meses antes de terminar el colegio, me invitó a salir y yo, como un tonto, acepté. Cenamos, vimos películas, reímos, cantamos y luego, nos fuimos a un hotel. Ya supondrás lo que pasó.

Creo que nunca había visto a Jax tan serio.

—Tuvieron relaciones —contesto en voz baja para que nadie más me escuche.

—Y fuimos descubiertos por el novio. Vaya paliza la que me llevé...

—Ya puedo imaginarte con el labio partido.

—No —me para y señala mi pecho—, de aquí. Sufrí un efecto colateral, y no solo eso, meses después me llevé una noticia...

Trago saliva esperando a que confirme la sospecha. La pausa que hace es tortuosa, agotadora y casi dolorosa. Mojo mis labios con la lengua sintiendo que todo mi cuerpo se seca. Jax apoya los brazos sobre sus rodillas y detiene su mirada en un mechón de mi cabello.

—Tienes una hija —digo sin más—. Sharick.

—Ese es el problema, Murphy, no sé si ella es mía.

Jadeo.

—Jax, por favor. Esa niña tiene tus ojos.

—Es que no has visto los ojos de ella.

Una pequeña sonrisa se asoma entre sus comisuras. Es una sonrisa llena de nostalgia. Una que nunca le vi antes.

A Jax le rompieron el corazón y sigue enamorado de quien lo hizo. Y eso no es todo: posiblemente tiene una hija, me repito una y otra vez en el silencio que se aloja entre ambos. La amargura que dejan sus palabras se va reproduciendo lentamente en cada zona de mi cuerpo. Es un balde de agua

fría que punza, duele y decepciona.

Decepciona saber que alguien más ocupa su corazón.

Prepara tus maletas, Murph, nos vamos otra vez a la friend- zone.

Ya me comienzo a acostumbrar a ese frío sitio. Por Dios.

—Sigo creyendo que no soy la persona indicada para ayudarte. Mucho menos después de que me cuentas algo así.

Contengo la respiración.

—Pero si ni siquiera te he dicho para qué te necesito.

—Bueno, escúpelo de una buena vez —habla mi orgullo, o lo que queda de él.

Los ojos de Jax brillan a contraluz, eleva su mirada y me pierdo divagando sobre lo tonta que soy y la remota posibilidad que tengo de ganarme el premio a La mujer más estúpidamente caritativa; porque, vamos, querer ayudar a la persona que acaba de romperte el corazón indirectamente merece un honorífico mundial.

—No estoy borracho —comenta.

Miro hacia los lados frunciendo el ceño, esperando que su aclaración sea para alguien más.

—Bien... supongamos que no lo estás y tu dificultad para hablar con anterioridad fue a causa de tu anomalía cerebral.

Oh, estamos intentando ser graciosas. Esto es más grave de lo que pensé.

—Hablo en serio —replica. Su seriedad me está intimidando—. No estaba borracho. Unas locas me estaban acosando, sus amigas me anestesiaron. ¡Están dementes! —exclama. Lo hago callar recordando que ya todos en casa están acostados para la celebración navideña—. Quieren obligarme a ser un padre para la hija de... —se detiene. Comprendo, no quiere mencionar su nombre— ella.

—¿Y por qué no quieres? Si tuviste sexo sin condón entonces atente a las consecuencias. Hay algo llamado ADN —explico—, te haces una prueba y puedes saber si aquella pequeña es tu hija o no.

Entrelaza sus dedos y una vez más se pone serio.

Un golpe frío penetra en mi espalda.

—Su mamá no ha firmado los papeles autorizando la prueba, y hasta

que no lo haga tampoco los firmaré, ni pretendo ser alguien para esa niña.

¿Ella no quiere? Eso suena como si quisiera retenerlo. No me gusta que tomen a los niños como carga. Sentirse como un peso es horrible, lo sé. Pero ha ocurrido que algunas personas abusan de sus estados para beneficios monetarios. ¿Y si «ella» en realidad quiere hacerle creer a Jax que es el padre porque el novio millonario la dejó? Existe una posibilidad de que ocurra, pero... ¿hacerlo ahora? ¿Qué más hay oculto aquí? Por otro lado, si realmente Jax es el padre de Sharick, entonces tiene que hacerse cargo, no creo que sea tan hipócrita como para repetir lo que a él le hicieron de niño.

Suspiro.

—¿Y dónde intervengo yo en todo esto?

—Quiero que la convenzas y hagas que firme esos papeles.

—¿Qué? Es una locura, Jax. No le hará caso a una desconocida.

—Pudiste convencer a mi viejo, ¿no?

—Sí, ajá, pero por algo muy diferente. Me estás pidiendo demasiado.

—Por favor, es solo un intento, nada más. No sé a quién más recurrir, no puedo hacerlo yo —se toma la cabeza y la oculta entre sus brazos como si alguien quisiese golpearlo—. He intentado hablar con ella, pero me evita siempre. No hay remedio. Yo no puedo, y no tengo a nadie más a quien pedirle este enorme favor.

Cierro los ojos y suspiro.

—¿Cuándo tendría que hablar?

—Yo te diré cuándo.

Lo observo durante largo rato.

Es curioso ver este extraño lado de Jax. Me impresiona que se muestre tan abierto ante cosas tan serias. Aprecio su confianza, de verdad lo hago. Sin embargo, su petición duele. Duele mucho. He de estar completamente embobada, cual polilla con la luz, para aceptar.

—Haré lo que pueda —pronuncio con un hilo de voz. El rostro de Jax se ilumina al escucharme—. Pero será con una condición.

Subo las escaleras. Mis pasos lentos resuenan causando pesadumbre sobre mis hombros. Mi cabeza está hecha un desastre, mis pensamientos pesan más que la misma Denny. Soy una maraña de contradicciones, maldiciones y quejas.

Entro a mi habitación y soy golpeada por la brisa fría que se cuela por la ventana. La dejé abierta cuando Jax cayó desde ella.

Paso a paso me acerco a las rejas frías y me aferro a ellas anestesiando mis palmas. Comienzo a reír. A reír fuerte.

Jax cayó desde mi ventana como un intento fallido de Romeo. Estaba gritándole a la ventana de Tony por equivocación. ¿Qué rayos?

Río con más ganas, más alto, hasta que mi voz se va apagando y pasa a ser nada.

Me arrastro hasta mi cama. Entro en las sábanas y me cubro. El calor que hay dentro es reconfortante; tan cálido y ajeno a los problemas.

Cierro mis ojos perdiéndome en la inmensidad de cosas por las que podría soñar.

No sé qué es lo que me aterra y confunde más: si la confesión de Jax, la historia de su primer amor, que posiblemente es padre, su petición casi imposible de cumplir o que haya aceptado mi condición con una advertencia.

«Solo si estás dispuesta a terminar con el corazón roto».

46
La siguiente página

Jollie se lució decorando la mesa. La madera está cubierta por un mantel blanco con bordados beige de hojas que se van entrelazando entre sí, cuatro velas marrones iluminan a lo largo, excepto en el centro, donde una corona dorada rodea la famosa canasta con los papelitos que ocultan nuestros nombres. Cada plato tiene una ramita dorada sobre nuestras servilletas blancas. Parece como si hubiésemos pagado una reserva para el más lujoso restaurante.

—Falta encender esta vela —indica Amira dando saltos detrás de su silla.

—Ya voy, ya voy.

Tomo el mechero y lo enciendo notando que mi dedo pulgar está negro. Maldigo examinando mi vestido blanco, esperando no haberlo manchado, bastante me costó mantenerlo pulcro hasta ahora.

Una vez encendida la vela, le entrego el mechero a Jollie para que lo esconda de los alocados pirómanos que tengo por hermanos. Saya, Finn y Naomi dejan sobre la mesa las ensaladas. Papá hace una inspección de la vestimenta de los trillizos y se asegura de que sus corbatas estén derechas. Emer endereza los cubiertos.

El timbre suena.

—Abriré.

Chloe se acomoda su falda antes de abrir la puerta. Una vez que la abre, el rostro de Tony aparece desde el otro lado, esbozando un intento de sonrisa que se ve tan forzada como la que esculpe papá al verlo. Me río por lo bajo al ver que mi vecino está más formal que nunca, con una humita que le oculta el cuello.

—Buenas —saluda a todos con su mano en alto.

—¿Trajiste los regalos? —pregunta Finn al verlo. Tony frunce el ceño

sin comprender—. Esa era la condición para cenar con nosotros, macho.

Tony palidece mientras los demás se ríen. Chloe es la única que pone los ojos en blanco y toma al pobre del brazo para que se coloque junto a ella en la mesa.

—Muy gracioso, Finn—le reprende para luego enseñarle la lengua.

Un puchero se dibuja en los labios del pelirrojo en señal de su rendición.

Saya llama a que todos cojan sus platos para servirnos el arroz. Jollie, en su trance navideño de buena hermana, toma el mío para que no tenga que ir a la cocina cargando a Denny. Chloe toma el de Tony. Él y yo nos miramos diciendo «necesito hablar contigo». Algo me dice que tendremos que esperar hasta después de la cena.

Una vez que todos entran al comedor, papá nos da la señal para que nos sentemos. Como es costumbre, ninguno comienza a cenar sin antes dar las gracias, así que nos tomamos de las manos y cerramos los ojos.

Papá se aclara la garganta y respira hondo:

—Dios, gracias por darnos la oportunidad de reunirnos en esta mesa y disfrutar de nuestra familia. Te agradecemos por cada una de nuestras vidas, por tener salud y por la muestra inmensa de tu amor en nuestro día a día. Gracias por permitirnos celebrar el nacimiento de tu hijo, a quien enviaste para salvarnos. Permite que esta sea una velada que nunca olvidemos, que quede guardada para siempre en nuestros recuerdos. Amén.

Un «amén» unánime se escucha por la sala. Luego atacamos nuestros filetes de carne al horno.

Al terminar de cenar, dejamos los platos sobre una mesita con ruedas para despejar la mesa. Los trillizos juegan con las ramas doradas que estaban en los platos, por lo que es el momento preciso para sacar los nombres del canasto.

Papá, con el pecho inflado cual paloma, rebusca en el canasto un papelito. Introduce la mano y saca un papel arrugado que desdobla enseguida; su rostro se transforma y le da una rápida mirada a su invitado, Tony. Chloe y yo disimulamos unas risitas cubriéndonos la boca con las manos.

Ya cuando todos tienen sus papelitos, comenzamos. Papá es el que

comienza. Por supuesto, todo este cuento de hablar en público y decirle lo que sientes a la otra persona en frente de todos los demás pone nervioso y ansioso a cualquiera.

—Me ha tocado Tony, ¡vaya casualidad! —todos se ríen, excepto Tony, que parece desvanecerse—. Muchacho —comienza—, tienes un largo camino por recorrer y aprender, espero que aprendas mucho. No olvides que puedes contar con todos aquí. Mientras salgas con mi Chloe no me la arrebates, porque mis hijas son mi tesoro, por eso las cuido y quiero lo mejor para ellas. Si te hago un lugar en esta mesa, será con la condición de que le abras el corazón, así como ella lo ha hecho contigo... —hace una pausa tensando la mandíbula. Su mano busca un cuchillo que se ha quedado sobre la mesa y lo agarra con tal fuerza que sus dedos se tornan blancos y rosados—. Y si me llego a enterar de que la hiciste llorar...

—Considérate muerto —Finn termina la frase pasándose una mano por el cuello y ladeando la cabeza como si se lo cortara. Tony se apega al respaldo de la silla con los ojos casi saliendo de sus órbitas.

Qué familia más amorosa.

—Gracias —titubea el pobre, pasándose la servilleta por la frente—. Tomaré en cuenta todos sus consejos.

¿Consejos? Yo diría que amenazas.

Papá concluye su charla.

A Tony le toca Chloe.

Después de la típica frase melosa de enamorado que promete el cielo y la tierra y, prácticamente, una devoción casi celestial —juro que faltó que el cielo se abriera y los ángeles tocaran el arpa para ponerle más romanticismo a sus palabras—, a Chloe le llega su turno con la abuela. La pobre Cuarta ha tenido que repetir una y otra vez su discurso porque la abuela no escucha mucho. A la abuela le toca Amira, y a la pequeña saltamontes le toca el inexpresivo Emer. Emer no gasta mucha saliva en Jollie, pero ella termina haciendo el discurso más largo (hasta ahora) sobre lo grandiosa y buena amiga que es Naomi. Naomi le agradece infinitamente a su futura suegra el que la haya aceptado en su hogar sin mirar más allá de sus creencias —Naomi es atea— y le informa con una enorme sonrisa que cuidará de Finn.

—Eres una más de la familia, Naomi —Saya le extiende la mano para

estrecharla desde el otro lado de la mesa. Un «aw» se escucha en el comedor—. Y tú también, Murphy.

Saya se remueve en su asiento y me mira con ojos esperanzados. Un vuelco me da el corazón a sabiendas de que por fin ha tocado mi turno para escuchar las palabras.

Las manos comienzan a sudarme. Las oculto bajo la mesa y empiezo a juguetear con ellas.

—Cuando llegaste siendo apenas una niña no sabía si aceptarte o no, estaba sometida a ver en ti lo que Gregory me había hecho. Un día jugabas al pillarse con Finn y Jollie, corriendo de lado a lado como locos. Ellos te aceptaron de inmediato y los admiré por eso, pero yo no podía. Hasta que aquella tarde te caíste y te golpeaste la cabeza.

—Oh, eso explica muchas cosas —comenta Finn. Los demás lo reprenden.

—Gregory no estaba —continúa Saya—, había llevado a Clementine y Edwin a una revisión de su rodilla...

—Oh, mi Edwin —exclama la abuela en tono melancólico.

—Yo tuve que hacerme cargo de ti, ocuparme como lo habría hecho con mis hijos y fue en ese momento cuando entendí que estaba siendo muy egoísta, que en realidad tú no tenías culpa alguna, que me necesitabas, que necesitabas una madre de verdad. Lo sentí tan profundo cuando te tomé en mis brazos mientras llorabas. Lo sentí aquí, en mi corazón. No tienes mi sangre, pero sí la de tus hermanos. Y si Dios te puso en mi camino, creo que fue para reprender mi egoísmo y enseñarme sobre el perdón. Esa misma tarde, después de llevarte con el médico, perdoné a Gregory. Tuve que hacerlo y no fue fácil. Sentirse traicionada por el ser que amas, saber que te engañó y abusó de tu confianza decepciona. Me vi a futuro, vi a mis hijos, te vi a ti y pensé: «¿Realmente quiero vivir así? No, quiero vivir bien, quiero vivir feliz, sabiendo que pude perdonar y, lo mejor de todo, que lo hice por amor». Ahora, yo te lo pregunto: ¿realmente quieres vivir así?

Aprieto mis labios con fuerza. Sé perfectamente a qué se refiere con aquella pregunta.

—No, no quiero.

—No importa el tiempo que te tome, Murphy, la vida es un libro al que

siempre puedes dar vuelta la página. Te amo.

Mis ojos se humedecen. Le agradezco a Saya sus palabras mientras el condenado de Finn finge llorar como en las telenovelas.

Idiota.

Lo peor de todo es que me ha tocado él para dedicarle el discurso.

—Me ha tocado Finn —farfullo dándole una mirada de pocos amigos.

—¡Oh, iré preparando los pañuelos!

—Cállate y déjame hablar —resoplo—. Bueno, Finn: no eres el mejor de los hermanos. Eres pedante, un desastre como comediante y tienes esa extraña manía de creer que te ves bien con el copete parado, eres feo y narcisista. Pero, a pesar de tus defectos, sé que puedo contar contigo siempre, lo que agradezco. Te diría que puedes contar conmigo para lo que quieras, pero no quiero contagiarme con tu estupidez.

—¡Oye!

—Es una broma —le reprocho arrugando mi nariz—. Ah, y disfruta mientras puedas de tu media soltería, Naomi tiene planes macabros para ti después de casarse.

Y finalmente, a Finn le toca papá. Después de agradecer su paciencia y decirle todo lo que genial que es, Finn nos dice la (no tan) sorprendente noticia de que él y Naomi planean casarse por el civil a finales de enero.

La buena nueva sirve para alegrar el ambiente y hacer sobremesa hasta que dan las doce de la noche. Entre abrazos y buenos deseos, los trillizos ponen la figurita del niño Jesús en el pesebre. Amira y Chloe se quejan porque no podemos abrir los regalos y Naomi acusa a Finn de no saber comer como las personas civilizadas al arruinar la camisa que le trajo especialmente desde no-sé-dónde. La abuela y Saya charlan en la sala bebiendo chocolate caliente, Emer le habla —leyeron bien: le habla— a su peluda araña. Jollie llama a Spencer por celular y Tony está sentado en el sofá.

—Si papá no te cortó la cabeza cuando llegaste, no lo hará ahora. Tranquilízate.

Me siento a su lado.

—Es mejor que estar solo en el cuarto de visita de la abuela —comenta Tony. Hace una pausa mientras contempla el frenético escenario que

acontece en la casa—. Dudo que tu padre sea tan extremista, de hecho, me gusta cómo se esmera en cuidar a sus hijos. Es admirable, yo quisiera que alguno de mis padres lo hiciera conmigo.

—Papá es el mejor —sonrío viendo a papá tomando a uno de los trillizos en brazos—. ¿Qué tal está tu familia?

Tony sacude los hombros.

—Igual que siempre, gritándose por todo. Realmente estoy considerando la propuesta de irme a estudiar a otra ciudad, aunque deje muchas cosas atrás. ¿Por qué nada puede ir bien? Es tan extraño. Si quieres ser feliz tienes que sacrificar algo a cambio.

—Es como la alquimia, necesitas un intercambio equivalente.

—Sí —se desabrocha la humita y se desabotona el primer botón de la camisa—. ¿Y a ti qué te sucede?

Trago saliva con dificultad.

—A mí, nada.

—No puedes engañarme —me da un codazo—. Puedes ocultárselo a los demás, pero te conozco y noto que algo ocurre —coloca su dedo índice entre mis cejas.

En estos momentos deseos darme de cabezazos hasta perder el conocimiento, así, al menos.

—Pues, creo que sigo sin tener suerte en el amor y acabó gustándome la persona menos indicada.

«Efectos colaterales», recuerdo.

—¿Hablas de Jax?

Lo reprendo por decirlo en voz alta.

—Sí, bueno, es él. Pasó lo que tenía que pasar, pero el muy inepto está enamorado de una mujer a la que ni siquiera puede llamar por su nombre. Y eso no es todo, posiblemente tiene una hija.

—Recuerdo cuando lo sospechabas, pero ¿realmente no sabe si es suya?

—La mamá de la niña no quiere firmar los papeles para hacer el ADN. Él me pidió que la convenciera y...

Una carcajada se le escapa.

—¿Qué pretende enviándote? ¿No puede hacerlo él mismo?

—Supongo que no quiere verla. No lo sé.

—Y como siempre velas por los demás, le dijiste que sí —asiento sumamente arrepentida, desolada—. Perdiste la poca cordura que te quedaba. ¿Alguna vez dejarás de suplir tus sentimientos y velar por ellos?

—Creo que si me pidió eso no fue porque sea un cobarde, creo que lo hizo para enseñarme algo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque se dio cuenta de lo que siento por él. O eso fue lo que dio a entender.

—¿Y todavía así te pidió algo tan complicado? Murphy Ree- dus, estás perdida.

47
Abrazo

Por la mañana los pasos avasalladores de los trillizos nos despiertan a todos. La apertura de los regalos es un desastre. Yo, como buena persona que conoce el verdadero significado navideño, soy la última en bajar. Aunque si no fuera por Denny estaría meciendo todos mis libros nuevos como una madre a su bebé. Saludo a Tony, quien durmió en el sofá, y noto que ya abrió el pequeño regalo que Chloe le obsequió.

Jeff me entrega dos regalos: uno de parte de los Reedus y el otro le pertenece a Margary, mi progenitora. Primero, busco un sitio donde pueda abrir ambos presentes. Me arrincono junto al árbol de navidad. Luego, con una pierna flexionada y la pierna con Denny estirada, dejo el segundo regalo en mi regazo.

Es la saga de *Redbone*.

Continúo abriendo el siguiente regalo.

Una masa de nervios se aloja en mi estómago mientras lo desato. Quito la cinta y hago a un lado el papel de regalo. Destapo la caja y observo el interior. Un pequeño álbum de fotos está envuelto en papel celofán de varios colores.

El álbum está lleno de fotografías mías de cuando solo era una niña. Fotos que creía no existían, pero aquí están. Fotos donde salgo con Margary, a su lado, y ella está riendo.

—Papá...

—Dime, cariño.

—¿Tienes el número de Margary?

El olor a limón se adentra en mis fosas nasales mientras la oscuridad adormece mis otros sentidos. Trato de abrazar mis piernas para ocultar mi cabeza entre el hueco que hay entre mis muslos y mi pecho. Siento que algo baja por mi espalda y me sacudo temiendo que sea alguna araña.

Me aferro a mis piernas otra vez, haciéndome un ovillo. El halo de luz que se cuela desde el exterior es la única fuente que me indica que, si bien los minutos en los que me he ocultado aquí han sido eternos, aún es de día.

Resoplo.

Me siento una cucaracha que teme ser pisoteada.

Un silbido se oye en la lejanía. Ahora la manilla de la puerta y un portazo.

—Amo a la chica, pero solo Dios lo sabe. Se me está haciendo difícil ver el sol salir. Te amo, pero ¿qué le podemos hacer?

Jamás creí que la odiosa voz de Tenorio fuera como un canto divino.

Corro la puerta del armario y observo su rostro de espanto en cuanto el golpe de las puertas hace que se gire en mi dirección.

—Hola, Tenorio —le saludo en medio de su grito ahogado.

—¡Demonios, Murphy! ¡Casi me matas del susto!

Una sonrisa quiere colarse en mis labios.

—Eres un exagerado —me quejo—, no estoy tan fea.

—No, pero... Mierda, creí que eras la tipa de *El Grito* versión pelirroja.

Ahora sí estoy sonriendo.

Estúpida Murphy, controla tus hormonas.

Jax me extiende su mano.

—¿Cómo llegaste hasta aquí?

—En auto, caminé y subí por el ascensor, volví a caminar, golpeé, nadie abrió, giré el pomo de la puerta principal y se abrió. A menos que te refieras a qué hago aquí.

Gruñe con impaciencia.

—¿Qué haces aquí? —se corrige.

Buena pregunta, muy buena pregunta. Mientras caminaba por el frío pasillo hasta aquí me la hice, incluso estando en la oscuridad del armario.

—Meh —emito para restarle importancia a la pregunta—, tenía deseos de visitar tu horroroso, hediondo y desordenado cuarto porque no hay mejor

lugar para hacerme un ovillo.

—No puedes pasar un día sin ver este cuerpo, ¿verdad?

Se señala con una mano, y por ende mis ojos lo recorren desde la cabeza hasta la punta de sus botas. La camisa a cuadros que trae puesta está desabotonada y mis ojos parecen disfrutar de la escena.

Conservo la calma.

—Creo haberte dicho que en los libros a los chicos los describen mil veces mejores, Tenorio.

Eso está mejor.

—Eso no dijiste anoche.

—Anoche ni siquiera hablamos.

—Apuesto a que lo pensaste.

Qué idiota es, ¿realmente ha comenzado a gustarme alguien así?

—¿Vas a decirme qué haces aquí?

—Estoy escapando de un desastre —contesto luego de gimotear—. Margary, mi progenitora, me invitó a cenar, acepté y escapé. Me aterra entrar en su departamento, sentarme en la misma mesa que ella, con su marido y Charlotte.

—Cálmate, ¿dónde quedó la Suicida con agallas que conozco?

—Creo que esa Murphy quedó muy atrás, sobre todo tratándose de este tema. Estoy muy susceptible —me abrazo a mí misma—. ¿Y si todo se arruina? ¿Y si me sirven de cena? ¿Y si toda esta amable invitación solo es una fachada para pagar todo lo que le he dicho?

Vuelvo a llenar mis pulmones con oxígeno.

—No lo descubrirás si no vas —responde Jax. Lo observo ir al velador junto a su cama y sacar algo.

Tengo que ser una suicida en potencia para venir aquí, la habitación de quien fue mi peor y más repudiable enemigo. ¿Realmente soy una tonta al venir aquí? ¿También lo fue él al buscar mi ayuda? Seguimos escapando de nuestros problemas y buscándonos para solucionarlos.

—¿Con quién pasaste la Navidad?

Tos, que no se note el cambio de tema, tos.

—Mi papá y tíos —responde haciéndose a un lado cuando intento ver qué guarda en su espalda—. ¿Qué tal estuvo la tuya?

—Interesante —respondo a secas—. ¿Qué ocultas allí? —me acerco, pero él se rehúsa a enseñármelo. Alargo mi brazo y da un paso hacia atrás —. ¿Jax?

—Nada interesante —lo miro aburrida y me cruzo de brazos. Lentamente, saca de su espalda lo que ocultaba—. Pensaba dártelo envuelto.

Es un libro. Pero no cualquier libro. Es el libro nuevo de Mika, *Derechos de amar*.

A regañadientes me lo entrega y lo aferro contra mi pecho. Es un lindo detalle el que Tenorio ha hecho.

—¿No me vas a dar las gracias? ¿Crees que lo estoy haciendo gratis?

Trazo una pequeña sonrisa, aún incrédula por el inesperado regalo.

¡Estúpido Tenorio, si no quiere enamorarme entonces no debería hacer cosas como esta!

—Gracias —murmuro—. Pero no tengo nada para regalarte.

—Bueno, ya que estás en mi cuarto... —levanto el libro en señal de amenaza—. ¡Estoy bromeando! —exclama cubriéndose la cabeza.

—Creo que ya debería irme.

Adiós.

Me giro resguardando el libro entre mis brazos y me dirijo a la puerta.

—Aguarda un segundo.

Me paro en seco, petrificándome.

Lo miro por encima del hombro.

—¿Qué?

Mis ojos lo ven acercarse. Alerta roja: todo mi interior pasa al estado gelatinoso.

—El cierre de tu vestido —informa haciendo un gesto con su dedo para que me gire—. Deja que te ayude.

Siento los dedos de Jax agarrar la parte baja del vestido. Los dedos de su otra mano recorren mi piel mientras sube la cremallera. Su respiración rompe contra mi cuello provocando cosquillas placenteras en las que trato de no pensar. Mis hombros se tensan ante su tacto. Ahora sus manos van a mi cabello, la cola de caballo que Jollie me hizo debe estar hecha un desastre. Huele mi cabello y exhala un áspero suspiro, uno que yo omito.

Contengo la respiración y cierro los ojos. Mi mano está sobre el pomo de la puerta.

¿De verdad esto está pasando?

—Juntémonos para Año Nuevo —musita. Estoy a un milímetro de romper con mi cordura.

—Voy a pasarlo con mi familia.

—Entonces invítame —dice al instante. Ha sonado como una súplica.

—Lo voy a considerar.

Abro la puerta y lo obligo hacerse a un lado.

Una vez afuera del departamento, me apoyo en la puerta aún repitiendo sus palabras en mi cabeza.

Jax quiere empezar el nuevo año conmigo.



«Si no afronto esto ahora, jamás podré pasar a la siguiente página», alentarme a mí misma después de distraerme con Jax es lo mejor que se me ocurre mientras espero que la puerta se abra.

Tengo miedo.

Estoy aterrada.

Estoy temblando como protagonista en película de terror.

Abro los ojos al escuchar la puerta. Charlotte aparece.

—Feliz Navidad —me saluda—. Pasa.

—Feliz Navidad.

El departamento de Margary es igual de pequeño que el de Jax y sus amigos, con la diferencia de que aquí está ordenado. No hay marca de moho en las paredes ni olor a yerba.

—Murphy.

Aquella voz hace que el pecho se me comprima. Desde una de las habitaciones se asoma Margary.

—Hola —saludo sin más. No hay sonrisa, no hay gesto con la mano. Mi espíritu y coraje se quedaron mirando el tapete.

—Charlotte y tú ya se conocen, creo que no hay necesidad de volver a presentarlas.

Ambas asentimos.

—Y hablamos el otro día, mamá.

Mamá. ¿Por qué oírla decir eso hace que me sienta fatal?

—Cierto, aunque fue solo un momento —aclaro.

—Algo es algo, ¿no? —un hombre alto, bien parecido a presentador de circo con su enorme bigote, se acerca.

—Murphy, él es Marlon, mi marido.

El hombre extiende su mano. Lo dudo unos segundos, pero termino cediendo, recordándome que no puedo ser tan descortés.

Un silencio incómodo comienza a crearse. Es como si ellos esperaran algún comentario de mi parte. Yo, claramente, no estoy en condiciones de decir nada sin alterarme.

—¿Por qué no nos sentamos? —pregunta Margary con una sonrisa de oreja a oreja, haciendo vista gorda al incómodo momento.

En un parpadeo me encuentro sentada frente a ella.

—Margary me contó que estudias Teatro —inicia la charla Marlon.

Ahí está la salvadora charla sobre qué estudias o qué pretendes hacer con tu futuro. Gracias por la creatividad. Adiós.

—Sí, primer año.

—¿Es como pensabas? —curiosea Charlotte.

—La verdad, creí que sería más relajado y solo práctica, pero no, hay ramos que son teóricos y muy interesantes. Aunque los profesores son un poco desfachatados.

Una risita se le escucha a mi progenitora.

—Los actores son locos que no han sido internados —comenta Marlon tomando el vaso con jugo.

—Charlotte quiere ser psicóloga —dice Margary. Alarga su mano para acariciar el cabello de la castaña que tiene al lado, que vendría a ser mi media hermana—. ¿Verdad, corazón?

«Podrías mantener al margen tu amor de madre con tu hija legal o tener la decencia de hacerlo cuando yo no esté observándolas», pienso y me ahogo.

Me ahogo en una nueva decepción.

Los tres parecen notarlo. El silencio vuelve. Margary desvanece su sonrisa y palidece.

—Lo siento.

El rostro sonriente de mi progenitora se ve totalmente fracturado. Un error que parece adormecerme por completo. El nudo en mi garganta se agranda y solo me resta negar con la cabeza, beberme el jugo y esperar a que la cena no se arruine.

Pero es demasiado tarde.

—No puedo imaginar lo horrible que debí ser para ti, Murph. Todos merecen tener una buena infancia y yo no te la di —sus ojos y los míos se humedecen. La luz tenue de la sala me afecta más que a ella, al parecer. Cierro los ojos un milisegundo esperando tranquilizar el huracán que tengo dentro—. Aprendiste a caminar por tus medios, a dibujar para entretenerte, a sobrevivir en mi ausencia. Perdóname, mi comportamiento no tiene excusas y creo que es eso lo que más te molesta.

Cuento los segundos de nuestro silencio.

—No estoy molesta, aunque sí decepcionada —murmuro sin mirarla. Mi voz se quiebra—. Era una niña que buscaba tu aprobación y no la consiguió —intenta volver a hablar, pero la detengo—. Siempre me pregunté qué hice mal para ganarme tu rechazo. ¿No me comí toda la comida?, ¿acaso metía mucho ruido jugando?, ¿no guardé bien mis juguetes? Fue en una discusión que tenías con papá cuando descubrí mi error, y es que yo jamás debí nacer. Eso era, un mero estorbo, lo oí de ti. Dolió, y aún duele. Me aterra la idea de entregarme a alguien y que me rechace, me cuesta abrirme a otros y todo porque lo oí de mi madre —seco una lágrima rebelde, y ella hace lo mismo con las suyas—. Pero sirvió, tu rechazo me sirvió para ser alguien con carácter, el dolor me hizo aprender de él y a entender que la única opinión que me interesaba era la mía. De nadie más. Por qué de eso se trata la vida, ¿no? Si haces algo malo, aprendes para no repetirlo. Si alguien te falla, entonces aprenderás a ser más precavido. Y por mucho tiempo te guardé rencor sin comprender que influenciaste gran parte de lo que soy y seré. Y me pregunté día y noche cuál era el plan de la vida para que mi propia madre me cediera, por dinero.

Entonces entendí que si eso no hubiera pasado jamás habría conocido tan bien a los Reedus, o a Tony, mi mejor amigo, a Maya, enamorarme de los cuentos y libros. Por eso, creo que... no hay nada que perdonar.

—Fui muy ingrata —acusa en voz muy baja.

—Ambas lo fuimos. Perdón por decirte tantas cosas malas...

—No. No hay nada que perdonar. Ojalá pudiera ser la madre que siempre mereciste, pero veo que ya eres toda una mujer —una sonrisa algo triste se dibuja en sus labios—. Creciste tan rápido... Puedo... ¿puedo abrazarte?

Su pregunta me desconcierta. Mis piernas comienzan a temblar. Asiento en respuesta. Margary se pone de pie y llega a mi lado. Con el corazón latiéndome a mil, me pongo de pie viendo cómo extiende sus brazos.

¿Así que de esto se trata madurar?

Me gusta cómo se siente.

48
Mad Sounds

Me siento liviana: no peso nada y Denny tampoco.

Todo lo que dije fue como meter mis garras dentro del pecho y sacar toda esa masa oscura que me consumía.

Después de hablar, la cena es menos incómoda. Esto no quiere decir que olvidamos el pasado y que comenzamos a reír por cualquier cosa como una familia feliz. No. Las cosas no cambian de un día para otro. Que le haya dicho a Margary que no tiene que pedir perdón y que yo también erré en su momento significa que dejo de lado los deseos que tenía de que mi progenitora desapareciera de la Tierra, la tragaran los hombres topo y nunca más apareciera. Incluso sigue doliendo el hecho de verla como la madre ideal para alguien que no soy yo, con su familia hecha, sabiendo que yo no le fui necesaria, pero ella me buscó, y eso está bien.

Sé que una herida no sana de la noche a la mañana, y esto no es *Harry Potter* para que alguien lance un conjuro Vulnera Sanentur y la cure. Estoy dispuesta a esperar el tiempo que sea necesario para que la herida cicatrice.

Admito que se siente sumamente extraño. Es casi como una fantasía. Cuando nos abrazamos, el corazón me late a mil por horas.

Papá es quien me viene a buscar, lo que agradezco, porque estoy realmente sensible.

De regreso a casa me consiente con una invitación a comer pizza en Marco's.

En la pizzería, tras contarle un poco sobre la cena, aprovecho el momento para preguntarle qué haremos para la celebración del nuevo año.

—No perderemos la tradición —responde—. Vamos a pasarla en la parcela de tu tío George.

La parcela de tío George se encuentra en el lado más solitario de la ciudad. Es un sitio amplio, con pastizales, cosechas, árboles y una vista

alucinante del cielo nocturno. Hay dos casas; la del tío George y la de invitados. Nosotros llegamos a la segunda, por supuesto. Entre ambas casas está la piscina —donde solo los valientes se atreven a meterse en invierno — y una terraza que sirve como pista de baile y como lugar de relajación. Llegar hasta la casa tarda cerca de una hora.

—¿Crees que pueda haber un lugar extra en la mesa? —papá achica sus ojos, examinándome con sospecha. Me incomodo al punto de tener que disimularlo bebiendo de mi vaso—. Lo digo porque no sé, sabes que hay personas que no tienen con quién despedir el año y...

—Jollie dijo, exactamente, las mismas palabras —comenta—. Quería invitar a su amigo Spencer. ¿Qué amigo quieres invitar tú?

—Uno con complejo de chico malo.

—Jax.

—Jax —repito.

—Claro, no hay problema —no sé por qué, pero encuentro que algo lo está molestando—. ¿Puedo preguntar qué ocurre con él?

Me detengo a un milímetro de darle una mascada a la otra rebanada de pizza. Por instinto, pego una bocanada de aire que golpea mi garganta, tengo que toser y volver a tomar bebida para controlar mi ataque de ansiedad o nervios.

—Nada, papá, somos amigos. ¿Por qué la pregunta?

—No sé —alarga su mano para acariciar mi cabello y luego acaricia el rabillo de mi ojo como si tratara de limpiar algún rastro de lágrima que queda allí—. Tal vez me equivoqué. No todos los corazones rotos pueden unirse y formar uno; a veces, estos se destruyen entre sí.

¡Y ahora nos lo dice!

De regreso en casa, me fui a la cama con la última frase de papá dando vueltas en mi cabeza.



Doy un último vistazo a mi lista, verificando que todas las cosas que necesito llevar a la casa de tío George estén en mi bolso.

Con todo guardado, y los Reedus corriendo de un lado a otro, solo me falta guardar el vestido dentro de un plástico para que no se dañe o arrugue.

En mi pecho puedo sentir la ansiedad. Ya saben sobre esa teoría que dice que si deseas encontrar al chico de tus sueños, o simplemente conseguir pareja, la primera persona que tienes que abrazar pasadas las doce es alguien del sexo que te interese (en mi caso, un hombre).

Puede que ese invento lo haya creado una persona como excusa para abrazar al amor de su vida. No sé, pero vale la pena intentarlo. Aunque debo confesar que yo lo he intentado todos los años, y heme aquí: soltera, *friendzoneada* y con un yeso en la pierna.

Ocasiones se han dado en las que miro al cielo y pregunto «¿qué pepinos estás planeado para mí?». Ojalá, en este nuevo año, consiga las respuestas.

—Tercera, ¿está todo listo?

Cierro la cremallera del plástico con el vestido en el interior.

—Sí.

Finn agarra mi mochila, la cuelga en su hombro y sale de mi cuarto.

Abajo, la casa en un desastre total, todo está patas para arriba, desordenado a más no poder. Es como si un tornado hubiera pasado por la casa. Como siempre, ya lista, me pongo en marcha para subir a la furgoneta y aprovecho de leer. Los demás comienzan a llegar de a poco.

—¿Cerraron todo? ¿Puertas, ventanas, llaves de paso, el gas...?

Siempre que vamos de viaje papá se pone como un loco histérico que revisa cada parte de la casa con temor a que un ladrón entre o se arme algún incendio. Se devuelve a comprobar hasta si el pasto está bien cortado unas... ¿cinco veces? Es deses- perante.

—Ya, Gregory. Contrólate. Mira a los niños, van todos incómodos.

Por suerte Saya es la voz de la razón.

—No estarían tan incómodos si cierta persona no se hubiera colado.

Desde el espejo retrovisor, papá le da una miradita a Tony. Sin embargo, tiene razón. Por cosas lógicas, el que Chloe haya invitado a Tony nos hace ver como sardinas. Voy más encorvada que de costumbre, con los hombros encogidos.

Apartando el hecho que sufriremos una hora de viaje creyéndonos

contorsionistas, me alegra que Tony celebre con nosotros.

Al llegar somos recibidos por el tío George y su esposa. Su alocado perro, Doo, también parece feliz de vernos; primero nos ladra, luego nos huele y finalmente comienza a corretear y subirse encima. Jollie, Chloe y Finn toman en sus brazos a los trillizos.

Nos enseñan la casa como si fuera la primera vez que venimos. El olor a madera es satisfactorio y el rechinido que emite la escalera al pisarla le da su toque macabro. La casa es como una cabaña donde el típico grupo de amigos va a hospedarse, comienzan a morir misteriosamente, poco a poco, hasta que la pareja de enamorados encuentra al asesino y lo mata o queda solo uno de ellos.

Hay cuatro habitaciones: como de costumbre, Chloe, Jollie y yo dormiremos juntas, aunque esta vez se nos suma una invitada extra: la abuela, de quien por desgracia tendremos que soportar sus ronquidos.

La vista desde la sala principal es grandiosa, se pueden ver las montañas, los árboles, las rosas junto a la ventana, parte de la piscina y la inmensidad del cielo azul.

Esta casa es el lugar ideal para celebrar lo que sea. De hecho, solíamos celebrar los cumpleaños aquí, pero como es una zona alejada de la ciudad, nadie asistía.

Además de ese fatídico problema, existe algo peor: solo hay un baño.

Uno.

Desde afuera papá me hace señas para que vaya hacia donde se encuentra hablando con tío George, entonces caigo en cuenta de qué se trata. Me levanto del sofá con el estómago bailoteando bajo mi ropa. Los ladridos de Doo van dirigidos al ruido espantoso que emite la moto de Jax.

Llego afuera y encuentro a Jax vestido con traje negro y una camisa azulada con el primer botón desabrochado. Su cabello castaño está peinado hacia atrás; unos mechones rubios tocan su frente. Luce como un modelo de perfume. Es como Chris Pine en Armani Code.

Golpe mental. Control corporal.

—Murphy Reedus —ronronea acercándose.

Las manos me sudan.

—¡Murphy! —me distrae alguien más.

Spencer parece sorprendido. Una sonrisa se cuela en sus labios al dar con él. Le respondo la sonrisa y espero a que se acerque para besar su mejilla como saludo.

—¿Cómo estás? Feliz Navidad —le digo abrazándolo.

—Todo bien. ¿Cómo va tu pierna?

Arrugo la nariz.

—Denny está algo chiflada.

Vuelve a sonreír. Spencer continúa teniendo ese toque de inocencia tan característico. Su cabello está desordenado por el casco, pero está igual a como recuerdo de nuestros extraños encuentros.

—¿Tú eres Spencer?

Papá, con voz profunda, hace que la sonrisa de Spencer desa- parezca en un segundo.

Oh, cielos, había olvidado que el pobre chico es un desastre si de hablar se trata. Mírenlo... bueno, léanlo, parece un pobre corderito camino al matadero.

—Sí, señor. Spencer Mason —se presenta, extendiendo su mano para estrecharla.

Papá lo observa con una falsa arrogancia, como en la escena donde Malfoy se presenta ante Harry.

Tras unos eternos segundos, en los que milagrosamente Spencer no se ha hecho encima, papá le estrecha la mano.

—Pareces un buen chico.

—Lo es, papá —intervengo—, cuando me asaltaron fue él quien me ayudó.

—Entonces, te debo mucho —aprieta su mano con más fuerza—. Aun así, más te vale cuidar a mi Jollie.

Tío George saluda a los recién llegados con un ademán para luego pedirle a papá que lo ayude con no-sé qué. Finn y Tony aparecen en escena.

—Finn —saluda Jax—. Y el puberto.

—Tanto tiempo, Jax —le responde Tony, sin simpatizar con lo despectivo que ha sonado «puberto»—. ¿Todavía te funciona?

Me echo a reír, luego recuerdo que soy la voz de la razón entre ambos.

—No se peleen —se inmiscuye Finn—. Jax, ¿por qué no mejor te

muestro dónde dormirás?

—¿Para qué? —se encoge de hombros, sus ojos van de mi hermano hasta dar con los míos—. En la noche me colaré en la habitación de la rojita aquí a mi lado.

—Ten cuidado, unicelular —advierto en un tono engreído—. Dormiré en el mismo cuarto que la abuela; tal vez entres en la cama equivocada.

Tony y yo nos echamos a reír. Finn alienta a Jax para que lo acompañe; finalmente, accede, pero al pasar junto a mí su mano roza contra la mía y la toma. El color rojo se aglomera en mis mejillas.

Cierro los ojos, calmándome.

Liberación de dopamina y hormonas: cancelada.

—¿Spencer, por qué no vas con ellos? —por poco olvido la presencia del tímido chico.

—¿Ah?, claro, claro.

Durante toda la cena he tenido que soportar las miradas intrigantes que Jax me da. No sé a quién se le ocurrió sentarlo al frente de mi nariz, pero la tensión se me ha subido hasta el pescuezo.

Dejando de lado mi guerra interna que luchaba entre la seducción y el hambre —aclaro: hambre de comida—, la cena estuvo bien. Los típicos chistes sobre la vida y adolescencia fueron contados, papá y su hermano relataron momentos tragicómicos sobre sus navidades y años nuevos. Saya comentó horrorizada una anécdota que le ocurrió en una parcela como esta, cuando era niña.

Salimos a la terraza esperando que los adultos sirvieran el helado de piña en copas para que, pasadas las doce, podamos servir la champaña.

—¡Quedan dos minutos! —grita Finn justo en mi oreja.

Le doy un pisotón con Denny y él se va quejando del dolor hacia Naomi. Su querida prometida lo recibe con un puchero acariciando su cara, como si fuera su madre, entonces me da una mirada que dice «te ahorcaré». Yo le respondo mostrándole las divinidades que puede hacer mi dedo de en medio.

Tony está charlando con Chloe y Spencer. Jollie tiene tomada del brazo a la abuela. Papá está junto a Saya, viendo la hora. Los trillizos acarician a Doo, quien disfruta de los cariños. Amira y Emer están distraídos con los

insectos que vuelan alrededor de la luz. Doy un paso hacia el extremo de la terraza, contemplando el cielo nocturno.

—Queda un minuto — informa el locutor de la radio.

Los alaridos nerviosos de todos revolucionan el ambiente. Alguien le sube el volumen a la radio. Otros se buscan para estar cerca cuando el momento llegue. Spencer busca a Jollie, quien le sonríe agarrándolo por el gancho con su brazo libre.

¿Y Jax? No está en ninguna parte.

Idiota. ¿Con quién rayos voy a abrazarme ahora? ¿Qué creía? ¿Qué iba a llenarse el estómago, beber de nuestro vino y largarse?

—¡Y empieza la cuenta, señores!

Todos cantamos desde el diez. Las sonrisas nerviosas de todos se dibujan en la cara y...

—¡Feliz Año Nuevo!

El grito es unánime. Todos comenzamos a abrazarnos. Jollie llora de la emoción y la abuela parece agradecida de pasar un nuevo año con nosotros. Papá me dice que está orgulloso de mí. Saya también. Tony me saluda diciendo que soy *genialosa*, cosa que ya sabía.

Entre saludos y sollozos, logro distinguir a Jax saliendo del ventanal. Parece sorprendido. Sus azules ojos me buscan entre tantos pelirrojos y, por un segundo, parece que la distancia que nos separa es infinita. Una lucha por llegar a encontrarnos se vuelve frustrante, esquivar personas abrazándose es todo un reto. Llegamos al centro de la terraza, el lugar de nuestro encuentro, quedando a unos treinta centímetros.

Soy la que habla primero:

—Feliz año, Jax.

—Feliz año, Suicida.

Sonríe con picardía dándome un abrazo que correspondo. Abrazar a Jax se siente realmente bien. La champaña no tarda en llegar. Todos brindamos por un año lleno de éxitos. En la radio la música bailable comienza a invadir los cuerpos de los mayores, siendo la abuela la primera en menearse como si no usara bastón. Papá y Saya comienzan a aplaudir. Naomi arrastra a Finn para bailar también.

Resoplo bajando la cabeza para observar a Denny.

—Gracias —farfullo con fastidio.

—De nada.

Mi ceño fruncido se fractura al notar la hilarante sonrisa de Jax. Se sienta en una silla continua a la mía.

—Por un segundo casi creo que Denny cobró vida propia —le digo y su sonrisa se vuelve arrogante, por lo que decido bajarle sus aires de grandeza —. Casi.

—Si Denny hablara sería un problema para los dos, aunque más para ti.

Me guiña un ojo. El viejo truco seductor. Me cruzo de brazos prestándole atención a los raros pasos de baile de Spencer y Jollie.

—Me declararé inocente de todo —digo.

—Inocente no es una palabra que te describa, Suicida.

Punto para él. Al parecer, su deseo de Año Nuevo fue otra neurona.

—¿Qué tal te fue con tu mamá?

Me torno seria. Él hace lo mismo, su traje negro le da un aspecto de empresario. Debo admitirlo —aunque me duela—, se ve como el deseo prohibido de toda chica heterosexual. Justamente, el terriblemente cómico apodo que se anotó en mis contactos le queda a la perfección.

O quizá es que lo estoy viendo con otros ojos.

Hormonas.

Hormonas.

—Fue extraño —respondo luego de mi exceso de dopamina—, pero supongo que las cosas pasaron de odio a aceptación y... —doy un largo suspiro— luego al perdón.

—¿Se arreglaron?

—Las cosas así no se pueden arreglar, es como tapar el sol con un dedo. Pero decidí no guardarle más rencor, voy a darle una oportunidad de comenzar de nuevo —jugueteo con mis dedos sobre el regazo—. Nos abrazamos y todo ese cuento.

Jax posa su pesada mano sobre mi cabeza y revuelve mi cabello.

—Aaah —suspira con esmero—, creces tan rápido.

Aparto su mano y lo insulto para mis adentros. No obstante, todo deseo por verlo en una bañera con serpientes se frustra al ver su expresión desanimada. Jax me hace parecer una bipolar.

—Yo también intenté hablar con la mía —confiesa—. Muy diferente a lo que a ti te ocurrió, ella no quiere, ni por dinero, saber de mí.

—Es La mano derecha de Lucifer, ¿qué esperabas?

Jax sonríe de mala gana.

Bien, no se me da bien consolar personas.

De pronto la música cambia, la contagiosa melodía bailable ahora es un lento. Jax se pone de pie, se quita la chaqueta de encima y la coloca sobre el sofá. Frente a mí extiende su mano para que lo acompañe.

Quiere bailar, cuestión que veo complicada con Denny.

—Es de Arctic Monkeys, no tendrás que moverte mucho —insiste.

All night long they reappear
Make you get up and dance
Yeah, they make you get up

La canción es perfecta.

Acepto su invitación y me veo arrastrada hacia el centro de la terraza, donde algunos todavía bailan. Jax posa sus manos en mi cintura de forma sutil, poco atrevida.

Levanto mis brazos para rodear su cuello y entrelazo mis dedos detrás. Nos dejamos llevar lentamente por el ritmo de la canción, olvidando que hay otras personas a nuestro lado. Me concentro en su mirada y él en la mía, como si no existiera nadie más. Escucho la letra.

Suppose you've gotta do what you've gotta do
We just weren't feeling how we wanted to
You sit and try sometimes
But you just can't figure out what went wrong
Then out of nowhere, somebody comes and hits you with an
Ooh la la la.

El coro se repite como un susurro en mi cabeza. Nuestro acercamiento se reduce aún más, me aprisiona contra él. Apoyo mi cabeza sobre su hombro, escondiendo mi perfil bajo su barbilla, en su cuello, repitiendo el coro con los ojos cerrados.

—Parece que lo único bueno que me ha pasado en todo este tiempo has sido tú —murmura cerca de mi oído.

—Oye —le paro con una sonrisa tonta que él no podrá ver—, esas

frases empalagosas son tiernas, pero no son lo mío —su pecho se infla, sé que está riendo. También inspiro hondo—. Gracias, también creo que conocerte no ha sido del todo malo.

—¿Del todo? —repite desconcertado—. Me amas y lo sabes.

—Me sacas muchas canas verdes. Sigues siendo un unicelular.

Su pecho sube y baja a mayor frecuencia.

—Yo también te quiero —pronuncia despacio y bajo, solo para mí.

El coro vuelve a repetirse en el silencio y finalmente acaba. Antes de dar lugar a otra canción, nuestro alrededor estalla en aplausos y chiflidos desenfrenados. Jax y yo nos separamos, guardando la distancia. Todos nos están mirando.

Un color rojo intenso invade mis mejillas y vuelvo a mi asiento. Jax hace lo suyo, alocándose el cabello y caminando con disimulo hacia el otro extremo de la terraza.

Miro a mi alrededor. Estoy rodeada de personas y, sin embargo, me siento tan sola.

Esto me hace recordar algo.

Algo importante.

«La condición es que me prometas... me prometas que, si esa niña es tu hija, serás un padre para ella. No repitas lo que hicieron contigo, o lo que mi madre hizo conmigo. Promételo, Jax».

Estaba lista para buscar al chico de mis sueños y la vida una vez más me demostró que ese tipo de cosas no podemos elegirlas. Llegan en el momento menos oportuno y con la persona que menos planeamos.

No importa. Mientras él esté aquí, atesoraré el momento.

Vuelvo a ponerme de pie y lo busco. Finalmente lo encuentro afuera de la terraza mirando el cielo estrellado.

—Jax —lo llamo bajando los escalones—, necesito hablar contigo.

El césped frío y húmedo provoca que mi piel se torne como la de una gallina.

—¿Vienes a buscar una estrella fugaz? —curiosea con una sonrisa.

Niego con la cabeza, inspirando hondo.

—No sé cómo pasó —comienzo—. Con todos nuestros encuentros, debí preverlo. Algo siempre me ataba a ti. Tal vez, indirectamente. La cosa es

que te veía todos los domingos en la cafetería con una mujer diferente y me repugnaba. De verdad, me repugnaba cada parte de ti; tus gestos, sonrisas, tu cabello castaño, tu forma de hablar tan arrogante, el que no tomaras a nadie en serio, tus ojos siempre mirando con picardía. Te detestaba —afirmo, empuñando las manos—, y no era la única. Jamás creí que podría aprender algo bueno de ti, pero me has enseñado mucho; como a no juzgar a nadie por la primera impresión. O que no eres el idiota que rompe corazones porque sí, aunque eso no te excusa. Que todo parte con algo rompiéndose. Aprendí a conocerte, a valorarte, a quererte. A disfrutar de tus comentarios y tu compañía. Estoy agradecida de eso. Mucho —cierro los ojos reuniendo el valor necesario—. Lo que intento decirte es que...

—Lo sé.

Un jadeo se me escapa. Abro los ojos otra vez, mirándolo con fastidio.

—¿Vas a dejar que lo diga yo o no?

Se echa a reír.

—¿Dónde quedó el amor y el cariño de hace unos segundos?

—Acabas de arruinar mi discurso —argumento. Me cruzo de brazos y giro para darle la espalda—. ¿Qué esperabas?

—Eso se puede arreglar —reprocha—. Mira esto.

Alzo una ceja y volteo.

—¿Qué?

Posa su mano sobre mi hombro descubierto y se acerca para plasmar en mis labios los suyos.

—Un beso, eso esperaba.

Quiero sonreír, pero prefiero dejarlo para después. Arruinar el momento no servirá para recordarlo, a menos que...

—¡Puaaaaaj! —Amira nos apunta con su dedo— ¡Murphy y Jax se están besando!

Muy bien, dejemos el momento romántico para después.

49
Las cosas nuevas que sé de ti

Después del casibeso, terminé vomitando corazones.

Es broma.

En realidad, Jax y yo nos sentamos al pie de la terraza, congelando nuestros traseros y hablando de la vida como si hubiésemos estado en la cita que nunca llegamos a tener.

Uno al lado del otro, hablando como amigos de toda la vida. Mi subconsciente gritaba desde algún lugar de mi cabeza: «ahora te mandará a la *friendzone*». Pero no fue así.

Todo fue muy especial.

En fin.

Mientras estoy esperando al traumatólogo, hago un recuento de las cosas que sé de Jax:

1. Su comida favorita es la carne mongoliana con arroz. Aunque la come poco porque siempre termina comiendo comida chatarra.

2. Nunca le interesaron los videojuegos hasta que un viejo amigo lo invitó a jugar.

3. Nunca tuvo mascotas, pero se llevaba muy bien con el perro de su vecina.

4. Su primera vez fue con una compañera de escuela, cuando era un adolescente que apenas tenía vello facial. El nombre de la chica es Toribia (¿ese realmente es un nombre?).

5. Dice que su película favorita es *Rocky*. Aunque me confesó —bajando el tono de su voz— que, en realidad, su película favorita es *El diario de Noah*. Cito: «Mi sensibilidad es como la de un bebé».

6. Nunca fue bueno escribiendo, sus trabajos los hacían chicas a cambio de besos y algo más.

7. Pensó estudiar algo relacionado con la mecánica en su tiempo, pues

el Teatro le resultaba muy extremista y temía que sus amigos se rieran de su elección.

8. En realidad siempre le gustó el Teatro, por ende, no entró porque a las chicas les gustaran los actores, sino por pasión.

9. El único libro que ha leído por iniciativa propia ha sido *El silencio de los corderos*, de Thomas Harris.

10. Nunca peleó por una chica estando sobrio. (Idiota).

11. Cuando era niño, le costó pronunciar la «erre» y palabras como perro las pronunciaba como «pedro». Eran frustrantes las constantes correcciones que todos le hacían, por eso prefiere a los gatos.

12. Si alguna vez se da la ocasión, quiere interpretar algún personaje de Mika McFly (suspiros) y así conocer sus historias. Le da pereza leerlas. Eso ya lo sabía, pero bueno...

13. Su banda favorita es Gorillaz.

14. Su peinado está inspirado en el de Elvis Presley.

15. Jax imita al rey del rock a la perfección. La abuela chilló al pillarlo bailando.

16. Se considera alguien con suerte.

17. Teme querer mucho.

18. Aprendió a tocar guitarra gracias a *ella* (la madre de su supuesta hija).

19. Todavía no está preparado para enviarme con *ella*. La misteriosa chica que le rompió el corazón a Jax continúa estando en el tablón de ajedrez, inquietando tanto su existencia como la mía.

20. Es bueno ocultando cosas.

Recuerdo a la mujer pelirroja que vi cuando me accidenté. ¿Ella es la mamá de Sharick? De ser así, ¿por qué tanto misterio? Ya nos vimos una vez. Dos, contando el karaoke.

Miento: tres veces, cuando la vi con Cole. Lo más lógico es creer que ella no es la mamá de Sharick, pero entonces ¿quién es?

—¿Murphy Reedus? —una mujer de traje blanco me llama. Elevo la cabeza junto con las cejas en su dirección—. Es su turno.

Asiento dejándole a Maya, que está durmiendo, el libro *Derechos de amar*, el mismo que tiene una dedicatoria completamente alucinante, como

la anterior.

«Para La Caperucita Roja».

¿Esperaban algo más? Siendo sincera, creo que esta vez, el que Jax se haya acordado de mí en Navidad y dedicara su tiempo para que Mika firme, resulta muy especial.

Me estoy volviendo una tonta enamorada. ¡De verdad comenzaré a vomitar corazones y gomitas de colores!

Basta.

Golpeo el hombro de Maya para que despierte. Asustada y desorientada, seca la saliva que se acumulaba en la comisura de sus labios, mira hacia los alrededores ubicándose, me busca y hace una mueca.

Intentaré no juzgarla, después de todo fue la única que aceptó acompañarme.

Hoy le diremos adiós a Denny.

—Sostén mi libro y cuídalo con tu alma —le ordeno tan seria como un moái.

Me encamino a paso de tortuga hacia la enfermera que me llamó, luce impaciente esperando a que llegue.

Ella debe ver a una pelirroja caminando en cámara lenta. Para mí este momento es similar a cuando el hombre pisó la luna por primera vez.

Un pequeño paso para la enfermera, un gran salto para Murph.

—Murph, si no te apuras, te dejaré aquí tirada para que los jotes vengan a devorar el poco trasero que tienes —dice Maya a mi espalda.

Pasa el rato y ya estoy cargando a Denny en mis brazos, como si se tratara de un bebé recién nacido. Soy una madre despojada de su pequeño. Vi cómo la partieron en dos con una sierra que casi me provoca un paro cardiorrespiratorio. Vamos, estaba tranquila con mi pierna estirada cuando el doctor demoniaco se giró con una sierra. Dentro de mi desesperación terminé cayéndome de la camilla, estrellando mi trasero contra el suelo. El demonio en la tierra detuvo la sierra mientras la enfermera, horrorizada, hizo lo posible por levantarme.

En una pequeña sesión psicológica —muy improvisada— llegó a decirme que no tenía de qué preocuparme, me aseguraron que mi pierna no terminaría partida en dos. Palidecí buscando alguna forma de controlar mi

sudor excesivo. Apreté los ojos, dientes, manos y hasta el trasero. La sierra volvía a sonar.

Todo acabó en el momento exacto en que mi alma se separaba de mi cuerpo.

El demonio iba a tirar a Denny, por lo que decidí quedármela.

Eso es amor puro e inocente.

—¡Tira ya esa cosa!

—Denny es importante para mí, ¿cómo puedo despojarme de mi pequeña? ¿Sabías que daba buenos pisotones?

—Sí, y también caminabas como una anciana —Maya arruga su nariz, mirando mi debilucha pierna—. Cariño, no quiero ser mala, pero tu pierna necesita una buena depilada. Ahora.

Me inclino para mirar. En efecto, mi pierna puede pasar perfectamente por la de un oso.

—No puedo caminar como Dios manda, Maya. Mi pierna se siente tan débil. Creo que en cualquier momento se romperá.

—Debiste traer unos jeans —hace un extraño ruido con su lengua, como el de un insecto, negando con la cabeza—. La señorita trajo zapatillas, un libro, pero olvidó los pantalones.

—A mí no me da vergüenza enseñar que tengo una pierna velluda, es algo natural y se justifica.

La rubia adelanta el paso para salir hacia la acera. Los autos pasan, ninguno muy interesado en detenerse. Camino atrás de Maya, con la pierna volando a mi lado. Realmente se siente extraño. Muy extraño. Jadeo y me apresuro en llegar al lado de mi amiga.

Sin embargo, una voz sacude mi mundo.

No, no, no, no...

La voz cautiva que ha llamado se corta y ahora, la suple una corriente eléctrica que despide mi hombro cuando una mano se posa sobre él. La presencia de un tercero hace su escena. Una pulsera con el dije de una guitarra se vislumbra entre el choque de los vagos rayos del sol.

—Cole Anderson —pronuncio, e inevitablemente la imitación barata que hizo de mí se cuela por mi cabeza como una bala. Recordar aquel extraño suceso me provoca un sabor agridulce que se balancea entre la

incredulidad y la comprensión.

—¡No puede ser! —exclama con sorpresa al dar con Denny en mis brazos. Se echa su cabello relativamente largo hacia atrás y luego toca el yeso—. Denny ha muerto.

—Ahora mismo creo que está agonizando —contesto con melancolía.

Maya retrocede hasta nosotros refunfuñando mientras sus tacones chocan con el pavimento y emiten un sonido placentero.

—¿Tú también crees que esta... —mi querida amiga busca la mejor palabra para describir a Denny, observándola con el ceño fruncido— cosa tiene vida o algo por el estilo? Cuando quieran busco a un colega para que los atienda, eh.

Ahora que Maya está aquí, con Cole presente, puedo volver hacia atrás en el tiempo, a ese momento en el que me habló de Cole y nos presentó. ¿Sabía ella lo de Cole y su fetiche?

A juzgar por cómo se relacionan, y sabiendo que mi mejor amiga no me presentaría a un sujeto que evidentemente está enamorado de otra persona, no lo sabe.

—Es una descuidada —sentencia Maya mirándome cual Slytherin a *muggle*—. No lo digo porque cruzó con luz roja y terminó con un yeso, sino porque ni siquiera recordó traer pantalones. Mira su pierna.

Intento colocar una pierna detrás de la otra para que Cole no logre ver mi nueva moda.

—Cállate, Maya —farfullo—. Cole ni siquiera se había percatado.

—Descuida —pronuncia Cole sonriendo entre dientes—, es algo natural y casi no se nota.

—Casi —remarca Maya cruzándose de brazos.

Tomo una bocanada de aire pronunciado silenciosas maldiciones.

—¿Qué pasa contigo? —recrimino—. Estás peor que nunca.

—Así me pongo cuando tengo hambre. Y me duele el trasero. ¿Nos vamos ya?

Compadezco a la persona que salga con Maya, pues será alguien que tendrá que desarrollar mucha paciencia y serenidad.

—¿Van a sus casas? Porque a la vuelta están los chicos de la banda en una camioneta y podríamos llevarlas —agrega.

Miro a Maya y finalmente asentimos.

Llegar hasta la camioneta es un suplicio. Mi pierna se siente flácida, velluda y ligera como una pluma. Mis pasos cortados hacen que Maya y Cole se adelanten en lo que parece ser una carrera que evidentemente no ganaré.

—Necesito un poco de ayuda acá —informo—. Gracias.

Mi lentitud impacienta a Maya, que comienza a golpear el pavimento con un pie, cargando su peso en una cadera y cruzándose de brazos. Cole, como siempre tan altruista, se acerca para ayudarme.

—A la orden, capitana —dice haciendo un gesto militar. Busca un sitio de donde agarrarme y termina deslizando su mano por mi cintura, apretujándome contra su firme cadera. El tacto frío de su mano me provoca la inesperada piel de gallina.

Maya se adelanta dándonos la espalda, entonces mi yo chismosa no puede evitarlo y se apodera de Murph.

—¿Maya sabe sobre...?

—No —responde abruptamente—, ni pretendo decirle. Eso que te conté es muy íntimo, te agradecería que no le contaras a nadie.

—Descuida, no soy una bocona.

—Gracias.

Una sonrisa dulce se agranda en el rostro de Cole.

—¿Qué hacías por acá? ¿Ocurrió algo? —pregunto cambiando de tema.

—Nada grave; problemas con la comida de...

De pronto, una masa borrosa pasa por el rabillo de mi ojo. Cole desaparece de mi vista y todo contacto con su persona se desvanece. Es el grito ahogado que da, el que por acto reflejo me incentiva a hacer un seguimiento para descubrir qué rayos ha pasado.

El olor a limón invade mis fosas nasales cuando Jax hace un nuevo movimiento empujando a Cole. Mi corazón amenaza con salirse.

—¿Qué demonios...

La cara de Cole se voltea por la intensidad de un golpe y, en un pestañear, Cole se lanza sobre Jax.

Ahora es Jax el que tiene la cara golpeada. Aprieta sus puños con fuerza e intenta interceptar un golpe bajo que Cole logra esquivar. El forcejeo entre

ambos no tarda en llegar.

—No te atrevas a ponerle un dedo encima a Murph —dice Jax entre dientes—. Farsante de mierda.

—¿Farsante, yo? —pregunta—. Eres tú el que se las da de galán, siendo que todos en la universidad conocen tu reputación.

La fuerza de ambos cuerpos culmina sin tener un vencedor. Otra tanda de fallidos golpes los une. Las personas comienzan a percatarse de la pelea y mis intentos por detenerla.

—No te hagas el santurrón, te vi besando a la rosadita de tu banda —agrega Jax.

La sorpresa invade a Cole, quien pierde esta ronda y termina cediendo a la fuerza de su contrincante. Jax se aprovecha y arremete con otro golpe, pero me adelanto a su jugada; el puño de Jax se estrella contra Denny provocando que la pobre vuelva a partirse en dos. Un quejido de dolor asalta los labios de mi compañero de Expresión Vocal.

Cole, por su parte, toca con sus dedos la comisura de su labio donde impactó el segundo golpe de Tenorio. Una mancha de sangre tiñe las yemas de sus dedos.

—¿Estás bien? —le pregunto tomándolo desde el brazo para examinarlo mejor.

Un efusivo movimiento con su cabeza me deja claro que sí lo está. Maya lanza un grito eufórico hacia el cielo después de contemplar la escena y se acerca a pasos agigantados que la hacen ver como una mamá que arremeterá contra sus dos hijos.

—¿Un «estás bien» para él y nada para mí? —pregunta Jax.

—Oye, fuiste tú el que llegó por arte de magia y empezó la pelea.

Recuerdo que papá siempre dice: «Si alguien inicia una pelea y la respuesta son golpes, entonces ambas partes tienen igualdad de culpa. Una pelea necesita dos o más personas, no funciona de a uno». Recuerdo que nos dijo eso cuando Jollie y yo nos agarramos de las mechas jugando Monopoly.

—¡Yo estaba defendiendo tu dignidad, Suicida! —se excusa con dramatismo.

—¿De qué demonios hablas? —interviene Cole torciendo sus cejas y

abriendo los ojos como huevos fritos.

—Que estás interpretando el papel de Príncipe Azul cuando eres incluso peor que yo —recrimina Tenorio. Sus ojos azules van desde Cole hasta dar conmigo—. Este sujeto sale con la tipa de su banda, te ha estado engañando todo este tiempo.

Mi cerebro emite un clic conjugando todos los cabos sueltos y entendiendo qué pasa. Lejos de ser una escena de celos, es una muestra efusiva de idiotez. La segunda neurona de Jax Wilson ha muerto, señores, mi más sentido pésame.

—Ya lo sabía, desde antes de Navidad —explico—. Y Cole no intentaba engatusarme, solo me ayudaba.

Válgame, Jax sí sabe cómo agregarle una pizca de adrenalina a un día común y corriente.

—Exacto —se une Maya—. ¿Sabes que hay algo que se llama conversar?

El ego de Jax se asoma lentamente al caer en cuenta del ridículo que acaba de hacer. Se pasa su mano por el cabello para despeinarlo, sus hombros se enderezan junto con su espalda. Eleva un tanto su barbilla y sonríe.

—¿Y qué tal todo? —pregunta.

—Perfecto hasta que un troglodita hizo su aparición —hablo, colocando mi mano como visera y moviendo mi cabeza de un lado a otro—, ¿lo has visto por aquí? ¡Oh...! —exclamo deteniéndome frente a él—. Aquí está.

Cole se agacha para recoger los restos de Denny. Se lo recibo aprisionándola otra vez en mis brazos.

—Ahora volvemos a casa —agrega Maya girándose, cual diva de Hollywood. Su largo cabello por poco choca con la mejilla de Cole.

Emprende su caminata hacia la camioneta y Cole le sigue detrás. Le doy una mirada recelosa a Jax para que se disculpe con el músico.

—Eh, Cole —se precipita a gritarle—. Siento el malentendido, ya sabes, son los impulsos.

La respuesta que obtiene se limita a un movimiento de cabeza. Yo comienzo a seguirlos detrás, cojeando, pero Jax me detiene con un silbido que me hace parecer un perrito.

—¿No quieres invitarme a tu casa? —me pregunta.

—Sí.

—¿Quieres? —vuelve a preguntar con incredulidad.

Alargo mi mano y le doy dos palmaditas en su hombro.

—No —reniego—, sí a que no quiero.

Antes de girarme para huir lo más rápido posible, vuelve a detenerme.

—Casi me rompes la mano con Denny, merezco una compensación.

Me largo a reír soezmente.

—Si te giras lograrás ver que ese edificio enorme es un hospital y tratan toda clase de heridas —le informo—. También tratan enfermedades mentales, por si te interesa. ¡Estás enfermo!

Como podrán imaginar, hago caso omiso al ingenioso trato de Jax por querer hacerme responsable de su agresividad injustificada. Sin embargo, el casanova no desiste de su autoinvitación.

—¿Por favor?

Suspiro.

Le informo a Maya y Cole de mi cambio de plan, diciendo que Jax —quien está guardando su distancia de la camioneta y los amigos de Cole— me llevará a casa en su moto.

Ya todo termina cuando llegamos a casa.

Moribunda, me quito el casco. Jax baja y me mira atento.

—¿Qué pasó que estás tan pálida?

Se burla de mí, sabe que odio su moto.

Paso de él adentrándome al antejardín de la casa, abriendo la reja. Una vez frente a la puerta, golpeo para que me abran.

Naomi aparece enseñando su maquillaje corrido. Recién se está levantando al parecer.

Los trillizos aparecen tras ella y me abrazan con sus bonitas sonrisas. Con gestos curiosos me piden mostrarles a una moribunda Denny, la que les entrego lloriqueando por dentro.

La casa se sume en un silencio absoluto que da miedo. Le hago un ademán a Jax para que me siga hasta la cocina.

—Limpia la sangre de tus nudillos, iré por algodón y alcohol.

Jax asiente dirigiéndose al lavaplatos.

Voy al baño y busco detrás del espejo algodón, venditas y alcohol para desinfectar los nudillos por si acaso. De vuelta en la cocina, Jax se está mirando los nudillos y toqueteando la zona.

—¿Puedo preguntar qué hacías en el hospital?

—Tuve que hablar con alguien —contesta sin muchos ánimos. Un resoplido se le oye al final de la frase. Destapa la botella de alcohol y vierte un poco del líquido sobre el algodón. Con su cabeza gacha, alza su vista y sonríe—. ¿Y eso? —señala con su barbilla mi pierna.

—¿Esto? Es una protección contra el frío invierno. Muchas mujeres, como podrás irte enterando, solemos dejarnos las piernas sin depilar.

Invierno + flojera + pantalones = pantis de pelos.

—Esa es la peor excusa que oí para justificar la flojera —sentencia, pasando el algodón sobre sus nudillos—. Tú eres especial y decidiste que fueran medias.

Entrecierro los ojos y me cruzo de brazos, apoyando mi espalda baja contra una encimera.

—¿Ya terminaste con tu mano? Puedes irte. Adiós.

—Tan fría... —hace un puchero—. ¿Y así dices que te gusto?

—No necesitas recordarme cada dos minutos lo que siento por ti.

Ríe de nuevo. Un quejido colma su boca y cierra un ojo torciendo sus cejas. El efecto del alcohol está haciendo de las suyas.

—Otra cosa nueva que aprendo de ti, eh —dice para luego soplar sus heridas.

Recuerdo nuestra plática en la noche de Año Nuevo. Él me contó muchas cosas sobre él, pero no me dejó contarle sobre mí porque prefería descubrirlo por sus medios.

—¿Cuántas llevas? —pregunto.

—Muchas.

—Ese no es un número —recrimino mostrándole las vendas.

—Llevo catorce —confiesa tornándose serio.

Es esa faceta de Jax la que me pone inquieta, revuelve mi corazón y lo sirve de cena para ustedes. Abre su boca para decir algo a la vez que pretendo hacer lo mismo.

Su teléfono nos interrumpe. Algo impaciente, Jax saca su móvil del

bolsillo, le da un vistazo a la pantalla y luego me mira con desconcierto. Oculta el celular contra su cuerpo y se recompone.

—Tengo que irme.

Se dispone a salir por el arco hacia el pasillo; sin embargo, lo detengo.

Mis dedos lo agarran por la chaqueta de cuero. Mi mano se tensa con su reacción; Jax se gira. Pienso en *ella.*

Quiero preguntar si realmente se trata de esa persona, si aquel espectro que lo atormenta acaba de llamarlo. Necesito preguntar si está dejando mi casa, en la que tanto entusiasmo puso para que lo aceptara, por una ella que ni siquiera le mostró indicios de quererlo... o desearlo. No quiero ser el premio de consuelo.

Abro mis labios para preguntarle, porque mi Murph lo exige a gritos. Yo no puedo callar y contenerme.

—Uhm... —me remuevo, bajando mi mano, liberándolo de mi deliberado agarre—. Gracias por traerme.

Traidora, cobarde.

—Si quieres un beso de despedida solo tienes que pedirlo.

Genialoso. Jax y sus interpretaciones.

Una carcajada muy fingida se oye desde el pasillo.

—No en mi presencia —dice papá, haciendo su aparición.

Le hace un ademán a papá en señal de saludo, y el cabecilla de la familia se lo regresa elevando su mentón justo en el momento que entra a la cocina. Se planta junto a mí y pasa su brazo por mi espalda para apretujarme contra él.

—Ay, papá... —me quejo sacudiendo mi cuerpo para que me suelte. Cuando por fin lo hace, cojeo hasta Jax para empujarlo por la espalda, incentivando su salida.

—¿Qué? —pregunta papá, encogiéndose de hombros—. Estoy poniendo límites, es lo que cualquier padre haría —ahora se inclina de forma confidencial, como si la persona de quien cuida mi integridad no estuviera aquí—. Ni siquiera me ha pedido permiso para salir contigo.

Jadeo.

—Ni lo hará, no estamos saliendo.

Arrastro a un conmocionado Jax. Papá se pone a dramatizar sobre

nuestro supuesto beso y a contar las veces que, mientras estuve enyesada, nos encontró viendo películas acostados en mi cama; también enumera las desapariciones y encuentros, entre otras cosas que no logro oírle al llegar a la puerta.

Le echo un rápido vistazo a los trillizos, que todavía se entretienen con la moribunda Denny, antes de salir de casa. La paz de la calle desierta es un signo apacible de una victoria momentánea. El silencio aguarda para una incómoda despedida.

Jax se da media vuelta para quedar frente a mí.

—¿No estamos saliendo?

Casi me atraganto con mi propia saliva.

—Claro que no —contesto. Jax eleva sus cejas como si todo este tiempo creyera lo contrario. Sus ojos azules se ven oscuros, ocultos de la precaria luz del sol que nos brindan las espesas nubes grises—. No me tendrás de novia hasta que lo pidas de tu boca —expongo—. Hasta que puedas y te atrevas a expresarte abiertamente.

—Pero si soy muy abierto contigo, en el buen sentido de la palabra —aclara con mi desconcierto.

Sí, ha sido una persona abierta, dispuesta a contarme cosas que, probablemente, no ha hecho con cualquiera —como el tema de Penny (o Anastasia), como que le rompieron el corazón y el tema de Sharick—, pero más allá de eso, jamás aclaró lo que siente por mí.

—No eres lo suficientemente claro.

Estoy entre la duda y el enjambre de preguntas que me ahogan. Si soy una amiga o, simplemente, otra persona con la que puede compartir sus labios. Todo me es confuso. Odio la incertidumbre de no saber qué soy para él.

—¿No soy lo suficientemente claro? —vuelve a preguntar como si mi duda fuese una ofensa.

—Sí, nunca has dicho lo que sientes por mí —explico—, sigues tratándome como a una amiga.

—Te dije que no tenía problemas con pasar el resto de mi vida contigo.

Pero un «me gustas» fuerte y claro no me vendría nada mal.

Suspiro con pesadez.

—Por favor, Jax Amadeus Wilson —que pronuncie todo su nombre le provoca una mueca—, esa es una más de tus tácticas para conquistar chicas. No olvides que te conozco desde la cafetería.

Cuántas veces le escuché decir lo mismo a diversas conquistas.

—Además —continúo—, no quiero ser la segunda opción. No quiero ser el premio de consuelo —bajo la voz ante su reacia reacción—. Sigues ocultando cosas y, sin confianza, no hay nada, solo una amistad muy extraña.

El silencio que nos regalaba la soledad de la calle se transforma en un arma que apuñala.

—¿Eso es lo que piensas?

Su pregunta es un susurro casi desgarrador.

—Es lo que pienso porque así es. ¿Acaso has visto cómo te tornas cuando hablas de la chica que te rompió el corazón?

Tensa su quijada. Su manzana de Adán sube y baja. Está nervioso.

—No.

—Deberías —acuso—. Y teniendo en cuenta esto, sabiendo que aún la quieres no puedo evitar que me gustes. Es frustrante ver que la persona con la que te encariñaste tiene ojos para alguien más. Si no superas el pasado, no vas a vivir el presente. O incluso, el futuro.

Jax se pasa las manos por la cara con exasperación, como si no pudiera creer lo que estoy diciendo. Cuento los segundos en los que permanece con sus manos en el rostro, fregándose la cara en un intento por, creo yo, conservar la paciencia. Finalmente, se queda quieto y da un paso para quedar tan cerca que debo estrellar mi espalda con la puerta.

—Sybill Quaid es su nombre. Tiene veintidós años. Vive en Wall P. Street, número 51; es una casa amarilla con muchas flores en el antejardín. Ella vive allí.

Las palabras de Jax resuenan en mi cabeza como un villancico navideño. Trato de conservar la calma mientras repito el nombre de la chica que tiene el corazón de Jax, pero un beso en la mejilla me deja sin habla y pensar.

Detallo cada uno de sus movimientos: camina hacia su moto, se sube, se coloca el casco y luego enciende el motor. Un movimiento involuntario en

mi mano hace que reaccione y me ponga en marcha para preguntar qué debo hacer, cómo debo actuar, qué necesito decir. Sin embargo, el sonido de la moto se pierde por la calle, dejándome en un mar de dudas. En cualquier momento me ahogaré.

50
La casa amarilla

Ha pasado casi una semana desde que Jax me dijo el nombre de *ella*. Después de todo este tiempo guardándolo al fin ha confesado. Creo que lo hizo como una forma de escape. Por otro lado, no puedo sacarme de la cabeza que algo quiere contarme, pero no puede, no sabe cómo. ¿Qué intenta decirme?

Luego de meditarlo, estoy dispuesta a hacerle frente a Sybill, pero... ¿es el momento adecuado? Me aterra descubrir qué hay detrás de todo esto; los motivos por los que Jax no se atreve ni a buscarla, por los que vive huyendo de su antiguo amor.

Un reencuentro con la persona que te destrozó el corazón nunca es fácil.

A veces me pregunto qué habría ocurrido si no hubiera aceptado la petición de Jax. Qué estaría pasando ahora mismo con su persona de no haber accedido y puesto mi condición. Quizá todo iría mejor y la cabeza no me sería una mierda, en todos los sentidos de la palabra, porque tengo dudas y una cabellera esponjosa a causa de la falta de acondicionador.

Maravilloso.

—Ve y descubre qué ocurre.

Apoyo mi frente en los barrotes de la celda en donde duermo... digo, los barrotes de la ventana. Tony está asomado desde su casa, comiendo un pedazo de pan con jamón.

—Me da algo de miedo. ¿Y si empeoro las cosas?

—Culpa a Jax, fue él quien te pidió hablarle a esa tal...

—Sybill —le ayudo—. ¿Qué puedo decirle? Estoy muriendo de curiosidad.

Tony da el último mordisco al pan, mastica y traga a una velocidad alucinante y se aclara la garganta, inflando su pecho cual paloma.

—Hola, soy Murphy Reedus y estoy enamorada de la persona a quien le

destruiste el corazón —me imita de mala forma.

Seamos sinceros: eso suena a algo que podría decir.

—Uh —me quejo—, de actor te mueres de hambre, Tony.

—Sí... por eso creo que aceptaré la beca. ¿Crees que tenga una posibilidad de decirle a Chloe sin que me maten tu papá y Finn?

Lo medito unos segundos y pienso en posibles reacciones, pero en todas Tony termina mal.

—¿Sabes? Existe internet, no tienes por qué terminar con Chloe, puedes tener una relación a distancia.

Un chasquido se le escapa.

—Ese tipo de relaciones no duran.

Pienso en Michi y su novio, el amigo de Jax, aunque cada vez que hablo con ella por internet y el foro de *Más allá de la Tierra*, solo me dice cosas macabras con las que torturaría a su querido novio. En vista de eso, dejando de lado su parte salvaje y morbosa, llevan una buena relación.

—Conozco personas que sí tienen una relación así y siguen viéndose después de años.

—Suerte, nada más.

Gruño colocando mis manos en la reja.

—No seas pesimista.

Alguien llama a Tony. Los ojos marrones de mi vecino adolescente se abren a la par entre el asombro y el miedo. Es su madre.

—Debo irme —informa.

—Ten cuidado.

—Igualmente. Suerte.



Bajo del bus que me ha dejado en Wall P. Street.

Por suerte mi cojera ya es casi nula. Mi paso se asimila al de una persona normal; he vuelto en gloria y majestad. Ahora lo único que me da incertidumbre es conocer a la tal Sybill Quaid, la madre de Sharick y vieja amiga de Jax.

La calle se ve tranquila. En la lejanía se puede ver parte de las vías del metro. Las casas son todas diferentes, con un enorme antejardín que la nieve cubre. Los autos aparcados son muy pocos y se nota que es un sitio donde no transitan muchas personas en coche. A diferencia de donde vivo, aquí no hay ni un árbol, así también los decorativos navideños que le fascinan a mi familia.

Solo tengo la descripción de Jax: casa amarilla y con flores, número 51.

Mis pasos son lentos, atenta a cualquier movimiento y avistamiento de dicha casa. Guardo la hoja con la dirección que anoté después de salir de la conmoción, aquel día en que Denny agonizó en manos del traumatólogo y luego en manos de los trillizos.

Me cubro la boca con las manos y les doy un poco de calor. Mi nariz me duele con el aire frío. Un ataque de estornudos provoca que cierre mis ojos a la fuerza.

Continúo caminando y por fin doy con mi destino.

La casa es de un piso, no tiene rejas de protección, está llena de flores y plantas secas en el antejardín. Unos arbustos muertos por el frío invierno forman un caminito hacia la puerta blanca. Por fuera, todo luce mal cuidado, como si no importara mucho.

Trago saliva. Inhalo y exhalo preparándome para dar el primer paso hacia la propiedad y no salir huyendo. La sensación es similar a cometer un delito o encarar al peor de tus enemigos.

En estos momentos pienso que debí haber preparado algo. Una semana más de reflexión no sería mala idea, de todas formas, estoy a tiempo de declinar y salir corriendo.

No, tienes que hacerle frente.

Respiro y golpeo pausadamente, saboreando los nervios. Mi mano tiembla al bajarla. La espera me parece desoladora.

Cierro los ojos y suspiro, haciendo un preparativo mental, como en los tiempos en que estudiaba y no gozaba de vacaciones. La calma inunda mis venas hasta que el rechinido de la puerta irrumpe en ellas. Abro los ojos de golpe; una mujer joven de cabello azabache me observa curiosa.

—¿Sí?

—Estoy buscando a, ¿Sybill?

Mi inseguridad en el nombre provoca que la chica se ponga a la defensiva.

—¿Para qué y quién la busca?

—Soy Murphy Reedus, amiga de Jax Wilson.

El cierre de la puerta es instantáneo. Es el único ruido que causa eco en la calle. Me quedo de pie esperando a que suceda algo, que me vuelvan a abrir. Nada pasa.

Aprieto mis puños debatiendo si quedarme o marcharme.

—¡Estoy sola! —grito causando más eco que el portazo—. Probablemente ni siquiera sabe que estoy aquí...

Bajo la cabeza asumiendo que ya no abrirán, que gasté saliva y dinero en vano. Bueno, al menos sirvió para ejercitar mi pierna.

Me dispongo a dar la vuelta y marcharme por donde vine. Una discusión en el interior de la casa capta mi atención y declino la idea, entonces la puerta vuelve a sonar y se abre.

La mujer de cabello azabache no es la que abre, sino alguien más.

—Soy Sybill —pronuncia calmada.

El impacto al verla es obvio, tanto que no puedo disimularlo. Siempre imaginé a Sybill pelirroja, incluso como la mujer que tantas veces encontré. No esperaba encontrarme con alguien completamente diferente.

Como dijo Jax, sus ojos son azules y brillantes, similares a los de él, pero con una chispa que los hace especiales. Su piel es blanca, pálida. Es delgada, quizá demasiado. En sus labios, de una curva muy particular, el rosado no existe. Su nariz es fina, alargada, y parece respirar con la ayuda de un tanque de oxígeno. No tiene cabello, pero un gorro de lana cubre su cabeza. Sybill anda en una silla de ruedas.

No hay dudas, tiene cáncer.

Esto cambia todos los parámetros del prejuicio que me creé sobre su persona.

Sybill hace un gesto esperando a que hable.

—Hola —saludo con una sonrisa destructiva, tan fatal que Sybill lo nota —. Soy Murph, la amiga de Jax.

—Eso oí —sonríe con gracia—. La pregunta es: ¿qué haces aquí? Dijiste que no vienes de su parte.

Perfecto, ella está haciendo las preguntas.

—Él solo me dio tu nombre y la dirección de esta casa. Yo... —bajo la voz sintiéndome una idiota—, quería conocerte.

—No hay mucho que conocer de mí, además no me queda mucho —alguien la regaña desde el interior de la casa—. A algunas personas no les gusta el humor negro. ¿Quieres entrar, Murphy Reedus amiga de Jax Wilson?

Asiento.

Otro regaño se escucha del interior, esta vez destapa una sueva risita por parte de Sybill. Asiento metiendo mi mano en el interior del bolsillo de mi abrigo por precaución.

—Siéntete como en casa —habla con la voz relajada.

La mujer de cabello azabache, que estaba sentada en la mesa, se levanta para perderse en una de las habitaciones. Cierra la puerta y nos deja solas.

—Teníamos chocolate caliente, pero se acabó —informa paseándose frente al sofá que está a mi lado. Al detenerse, sacude su cabeza—. Siéntate, no seas tímida.

Hago caso solo porque ella me da una sensación de confianza muy extraña. Su voz despreocupada y la forma de sus expresiones tan confianzudas no me hacen verla como alguien enferma, sino como alguien que conozco desde siempre. Si siempre fue así, Jax tuvo muchas razones para enamorarse de ella.

—Gracias. ¿Quién es la mujer que abrió? —pregunto.

—Una amiga —contesta— y una de mis enfermeras. Suelen ser dos, pero la otra prefiere cuidar a mi hija.

—¿Sharick?

La sonrisa de Sybill se fractura.

—Veo que Jax te habló de ella. Supongo que tuvo que hacerlo para que vinieras aquí. ¿Cómo está él?

Mi cuerpo se tensa y temo responderle.

—Está bien.

Hago una pausa. Una eterna pausa.

—¿Sigue estudiando Teatro?

—Sí, aunque repitió Expresión Vocal.

—Le pasó por irresponsable...

—Así es él —me encojo de hombros y reímos—. Aunque... —hago una pausa—. Lentamente está cambiando. Está madurando a un paso muy lento, pero lo está haciendo.

—Dicen que a todos les llega su momento, yo soy de las que cree que nunca terminamos de madurar.

Puede que tenga razón. Tal vez la palabra madurar está sobrevalorada o hacemos mal uso de ella. Maduramos por etapas, no de un zapatazo.

Si me detengo en el tiempo y volteo a mirar cómo éramos antes, podemos ver pequeños cambios desde nuestro encuentro en la torre de la universidad hasta ahora. Quizás Jax no haya cambiado mucho, pero influyó para que yo lo hiciera.

—¿Puedo preguntarte algo?

Sybill alza sus cejas rubias, como el cabello de Sharick, prestándome atención.

—Claro.

—¿Por qué no quieres firmar los papeles para autorizar la prueba de paternidad?

Mi pregunta hace que apegue su espalda en el respaldo de su silla. Su rostro pálido y sus ojos sufren un contrapunto que los hace tornar serios y enfadados. El tema de Sharick no parece gustarle, mas no tiene ningún problema en hablar de Jax.

Mueve sus labios como haciendo muecas silenciosas. Su mirada baja hasta un costado.

—No pudiste contenerte, ¿eh?

—Contenerme no es algo que pueda hacer. Lo lamento.

Sonríe de mala gana y yo me sonrojo por mi evidencia. Pasa su lengua mojando sus labios resecos y continúa:

—Jax no se hará cargo, sea o no sea el padre. No quiero que el día en que muera mi hija quede bajo la tutela de un padre irresponsable, que no la desea. Sharick lo es todo para mí y quiero lo mejor para ella. Con respecto a Jax, no quiero obligarlo a nada. A nadie, en realidad. Son mis amigas las que insisten en que firme, ¿ya te habló de las locuras que hacen para obligarlo? Si Jax tiene fama de huir de sus responsabilidades, entonces,

¿qué será de Sharick? Yo solo busco lo mejor para mi hija mientras tenga vida, ¿entiendes? Y hacerlo firmar un par de papeles no hará que las cosas cambien. Mi hija no puede quedarse con una persona como Jax.

—¿Estás afirmando que Jax realmente es el padre de Sharick?

Sybill asiente en silencio secando una pequeña lágrima que cae de sus ojos.

Un crack se escucha en mi interior.

51
Personaje secundario

Cada uno de nosotros vive dentro de una historia. Siempre pensamos o deseamos tener lo que tiene nuestro prójimo más afortunado, vivimos pensando en que nos merecemos mucho más, sin notar que frente a nuestros ojos hay una historia que merece ser contada, una que construimos sobre la base de nuestras decisiones (ya sean buenas o malas). Y así como somos los protagonistas de nuestras vidas, coexistimos como secundarios en la aventura de otra persona, tal vez hasta meros extras. O quién sabe, incluso el antagonista.

Yo tengo mi propia historia, una en donde me determiné buscar al chico de mis sueños. Guiándome por las novelas que, con tanto esmero, leía desde la pubertad, supe que si me enamoraba del chico malo uno de los dos tenía que caer, y terminé cayendo yo.

Podría mentirle a Sybill, decirle que Jax no quiere nada con ella, que sigue siendo el mismo sujeto que huye de sus responsabilidades. Pero las mentiras siempre salen a la luz. Entonces me convertiría en la antagonista, en una celosa. Me adueñaría de una historia que no me pertenece y jamás me perteneció.

No quiero transformarme en la villana, tampoco en la perra sin corazón que quiere al chico para ella. Si tanto me dolió que mamá me dejara, lo mejor es que Sharick no pase por lo mismo.

—Pero...

Las palabras se atoran en mi pecho y el dolor va en aumento. Es la falta de aire la que me impide hablar y pensar correctamente. Sybill ladea su cabeza esperando a que prosiga.

—Pero Jax está dispuesto a ser un padre para ella. Quiere firmar, pero lo hará si tú lo haces.

—Eso no lo puedes confirmar —objeta.

Aprieto mis puños. Quedarme callada parece una opción tentadora, pero sumamente egoísta.

—Lo hará —digo por fin—. Yo se lo pedí y me lo ha prometido. Piénsalo, por favor, ¿qué pasará cuando...

—¿Cuándo muera? —interrumpe de golpe—. Ya he pensado en eso. Si eso llega a ocurrir, cosa que pasará en cualquier momento, mi Sharick quedará al cuidado de alguien más. Lo sé, las chicas siempre me lo recuerdan, por eso buscan tan desesperadamente a Jax para que se haga cargo de Sharick cuando yo ya no esté.

—¿Prefieres enviarla a un orfanato para que personas desconocidas la cuiden? ¡El servicio social no siempre funciona! Allá no todo es color de rosa, tampoco acá, pero si alguien quiere abrirle el corazón a tu hija, ¿por qué negárselo?

—Hace mucho que Jax y yo no hablamos —argumenta, haciéndole una señal a la mujer de antes, que se asomó cuando subí el volumen de mi voz —. Sé que es una buena persona, lo sé. Pero no me asegura que mi hija tendrá un buen futuro.

—Nadie puede confirmarte eso —contraataco—. Y sí, Jax tiende a ser alguien loco en ocasiones, pero está dispuesto a cambiar y aprender. De hecho, está dispuesto a perdonar y a pedir perdón, a no repetir su historia familiar y cumplir con sus responsabilidades. Lo intenta. Quiere madurar y aceptar sus errores.

Paso el dorso de mi mano por mi mejilla. Trago saliva para disipar el complejo nudo que parece aumentar con cada minuto.

Sybill también se limpia el rostro. Su nariz está roja y sus ojos también.

—Dale una oportunidad —concluyo—. No lo hagas porque te lo estoy pidiendo, hazlo por tu hija. Por favor, firma la autorización para la prueba y así comprobar su paternidad; si sale positivo Jax no dudará en hacerse responsable. Te lo aseguro.

Un jadeo se le escapa. Es uno que la saca de sí misma, como si recién lograra digerir todo. Posiblemente yo también me vi en esa situación.

—¿Lo prometes?

—Eso fue lo que él prometió —musito recordando otra vez aquella charla en mi casa, cuando Jax llegó de imprevisto.

Con lo último dicho, es tiempo de retirarme.

Salgo de la casa amarilla con un peso sobre mi pecho. Mi cuerpo, ya acostumbrado al calor del interior, se retuerce con el frío de la calle. Un sentimiento extraño se apodera de mí, es entre angustia, tristeza y la satisfacción de haber logrado algo.

Al cerrarse la puerta camino hacia el paradero.

Para despejar mi mente decido leer los mensajes que me han llegado al teléfono.

El casamiento por el civil de Finn y Naomi está cada vez más cerca, y como la asiática tiene sus excentricidades, no se ha conformado con una comida para celebrarlo, sino que prácticamente quiere resucitar a todos los famosos para que canten en la fiesta. O al menos esa es la pequeña discusión que hay en el grupo que hicimos en WhatsApp.

Cierro el grupo de la familia y deslizo la pantalla hasta dar con una fotografía de Jax y su nombre de contacto, Tu deseo Prohibido. Accedo a los mensajes y después abro el teclado táctil. Espero poder armarme de valor, contarle todo lo que Sybill y yo hablamos, para decirle que llegamos a un acuerdo, que no sé cómo, pero logré convencerla para que firmara. Sin embargo, la angustia se cuela en mi pecho.

¿Qué pasará cuando se vuelvan a ver? ¿Jax seguirá teniendo sentimientos hacia ella? ¿Resurgirá el amor? Si eso llega a ocurrir, entonces ¿qué será de mí? ¿Seré el personaje secundario? ¿La extra?

Por todos los libros del planeta, ¿es qué jamás lograré encontrar mi historia de amor? ¿Por qué no puedo conocer a alguien, ser amigos, enamorarnos y casarnos? Oh, claro, esta es la vida real y por la culpa de los libros he idealizado una historia para que la vida real me dé un martillazo y me diga: «No, rojita, usted no conseguirá a su príncipe tan fácilmente».

Gracias, ya lo entendí.

—Si el que está allá arriba quiere que sea el estereotipo de la mujer soltera con cuarenta gatos solo tiene que decirlo. Me facilitaría el trabajo para que no me esté ilusionando con el amor de mi vida y esas cosas, ¿eh? Solo es una sugerencia —digo mirando al cielo.

Y vaya sugerencia.

Se escucha un sonido horrible que señala que se avecina una tormenta.

De la nada, tras el gruñido proveniente del cielo, las gotas comienzan a caer. Hoy el sujeto del clima no dijo nada sobre lluvias, por lo que salí sin paraguas.

Me pongo la capucha del abrigo impermeable antes de que mi cabello, relativamente peinado, se convierta en un peinado afro.

—Ya entendí la indirecta.

Miro la calle. Todo se ha tornado más oscuro que antes. El bus no da señal de querer aparecer y todo lo que mis ojos ven son gotas cayendo al pavimento.

Me abrazo para conservar el calor de mi cuerpo, entonces el pesimismo de un día extraño me alcanza. Como si mis piernas perdieran estabilidad, tengo que agacharme y juntar fuerza, mientras mi interior se va desmoronando lentamente. La respiración se me va cortando hasta que me duele el pecho. Me cubro el rostro con ambas manos para ocultarlo del mundo. Quiero llorar fuerte, desde lo más hondo de Murphy Reedus.

La chica que buscaba a su amor terminó siendo golpeada por la realidad, dura y sin miedo a quebrarla. La chica que quería su historia épica terminó asumiendo que dentro de la historia a la que decía pertenecer su papel solo era secundario, que ayudaría al protagonista a resolver su problema y ya.

Esa soy yo: el personaje secundario en la vida de alguien que ella consideraba el primero.

Cállate, idiota y deja tu dramatismo. Todavía no sabes qué pasará a futuro, tampoco si Jax realmente es el padre de la niña. Me deprimes.

¿Estoy sonando demasiado pesimista?

Sí, idiota.

Vuelvo a ponerme de pie. El bus hace un cambio de luces. Tengo que fruncir el ceño tanto como la abuela, achicar mis ojos, ponerme las manos de visera e inclinarme hacia adelante para ver si el transporte es el que me deja cerca de casa.

En efecto, lo es.

Lo detengo y antes de subir me sacudo. Pago y busco un asiento, pero todos están ocupados. Ahí es cuando me doy cuenta de que más personas están tan mojadas como yo, que no soy la única con problemas y que, de

seguro, hay gente pasando por situaciones más complicadas que un desamor.

Muy bien, gracias por la lección de hoy.



Hoy sábado, antes de despedir las vacaciones de invierno, tendremos una tarde de chicas para comprar vestidos (algo muy entretenido).

Después de una agitada mañana, donde el trío de locas por las compras buscaba modelos por internet para el casamiento, yo leía la saga que papá me obsequió para Navidad. Tuve que subir el volumen a mi música, ya que Jollie y Chloe no dejaban de parlotear sobre los modelos que les llamaban la atención y Naomi no dejaba de quejarse de los vestidos largos diciendo que eran de monja y de los vestidos cortos diciendo que se vería como una indecente. ¿Quién la entiende?

En cambio mi búsqueda se reduce a que no tenga un escote muy pronunciado y sea cómodo. Fácil y simple.

Las cuatro tomamos el bus. Chloe se sienta a mi lado, saca su consola portátil y se pone a jugar. Jollie y Naomi continúan viendo vestidos desde los celulares.

Después de tomar el metro, nos bajamos a una cuadra y media de la primera tienda. Desde la vitrina se pueden ver maniquíes enseñando ropa con poses exóticas y cuerpos sumamente delgados.

Naomi abre la puerta de vidrio y la dueña nos sonríe apenas nos ve entrar.

—Oh, Dios, pelirrojas y una asiática.

¡Oh, por Dios, cuanta diversidad cultural!

—Buenos días —saluda la futura Reedus.

—Hola, ¿qué tal?

Una música de ultratumba y una voz de ópera que hiela la sangre resuena dentro de mi bolso. Lacrimosa no es la mejor elección de tono de llamada, pero define perfectamente con sus altos y bajos cómo me siento.

—Lo lamento —digo entre dientes, metiendo la mano al bolso en busca del teléfono. Una vez que lo consigo, veo que la llamada entrante es de Jax.

Rechazo sin dudarlo.

Hoy no, Tenorio, hoy no.

—Estamos súper —contesta Jollie luego de la interrupción.

—¡Fantástico! Pueden hacerse una idea de qué bus...

Lacrimosa ataca otra vez.

Aprieto mis dientes mirando hacia el cielo.

Respira hondo, Murph. Inhala, exhala.

Para evitar problemas, silencio el celular.

—Estuvimos viendo modelos por internet, quizá tengas algunos —dice Naomi—. Te los enseñaré.

—Me parece súper...

Cierro los ojos en medio de un gruñido. Mi celular no para de vibrar..

—¿No vas a responder? —pregunta Naomi, fastidiada.

—Prefiero pasar.

—¿Por qué? —curiosea Chloe, ladeando su cabeza al mirarme.

—Estamos escogiendo un vestido para Naomi, ¿no? —esa respuesta es razonable—. Además, también tengo que buscar uno que me quede.

—Tu interés en los vestidos es inexistente —recrimina—. Oye, mira, no te tortures, ve con él.

—¿Cómo sabes que es...

—Porque te brillan los ojos de estúpida enamorada.

—No lo digas así —me quejo—, yo no soy la que se va a casar. Ya me oyeron, no contestaré.

Apago el celular poniendo fin a los insistentes llamados.

De seguro me llama porque habrá leído el mensaje que le dejé después de visitar a Sybill. Estoy siendo una gallina cobarde, ocultándome, pero entiéndanme, después de convencer a Sybill Quaid para que firme, no quiero involucrarme más. Menos ahora que mis sentimientos por Tenorio ven la luz. Hubiera preferido que todo esto se solucionara antes, cuando la disyuntiva por saber qué sentía él por Sybill y por mí no existía.

Supongo que un frío y escuálido mensaje: «Sybill firmará los papeles, pero tendrá que probarte. Quiere que te juntes con Sharick el próximo

domingo. Aquí está su número. Suerte» no le pareció lo bastante detallado. O no captó el mensaje entre líneas que decía: «Yo ya no me meteré».

—¿Qué tal se me ve este vestido?

Chloe sale del probador luciendo un vestido azul eléctrico con un escote en forma de corazón. Sus mejillas están rojas.

—Te ves divina —elogia la vendedora.

—Sí, muy curvilínea —agrega Naomi acercándose a Cuarta para acomodarle el cabello—. Y con un peinado así, mejor.

Sonrío viendo a una confianzuda Chloe girar con el vestido.

—Tercera —me llama. La mujer que nos atiende, que aún no se acostumbra a nuestro apodo incluso después de explicarle los motivos, suelta una sonrisilla—. ¿Por qué no te pruebas uno?

Solo sé que quiero algo sencillo. Recorro con mi mano los vestidos que están colgados sin dar con ninguno de mi agrado. Suelto una mueca de inconformidad, así que, temiendo perder la oportunidad de una venta segura, la mujer —que se presentó como Ruth, ahora que recuerdo— se acerca.

—Yo te buscaré uno ideal para ti.

La rapidez con la que agita su mano por los ganchos es admirable, en serio, ojalá yo leyera tan rápido como sus ojos captan los vestidos.

Sigue su corta travesía hasta detenerse en uno corto de color verde esmeralda.

—Este te quedará perfecto; tiene relleno en los pechos y se ciñe a tu cintura.

—¿Ese «tiene relleno en los pechos» es una indirecta? —digo tomando el vestido. Ruth se echa a reír.

No importa qué responda, sé que lo dijo con esa intención.

Entro al probador vecino donde Chloe se cambió. Dejo mi bolso tirado en un rincón y corro la cortina para encerrarme en ese cuartito estrecho. Empiezo a desvestirme por el abrigo, dejándolo sobre la butaca, luego la camiseta. Mi torso solo queda con mi sujetador con estampados de corazones ya gastados por el uso y el lavado. Resoplo desganada, tomo el vestido desde los hombros y compruebo que no está nada mal. Bajo el cierre de su espalda y me lo pongo desde arriba, sintiendo la presión de no

poder ver nada. Sin mayor esfuerzo, el vestido se desliza por mi cuerpo. Hago a un lado mi cabello y me subo el cierre.

Está lindo. Es un vestido de encaje *vintage* que me llega hasta las rodillas. Su cuello es amplio y el escote no es lo suficientemente pronunciado. El relleno es casi inexistente.

Me gusta. Y me veo *genialosa*.

—¡Murph!

El estrepitoso ruido que emite la cortina al correrse hace que el corazón se me acelere. Una fuerza me obliga a dar un paso adelante, contra el espejo, para no chocar con la figura de un invasor Jax.

—¡¿Qué rayos...?!

Me giro incrédula para reprender a Jax y su desfachatez al entrar aquí. Afuera del probador, los chillidos enloquecidos de las chicas queriendo echarlo quedan en la nada misma cuando procedo a asomarme y decirle que esperen un momento.

—¿Por qué no contestas a mis llamadas? —pregunta en voz baja—. ¿Y ese vestido?

No entiendo por qué siempre nuestras conversaciones son en los lugares más extraños.

—¿Qué haces acá? —pregunto.

—¿Qué haces tú acá?

—Hola, estoy probándome un vestido. ¿Y tú?

—Fui a tu casa y me dijeron que viniste al centro. Te he buscado por todos lados y te encuentro aquí. Bueno, en realidad vi a tus hermanas y supuse que estabas acá.

—Ya me encontraste, dime qué quieres.

La tensión sobre sus hombros desaparece, perfilando a un Jax que no entiende nada. Puedo hacerme una vaga idea de qué quiere preguntar, así que...

—¿Cómo que ella sí quiere firmar?

—Lo sabía. *Taaaan* predecible.

—¿Fuiste? ¿Y eso de «probarme» va en serio?

—Eso dijo ella —respondo—, quiere probar que serás un buen padre. Y tú estás dispuesto a ser uno, ¿cuál es el problema?

—Que tendré que cuidar a una niña que apenas conozco. Y no sé nada de paternidad.

—Ser padre no es algo que se aprenda de la noche a la mañana, solo se hace y ya. Creo. Hay ayudantías, podrías ir a la biblioteca. Recuerdas qué es una biblioteca, ¿no?

Desde el espejo lo veo poner sus ojos en blanco.

—No voy a poder hacer esto solo.

Ahora soy yo la que pone los ojos en blanco.

—Jax, estás bastante grandecito y peludito para hacer esas cosas solo. Eres hombre, actúa como tal y enfrenta esto —acomodo su ropa como una madre lo hace con su hijo; él no se queja, sino que parece reflexivo con mis palabras—. Te haces la prueba de paternidad, cuidas de la niña y le demuestras a Sybill que serás un buen padre.

—Pero te necesito ahí —suplica—, ¿no te das cuenta?

—¿De tu falta de neuronas? —bromeo, aunque eso no hace reír a nadie.

—Que no puedo hacerlo sin ti. No puedo hacer esto solo, yo dependo de ti.

El corazón me da un vuelco. Maldigo internamente su nueva habilidad para hacerme chillar de emoción con un par de palabras. La pérdida de cordura cuando se está encaprichada debería considerarse un pecado capital.

—Te ayudaré con la niña, pero tú enfrentarás solo lo de la prueba de paternidad. Esto será la último que haré por ti.

52
¿Idiota o gentil?

Otra vez aquí: atrapada entre los regaños de mi querida amiga Maya, quien no se guarda las cosas. A veces me pregunto cómo logramos mantener nuestra amistad teniendo unas personalidades que chocan y sacan chipas. Supongo que se debe a que ninguna de las dos se miente y siempre nos decimos las cosas, aunque eso traiga problemas. Teniendo esto último en cuenta, no debería ofenderme con su apático comentario.

Como lo suponía, ella no considera nada correcto que ayude a Jax cuando, todos sabemos —y creo que ustedes también opinan lo mismo— es algo que necesita enfrentar solo. Pero no puedo negarme. No olvidemos que me regaló no uno, sino dos libros con la dedicatoria de Mika McFly. Considerando aquellos minúsculos gestos y sus detalles, ¿cómo podría negarme? Mi deber de heroína me obliga a ser alguien de bien, aunque suene tan estúpido como para enterrarme viva.

—Tú eres la persona o más idiota o más gentil del mundo.

—Lo segundo.

—¿Lo segundo? —repite con incredulidad, quitando sus manos portadoras de enormes garras pintadas de rosa de su rostro—. ¡Vas a salir con la hija de la enamorada de Jax! —ahora se frota la sien.

—Todavía no sé si continúa enamorado de ella o le gusto yo.

Esa duda es una carga que necesito quitarme de encima, definitivamente.

—Veamos, Murphy.

Maya me hace introducirme en su juego de psicóloga-paciente, donde la sala de su casa se transforma en una oficina y yo estoy preparada para que me informe, punto por punto, los motivos para encerrarme en el manicomio. Cruza sus largas piernas, apoyando su espalda en el respaldo del sillón.

—Puede que a Jax le gustes, puede que lo de «dependo de ti» sea cierto; ambos se han ayudado mutuamente y él debe apreciarlo tanto como tú lo haces, pero hay una delgada línea que él no tiene que pasar, y lo está haciendo.

—¿Cómo? —cuestiono, haciéndome un ovillo sobre el sofá.

—Depender de una persona puede sonar lindo y agitar corazones, pero no quiere decir que sea algo bueno. Ser dependiente de alguien no es sano, o se transforma en una carga o esa misma persona dependiente termina independizándose, ¿comprendes? No sería amor, sino conveniencia, y ni siquiera mutua. Es algo tóxico.

Me desparramo sobre el sofá hasta quedarme como lo haría un paciente en el sicólogo. Mis manos sobre mi vientre se sienten calientes; comienzo a juguetear con mis dedos para ocuparme en algo más que asimilar las dos opciones que Maya ha dictado.

—¿No hay más posibles motivos?

—Tal vez, querida. Puede que yo sea la equivocada y él tenga buenas intenciones. Quizá necesita cerrar su pasado y te busca en el futuro, por eso esa mañosa necesidad de tenerte a su lado. Solamente lo sabrás si le preguntas.

—Se lo preguntaré —anuncio, sentándome otra vez.

—¿Cuándo? ¿Cuándo lo estés ayudando con sus problemas de padre e hija?

—A su debido tiempo.

Me pongo de pie casi de un salto y camino hacia la lujosa puerta de los Sonne. Es domingo y ya es tarde.

—Suerte entonces. Y si Jax te rompe el corazón, sabes dónde encontrar a la doctora corazón experta en amor.

Podría jurar que el guiño que acaba de hacer con su ojo sonó con un cómico «tin» de caricatura y el típico brillito se asomó por el rabillo.

Haré oídos sordos a la autopromoción que acaba de hacerse. No creo que haga falta recordarles las desdichadas citas con los chicos que Maya me presentó.

Mejor dejo de pensar en cosas absurdas y me preparo para el regreso a la universidad. Oficialmente, mañana será un lunes alocado y le diremos

adiós a nuestras lindas vacaciones de invierno.

El nuevo horario de la universidad es horrible, partiendo por la asignatura de Maquillaje. ¿Pueden hacerse una idea de quién reprobará ese ramo? Acertaron. A menos que el examen final sea como maquillarse igual a un zombi, entonces creo que me eximiré sin problemas.

Pero lo dudo.

Se vale soñar.

Después de Maquillaje —que para mi fortuna solo es una hora y media — me toca volar hacia el otro lado del campus al gimnasio para Rítmica (¿eso será como yo me lo imagino?) y luego volar otra vez a la clase de Historia del Arte; tenemos media hora libre para entrar a Historia del Teatro Universal y finalmente Introducción a la Actuación.

El jueves será el único día relajado —ojo, dije «día» porque los demás saldré tarde— y coincidiré nuevamente con el unicelular en Expresión Vocal. También podré volver a encontrarme con el profesor Leyton, que hace siglos no sé de él.

La última noticia que Dell nos dio de su extraña relación fue que terminaron siendo amigos con derechos. La futura enfermera dijo que las cosas entre ellos ya no funcionaban —y especificó muy bien a qué se refería con «las cosas»—, así que antes de acabar como enemigos y odiarse, prefirieron cortar. Como la idea fue de Dell, apuesto mis libros a que en un mes más ya no querrá saber de Leyton.

Espero que el profesor no me eche bronca si eso llega a pasar. Por otro lado, creo que nuestro convenio de profesor y asistente se hundirá como el Titanic con mi nuevo horario.

Necesito salir y buscar un nuevo trabajo.



Estoy sentada en mi banco al final de la sala, leyendo el segundo libro de *El juego de Redbone* y disfrutando del aroma del café que compré antes de entrar. Puedo decir con propiedad que la vida se disfruta con sus pequeños detalles, esos que nos llenan de placer. Como ahora. Agradezco ese toque

tan particular que nos motiva cuando las cosas no parecen marchar correctamente.

Todo iría *genialoso*, maravilloso, de no ser porque una visita propensa a sacarme de mis cabales está jugando con mi paciencia.

Bajo el libro y lo dejo reposar sobre mi regazo.

—Jax —inspiro para no perder la cordura perfilándome en su dirección —. Querido, ¿puedes dejar de roncar?

Alargo mi brazo para zarandear al único descarado que se atreve a usar su mesa como cama.

El desorientado Tenorio abre los ojos, me mira y se espanta. Hace un brusco movimiento hacia atrás, saltando con un dramatismo exagerado. Sea broma o no, me cruzo de brazos molesta al notar que una de sus piernas chocó con mi mesa y desparramó algo del café.

—Si corriste la mesa para verme perder la paciencia, pues lo estás logrando.

Busco en mi bolso papel higiénico, lo enrollo alrededor de mi mano y lo pongo sobre la mesa.

—Suicida, no tienes que actuar arisca cuando ambos sabemos que mi presencia te descontrola el corazón.

—Prefiero tenerte a... —miro la distancia que existe desde su anterior puesto y el mío— cuatro metros lejos de mí. Gracias y adiós.

Dicho lo último, vuelvo con el trabajo de secar mi mesa. Saco más papel. Es el tacto de la mano de Jax sobre la mía que me provoca un chispazo. Para no delatarme, tomo mi libro.

—No te enfades. Me sentía muy solito allá, al otro extremo de la sala.

Forma un puchero que da náuseas.

—¡Qué bizarro!

—¿Qué pizarrón? —pregunta aparentando inocencia. Mira hacia adelante y abre sus ojos con sorpresa—. Oye, tienes razón, ¡es enorme!

Me río ocultando la sonrisa al bajar mi cabeza.

—Eres peor de lo que pensé —comento, buscando la página del libro donde quedé.

—Otra cosa nueva que sé de ti —pronuncia.

—¿Cuál? —curioseo, prestándole interés.

—Me adoras —anuncia con arrogancia. Le doy un pisotón que por poco lo vuelve verde. Se queja y vuelve a formar un puchero. Como no tengo cargo de conciencia, sino que disfruto cada uno de los pisotones, Jax prefiere guardar la compostura y volver a su modo arrogante, coqueto y rebelde—. Además, sé que cuando ríes en silencio tus fosas nasales se agrandan y achican —confiesa.

¿Cómo Calamardo?

Me cubro la nariz con ambas manos, sintiendo un rubor asomarse por mis mejillas.

—Eso suena feo.

—Es gracioso de ver y muy sexy.

Un «pff» por su truco barato se me escapa .

—¿Te parece sexy cómo se mueve mi nariz?

—Y como muestras tu escepticismo con preguntas obvias. Sigue así y me veré en la obligación de robarte un beso.

Es la llegada de Leyton lo que provoca que ambos guardemos silencio; Jax prefiere mirar al frente, mientras yo intento que el festín de mariposas en mi estómago se calme. Viendo de reojo que el profesor saluda a unos cuantos estudiantes de la primera fila y se distrae colocando sus cosas en el escritorio, la tentación se apodera de mí.

—Jax... —murmuro. El unicelular se gira con sus ojos muy azules contrastando toda la visual opaca de la sala, entonces, al percibir que su guardia está baja, plasmo un beso sobre sus labios—. Las mujeres también podemos robar besos.

Una sonrisa de victoria colma mi rostro de felicidades asegurando que ese beso no se lo esperaba para nada.

Un llamado desde el más allá nos trae de regreso a la Tierra.

—Reedus —vuelve a llamar Leyton.

—¿Sí?

Oh, no... ¡Otra vez no!

Puedo ver lo que se avecina.

—¿Puedes pasar adelante? Wilson, tú también. Resuman lo que aprendieron el primer semestre.

Lo sabía.



Mi agitada semana se resume en varias cosas: en una Murph sufriendo con maquillajes excéntricos, rítmicas sin ritmos, demostraciones de actuación donde mi pudor se ha marchado y dormitar en Historia del Teatro Universal. Ah, y cómo olvidar ese resumen de todas las clases de Expresión Vocal teniendo a Tenorio como compañero. Y el «tenemos que hablar» del profesor Leyton después de clases.

El comienzo del fin de semana se reduce una Murph padeciendo la desdicha de buscar un nuevo trabajo, aunque me ha costado más de lo planeado porque los trillizos me robaron el periódico y se lo dieron de desayuno al pitbull del vecino.

¿Les mencioné que mis suposiciones fueron acertadas y ya no podré trabajar de ayudante en Clarckson? Si no lo sabían, ahora sí.

Después de quejarme y maldecir internamente —porque si lo hacía en voz alta tendría que poner dinero en el tarro de las groserías— pretendí calmar mis ánimos con un baño de espuma, cortesía de Jollie. Me metí al baño y disfruté un minuto de armonía, por lo menos hasta que el peludo, gruñón y apático Rain creyó que era un pájaro en picada y se dio un chapuzón en la bañera para salir arrancando del susto. Con lo obeso que está, prácticamente se llevó toda el agua y dejó todo lleno de pelos.

La persecución del felino fue por toda la casa, literal.

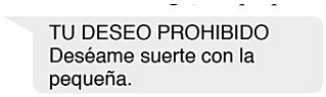
A la hora de almuerzo hicieron unas ricas empanadas de queso, que por supuesto terminé escupiendo porque me atoré. Mis jadeos de moribunda se intensificaron cuando el jugo, que supuestamente me calmaría, causó una comezón en mi garganta trayendo más toses.

Mal, muy mal.

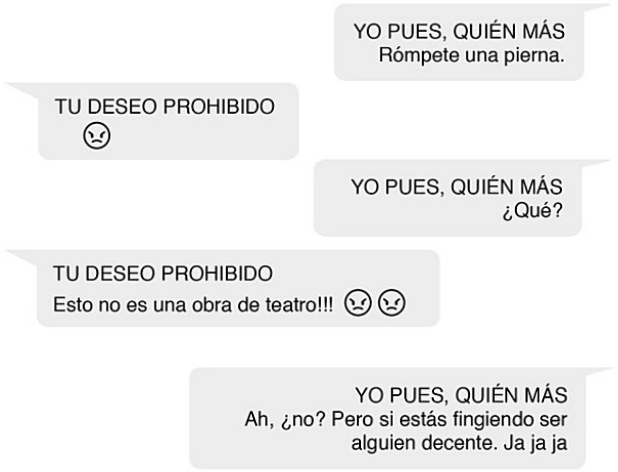
Y ahora, mi suerte se reduce a ser la consejera de Jax.

El momento en que mis neuronas hicieron conexión, percatándome que desde cierto punto Maya tenía razón, me impuse ciertos límites para no cruzar con Tenorio. Así que, al escuchar que Jax firmaría los papeles, y que luego le encargaron cuidar de Sharick el domingo, me propuse tomar

distancia.



Leo en su último mensaje. Desde la distancia puedo verlo de camisa celeste, un abrigo gris y pantalones de lona. Se ha obligado a dejar de lado su faceta de chico rebelde de los ochenta para no espantar a la pequeña.



Me busca con sus ojos alrededor del lugar; es una plaza llena de cemento con una estatua enorme de un pájaro. Desde mi distancia, sentada en una banca y fingiendo leer, soy testigo del cambio que Jax sufre al notar, a lo lejos, la figura de la mujer pelirroja que cuida de Sharick.

Un nervioso Jax Wilson se guarda el celular en el bolsillo trasero para forzar una sonrisa. Primero saluda a la mujer y luego a la pequeña niña rubia que cuelga de su cuidadora. Sharick no parece desconocerlo, mucho menos tener una pizca de timidez. Si pudiera escuchar, aunque sea percibir, lo que el par habla, sería una primicia. Sharick suelta la mano de la mujer pelirroja y procede a saludar formalmente a Jax al tiempo que él extiende su mano para estrecharla. Rápidamente agarro mi celular, torpe y apurada, con el fin de captar aquel gesto terriblemente tierno.

Mi codiciosa fotografía sale corrida.

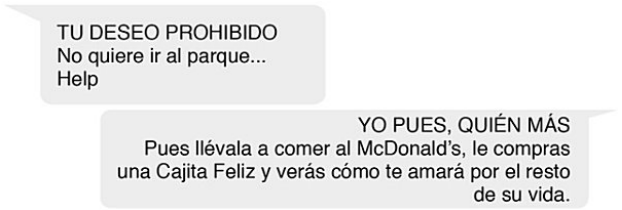
—Será para la otra —digo en voz baja, bajando el teléfono.

Vuelvo a concentrarme; la mujer pelirroja se despide del dúo plantando un beso sobre la cabeza de Sharick. Jax se queda solo, visiblemente nervioso. Se agacha para quedar a la altura de la pequeña, entonces

pretende decirle algo, pero la niña niega con la cabeza.

La niña comienza a correr a su alrededor riendo mientras él saca su celular.

El mensaje llega de forma instantánea.



Vuelvo a vista al frente. Jax termina de leer el mensaje y le hace la propuesta a Sharick. La pequeña ahora da saltitos de alegría. Con un ademán, Jax la guía para que salgan hacia la avenida principal.

A regañadientes me pongo de pie para seguirles el paso.

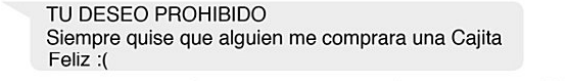
La pequeña eleva su mano buscando la de Jax, pero no la toma, sino que se agarra de la manga del abrigo gris. Mi corazón se derrite ante su evidente inocencia, sobre todo al ver que Jax se sorprende y pronuncia algo con una sonrisa más apacible.

Me deslizo hasta que mi seguimiento se reduce a buscar un asiento disponible en las afueras del restaurante. Jax y Sharick están dentro, pero apenas puedo verlos. Mi vista se reduce a la ventana donde los niños juegan.

Refunfuñando, saco mis cosas para fingir leer. Por primera vez creo que el mundo exterior al libro está mucho más interesante, y es que ver a Jax junto a una pequeña vale oro.

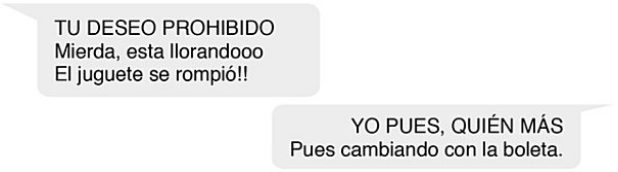
Sharick aparece en la ventana subiéndose a los juegos. Jax, de manera difusa, le ayuda. Aprovecho una vez más el momento para fotografiarlo procurando que la saliva no se me caiga.

Así transcurren varios minutos hasta que Jax y Sharick se sientan en una mesa cercana a la salida. Mi posición puede dar con la espalda de la pequeña y el rostro de Jax.

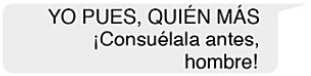


Sonrío compasiva. A mí me compraban una que, obligatoriamente,

debía compartir con Jollie.



Escribo lo más rápido que puedo, intentando ver hacia al interior. Hay tantos gritos, chillidos y lloriqueos que no sé cuál es el de Sharick. Diviso a Jax, se está marchando y deja a Sharick desparramando lágrimas.



Sharick parece callarse y escuchar a Jax. La conversación entre ambos comienza a fluir provocando en mí una ansiedad por saber qué tanto hablan. Los ojos de Jax brillan y su sonrisa igual. Esa incomodidad del comienzo se desvanece poco a poco. Incluso un antojo reclama unas buenas papas fritas en mi estómago ahora que los nervios se han ido.

Y un helado sundae no vendría mal.

Mi mano tiembla queriendo sacar otra foto. Creo que me estoy volviendo una adicta a las fotografías como Kim Kardashian a las *selfies*. ¡Qué horror! Si esto sigue así yo...

—Señorita, venga con nosotros.

Una mano sobre mi hombro me pide que me gire. Es una policía.

—¿Cómo? —pregunto en un hilo de voz—. ¿Por qué?

—Su presencia está inquietando a los padres y niños del lugar —se une otro policía.

—¿Qué? —pregunto con incredulidad, otra vez. Mis palabras son tan temblorosas como quien camina en una cuerda floja—. No —niego con entusiasmo guardando mis cosas, incluyendo el celular, dándoles la espalda —, estoy comprando.

—Y sacando fotografías —agrega una persona ajena a los policías.

—Yo no... —antes de girarme para refutar sus palabras, un impulso violento me saca del asiento. Me agarran por debajo de los brazos, pretendiendo sacarme a arrastras del lugar—. ¡Eh! —chillo—. Esperen... ¡Es un malentendido! ¡No! ¡No, no, no! ¡Jax!

Mi príncipe azul sin caballo sale del McDonald's a toda prisa para detener a los policías. Lo veo correr en cámara lenta mientras, en mi imaginación, todo luce irreal; su vestimenta se vuelve en un traje de rey.

Pronto regreso a la penosa realidad.

—Es un completo malentendido... —explica Jax. Su voz está cerca—. No la arresten, ella está conmigo. Es un malentendido —repite.

El peculiar sonido de las esposas al abrirse incita a que siga defendiéndome.

—¡Exacto! ¡No soy una enferma que les saca fotos a los niños de otros! —aunque sí soy una enferma que le saca fotos a la persona que le gusta—. Le estoy sacando fotos a él.

—¿Por qué? —interroga uno de los policías.

—Porque se ve bastante tierno —confieso—. Además, ¿desde cuándo no está permitido sacarle fotos a alguien? ¡Por Dios!

Al fin me sueltan.

—Enséñenos el celular —me ordena el segundo policía.

Desbloqueo la pantalla y abro la cámara. Les enseño la galería con fotografías de Jax y Sharick.

—¿Ven? Son fotos para el recuerdo, entre él y la pequeña.

Los dos policías me regresan el teléfono.

—No más fotos, perturban el orden público —advierte uno.

—Nada de fotos —repito, pasando de la vergüenza al enojo.

Gimoteo notando que todos los presentes me están mirando.

Miro a Jax, quien está aguantando las terribles ganas de echarse a reír. Abro mis labios para reprocharle que todo esto es su culpa, pero el tironeo de mi manga me interrumpe. Sharick, con sus ojos azules y la inocencia plasmada en su rostro, me mira batiendo sus largas pestañas.

—¿Eres una villana?

53
Terror en las profundidades

Quiero desaparecer en este momento. No, mejor retroceder el tiempo para advertirme que tomar fotos como una degenerada es una muy mala idea. Medio año en Teatro preparándome para ser el centro de atención y no sucumbir ante la vergüenza y aquí estoy, queriendo ser invisible.

Se siente horrible que algunos emitan comentarios sobre mi aspecto o rostro. Incluso una tipa a dos mesas exageró todo; dijo que babeaba, escucharon bien, babeaba y me tocaba mientras sacaba fotos. ¿Qué cara tengo? ¿De idiota o depravada? Desde ahora mi expediente está manchado, corrompido por una estupidez. Necesito con urgencia un giratiempo, como el de Hermione Granger.

—¿Eres una villana?

La misma pregunta que Sharick me hizo antes, la vuelve a formular estando sentada frente a mí. Jax insistió en que lo acompañara con la excusa de que me compraría un *sundae*, básicamente, un helado de consuelo. Como no soy una persona exigente y es un helado gratis, accedí.

Mientras Jax sufre con la cajera, yo sufro sentada en la misma mesa con la pequeña Sharick, quien no deja de examinarme.

—No, no —niego sonriéndole—, no soy una villana.

—Entonces... ¿por qué los policías vinieron por ti? —al hablar, la pequeña pronuncia las erres como des.

Buena pregunta.

—Se confundieron —gracias a Merlín que los niños son fáciles de engañar—. En realidad, iban por una villana parecida a mí —explico con teatralidad para que crea en mi mentira—, pero yo no soy una villana —supongo que decirle reiteradas veces que no soy una villana no dejará una mala impresión en ella—. Tú eres Sharick, ¿verdad?

—Sí —responde bajando sus ojos a la Cajita Feliz—. En el jardín me

molestan por no decir la *ede* —claramente ya me había dado cuenta.

La pobrecilla luce frustrada. Me es imposible no hacer un gesto de ternura. Quiero apretarle los cachetes y pellizcar su nariz. El alma se me parte en dos, pues debe ser difícil para ella sufrir por no pronunciar una letra.

Recuerdo que Tenorio tenía el mismo problema de niño.

Me acerco a ella de forma confidente y cubro mi perfil para que nadie pueda leerme los labios.

—Jax tampoco podía pronunciar la «erre» —confieso—, así que no eres la única. Ten por seguro que de grande podrás pronunciar todas las palabras que quieras.

—Oh... —su rostro angelical se ilumina con una luz casi cegadora. Su sonrisa se amplía y asiente con entusiasmo. Se remueve en su asiento y estira sus labios, examinándome una vez más—. ¿Cómo te llamas?

—Murphy.

—¿Mufy? —sus casi invisibles cejas se arrugan junto con su pequeña y chata naricita. De pronto, abre sus ojos, iguales a los de Sybill, y se lleva las manos a las mejillas, con sorpresa—. ¡Mufy como muffin! —exclama como si hubiese descubierto algo inmenso.

Tan ingenua e inocente.

—También conocida como Suicida.

De pronto aparece un vaso de helado de vainilla cubierto con una espesa capa de chocolate. Otro helado similar, cubierto de manjar, se encuentra frente a Sharick.

Al elevar mi barbilla para contemplar a Jax, él levanta las cejas. Se arrastra hacia el asiento a mi lado y se acomoda con pesadez, como si hubiese hecho un esfuerzo sobrenatural para comprar.

—¿Qué es eso? —curiosea Sharick—. ¿Qué es Suicida?

El rostro de espanto de Jax vale oro. Tengo la tentación de sacar mi celular una vez más y fotografiarlo, pero tanto ustedes como yo saben que es una mala idea.

—Nada, nada —responde el unicelular. La pequeña de ojos azules no queda conforme con la respuesta y hace un pequeño puchero mientras aprieta una figura plástica y rosada.

—¿Qué tienes ahí? —pregunto para distraerla.

—Es lo que venía en la cajita: un fantasma con sombrero.

Lo extiende para que pueda verlo desde cerca. Es una figura simple y sin gracia. No quiero parecer tacaña, pero lo único que vale la pena de la Cajita Feliz es la comida, aunque sabe a plástico.

Cojo la cucharita enterrada en mi helado y saco un poco de chocolate. Una singular pregunta se aloja en mi cabeza.

—Sharick, ¿te gustan los libros?

—No la lleves por el camino oscuro —advierte Jax, alcanzando una servilleta para limpiar el rostro de Sharick, que se ha manchado con helado.

—Leer hace bien —defiendo adoptando una postura solemne.

—Mi mami me lee cuentos —comenta la pequeña batiendo su helado con la cuchara—. A veces se queda dormida y tía Diana tiene que continuar leyendo. Tía Diana me cuida, no pudo venir, por eso Jax tiene que cuidadme.

Aunque la explicación está de más, finjo interés y sorpresa. Que hable de Sybill, su mamá, me deja un sabor agridulce.

Bajo la cabeza pensando en qué será de Sharick cuando sepa que su mamá está enferma. Puede que lo estén ocultando; yo lo haría. Sharick no tiene la edad suficiente para entender qué es una enfermedad.

—Mufy tiene lindo cabello, como el de tía Diana.

Vuelvo a mirarla, esta vez con compasión. Unos deseos enormes de abrazarla me invaden. Disimulo el martirio de mis pensamientos sacando más helado del vaso.

—Gracias, Sharick, el tuyo también es lindo.

—Mamá no tiene y lo extraña mucho —el camino de la cuchara a mi boca se interrumpe al escucharla—. Dice que su pelo era como el mío.

Guardo silencio cuando el nudo en mi garganta vuelve.

—¿Y el mío qué tal es? —interviene Jax. Apoya las manos sobre la mesa y se acerca lo suficiente a la pequeña para que le toque su cabeza.

—¡El tuyo pica! —exclama con horror—. ¡Eres un cactus!

Sharick se echa a reír; Jax también, pero su risa es falsa y entristecida.



La mamá de Naomi y mi padre son los testigos legales para el matrimonio.

Aprecié que la ceremonia del civil fuera corta y sin mucha palabrería, aunque Naomi y Finn tenían preparado un discursillo amoroso que a todos los presentes les sacó un suspiro que yo, fiel a mi amargura, omití. Las promesas volaron de lado a lado y las muestras de amor también.

Tengo que admitirlo: si hay algo que me espanta, es ver a Finn actuando como un hombre serio. Creo que debería haberle tomado muchas más fotografías, pero con todo lo que me ocurrió en el McDonalds mi trauma sigue presente. Tanto que mi mano temblaba cada vez que debía darle a la pantalla para que el chasquido de la cámara sonara.

Tony y Chloe lo notaron, así que, al finalizar la ceremonia, camino al hotel donde celebraríamos la buena nueva, el par de adolescentes no dudaron en preguntarme qué rayos me pasaba. Mi insatisfactoria respuesta fue tan mala que los dos se miraron con aburrimiento sin creer ni una de mis palabras. No los culpo, ¿quién creería que tengo calor andando con un vestido y tacones a no sé cuántos grados bajo cero?

El banquete para celebrar el matrimonio se pensó desde el comienzo en grande —cortesía de Naomi— y el hotel que se eligió es uno de los más lujosos de la ciudad.

La sala de eventos es de ensueño, casi tan espectacular como las bodas que muestran en la televisión. Hay cortinas doradas que nos ocultan del exterior; mesas redondas con manteles blancos, tres tipos de copas para diferentes bebestibles, centros de mesa con rosas rojas alrededor de un conjunto de velas, sillas forradas de género rojo muy fino y miles de cosas más que me canso de relatar. En el centro está la pista de baile y un enorme candelabro sujeto al techo le da ese toque de elegancia al lugar.

Me pregunto cuántos libros me compraría con el dinero que usaron para arrendar esta sala.

Cada mesa está destinada a un grupo de personas, generalmente los familiares más cercanos se sientan con los novios o en mesas aledañas. Al

tener el novio una enorme cantidad de hermanos, ocupamos mesas extra y la nuestra está alejada de todos. Jollie, Chloe, Tony, los trillizos y yo estamos juntos. Somos los niñeros de los inquietos niños, que tienen más interés en jugar y correr que en el exquisito plato que nos han servido como entrada.

El olor de los camarones al ajillo adormece mi cerebro. Por un segundo me siento en una marea de sabores que quiero navegar. El autocontrol se me va de las manos y creo que no podré esperar al discurso de los novios y de los padres.

Finn, luciendo su traje de novio y bien peinado al lado, es el primero en hablar una vez que todos están sentados; luego le sigue Naomi. Recorro la mesa torturándome hasta dar con el plato de Tony.

El muy descarado casi se acaba el plato.

—¡Tony! —chillo desconcertada, procurando no elevar mucho la voz.

—¿Qué? Tengo hambre —objeta, encogiéndose de hombros.

—Y la comida se va a enfriar —sigue Chloe. Ella también está comiendo.

Trago saliva sintiendo el nudo en mi garganta y el rugir de mi estómago exigiendo que decida rápido si comer o no. Sin embargo, Jensen se levanta de su asiento para correr en todas las direcciones. Antes de que Jollie se levante, le hago un gesto informándole que yo iré por él.

Andando a hurtadillas entre las mesas y personas, logro dar con Jensen y agarrarlo en brazos mientras él hace un esfuerzo por soltarse, quejándose, dando patadas.

—No le pegues a tu hermana —ordena una voz bajita y algo temblorosa. Es Spencer, sentado junto a Jax.

—Le vas a romper esos dos palillos que tiene de piernas —acusa Tenorio en un tono burlón. Automáticamente Jensen deja de patalear para hacer un puchero al ser regañado. Aprovechando su estado, logro reforzar el agarre.

—Gracias —pronuncio por lo bajo para luego volver a la mesa.

Con los estómagos llenos, algunos invitados reposan y otros han decidido bailar. Naomi y Finn, tan coordinados como nadie, hacen una serie de pasos raros y locos como si los hubiesen ensayado todo este tiempo.

Chloe y Tony están intentando no pisarse el uno con el otro, mientras papá —que baila con Saya— los observa y advierte que no se apeguen tanto. La abuela ha convencido a Emer de que salga a bailar con ella, y Amira se ha confabulado con un niño pecoso de cabello azabache para jugar a los agentes secretos, ocultándose bajo las mesas. Jollie y Spencer están muy agarraditos bailando un inexistente lento. Yo disfruto de la felicidad de la familia.

Suspiro con plenitud sin poder quitar la sonrisa de mi rostro.

—Alguien está de buen humor.

Jax aparece. Con su semblante arrogante de chico malo, toma una silla y la posiciona a mi lado.

—¿Qué haces acá? —curioseo.

—¿No estás feliz de verme?

—No has respondido mi pregunta.

—Tu hermano nos invitó —contesta estirando sus piernas—. Finn, por si te preguntas cuál.

—Dudo mucho que Emer lo haya hecho, genio —ironizo sintiendo que el respaldo de mi silla se alarga. Jax ha pasado su brazo por detrás de mí, ahora con su dedo hace pequeños círculos en mi omóplato. Me arrugo entera con su gesto y vuelvo a mirarlo, extrañada. Un pequeño detalle se me escapó antes—. Te afeitaste.

Mi asombro parece ofenderlo. Baja su cabeza mirando mis piernas.

—Te depilaste.

—Te estás ganando un pase gratis al basurero —advierto removiéndome en el asiento para que mueva su brazo.

—Ay, la rojita se enojó. A ver... —logrando mi cometido, todo resulta en vano; sus dedos ahora intentan que las comisuras de mis labios se estiren y eleven—, una sonrisita para Jax.

Le doy un pisotón que lo hace jadear.

—Ups, lo siento mucho —hago un puchero que él responde sacándome la lengua. Inevitablemente sonrió, volviendo la vista al frente. Capto en escena a los dos enamorados protagonistas del día y suspiro—. Nunca pensé que Finn fuera a casarse, o que Naomi aceptara casarse con él.

Jax también se les queda viendo.

—¿Cómo se conocieron?

—Naomi y Jollie iban en el mismo curso. Ella era altanera y rebelde, aunque defendía a Segunda de los chicos que la hostigaban por su color de cabello. Se hicieron amigas; siempre se juntaban en nuestra casa, allí conoció a Finn. Su relación era extraña al comienzo, y es que nunca se te puede pasar por la cabeza que a tu amiga le guste tu hermano, pero creo que es lindo después de todo. En fin, los dos se enamoraron de sus personalidades insoportables y ¡*voilà*!

Guarda silencio un segundo, entonces sus labios se separan y pronuncia volviéndose a mí.

—El amor funciona de formas inesperadas.

—Tal vez por eso comenzaste a gustarme.

Jax se ríe, yo actúo indiferente a mi declaración. Una vez que caigo sobre mis palabras y su silencio, el calor del momento se apodera de mis mejillas. Para evitar ser su burla, me inclino hacia adelante, apoyando mis brazos sobre mis piernas.

—Oye —me llama—, encontré un lugar que seguramente te gustará.

—¿Dónde?

La expresión de Jax me incita a cruzar hacia el lado oscuro de la perversión y la lujuria. Es sumamente tentador.

—Ven y lo sabrás —se pone de pie y extiende su mano.

Acepto.

Jax sujeta mis dedos firmemente, pero con una delicadez que transmite sentimientos y emociones. Puedo sentir la diferentes entre nuestras fuerzas y la energía.

No es la primera vez que me toma de su mano, claro que no. Aunque sí es la primera vez que se siente diferente.

Sus pasos alargados han disminuido su velocidad y dureza. A lo largo del camino nos hemos adentrado en una zona oscura del hotel. La música de la sala de eventos apenas es perceptible.

Jax se detiene frente a una puerta doble de vidrio que deja en evidencia qué hay del otro lado. Con un gesto para que guarde silencio, la abre y me hace una invitación a entrar. El azul oscuro, como el mismísimo cielo que nos resguarda desde el exterior, invade el enorme sitio. La piscina es lo

único que nos brinda luz. Camino por la orilla, hipnotizada por el movimiento del agua.

—¿Cómo llegaste acá?

Me volteo hacia Jax; él está quitándose la chaqueta.

—Intentaba convencer a una de las garzonas para que me diera más vino y me trajo para acá —inconscientemente me cruzo de brazos. Una sonrisa culposa se dibuja en la expresión de Jax—. Me negué absolutamente a todas sus peticiones —se defiende—, soy un hombre puro e inocente.

Pongo mis ojos en blanco.

—Claro.

Ignoro sus excusas siendo atraída por el agua. Doy pasos cuidadosos para acercarme y me agacho. Entonces, una masa negra pasa por encima de mi cabeza cayendo al agua justo en el momento en que creo que me caeré.

—¡Mierda! —exclama Jax, mojado y aleteando con sus brazos para permanecer en la superficie. Me pongo de pie y retrocedo al captar su malintencionada expresión—. ¡Está fría!

—¿Pretendías lanzarme?

—Eh, sí.

—¡Pues esto te pasa por malvado! —lo señalo, cubriendo mi estómago con mi brazo libre—. El karma, cariño.

Vuelvo a reírme con su aspecto de perro mojado.

—Deja de reír y ayúdame —ladra elevando su mano en mi dirección en busca de ayuda. Mi ser despiadado y astuto logra interpretar su intención otra vez. Adopto una pose arrogante y altanera, elevando un tanto mi barbilla para mirarlo con superioridad.

—No voy a caer en ese truco barato. Mira, si nadas un poco más te encontrarás con una escalera, ella te ayudará a salir mejor que yo.

Sus hombros y expresión decaen junto con su orgullo. Quiero echarme a reír una vez más, no obstante, una voz ajena a nosotros me petrifica. Mi cabeza anuncia futuros problemas, al parecer Tenorio piensa lo mismo, así que toma aire y se sumerge en el agua. Miro hacia la entrada viendo un halo de luz desde el otro lado de la puerta.

¡Despierta o estamos perdidas!

Mi cuerpo reacciona. Busco la silla más cercana y me oculto del lado contrario a la puerta, agachándome lo suficiente para que, sea quien sea, no logre encontrarme. Cierro los ojos contando los segundos, esperando que los pulmones de Jax tengan la capacidad necesaria para aguantar bajo el agua un poco más.

Al llegar al veinte, abro los ojos y compruebo que la persona al otro lado de la puerta no esté.

No hay nada ni nadie.

—Tenorio... —llamo acercándome a la piscina—, ya se fue.

Jax sale a la superficie y sacude su cabeza, se pasa las manos por los ojos y logra verme.

—Esto se siente mejor que tener...

—No lo digas —interrumpo.

—¿Por qué no vienes a relajarte un poco? —se saca los zapatos y los lanza hacia afuera.

Observo cómo nada hacia atrás sin problemas, gozando de su broma fallida.

—No quiero terminar mojada —contesto displicente—. Gracias.

—¿Dónde quedó la complicidad? —denuncia en un tono triste.

Me acerco a la piscina envuelta en la satisfactoria sonrisa que mi compañero de Expresión Vocal tiene en la cara. Cuando alcancé a tocar el agua se sentía *genialosa*. Lo admito.

—Eso debería preguntártelo yo cuando te reías de mí el otro día. ¡Y todo porque creyeron que era una degenerada!

Ríe más fuerte.

—Ese tipo de cosas solo te ocurren a ti. Eres tan especial.

Otra vez la voz ajena a nosotros se hace presente. Esta vez la luz ya está a unos metros de descubrirnos. Miro a Jax preguntando en silencio qué hacer, pero su respuesta se reduce a agarrarme del vestido y tirarme al agua.

El frío adormece mi cuerpo y mis pensamientos. Las puñaladas que siento por todos lados evitan que contenga el aire en mis pulmones. Cierro los ojos con fuerza suplicándome ser fuerte. Jax me apega a su cuerpo sujetándome desde la cintura entretanto hace un intento por mantenerse a flote. Respiro hondo.

—¿Estás bien? —pregunta cuando apoyo mis manos sobre sus hombros.

—Sí está helada —me quejo, todavía agitada.

—Pero podemos calentarla —murmura en mi oído.

El escalofrío me recorre la espalda. Me aparto de él sin pensarlo dos veces.

—Idiota.

Jax se pasa un dedo por su labio inferior y baja la mirada hasta mi parte baja.

—Puedo verte todo.

Mi vestido flota en el agua como volatín elevándose con el viento.

—¿Y la persona que venía?

—Al parecer se arrepintió y no entró. Aunque conociendo tu contagiosa mala suerte, quizá llegue con cinco guardias, ocho patrullas de policías y tu padre a sacarnos de acá.

Eso suena como algo que me podría ocurrir.

En silencio me quito los zapatos y los tiro junto a los de Jax. Una sonrisa pícara se cuela en mis labios y aprovecho de lanzarle agua mientras se distrae nadando.

—¡Eh!

—Estoy nadando —digo alzando las cejas con inocencia.

Ahora la sonrisa traviesa le pertenece a él. Me agarra del vestido atrayéndome en su dirección. Mi pecho golpea el suyo. Jax me atrapa y alcanzo a abrir mis ojos para observar su difuso rostro hasta que se acerca para besar mis labios. Sus dedos tras mi espalda sensibilizan la zona. Con mis ojos cerrados, entregándome a la placentera sensación que una caricia de besos bajo el agua nos da, deslizo mis manos por su cuello, alojándolas detrás.

Es tan irreal la sensación, como si volara a través de las nubes, dejando que una poderosa pero delicada brisa me guíe. Solo somos nosotros, nadie más.

Volvemos a subir a la superficie y a besarnos de forma deses- perada, como si lo ansiáramos hace años. Me abraza obligándome a reposar mi barbilla sobre su hombro. Un aire tibio choca en mi cuello.

—Te quiero, Murphy Reedus. Tenlo siempre presente.

54
Un día más

A tres días del Día de San Valentín, todos se vuelven unos locos. Partiendo por Segunda, que ha demostrado su lado más histérico, fastidioso y chillón. Caminar de un lado a otro ya no le basta; con lo macabra que se ha puesto, podría andar por las paredes como la niña de *El Exorcista*.

Por otro lado, papá no se queda atrás, me ha estado preguntando qué le puede regalar a Saya.

Entiendo que salir con alguien para San Valentín es sinónimo de «tengo que regalar algo para demostrarle a mi pareja que la amo», lo que no entiendo son los motivos que tienen para alterarse y alterar el humor de todos los demás. Quizá no logro entenderlo porque nunca he salido con alguien en mis diecinueve años. Además, ¿por qué esforzarse tanto en un día? Si estoy con mi amado le diría todos los días que lo amo.

Sonaré como una amargada, pero el 14 de febrero es un mero invento de los empresarios para llenarse los bolsillos. Así como las demás celebraciones, excepto Navidad; esa fecha se justifica y además me gusta. Cero reproches.

Mis planes para este año consisten en ver una maratón de alguna serie —que no tenga nada que ver con amor— con una bolsa de papas fritas encerrada en mi habitación, oculta del mundo y de toda luz que provenga desde el exterior. Y sola, obviamente, con mi amargura. Especifico esto último, ya que muchos solterones desesperados le han añadido un singular honorífico a aquel desastroso día: El Día del Amor y la Amistad.

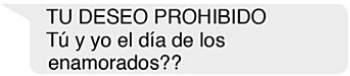
¿Les suena de algo?

No quiero justificar mi soledad y sentirme más querida estando con mis amigas. Además, ¿quién querría pasarla conmigo? Todas tienen novios y Maya siempre consigue alguna cita con sus amores de internet.

A mí no me engañarán. El 14 de febrero es un día más, tan así que ni

siquiera es feriado.

Ay, a quién engaño... Ojalá tuviera planes y presumirlos en mis no-hechas redes sociales. Pero ya qué.



A menos que un mensaje sugerente cambie todos mis aburridos planes. Me arrastro hacia fuera de la cama tratando de desenredar las sábanas de mis piernas. Apoyo mis manos en el piso alfombrado y emprendo el recorrido hasta la puerta avanzando como lo haría Rain, el muy perezoso.

—¡Jollie!

Logro ponerme de pie.

—¡Jollie! —vuelvo a llamar caminando por el pasillo. Llego a la escalera y bajo los escalones de dos en dos para llegar más rápido al primer piso.

Una cabeza pelirroja está abajo. Chloe está sentada en el sofá junto a la ventana, escuchando música y tarareándola. No es la pelirroja que busco.

—¿Ocurre algo?

Jollie aparece desde el baño arreglándose su largo, cuidado y rojo cabello.

Segunda y Cuarta están muy arregladas para una supuesta salida al *minimarket* que planificaron después del almuerzo, y de la cual, por cierto, yo salí excluida. Pero ya que he recibido un peculiar mensaje de una persona peculiar, mis planes han cambiado.

—¿Qué le comprarás a Spencer para San Valentín?

—Un chocolate.

Mis hombros se bajan de sopetón al escuchar la respuesta de Jollie.

—¿Un chocolate? ¿Solo eso?

—Un chocolate hecho con amor por mí —explica—, eso tiene más significado.

Miro al cielo sin poder creer lo que acaba de decir.

—¿A ese regalo llegaste después de actuar como un demonio con él? —reprocho.

—No le digas nada... —sugiere Chloe, con uno de los audífonos entre

sus dedos— por nuestro bien.

Jollie nos da una mirada desafiante.

—La intención es lo que cuenta —se defiende Segunda, moviendo su cola de caballo hacia atrás como toda una diva—. ¿Te unes o no?

Por algún motivo siento como si la decisión fuese de vida o muerte.

—No sé si a Jax le gusten los chocolates... —digo finalmente, estirando mis labios más de lo normal—, pero no se me ocurre nada más.

Antes de encogerme de hombros, la pesada mano de papá detiene mi gesto.

—Un momento —dice con voz gruesa y áspera. Al girarme compruebo que tiene su frente arrugada y la expresión severa—. Tú de acá no te mueves, estás castigada.

—¿Castigada? ¿No estoy bastante grande para que me castigues?

—Mientras vivas bajo mi techo puedo castigarte todo lo que quieras. Y te recuerdo que aún no cumples veintiún años.

La sonrisa socarrona no se hace esperar. Se cruza de brazos, viéndose como un jefe déspota y malo.

—Solo iré con mis hermanas a comprar cosas para hacer chocolate —expongo tratando de ser la niña buena de hace años, esa que conservaba su inocencia.

—Sí, papá —interviene Jollie colocándose a mi lado en forma de apoyo —. Es una actividad entre hermanas.

Papá da un paso. No sé si yo estoy más pequeña o él está usando zancos, porque se ve como un gigante intimidante. Me paro derecha, contemplándolo como a un edificio de mil pisos.

—Te quiero aquí antes de las siete, Tercera —advierte señalándome con su dedo de Shrek—. Será tu pago por lo que ocurrió en la fiesta de tu hermano.

Un choque caliente se agolpa en mis mejillas y me lleva a la noche en la piscina con Jax.

Si de noches especiales hablamos, creo que esa fue una de ellas. Todo fue fantástico, desde los besos, la exploración de nuestros cuerpos y esa extraña paz que se mezclaba con el deseo de unirnos para fugarnos del mundo. Todo se sentía tan especial que me prometí no olvidarlo mientras

nadaba en esa piscina protegida por los brazos de Jax. Por fin actuábamos como personas que no temían demostrar sus sentimientos. Personas razonables que pretendían enloquecer de amor.

Hasta que la profecía de Jax se cumplió. O una parte de ella.

Un sujeto de negro, que al costado derecho de su chaqueta tenía cosido el logotipo del hotel, llegó portando una linterna para sacarnos a gritos de la piscina. La indignación no se hizo esperar e, iguales que niños pillados infraganti haciendo una travesura, esperó a que saliéramos de la piscina, muertos de frío, y nos escoltó de regreso a la sala de eventos. La música se detuvo, el animador dejó de cacarear como gallo y todos nos prestaron atención. El rostro de decepción que se dibujó en papá podría ser el próximo meme de las redes sociales.

Resumiendo todo: a los ojos de papá soy una joven pervertida que tiene complejo de pez.

Volviendo al presente, mi libertad condicionada termina siguiendo a mis hermanas en un pasillo del *minimarket*.

—¿Crees que con un paquete alcance para el molde?

Comparo la bolsa de chocolate y el molde con forma de corazón que Jollie tiene en su canasto. Asiento sin tener la menor idea. Jollie sonríe orgullosa de su elección y echa la bolsa con chocolate al canasto.

Emprendemos nuestro camino hacia la comida refrigerada. De reojo noto que Chloe no lleva nada. Me paro de golpe sintiendo cómo el canasto de Jollie se entierra en mi espalda.

—¿Tú no le harás nada a Tony? —le pregunto frotando mi espalda mientras Jollie se echa a reír.

—No sé... —responde esquivando mis ojos—. Estamos algo enojados... —resopla con impaciencia—. *Okey*, solo yo estoy molesta.

—¿Por qué? —curiosea Jollie desde el otro lado.

—Va a aceptar una beca que lo lleva a Narnia —me río—, lo que significa que *game over*.

Jollie y yo negamos con la cabeza.

—Tan pesimistas... —digo—. Pueden verse y seguir en contacto con la magia del internet.

Una sonrisa de comercial se forma en mis labios.

—Sí... —baja la cabeza mirándose los pies—, pero no será lo mismo.

—Entonces atesora los momentos hasta que ese día llegue.

Con las últimas palabras dichas, Jollie le guiña un ojo a Chloe.

Recorro el pasillo con el fin de alejarme del ajetreo que Chloe y Jollie están armando escogiendo qué comerán para la cena de hoy. Lejos de hacer yo el ridículo, acepto mi pequeña y simple libertad fingiendo no conocerlas, aunque eso sea imposible, pues nuestro color de cabello nos delata.

Me detengo frente a una oferta de cereales y leche, cuando una sombra cubre la luz de mi espalda. Volteo y encuentro a Margary a mi lado, sonriendo con un misterioso dejo de orgullo y dulzura.

—Murph, hola.

—Hola —le regreso el saludo sin saber qué hacer: si darle un beso en la mejilla o mantener la distancia—, ¿cómo va todo?

—Muy bien —contesta entusiasta—. Haciendo las compras del mes un poco tarde. ¿Y tú?

Desde la última vez que nos vimos luce más cansada, pero conserva ese toque familiar que me llena de nostalgia.

—De maravilla —respondo—, estoy comprando... —miro mi canasto— cosas. Vine con mis hermanas.

—Hace mucho que no las veo —las busca. Al no dar con ellas vuelve a centrarse en mí—. ¿Ya entraste a la universidad? ¿Qué tal te ha ido?

—Todavía no me acostumbro a mi divorcio —señalo mi pierna donde antiguamente estaba Denny. Margary se echa a reír—. Después de tanto tiempo de vacaciones todo es un desastre con los nuevos ramos y eso...

Aprieta sus labios ladeando ligeramente su cabeza con compasión.

—Oh... esfuérzate mucho y conseguirás grandes resultados —me da dos palmaditas tímidas en el hombro—. Espero que algún día vayas a comer de nuevo, estoy aprendiendo nuevas recetas, me volví una adicta a los programas de cocina —baja su cabeza hacia mi canasto. Hago un intento por ocultar el paquete con chocolates y el enorme molde de un corazón flechado. Sí, todo muy cursi—. ¿Eso es chocolate?

—Sí —balbuceo sin comprender por qué me siento tan cohi- bida de pronto—, vamos a preparar para el Día de los Enamorados.

—¿Te doy un consejo? —dice acercándose más de lo normal. Su olor

fraternal me trae ligeros recuerdos—. No regales un corazón gigante si pretendes que él lo coma, hazlo como los bombones, guárdalos en una bolsita o créala tú con papel celofán, así no deja el chocolate a medio comer.

Eso suena razonable.

—Tomaré el dato.

—¡*Genialoso*! Te deseo un hermoso día de San Valentín.

—Gracias.

Su mano toca con delicadeza mi mejilla, acariciándola con cierta pena y temor al rechazo. Así, con este gesto, va apagando mis palabras de agradecimiento.

—Me hace muy feliz verte —confiesa—, y ser de ayuda.



Hace cuarenta y cinco minutos que Jax debería estar aquí y no hay rastro de su fea cara. Cuarenta y cinco minutos de tortura, viendo a parejas tomadas de la mano y paseándose con una felicidad que me hace enfurecer. Juro que si veo a una pareja más besuqueándose frente a mi nariz voy a lanzarles la maldición Cruciatus para que se retuerzan en el suelo del dolor.

¿Por qué siempre que voy a citas soy la primera en llegar?

Está bien, todos pueden tardarse unos minutos en llegar; pero si alguien te ve arreglada, luciendo como toda una belleza, oliendo a flores y maquillada como artista en alfombra roja, se dará cuenta de que te han plantado.

No hay humillación peor que ser plantada y que las personas se percaten de ello. Mucho peor si eso ocurre para San Valentín.

Mientras pretendo leer un menú *gourmet* que un sujeto le repartía a las personas que transitaban fuera de una pastelería, cuento los segundos que le restan a mi paciencia.

Un minuto más y me largaré para retomar mis antiguos planes.

Busco mi celular dentro de la cartera y veo la hora. Son las siete y media.

—Voy a matarlo.

—¿A quién?

El sujeto a mi lado en la banca baja el periódico y enseña su rostro. Los inconfundibles ojos azules no podrían pertenecerle a ningún otro hombre. Jax sonríe con arrogancia dándome un beso en la mejilla que me saca del desconcierto. Había notado que alguien se sentó a mi lado, pero jamás pretendí descubrir quién era.

—Eres un asno, Jax Wilson.

Golpeo su hombro y luego me levanto.

—Así te encanto, cariño.

Si esa arrogancia fuera comida, definitivamente no habría más hambruna en el mundo.

—No te aproveches de la situación, cariño —le regreso la sonrisa—. Yo dije que me gustas, jamás dije que me encantaras.

Extiende su mano y tironea de mi falda juguetonamente. Pongo mi pie sobre su zapato en forma de amenaza. Su sonrisa desaparece al instante. Con esa muestra de respeto me doy por pagada, así que abro mi bolso y busco el regalo que le traje.

No soy una chef experta, sin embargo, para ser la primera vez que hago —porque solo consiste en derretir el chocolate y verterlo en un molde— chocolates no me han quedado mal. Eso sin mencionar lo torturante que fue decorarlos.

Después de pasar varias horas sufriendo junto con Jollie y Chloe, mis bombones quedaron lindos a la vista y de buen sabor. Con la decoración lista puse los bombones en papel celofán rojo, uní las puntas e hice una bolsita que amarré con cinta blanca. Ya con los bombones envueltos, metí la bolsa dentro de una taza que compré en el mismo supermercado con la frase «Mi amor perdurará en el tiempo».

—Ten.

Jax alcanza la taza. Examina el interior abriendo sus ojos con sorpresa.

—¿Los hiciste tú? —pregunta con asombro.

—Pruébalos, si te gustan diré que sí, si no, diré que los hizo Jollie.

Niega con la cabeza riendo. Ahora examina la taza.

—Mi amor perdurará en el tiempo —lee en voz baja. Algo en mí se

tensa y espero que se burle de la cursilería, pero, increíblemente, no lo hace. Gira la taza para ver el otro lado y frunce el ceño—. ¿Feliz día, mamá?

—Omite eso, no me fijé que era una taza para el día de las madres hasta que llegué a casa.

—Y la flojera fue más grande como para ir a cambiarla, ¿no?

Tenorio puede ser muy despistado y un asno la mayor parte del tiempo, pero admito que me conoce.

—Soy culpable —confieso encogiendo de hombros.

Jax se flexiona a un lado y mete su mano al bolsillo derecho de su chaqueta.

—Esto es para ti —informa haciéndome entrega de un pequeño regalo.

Es una libretita casera con forma de corazón, con hojas afirmadas entre sí gracias a dos corchetes. La portada dice: «Cupones válidos solo por hoy», escrito con plumón negro. Adentro, hay ocho hojas con diferentes cupones.

Vale por un abrazo.

Vale por comida gratis.

Vale por un chiste.

Vale por un piropo.

Vale por un baile (puede ser sensual).

Vale por un beso.

Vale por un secreto.

Vale por las 20 cosas que sé de ti.

Parece el regalo que un niño hace para su madre, incluso la caligrafía es como la de un pequeño. Lo bueno es que esta vez se esmeró en la ortografía. Omito preguntar si se lo robó o de verdad lo hizo él, mas me abstengo. La sonrisa de boba no me la puede quitar nada ni nadie.

Entre todos los regalos que alguien pueda recibir este es el más feo y tierno.

—Creo que usaré este ahora.

Saco el quinto cupón y se lo enseño. Jax lo recibe expectante y se desinfla al verlo.

—¿Hablas en serio? —pregunta levantándose con pesadumbre.

—Estoy esperando... —digo cruzándome de brazos.

—Bien. No vayas a salir huyendo.

Se frota detrás del cuello, retraído, y me regresa el cupón. Mira hacia todos lados, probablemente atestiguando que no haya algún conocido cerca, comienza a mover sus brazos al aire tarareando «You Should Be Dancing». La onda disco se va apoderando de su cuerpo, se suelta indiferente a las miradas de los curiosos que pasan. Algunos se ríen al verlo y otros imitan sus pasos en forma de burla.

Entre risas, lo tomo por los hombros para que se detenga.

—Lindos pasos, Travolta.

—Te quedan siete cupones —advierte.

—No importa, ya me vengué de tu irresponsabilidad. ¿A dónde iremos?

—No lo sé —vuelve a la banca, abriendo los chocolates—. Pensé que tú habías planeado algo.

—Yo pensé que tú lo harías, fuiste el de la sugerencia.

Alza su vista y me mira con aburrimiento.

—Tú eres la que lee y sabe de cosas cursis, yo no —abro mis labios para excusarme de las múltiples citas que él ha tenido. Antes de poder llegar a formar mi cometido, sisea despacio—. Esas no eran citas, solo charlas y luego a la cama.

Asno.

De reojo veo cómo abre la bolsa con mis chocolates; saca uno y le da una mordida.

—¡Uhm! —se gira conmocionado a tal punto que el color se borra de su cara—. No tienen veneno, ¿verdad?

—Si quisiera matarte ya lo habría hecho.

—Opino que uses el sexto cupón y así saber que no hiciste chocolate con veneno.

Blanqueo mis ojos buscando el sexto cupón.

«Vale por un beso».

—Prefiero guardarlo para más adelante —la sonrisa coqueta enternece su rostro de chico malo. Mi corazón se permite latir con fuerza y todo mi ser suspirar mentalmente—. Creo que ocuparé el segundo.

Saco el cupón y se lo entrego. De un salto Jax se pone de pie y se acerca, achicando sus ojos.

—Yo elegiré el lugar —susurra—. Te quedan seis cupones.

Me pregunto qué pasará cuando los cupones se acaben.

55
Cada parte

Jax para la moto afuera de un restaurante chino llamado Mai Lan Fan. Baja quitándose el casco y colgándolo en el manubrio, luego me ayuda a bajar.

Adentro Tenorio, el experto en citas, se dedica a hacer el pedido. Encarga una porción de wantanes, arroz, carne mongoliana y arrollados primavera. Soy tan inexperta en todo esto que jamás he probado los wantanes.

—Elige otro cupón —sugiere mientras esperamos en la barra.

Busco en mi bolso el librito con los cupones y los releo. Uno de ellos me provoca una mueca y lo saco con cuidado, procurando que los demás papeles no se suelten.

—A ver. «Vale por un chiste» —lee y achica sus ojos mirando hacia un punto fijo, buscando con qué chorrada salir—. Tengo uno, pero hacerte reír es difícil.

—Fingiré que está bueno —esbozo una sonrisa similar a la de Barbie. Jax frunce los labios y con sus manos aplasta mis mejillas para arruinar mi perfecta sonrisa—. Me reiré, lo prometo.

Lentamente baja sus manos dejando mis mejillas sensibles y rojas.

—¿Qué le dijo un jardinero a otro?

—¿Otro qué?

—¡Jardinero! —exclama con histeria—. Ya, lo suponía, arruinaste el chiste.

—No me culpes, tú no sabes contar chistes.

Siento su mirada atornillando mi cabeza. Empiezo a inquietarme.

—¿Qué? —le pregunto desafiante.

—Tenía un chiste tan bueno que se te iban a caer las...

Cubro su boca antes de que lo diga.

—Voy a matarte si lo dices —se echa a reír fuerte, llamando la atención

de los presentes. Refunfuñando como la anciana amargada que soy, saco los cupones y quito el cuarto de ellos—. Canjeo este cupón ahora mismo.

Suspiro por la nariz cual toro molesto.

—¿Un piropo?

Lo medita.

Lo medita.

¡Y lo sigue meditando!

—Si no tienes nada lindo que decirme ¿para qué lo pusiste en el cupón?

Abre sus ojos con asombro y niega con la cabeza mientras agita las manos.

—No, no, ese no es el problema.

—¿Entonces cuál es?

—Es que no hay piropos que basten para alguien como tú.

—Pensé que soltarías algo típico tuyo —confieso por lo bajo.

—Eso es lo que esperabas, por eso no lo dije. Pero si quieres uno...

—Paso. Gracias.

Su cuerpo se acerca al mío.

—Te quedan cuatro cupones.

El chino que nos atendió llega con la comida. Enseguida mi estómago gruñe. Con una seña, sigo a Jax hasta una mesa junto a la ventana.

Lo primero que pruebo son los wantanes, luego los arrollados.

—No está nada mal... —comento degustando el singular sabor a verduras que quedó en mi boca.

—La comida china es la mejor. Lo malo es que si comes demasiado terminarás odiándola, por eso prefiero no comerla muy seguido.

Esa es la desgracia de la rutina.

Jax luce feliz y orgulloso de la gran elección que hizo. Verlo tan animado me da algo de ternura, quiero acercarlo y comerlo a besos. Por ahora me conformo con comer.

—Me gustaron los arrollados.

—Prueba esto.

Me acerca el tenedor de plástico con un trozo de carne y la acerca a mis labios. Mi voz interna dice a gritos que esta es una típica escena en las citas y chilla de emoción. Ahora solo falta la mancha en la mejilla.

Acepto su ofrecimiento.

—Es rico.

Saboreo la carne y su sabor a soya con verduras. No está nada mal, pero no es lo mío.

—Prefiero los arrollados.

Obtengo como respuesta una mirada aburrida y su lengua como insulto. Busco otro wantán y lo unto en la soya. Jax pincha otra carne y la acompaña de arroz, pero antes de meterla a su boca abre sus ojos como plato y sonríe como un demente.

—¡Ya sé a dónde ir!

Jax guarda todas las cosas dentro de la bolsa que el chino nos dio y me agarra del brazo arrastrándome hacia la salida. Apenas puedo preguntarle qué rayos le pasa y dónde pretende llevarme, pues cuelga la bolsa con comida china en el otro lado del manubrio y me pone el casco.

El motor ruge con tanta fuerza que el frío recorre mi espalda advirtiéndome que vamos a salir disparados a una velocidad temeraria. Me apronto en aferrarme a Jax para no salir volando e ir a parar a Marte.

Espero llegar viva a nuestro destino. Refuerzo el agarre con una frenada escandalosa y chillo en mi interior, que a gritos me advierte que es el final de mi vida. Pero no. Jax se detiene después de interminables, macabros e insanos minutos que amonestaban con ser los últimos. Trago saliva reuniendo el valor de abrir un ojo y contemplar dónde hemos ido a parar.

—Es un ¿cementerio?

Me quito el casco lentamente, sintiendo cómo la sangre se me va enfriando. Frente a mis ojos la puerta doble de hierro oxidado rechina con el remezón del viento. A lo lejos puedo ver las lápidas blancas reposando en el mojado césped del lugar.

El lugar huele a muerte, literalmente hablando.

—¿Qué pasa? —me pregunta Jax al bajarse. Su sonrisa llena de mofa se amplía al verme—. ¿Les tienes miedo a los muertos?

—No —vuelvo a tragar saliva. Mi lengua quiere trabarse y las palabras temen salir. Reúno valor—, pero... ¿no es un poco tétrico pasar San Valentín aquí?

Jax se ríe tomando el casco de mis manos.

—Tranquila, este día, y muchos más, arman una especie de autocine para los más osados —ahora me agarra por debajo de los brazos y me baja de la moto como si no pesara nada—. Solo ponen clásicos y hoy seguro que una película romántica.

Frunzo el ceño recorriendo el largo sendero que hay en el lúgubre cementerio.

—Pero estar entre lápidas...

—Más espectadores —bromea, aunque yo no le veo la gracia.

Mis ganas de salir corriendo van en aumento; sin embargo, el tacto de su mano en la mía invitándome a entrar hacen que despierte del letargo. Pestañeo dispuesta a objetar una vez más lo mal que suena pasar el día de los enamorados en un cementerio y «solos», pero dos parejas nos saludan con un ademán y entran sin preocupaciones.

—No me gustan los cementerios —gimoteo aferrándome al brazo de Jax—. De niña quedé traumada con «Thriller» de Michael Jackson.

Es irónico que los papeles del video sean similares a nosotros: la chica aterrada y el chico que goza de la noche. Solo falta que Jax se ponga a cantar y bailar.

—*It's close to midnight and something evil's lurking from the dark*.

—No empieces a cantar —ordeno apretando con fuerza su brazo—. Voy a usar el cupón que vale por un secreto.

—¿Qué clase de secreto quieres saber?

Comienzo a pensar. Hay tantas cosas que quiero, que necesito saber de Jax Wilson. No sé por cuál empezar. Es un hecho que algunas facetas de Jax no han sido exploradas y no lo conozco tanto para saber los detalles básicos que lo conforman. Por otro lado, todos tenemos secretos y la persona a la cual me estoy aferrando tiene muchos más, pero... ¿cómo preguntarle por todos? No podría. En una situación así, lo que me queda es preguntarle por su ámbito romántico, suplir mis interrogantes sobre Sybill y él, saber si todavía siente algo por ella. Pero viendo cómo se pone con ese tema será mejor irme por lo simple, no quiero que esta noche se arruine.

—Un secreto, un secreto... Ya que estamos en un cementerio dime cuál es tu mayor miedo, además de «querer demasiado».

Hace un sonido con la boca que amenaza mi pobre y asustado corazón

para que salga corriendo.

—Bueno, tengo ciertos traumas con los puentes. También les temo a los tiburones.

—¿Tiburones?

—Era un mocoso. Mi padre, sentado en el sofá con una cerveza al lado, me dijo: «Jax, por un demonio, quédate quieto, deja de corretear por ahí». Me sentó a su lado y justo daban *Tiburón*.

—¿Algo más grande y serio?

—Es serio para mí, Suicida.

Lo examino buscando señales. Veo una en cuanto se muestra intimidado por mi perspicacia y evita mirarme por un segundo.

—¡Ajá, sí hay más!

Lanza un resoplido que se mezcla con una risa corta.

—Dentro de todos mis temores, mi mayor miedo es quedarme solo. Puedo estar lleno de personas, puedo salir con las chicas que quiera, pero esa sensación, ese sentimiento de soledad me agobia. Si alguna vez lo has sentido podrías entenderlo. Estar solo no me gusta, lo peor de esto es que son pocas las personas que llenan esa soledad. Una vez me sentí así, vacío. No quiero volver a ese estado.

Gracias a Los Locos Adams nunca me he sentido realmente sola; de alguna forma, alguno de ellos siempre está ahí para mí. Agradezco tener la compañía de un Reedus porque, escuchando a Jax, la soledad luce como el pase gratis a la depresión.

—Mira...

De regreso a la realidad. Despliego mi vista hacia la anchura del terreno que presenta el cementerio, encontrando al final una pantalla enorme transmitiendo películas antiguas. Para mi sorpresa, personas de todas las edades están situadas en diferentes puntos del cementerio, frente a la pantalla, reposando sobre manteles, cantando, riendo, hablando y besándose bajo la luz que la luna nos regala.

Recuerdo que en el colegio algunos compañeros repartían folletos sobre una noche en el cementerio y muchas veces me entró la curiosidad por saber cómo era. Jamás se me cruzó por la cabeza que hoy lo sabría.

—Nunca vine a algo parecido.

—Deberías venir para Halloween, a ver si eres tan valiente.

—No me desafíes, jovencito.

Buscamos un sitio apartado y sin muchas lápidas, se me hace mala educación sentarme sobre una tumba sabiendo que hay una persona bajo mi trasero, pese a que esté metros bajo tierra. Encontramos un sitio elevado desde donde se puede ver a cada una de las personas. Coloco mi cartera en el césped húmedo y me siento.

—Voy a terminar con el culo mojado, como si me hubiera meado —replica Jax echándose hacia atrás.

—Si eso pasa y alguien pregunta, diré que te hiciste del susto.

Arranca un poco de maleza para tirármela en la cara, pero logro cubrirme con los brazos. Sus ojos estudian cada uno de mis movimientos esperando que le regrese su fugaz jugada. Agarro maleza invisible, pretendiendo arrojarla, pero me detengo observando su sonrisa oculta bajo su brazo. Riendo entre dientes, me recuesto en el césped. El frío empapa mi chaqueta, puedo sentirlo.

Jax vuelve a su estado y también se recuesta a mi lado, con sus manos bajo la cabeza usándolas de almohada. Contemplo su envidiable perfil, serio, observando las diminutas estrellas que adornan el cielo nocturno. En silencio voy trazando un camino con mis ojos explorando más allá de lo que siempre vi en él, descubriendo las cosas que provoca en mi interior.

—Voy a canjear el sexto cupón —susurro.

El pedido no se hace esperar. Jax se arrastra acortando la distancia que antes nos separaba, sin disolver la postura en la que está. Aguardo en silencio, con mis ojos cerrados, sensibilizando mis labios que ansían sentir el toque de los suyos una vez más. Inspiro expectante, no obstante, el aliento cálido de Jax lo disipa todo. Primero es una suave fricción que va desde mi barbilla a mi labio superior, luego de derecha a izquierda; se detiene apenas rozándolos, entonces los presiona de forma corta. Su mano escabrosa amenaza con apoderarse de mí, atrayéndome con un rápido movimiento. Abro mis ojos con sorpresa, pero el beso que me da luego me fuerza a cerrarlos para degustar de nuestro encuentro en su plenitud.

Se siente como estar bailando encima de las nubes.

Se siente sumamente bien.

Entierro mis dedos en su cabello mientras Jax forma un recorrido de besos hacia mi cuello. El particular aroma a limón que siempre trae consigo se adentra en mis fosas nasales.

Sin embargo, algo lo para de pronto.

—No puedo —dice de pronto. Su cuerpo se aparta y me deja solo con la sensación de que hace unos minutos estuvo junto a mí—. Necesito decirte algo.

Se corta una vez más, sentándose y volteando hacia la enorme pantalla del cine improvisado. La luz anaranjada invade su mejilla; entre ella y las sombras nocturnas, vislumbro parte de su expresión seria. Me siento y le echo una miradita curiosa a la pantalla detallando el anaranjado atardecer que se reproduce en la escena, un hombre está remando sobre un pequeño bote hacia la nada.

Es la película *El diario de Noah*.

—¿Qué ocurre? —tengo que preguntarle, porque él parece morderse la lengua para no hablar.

Se toma su tiempo, me busca entre las sombras y toma mi mano.

—Es algo importante —continúa. Su pulgar acaricia mi dorso en una especie de consuelo.

Se atropella él mismo, parece buscar algo de valor.

—Estoy esperando —le animo, buscando su desvanecida mirada.

Abre sus labios.

—Independiente de los resultados de la prueba, sea o no sea el padre de Sharick, me haré cargo de la pequeña —manifiesta en un tono solemne, serio y casi desgarrador—. No importa si su padre es otro, yo quiero hacerme cargo de ellas.

Instintivamente quiero apartarme, digerir la noticia a solas. Necesito saber que no estoy soñando, que esto realmente está pasando. En el momento que pretendo rehuir de su tacto, aprisiona mis manos con más fuerza.

—¿Ellas?

Necesito confirmarlo.

Jax baja la cabeza y pronuncia despacio.

—Sharick y Sybill.

Aprovecho la instancia para soltarme y ponerme de pie. ¿Realmente escuché bien? No estoy soñando, ¿verdad?

Inspiro hondo. ¿Y si tal vez lo malinterpreté?

—¿Manteniéndolas monetariamente? ¿Visitándolas los fines de semana? ¿Cómo?

Jax tuerce sus cejas. La culpabilidad que siente es palpable, lo que me hace deducir la respuesta a mis preguntas.

—No —pronuncia con pesadumbre—, estoy diciendo que formaré una familia con ellas.

Se pone de pie cuando pretendo dar media vuelta y marcharme. Pero una parte de mi orgullo magullado, arañado y propenso a destruirse cree que es una buena idea quedarse aquí y seguir sufriendo, porque no hay una idiota tan masoquista como Murphy Reedus.

—¿Y qué hay de mí? —le pregunto.

—Podemos ser amigos.

¿Amigos? Estrepitosos jadeos se aglomeran en mi pecho.

—¿Me estás mandando a la *friendzone*? Esto es... —doy un paso al frente apuntándolo sin poder quitarme de encima el rostro de consternación —. ¿Estás cortando conmigo, aunque nunca tuvimos algo serio? ¿Y qué es todo esto? Venir aquí, comer, salir. ¡Los malditos cupones! ¡¿Qué demonios, Jax?!

—Te invité a salir porque quería estar contigo, pasarla bien antes de decírtelo —me toma de los hombros, pero lo aparto con una rudeza bestial. Hace solo unos minutos quería tenerlo cerca y ahora... ahora no quiero saber de su existencia—. Entiende, Murph. Yo no puedo dejarla. No puedo apartarla.

Los temblores se apoderan de mi cuerpo.

—Dijiste que me querías, Jax.

—Te quiero, Murphy, pero no te amo.

Se escucha el sonido de mi corazón rompiéndose en pequeños trozos.

—¿Y a ella sí? —me atrevo a preguntar.

Resopla bajando la cabeza. Me mira como un perro avergonzado y lleno de culpa, sabiendo que ha hecho algo malo y necesita arreglarlo, pero que es demasiado tarde para hacerlo.

—Cada parte —confiesa—. Amo cada parte de ella desde el primer día que la conocí.

Eso destapa la bomba interna que llevo dentro. Aprieto mis puños con fuerza y planto una bofetada en su mejilla.

—¡Me usaste! —le grito golpeándolo una y otra vez mientras amargas lágrimas escurren por mis mejillas—. ¡Me usaste para solucionar tus problemas y ahora me deshechas como si fuera basura!

—¡No te usé! —contradice, harto de mis golpes. Me toma de las muñecas con una fuerza superior a la mía. Las lágrimas nublan mi visión y los sollozos se alojan en mi garganta, lastimando todo su interior—. No lo hice, te dije que dependo de ti. Aprendo de ti y si pudiera tenerte para siempre a mi lado lo haría...

—Siendo tu amiga —termino la frase por él.

Una risotada histérica se me escapa desde las entrañas. Dejo la fuerza bruta y él lo nota. Me deja en libertad.

—Ah, mierda... —vuelvo a reír. Mis pies se pasean de un lado a otro, impaciente—. ¿Cómo he podido ser tan idiota? Sabía que esto era demasiado bueno para que me estuviera pasando, ¡sobre todo porque llegué a fijarme en ti sabiendo el desenlace de toda historia que involucra a un mujeriego! —me cubro la cara con ambas manos, anhelando perderme del mundo—. ¿Tan ciega soy? ¿Tan tonta se puede a llegar a ser?

—Murph...

Inspiro con furia y señalo a la persona que tengo al frente, con mi mano temblorosa, observando directamente sus ojos azules.

—Ni siquiera deberías pronunciar mi nombre. Aun sabiendo lo que harías viniste aquí, me invitaste a pasar el día de los enamorados contigo para... ¿para qué? ¿Romperme el corazón? ¿Darme alas y arrancarlas en cuestión de segundos? Porque lo conseguiste, te felicito —me agacho y recojo mis cosas—. No me vuelvas a hablar, esto se acabó.

—¿Qué pasó con el «no me abandones»? —recrimina, usando mis propias palabras en contra.

Dispuesta a marcharme, termino acercándome con pasos furiosos. Frente a él, mirándolo a los ojos, pongo punto final a toda esta mierda.

—Te dejaré algo en claro: tú no me estás abandonando, yo te estoy

abandonando a ti.

56
Catarsis

—Soy una patética, ¿verdad?

«La Vie En Rose» suena. Observo mis manos alzadas, buscando imperfecciones, toques, rastros de algo que dejé atrás. Las toco la una con la otra, con la sensación de una calidez que ya no tengo. Entonces, al recordar entre mis borrosos pensamientos qué fue lo que dejé, no me queda otra que bajarlas y abrazarme entre sollozos. Flexiono mis piernas, quiero hacerme un ovillo, ser consumida y desaparecer.

—Sí, soy una patética por dejarme ilusionar y pretender ser algo de alguien, cuando la realidad es completamente diferente —poso mis manos sobre mi pecho, sintiendo mi adolorido corazón palpitando—. ¿Cuántas veces tienes que salir herido para aprender la lección? Quizá me enamoré en el momento erróneo —resoplo. Un halo de luz se cuela por la ventana provocando que cierre los ojos, fastidiada—. Mierda...

—Por favor, no digas groserías aquí.

Miro al sujeto frente a mí. Su expresión severa me recuerda a la de papá; también me da un efecto de tranquilidad y hogar. Me disculpo con un movimiento de cabeza para no arruinar mi consulta terapéutica.

—Lamento la palabrota. Lo que quiero decir es que... Por Merlín, no hice caso a ninguna advertencia, hice oídos sordos y vi con ojos ciegos todo —me inclino hacia el sujeto para que me escuche—. La dedicatoria de Mika, por ejemplo: «Una oveja no basta para alimentar al lobo. A todas ellas las devora sin piedad, excepto a la última». ¡Era tan obvio! La advertencia estaba allí, siempre estuvo allí, pero no quise ver. Por el amor, por esas malditas... —me detengo; el hombre de gafas me mira sobre ellas con rostro molesto—. Por esas benditas mariposas. Jax devora a todas las ovejas, es decir, juega con ellas, les rompe el corazón; y a la última, o sea yo, la trata diferente porque logra remover algo en su interior, pero termina

devorándola de todas formas. Qué tonta fui. Es que no sé a quién debería odiar: si a mí por caer bajo los encantos de un mujeriego connotado o a él porque permitió que todo esto ocurriera. Porque me ilusionó.

Pienso que los dos tenemos parte de culpa, después de todo también intentó advertirme. Recuerdo aquella noche en que cayó de mi ventana, me contó el secreto que lo aquejaba y me buscó —una vez más— para resolverlo. Yo le dije que si Sharick era su hija fuera un padre para ella, con todas sus letras, para que la historia sobre su madre y la mía no se repitiera. Oí perfectamente su advertencia, asumí que si el momento llegaba tal vez se alejaría de mí, por eso quise atesorar cada segundo de nuestras vivencias, tenerlo para mí mientras podía y, sin embargo, desconociendo aún la prueba de paternidad acuchilló mi corazón diciendo que no importaban los resultados, que sería un padre para la niña.

La segunda puñalada fue oírlo decir que quería ser mi amigo, ¿qué quiere? ¿Tenerme a su lado como amiga viendo cómo tiene su familia feliz mientras babeo por él? Después de ser rechazada por el hermano de Maya, Petyr, en el colegio, luego por Tony, Cole —aunque eso fue por parte de ambos—, ahora se les suma él.

No. No, no y no.

No quiero ser más la *friendzoneada* Murph. Gracias, pero no.

Y la tercera puñalada fue la que dejó con hemorragia todo mi inocente, debilucho y poco ejercitado cuerpo.

Si doy un rápido vistazo hacia atrás, todo este absurdo desen- lace era obvio.

—¿Soy patética? —vuelvo a preguntarle al hombre.

—Niña, no tengo idea de qué estás hablando.

Torno mi vista hacia el espejo retrovisor sucumbiendo a la mirada austera y cansada del hombre al que le contaba mi reciente problema amoroso.

—No entiendo ese afán de las jovencitas de contarle todos sus amores y desamores a un simple taxista —agrega negando con la cabeza. Mantiene sus manos en el volante. Ya no luce como papá, sino como una persona desconocida y apática.

Me limito a guardar silencio.

Me acomodo en el asiento. Anhelo con todo mi ser conseguir algún consejo, ser consolada o lo que sea... Necesito que alguien me diga que no soy patética por tener un nuevo desamor.

—Abrirle el corazón a una persona desconocida, aunque sea para contar nuestras penas amorosas, resulta gratificante —suelto sin más, pretendiendo que no oiga mi balbuceo.

—Soy un simple taxista —recrimina cambiando de canción—, no la Doctora Corazón. Las chicas han llegado a tal extremo que una vez tuve que salir buscando a un exnovio por todo un aeropuerto.

Suelto una sonrisa escueta; la primera desde que ocurrió todo el desastre. Vuelvo a tornarme seria al escuchar la tonada de «What A Wonderful World». La voz áspera y profunda de Louis Armstrong debería darme un ápice de alegría, esperanza y pasividad, mas todo lo que consigo es deprimirme más. Y me echo a llorar abrazando mis piernas sobre el asiento.

—Lo odio. Lo odio, lo odio, lo odio... —chillo ocultando mi rostro del mundo—. ¿Existe algo para olvidar a una persona, aunque sea unos minutos?

—Sí, el alcohol.

El conductor estira su brazo hasta la guantera del auto, la abre y saca una cantimplora. Con una destreza que yo no podría tener jamás (razones por las que no tengo interés en conducir), la extiende para entregármela.

Mis manos tiemblan con la duda de si recibirla o no. Vamos, puedo estar mal de la cabeza y el corazón, pero lo suficientemente bien para no recibir cosas de extraños.

—Es solo alcohol —aclara fastidiado.

Recibo la cantimplora. La abro lentamente.

—Salud —pronuncio alzando la botellita lo suficiente para que el taxista lo vea.

Miro el agujero oscuro, cierro los ojos y doy el primer sorbo. Es un líquido amargo que quema. Trago con fuerza, cierro los ojos y hago una mueca de desagrado.

—Es solo ron, no está tan mal.

«Díselo a mi pobre garganta», pienso.

El segundo trago adormece mis órganos. El sabor agridulce en mi boca es picante y casi doloroso, pero a mi lado masoquista le gusta. Me recuerda a la comida china que probé hoy, hace solo unas horas.

Paulatinamente mi mente me guía por ese sendero extraño y turbio que me transporta al momento exacto en que recogí el orgullo que me quedaba y decidí marcharme de una buena vez del cementerio.

Quería gritar, destrozar el mundo y rehuir la mirada de Jax, su rostro en mi memoria, la forma en que me tomó, su descarada petición, mis sentimientos hacia él. Quería retroceder el tiempo y jamás haberlo conocido. O al menos advertirme que nunca fue el indicado. Ni lo será.

Iba colina abajo conteniendo las intensas ganas de llorar. Solo quería volver a casa para ocultarme del mundo en mi pequeño círculo de libros, dejar la realidad y abandonarme a la fantasía. Ilusionarme con mis queridos amores literarios.

Pero esa idea fue interrumpida.

Estaba sensible al tacto, por lo que sentirlo una vez más tuvo como consecuencia la detención de mi mundo. Sentí sus brazos alrededor de mi cuerpo, interrumpiendo mi huida. Su cuerpo apegado al mío, respirando sobre mi hombro. Su voz fracturada, al igual que la mía.

Me dijo «Te quiero».

Inhalé profundo. Tomé sus manos con delicadeza y me liberé de sus garras. Me giré para verlo por última vez para pronunciarle un adolorido: «Yo también». A continuación, con paso firme, retomé mi camino hacia la enorme puerta del cementerio municipal. Llamé a un taxi para perderme.



En los siguientes días trato de mantenerme al margen, pretendiendo que nada pasó. Pero por algún motivo Jax aparece por mi casa, con su moto rugiendo a lo lejos, golpeando nuestra puerta con la esperanza de que sea yo quien le abra. Siete veces ha gritado buscándome, pero solo ha encontrado a papá y Saya.

La primera vez papá es benevolente y no le dice nada. Jax sale invicto de su encuentro.

Ya para el séptimo encuentro, la paciencia estalla, mas conserva su semblante tranquilo, flexible y paternal.

Yo estoy en la habitación de Jollie, escuchando todo desde su ventana, que da al frontis de la casa. Aquí me quedo unos largos minutos, todo para escuchar qué tiene que decir Jax.

—Por favor —le escucho—. Necesito hablar con ella, un momento aunque sea. Es imposible hacerlo en la universidad, es imposible hablarle por chat. No estoy pidiendo su perdón, simplemente quiero...

—Jax —zanja papá—, aprecio mucho los buenos momentos que Murph pasó contigo. Espero que seas feliz y disfrutes de la vida. Sé que estás arrepentido y quieres verla —hace una larga pausa en la que nos mantiene en intriga a todos los Reedus chismosos—. Ahora agradecería que no vinieras más. Tampoco que la busques. Sabemos que el rencor no lleva a ninguna parte y no pretendemos guardártelo, pero una persona dolida no sana tan fácilmente, sobre todo cuando de amor se trata. Te abrimos la puerta y ahora te la cerramos por el bien de Murph. Eso es todo.

Después de las palabras de papá Jax se limita a insistir en la universidad. Se aprendió mi horario, al parecer y, cada vez que puede, espera afuera de la sala con la intención de hablarme.

Para mí no es la mejor opción verlo. Por eso, una vez que salgo y me llama, paso de largo fingiendo no haberlo visto.

—¿Hasta cuándo seguiremos fingiendo que nada pasó? —pregunta al alcanzarme. Yo, entre los demás, busco algún rostro familiar para evitar estar a solas con él—. Sabes que entre nosotros pasaron cosas, y muchas.

—Nada pasó —desdeño y me apresuro.

Arrepentido o no, el hueco en mi pecho duele cada vez que lo veo. Es imposible no sentirlo cuando mis sentimientos siguen ahí, floreciendo, sin poder marchitarse. Por eso lo evito, por eso no quiero verlo, porque sé que será la única manera de resguardar mi corazón.

Pero, pese a que me encantaría mirarlo como alguna vez lo hice, sin sentimientos y odio puro, sigo prefiriendo esto: el cariño que le tengo, porque mientras duró y fue real, me la pasé bien. Fui feliz.

Mis queridas amigas, Thiare y Dell, siempre reacias a Jax, creo que dentro de la imaginación ya lo han torturado de diferentes formas. Su odio aumentó considerablemente tras contarles lo ocurrido.

—Es un tarado con el cerebro de un simio.

Thiare le da una mascada a su rebanada de pizza como si la rasgara, mastica como un verdadero animal, molesto y con deseos de descuartizar a alguien. ¿Puedes imaginar quién es ese alguien? Si pensaste en esa persona que empieza con «J», acertaste.

—Si llego a topármelo solo en la universidad juro que lo golpearé —sigue Dell, quien descarga su ira contra la pobre mesa de la pizzería Marco's—. Bastardo hijo de Lucifer. Es un maldito. ¿Cómo puede seguir insistiendo? ¿Cómo pudo hacerte eso después de todo lo que hiciste por él?

Thiare chasquea la lengua tras beber un sorbo de su bebida.

—Ojalá existiera una forma de demanda por jugar con los corazones —dice pensativa.

—Entonces el maldito tendría cadena perpetua —sentencia Dell sonriendo con maldad.

—Ya da igual —hablo con la voz rasposa—. Está enamorado y no es de mí. Eligió a su amor y punto. Se acabó. Me toca superar la situación como lo hice antes, olvidar que hubo algo entre nosotros. No vale la pena seguir sufriendo.

—Oh, ¿y si te dice que ya no quiere nada con su nueva noviecita? No vayas a pasarte de idiota de decirle que sí con una sonrisa —advierte la futura enfermera, Dell. Sus ojos desafiantes escarban dentro de mi cabeza buscando, probablemente, un indicio de debilidad.

—Murph no es tan boba —reprende Thiare, frunciendo el ceño. Se vuelve a mí para observarme con un dejo de duda—, ¿verdad?

No respondo.

—Debo volver a la universidad —les informo mirando la hora en mi celular—. No quiero llegar atrasada otra vez.

—¿Qué te toca? —pregunta Thiare.

—Ya nadie la toca —bromea Dell riendo con crueldad. Puedo ver los cuernos en su cabeza al escupir su comentario—. No me miren así, estuvo bueno, perras.

Me pongo de pie buscando mi mochila.

—Cultura II —contesto acomodando la mochila en mi espalda y agarrando mi vaso plástico—. Nos vemos luego.

—Cuídate, ¡y no leas mientras caminas! —se despiden ambas sacudiendo de un lado a otro sus manos.

En la universidad, una parte de mí se siente paranoica, mirando en todas las direcciones para no encontrase con ustedes saben quién.

—Murph.

El corazón me da un vuelco. Me giro lentamente, entonces toda tensión se aligera de golpe.

—Cole Anderson —me regresa la sonrisa para plantar un beso en mi mejilla—. ¿Cómo va todo?

—No me quejo —responde encogiéndose de hombros. Eleva su mano para que logre notar que lleva dos dedos enyesados—. Nunca acaricies a un perro molesto, mucho menos cuando se trata de un rottweiler.

Arrugo mis cejas con su advertencia absurda.

—Eso todo el mundo lo sabe —hablo en un tono obvio. Cole hace un puchero de niño bueno—. No sabía que andar con yeso se puso de moda.

—Una moda que impusiste tú.

Adopto una pose arrogante y me miro las uñas. Cole pone cara de sorpresa y le doy un golpecito en el hombro para que se entere de que estoy bromeando.

—¿Cómo les pusiste?

—Petra y Pedro —esos nombres suenan más ridículos que el mío—. Y... ¿qué ocurrió?

¡Alarma, alarma!

—¿Qué ocurrió con qué? —pregunto con un tono muy defensivo. Los dos dedos de Cole señalan hacia mi rostro con temor a que mi bestia interna sea liberada. O peor, que saque mi varita y le lance una maldición—. Oh, mis ojeras. Pues tengo nuevos libros.

Es la mejor excusa que se me ha ocurrido.

Cole acaricia su cuello emitiendo un extraño sonido con su boca. Me alarmo, pues parece que ya conoce mi penosa situación.

—No tienes que mentir, un pajarito me lo contó.

—Maya —digo furiosa, empuñando mis manos con fuerza—. La voy a matar.

Cole sacude sus manos intentando calmarme.

—Solo fue un comentario, no la borres del mapa —pide clemencia—. Oí que se marchará a Los Ángeles.

El cascarón se rompe y todo mi ser se descompone, se desin- fla como globo con un pequeño agujero. Mi estabilidad mental y corporal se quiebra con las palabras de Cole. Sé a quién se refiere con el último comentario.

—Ah, ¿sí?

—Convalidó ramos y terminará los estudios allá.

Una sonrisa traza mi rostro. Una adolorida que busca verse indiferente.

—Qué considerado de su parte.

Con la información que Cole me a dado llego a un convenio para ponerme de acuerdo conmigo misma y retomar la vida tal cuál es. No puedo estancarme porque alguien me rechazó.

La vida sigue y Jax lo sabe.

Ese es el impulso y la motivación que necesitaba. El «clic» que abre mis ojos.

No puedo mostrarme como una fracasada, derrotada por una simple decepción amorosa porque solo fue una piedra en el camino. Una piedra con la intención de enseñarme a levantarme.

Yo también tengo el derecho a ser feliz.



Como todas las mañanas, los Reedus tienen una disputa por decidir quién merece ser el primero en ducharse. El otro baño está malo —otra vez— y a ninguno parece caerle en gracia ducharse la noche anterior para no pasar por tan espantoso calvario. Yo me bañé anoche, justo antes de llamar a Tony de ventana a ventana para hablar.

Paso junto a ellos con una sonrisa de victoria que se jacta diciendo: «Seré la primera en desayunar, tranquila, sin gritos» y bajo las escaleras.

La abuela me da los buenos días cuando llego a la mesa. Papá al oírla baja el periódico y me inspecciona con una ceja alzada.

—¿Y tú? —me pregunta—. Creí que estarías discutiendo con tus hermanos.

—Usé toda la capacidad de mi cerebro y me bañé anoche. ¿Hay algo bueno en el periódico?

—No mucho.

—¿Me lo das? Quiero ver las ofertas de trabajo.

Papá y la abuela intercambian miradas cómplices. Ceñuda intento descifrar qué piensan y su reacción, pero la dejo pasar cuando Chloe grita desde el segundo piso que Emer está amenazando con liberar a sus arañas. Esto me sirve para apresurarme en ir a la universidad antes de que la amenaza de mi hermano se vuelva realidad.

El frío se siente doloroso. Tengo las manos entumecidas a causa del invierno, que no pretende abandonar la ciudad. Las personas tienen que estar abrigadas hasta volverse irreconocibles con toda la ropa que llevan encima.

Yo soy una de ellas: una universitaria al borde de ser un oso polar.

Cuando desperté me prometí que sería un día diferente, que hoy cambiaré y parece que el invierno me ha entumecido el cerebro. Al entrar a clases y sentarme en mi puesto, empiezo poco a poco a divagar y perderme.

—¡Murphy Reedus! —me llama una voz imperiosa.

Doy un salto.

El profesor Leyton está tras su mesa, visualizándome desde la distancia. No hay nadie más que nosotros dos en la sala. ¿En qué momento todos se han ido? Recojo mis cosas y me pongo de pie. El dolor en mi espalda hace que mi ceño se comprima en el centro de mi cara. Comienzo por moverme lentamente, con mi cuerpo pesando más de lo acostumbrado. Me había dormido en clases, nunca me pasó algo así. Qué horror.

—Últimamente has estado muy distraída —dice Leyton, mientras camino hacia la puerta—. Te perdonaré solo porque es la primera vez que lo haces, espero que no se repita.

—No se repetirá, profesor.

Salgo de la sala y emprendo mi largo trajín hasta la torre más alta de la

universidad: aquí empezó todo y aquí se tiene que terminar, ¿no?

Paso mi mano por la campana gigante, observando de reojo mi reflejo. Me siento frente a la baranda viendo entre cada barrote los tejados del campus, algunos edificios en la lejanía, montañas grisáceas y el cielo nublado.

Procedo a sacar la lapicera y la dejo sobre mi oreja, escarbando mi cabello para hacerlo. Luego saco el diario; lo abro y busco la hoja donde escribí las reglas antiguas.

Allí están, tachadas por mí misma, en compañía de mi nombre, o el intento de él: «Para Murf».

La mala caligrafía y ese fallo no puede pertenecerle a nadie más que a Jax Wilson.

La conmoción del descubrimiento provoca que mi corazón se acelere y bombee con fuerza. Mientras rompo el sobre todo mi cuerpo tiembla, sudo frío cuando me propongo sacar las dos hojas del interior y desdoblarlas. Antes de comenzar a leer, miro hacia mi alrededor, bajo y detrás de la enorme campana, detrás de la puerta, en la escalera, en el techo. Nadie más me acompaña, la carta es una lectura solo para mí.

Suspiro reuniendo el valor y leo.

Te engañé, sí sé escribir tu nombre, Murph. También sé escribir «ayuda». Mi mala ortografía fue solo una excusa para fastidiarte.

Sé que no quieres saber de mí y lo entiendo, pero es mi último día en la ciudad. No puedo irme sin decir adiós. Una carta me pareció lo más adecuado para una lectora empedernida como tú.

No vayas a tirarla, eh. Apostaría que a Leyton le costó mucho dártela.

¿Dármela? Yo creo que la metió en mi bolso mientras dormía.

Me voy. Me voy con Sybill y Sharick. Me voy con ellas y tu recuerdo, porque te sigo queriendo y deseo que, si alguna vez nos volvemos a encontrar, lo sigas creyendo.

Yo te llevaré siempre conmigo, ¿harás lo mismo tú? No me sorprendería si la respuesta es no, aunque conociéndote sé que no podrás olvidarme. Soy alguien difícil de olvidar, Suicida.

Es broma, no arrugues ni quemes la hoja aún.

No soy bueno con las despedidas, así que solo tengo dos cosas que

decirte.

Primero: espero que encuentres a alguien que te haga feliz, porque te lo mereces.

Segundo: ya que mencioné la palabra «conociéndote» necesito decirte un par de cosas que conocí de ti.

Bueno, son 20.

1. Te gusta la pizza.

2. Te gusta la música clásica. También la música de los ochenta.

3. Sueles vestir con jeans porque te da flojera depilarte (esto es un hecho).

4. Tu color favorito es el rojo. Si un libro tiene rojo como portada lo tomas sin pensarlo.

5. Eres demasiado benevolente.

6. No te gustan los mujeriegos.

7. Aunque tus libros preferidos son de romance, Harry Po-tter *se gana tu corazón.*

8. Te crees una maga. Y creo que perteneces a Gryffindor (pelirroja, claro que debías ser de allí).

9. Tienes un humor raro y a veces ofensivo.

10. Siempre estás dispuesta a prestar ayuda, no importa de quién se trate. Te fuerzas por los demás tanto que te olvidas de ti misma.

11. Tu mala suerte es contagiosa y muy divertida.

12. Tienes miedo al rechazo.

13. Tu familia está por encima de todo.

14. Mika es tu escritor favorito.

15. Eres buena mintiendo... a veces.

16. Se te da bien la actuación y creo que ya tienes un futuro asegurado en el espectáculo.

17. Tu nariz se mueve cuando ríes.

18. Las discusiones siempre tienes que ganarlas tú.

19. Mientras más fuerte te golpean, más fuerte atacas.

20. A pesar de estar dolida siempre logras levantarte y buscar la solución al problema. Sabes salir adelante.

Ojalá pudiera ser mejor persona para ti, Murph.

Ojalá pudiera darte todo lo que te mereces

Te dejo sabiendo que vas a sobreponerte. Eres Murphy después de todo, tienes una pésima suerte, a veces sales mal parada, pero siempre avanzas. Eres admirable.

Sé que ahora me odias, quieres matarme, probablemente tienes deseos de decirme unas cuantas cosas. Hazlo. Si quieres insultarme, ya te dije, díselo a la luna, ella será una de las pocas cosas en común que tendremos en la distancia.

Te quiere, Jax el unicelular con complejo de Tenorio.

¿Qué es esta carta? ¿*Yo antes de ti*?

Incluso escribiendo suena idiota y egocéntrico.

—No sabes cuántos insultos recibirás de la luna —pronuncio acercando la hoja a mi pecho, siendo consumida por los recuerdos.

Lo haré, Jax, voy a sobreponerme a esto. Ya verás.

Doblo el papel y lo dejo dentro de mi bolso. Seco unas lágrimas rebeldes y suspiro.

Ahora es tiempo de enfocarme. Busco mi lapicera y apoyo mi diario en mi regazo.

Veamos, veamos... ¿cómo puedo iniciar algo que pondrá fin?

¿Quizá empezando igual?

Querido diario:

Creo que todos tenemos un sueño, no hay excepciones. La diferencia radica en el tipo de sueño que cada uno tiene. Algunas personas quieren casarse, otras viajar por el mundo, tener un hijo(a), ser un cantante o compositor famoso, conseguir una casa, escribir un libro, publicarlo... y otras personas, con una mente tan extravagante como la mía, quieren ser parte de uno.

Desde que empecé a leer libros juveniles mi sueño ha sido ser la protagonista de una novela romántica.

Suena extremadamente raro, ¿verdad? Pues lo es.

Hice reglas para conseguir al chico ideal que fuese el amor de mi vida, sin querer creer que el amor no se busca, sino que el amor te encuentra a ti.

El amor no tiene etiquetas, no puedes catalogarlo, no puedes

describirlo y, sobre todo, no puedes planearlo. No puedes obligarte a poner interés amoroso en alguien, mucho menos crear una lista sobre cómo debería ser. El amor pasa de forma inesperada y sucede, en ocasiones, con quien menos esperas. Siempre esperé a mi príncipe azul; creía que era una obligación tenerlo y anticipé lo que no debía. Tener que decidir por sobre el corazón fue mi error y ahora lo estoy pagando.

Pero hay ocasiones en que la vida actúa de forma extraña. Demasiado, tal vez. A veces, tomar distancia es la mejor forma de abrir nuestros ojos. A veces, sufrir tiene como resultado aprender.

Culpo a los libros por llevarme a idealizar un amor ajeno a la vida real, pero me culpo la mayor parte a mí por creer que tendría que ser así. El no saber distinguir la realidad de la ficción, fantasear con un romance perfecto, salir en búsqueda de lo que no está en nuestras manos tendrá como resultado una decepción, y el haber puesto reglas para ello fue mi principal error.

Yo creé reglas buscando un amor ideal, cuando las reglas debían ser para mí y para nadie más. Por eso, aquí propongo un cambio.

1. *No hay lugar para ilusiones.*

Creo que esto está de más decirlo y aclararlo. A veces juzgamos por lo que vemos y no apreciamos lo intangible. A veces nos dejamos llevar por las apariencias y por lo que queremos ver. Dejemos las ilusiones a los magos y pisemos tierra. La realidad supera la ficción porque de ella sacamos nuestros ideales.

Y hay que saber distinguirla.

2. No hacer comparaciones.

Comparar a una persona con otra es lo peor que podemos hacer, sobre todo si esa otra persona es de un libro.

3. Saber que la vida real es mucho más cruda que en los libros.

Sí, tanto así que mi espera por la carta de Hogwarts es tan terrible como el desamor mismo. Ya han pasado ocho años y nada de nada... Ay, mis infantiles sueños.

4. Todo tiene su tiempo.

No puedo forzar las cosas con citas baratas. Y oye, ¡la soltería no es un pecado! No se necesita de una pareja para ser felices, no necesitamos de

nadie para valer como personas. Se puede ser feliz sin tener que estar con alguien. Buscar a tu complemento no es imperativo, tampoco necesario. Se puede vivir plenamente siendo uno mismo, dejando que todo tome su tiempo. Todo lo que necesito está aquí, conmigo. Solo yo.

Simples reglas, lo sé. No quiero exigirme demasiado aún. Verás, desde que creé mis antiguas reglas muchas cosas han pasado y han cambiado. ¿No me crees? Será porque no te he hablado lo suficiente de Jax Wilson: irresponsable, rompecorazones, arrogante, un asno más que amigo y quien tuvo que poner mis pies sobre la tierra. Él es el perfecto ejemplo de cómo el amor funciona de formas impredecibles y, a veces, llega cuando menos lo esperas.

Atte. Murph.

Epílogo

Mi cuerpo cansado es mecido por una mano casi imperceptible. Puedo sentirla sobre mi brazo ocupando toda la fuerza para conseguir su cometido. Me remuevo en la cama queriendo hacerme un ovillo, ocultarme entre las sábanas y continuar durmiendo.

—Despierta ya... lo prometiste.

Hago un esfuerzo por abrir los ojos, pero no logro ver nada; tengo que refregarlos con mis dedos para conseguirlo.

Pestañeo con fuerza hasta que un dedo diminuto arrasa otra vez con mi visión. Suelto un grito de dolor con mi ojo punzado lagrimeando sin cesar.

—Lo siento —vocifera entre risas traviesas.

—Eso no se hace, Sharick... —gruño—. Un día de estos me dejarás tuerto. Tienes cinco años, sabes que eso es peligroso.

—Si Jax no durmiera tanto esto no hubiera pasado —se defiende.

Suprimo una mueca. Estiro mi brazo y golpeo suavemente su frente. Sharick es toda una actriz en práctica, toma ejemplos de los papeles que he tomado para obras y los que tanto me ayuda a ensayar, así que se echa hacia atrás como si una bala hubiese impactado en su frente. Saca la lengua, piernas y brazos estirados sobre la cama para fingir su muerte.

—¡Oh, no! —salto a tomarla entre mis brazos. Ella sigue pretendiendo haber fallecido—. ¡Sharick, despierta! No te vayas... —le suplico con melodrama.

—¡Es broma! —chilla, saltando de pronto y riéndose—. Te engañé, Jax, caíste en mi trampa.

Me hago el ofendido.

—¡Esto no se quedará así, pequeña mentirosa!

A mi sentencia le siguen las cosquillas que provocan los chillidos histéricos de Sharick. Se revuelca sobre la cama, grita, me agarra del pelo y luego pide clemencia. La dejo en paz y ella trata de arreglarse su peinado.

Yo la ayudo a formarse una trenza.

—Ya estás —estiro mi espalda emitiendo un gruñido bestial—. Me baño, me visto y salimos —le informo a la rubia, que recibe la noticia con una alegría propia de los niños de su edad. Comienza a dar saltitos en la cama canturreando que tomará helado todo el día y del sabor que quiera.

—Oye, oye... —me llama—. ¡La flor!

Cierto; la flor.

Hoy se cumplen dos años desde que Sybill falleció.

Nos dejó solos, a ambos, en una casa en algún lugar de California, rodeados de más casas, autos, personas, rosas, cuentas y muchas dudas. Las cosas no fueron fáciles.

Nos repusimos a todo, sobrevivimos a todo. Ahora, aprendemos de todo.

Dos años ya... Parece una mentira.

Como es costumbre, cada mañana Sharick le deja una rosa en el que era su florero preferido. Yo tengo que cortarlas del jardín. Siempre se pone a saltar esperando que saque la rosa perfecta para su madre, luego le baja la melancolía y dice que la extraña.

No soy bueno consolándola. La única estrategia que tengo para que olvide es con distracciones: parque, museos interactivos, películas y un largo etcétera.

Hoy será la heladería.

—No sueltes mi mano.

Bajamos del metro; está lleno por donde se mire, todos cegados por sus propios asuntos. Reafirmo mi agarre con la pequeña mano de Sharick, pero se queda atrás, desplazada por la multitud. Tengo que agacharme y tomarla en brazos.

—No te vayas a perder —le advierto ante su mirada. Esboza una sonrisa y pellizca mi nariz. Yo contraataco haciendo lo mismo.

Subo la escalera hasta la superficie. El sol veraniego nos golpea justo en la cara, provocando que ambos giremos al ser cegados.

—¿Qué helado vas a querer? —pregunto para mantener la plática mientras caminamos. Con los torpes pasos de ella tengo que estar al tanto de que no caiga.

—Manjar —responde luego de meditarlo—. Me *guuuuuusta* el manjar. ¿Por qué se llama manjar al manjar? ¿Qué persona le puso manjar al manjar?

Mi cabeza se arremolina con tantas preguntas.

Los niños y su complejo de filósofos.

—Se le llama manjar porque... —busco una respuesta, pero nada se me ocurre—. Existía una mujer que...

Demonios. Ojalá mi imaginación en estos casos fuera tan fructífera como sobre el escenario.

—Ya bajé del metro —dice una voz femenina.

No puede ser.

—Sí, sí. Me siento como el señor Weasley cuando Harry va al juicio por hacer magia.

Esa voz es de...

—¿Lo recuerdas?

Permanezco de pie intentado escuchar más allá del ruido de la ciudad y las voces. Una especie de mancha roja pasa por mi lado; es el cabello rizado de una mujer de altura mediana. Va hablando por celular y mirando hacia todos lados como si buscase a alguien o algo.

¿Acaso es ella? Es tan parecida y hablaba sobre un libro, ¿no?

Voy sobre mis pies para comprobar si mis sospechas son ciertas. A lo lejos, entre las personas, la cabellera pelirroja destaca entre todos los demás. Es un rojo vivo que he visto antes.

¿De verdad es ella? Puede ser porque su voz... Su voz puede describirse como única, de esas que reviven una chispa interior en cualquiera.

—¿Jax? —pregunta Sharick tironeando de mi mano para sacarme del impacto—. ¿Pasa algo?

Abro mis labios, arrastrado por el asombro. De todas las pelirrojas con las que me he topado, ella es la que más se parece. Su aroma, su cabello, su voz y su forma de expresarse.

Mierda, es ella. Tiene que ser ella.

—Ven, Sharick —tomo en brazos a Sharick nuevamente para que no se quede atrás y pueda avanzar con rapidez entre las personas.

—¡Jax, la heladería está por otro lado! —exclama la pequeña,

consternada.

—Lo sé, Sharick, pequeña, vamos a hacer algo antes. Si pudiera alcanzarla. Si tan solo pudiera verla una vez más.

Apresuro el paso sin quitar mis ojos del rojo vivo que se acentúa entre la ciudad gris. Cada paso, cada palpitar acelera mi sistema. Me siento torpe y casi demente, pero no importa. Ya nada importa.

Solo me restan unos pasos para tocar su hombro, hacer mis sospechas ciertas.

—No seas mundano. Ya casi llego.

Un jadeo se me escapa. Acortando la distancia, mirándola desde atrás, mis dudas ya están casi resueltas. Bajo a Sharick y busco su mano para que me tome y no se pierda en la enorme ciudad. Voy siguiendo los pasos de la pelirroja llenándome de valor. Estiro mi mano para detenerla y ver su rostro otra vez.

—¡Oh, ya te veo! —exclama ella, agitando su mano al aire.

Miro por encima de su hombro, deteniéndome, preguntándome con quién habla. Y cuando pretendo tocar su hombro para que se gire, mis dedos solo tocan la punta de su rojo cabello y luego, el aire.

Apresura el paso encontrándose con los brazos de un tipo más alto que ella, cabello rubio y lentes. Los dos rompen el abrazo y se marchan charlando sobre algo que no logro entender.

Me detengo en seco contemplando la escena. La muestra idónea de un reencuentro entre parejas. Sus expresiones lo dicen todo. Se toman de la mano y se marchan por la calle ignorando todo lo que pasa a su alrededor.

Esbozo una sonrisa viendo cómo se aleja, feliz y sin rastro de preocupaciones.

No hay duda, era ella.

Murphy Reedus.